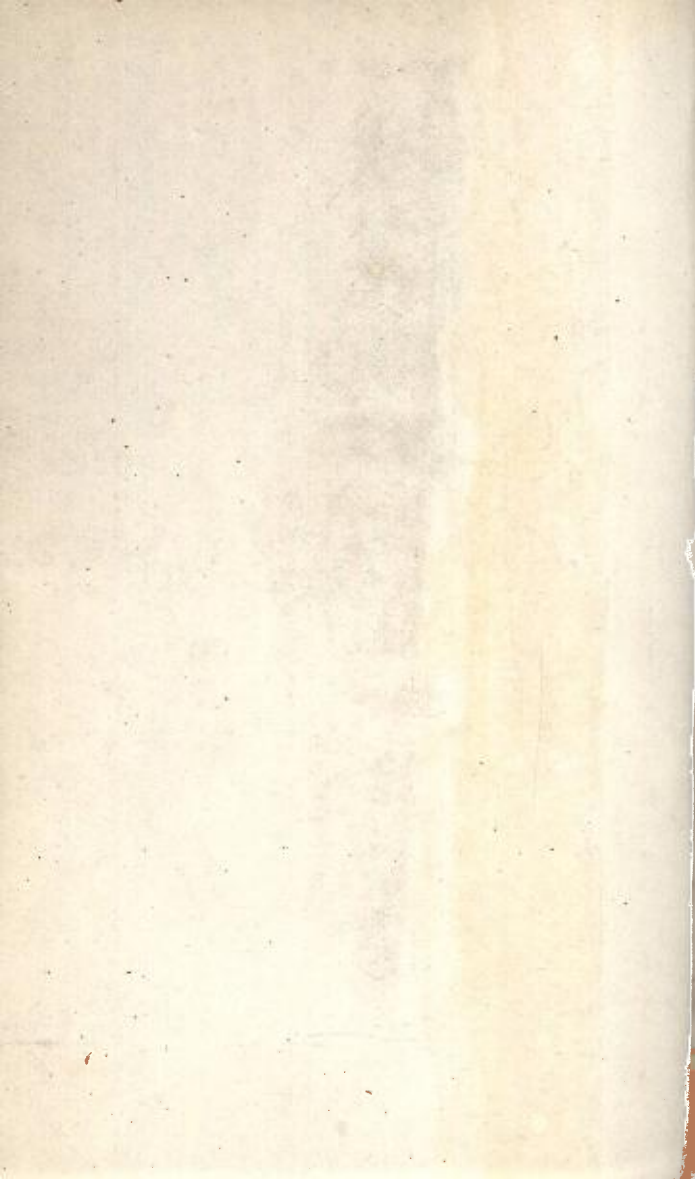
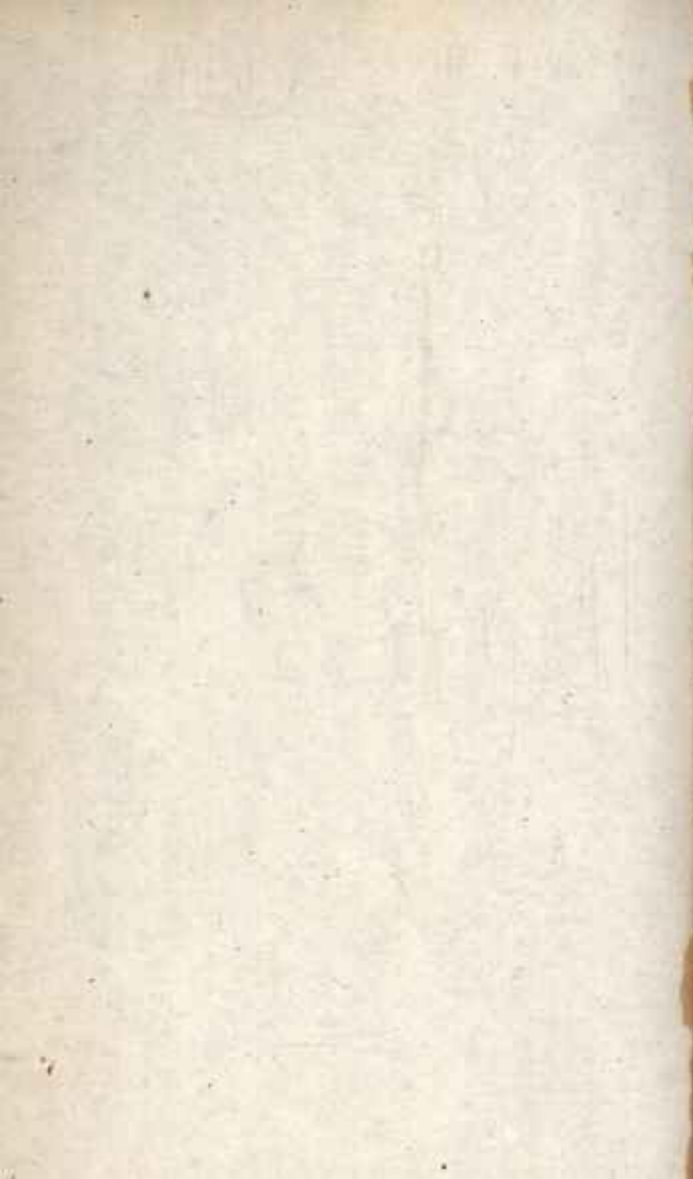




Dieb. J. J. H. H.



CATORCE MESES EN CÉUTA.

NARRACIONES

QUE INTERESAN Á TODO EL MUNDO.

POR

JUAN J. RELOSILLAS.



1886.

Imp. del «Correo de Andalucía».—Casapalma 7.

MÁLAGA

El Autor se reserva sus
derechos, con arreglo a la
ley de Propiedad literaria.

Al Excmo. Sr.

P. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

No se trata de una dedicatoria, mi respetable Jefe y amigo; por que, diga lo que quiera el lenguaje, «inventado para disfrazar el pensamiento» y finja lo que guste finjir la falsa modestia al uso, el que dedica cree firmemente que la cosa dedicada está á la altura del que «sufre» la dedicatoria, y por Dios y mi ánima juro, Sr. D. Antonio, que ni á solas con mi soberbia he creído nunca que esta obrilla baladí, escrita á salga lo que saliere, y con la velocidad necesaria para saciar el hambre de cuartillas que

siente todo cajista, pueda ser objeto de acto tan solemne como una dedicatoria formal al que es literato ilustre.

Desde el año de 1873, anda dando vueltas en mi mente el propósito de escribir este libro, sin que en los 15 años que median desde la concepcion al alumbramiento, haya hecho yo cala ni cata alguna para ver si se habian agotado mis recuerdos. Hoy, que fiándolo todo á la memoria, procedo á poner en limpio el borrador mental de CATORCE MESES EN CÉUTA, caigo en la cuenta de que, segun vulgar creencia, en todo libro hay algo bueno; y para que no marre la regla, me he dicho en soliloquio de los más íntimos:—«Lo primero, es poner al frente de estas páginas el nombre de don Antonio, para que proteja la empresa en lo que tiene de literaria; y lo segundo es pedirle al estadista, al hombre de Gobierno, que dedique un rasgo de su poderosa iniciativa al sistema correccional vigente en España.—Con plausible tezon, se exige á todos los Gobiernos que «hagan escuadra», en las eventualidades de una guerra, y como medio de mantener, y fomentar, si posible fuera, nuestro decadente poder colonial; pero la marina española, muy digna, por otra parte, de un gran esfuerzo nacional, responde á la idea de algo contingente ó futuro, mientras la correccion de los de-

lincuentes es una necesidad del momento, que se agrava y hace mas imperiosa cada vez que sale el sol.—La guerra, á fuer de revulsivo, nos daría súbitas energías y medios sobrados de salir con honra del empeño; pero los presidios tal y como están instalados y constituidos, son otras tantas úlceras colosales que devoran rápidamente el organismo social.—Hay que verlos, mi Sr. D. Antonio, como yo los he visto, para comprender cuanto es su influjo en la masa mas considerable del país, la masa ineducada y misera, víctima de la crudeza de todas las pasiones, y espoleada por todos los apetitos, y adquirir á la postre el triste convencimiento de que una sociedad, como un individuo, puede morir de reabsorcion purulenta.—¿Por que crece la criminalidad, mientras el crecimiento de la poblacion es casi nulo?—Por que las penas no corrigen, ni mortifican siquiera; por que el presidio, una vez hecho el aprendizaje, es preferible á la vida insegura de una libertad pobre, y resulta cómodo y aun apetecible.—De este modo, la reincidencia abre un porvenir al reincidente, que no vacila en volver á vivir libre, rico y corrompido, dentro del presidio, mientras en la sociedad se sentiria molesto y privado de los socorridos medios de produccion que existen en esas casas grandes, casi todas ellas an-

tiguos conventos, donde están instaladas las penitenciarias de España, tan ajenas á toda idea de espiacion y penitencia.—Si Vd., Sr. D. Antonio, estimulado por mi ruego, y despues de leer estas páginas, quisiera llevar á cabo la que pudiera llamarse «revolucion correccional» sustituyendo al sistema que rige el sistema celular con toda su dureza—que el cauterio no debe tener piedad—ejecutaria accion meritoria por todo extremo, y otorgaría á su país el mayor beneficio que haya podido otorgarle. hombre alguno de gobierno en el medio siglo que llevamos de vida parlamentaria.—Esto, así enjaretádo—dije para mi capote—será lo bueno que tenga este libro;»—y ya dicho, sólo me resta esperar á que Vd. sea de nuevo poder y esté en condiciones de decidir si debe ó nó hacer caso de un memorial tan desaliñado, y de un memorialista tan á la buena de Dios como el que le besa las manos, y se repite á su devocion atento y cariñoso S. S. y amigo,

Juan J. Belosillas.

25 de Agosto de 1886.

ANTES DE EMPEZAR.

Cuando la Guardia civil llama todos los viérnes—día nefasto—á las puertas de nuestras cárceles y extrae lo mas escojido del mundo criminal, la *hig life* del brigantismo, la *crema* de los rematados, para conducirlos por tránsitos al primer establecimiento penal de España, al renombrado presidio de Céuta, las madres y las mujeres de esos desgraciados que constituyen los sedimentos sociales, lloran á lágrima viva por la suerte futura del recluso á quien ven incessantemente azotado por la crueldad del

cabo de vara, demacrado por el hambre, y sometido, por una eternidad, al tiránico imperio de los remordimientos.

Siendo España el país de las lamentables equivocaciones, no conozco otra de más bulto que esa de considerar perdido al confinado, cuando, en puridad, su dicha empieza á las puertas mismas del presidio, que es el oasis en la soledad desierta del crimen, el bienestar, el *confort*, y acaso la celebridad, si una fuga feliz y atrevida, un nuevo homicidio, ú otra heroicidad de este jaez, hacen sudar las prensas pasando de las efemérides del establecimiento á la gacetilla de los periódicos.

Los ministros de la Gobernacion que se han sucedido en España desde principios del siglo, han revoloteado indecisos en torno del complicado problema penitenciario, y desde aquel que dispuso que los penados rezaran el rosario todos los dias, hasta el que suprimió los capellanes, para sustituirlos con maestros de escuela, todos han dado su pincelada á la forma, pero ninguno se ha atrevido á mirar á la esfinge cara á cara.

Unas veces, se llama contadores á los antiguos mayores; otras, se les apellida inspectores; y con tanto alterar el cosido de la prenda, consiguen inutilizarla, pero no logran ponerla de moda; porque lo defectuoso de nuestras penitenciarias no está en la orga-

nizacion de su personal administrativo y directriz, sino en la falta de seguridad de los establecimientos, en su insalubridad, en el régimen y disciplina que se usan en el interior, hasta tal punto viciosos, que los confinados gozan de la misma libertad que los ciudadanos sin interdiccion civil.

Hace poco tiempo que funciona en Madrid una carcel-modelo, por ese privilegio de que goza la capital del Reino; pero los demás establecimientos penales, seguirán siendo perfectamente inútiles para el uso á que se les destina, y su poblacion penal seguirá viviendo en la Capua del crimen, rica, armada, y siempre ébria.

Las buenas gentes que pagan sus contribuciones con exactitud digna de la estatua, no saben lo que es el presidio. Saben, sí, que el homicida reincide apenas acaba de soltar un grillete, que no ha llevado nunca; ven como el falsario refina sus artes reprobadas; se aperciben de que el caco de pañuelos asciende á secuestrador de personas adineradas; pero ignoran la razon eficiente de estos progresos abominables.

Al fin caritativo de acabar con esta ignorancia, se destina el presente libro. No espere el lector, sin embargo, atildados discursos preñados de soluciones; voy á narrar, sencillamente, una vecindad de catorce me-

ses en esa Babilonia del presidio de Céuta; sin escursiones por el campo de las ciencias morales y políticas, porque la edicion no se vendería y eso equivale á la cadena perpétua para el que escribe libros en un país donde casi nadie sabe leer.

Esta obra puede llamarse semi subjetiva, y semi objetiva en el lenguaje abstruso de la filosofía moderna. Tiene por fin principal, que el mismo lector vaya cayendo en la cuenta de lo que es el presidio de Céuta y ádivinando lo que serán los demás, cuando de tal guisa anda el mas importante de todos ellos; y sirve, de paso, para que un espíritu observador á medias—sinó parece inmodesto el concepto que de mí mismo he formado—cuente en prosa, lisa y llana, sus impresiones mas íntimas.

No he de decidirme en el curso de mis narraciones, por un sistema absoluto, ni por los castigos corporales; por el trabajo forzado, ni por el retribuido. Para hacer, de un modo terminante, afirmaciones de tanta monta, no son suficientes los *catorce meses* de mi residencia en la primera colonia penitenciaria española. Basta sí, á mi propósito, qué, despues de leído este libro, al cual darán prestado interés algunas narraciones de tipos, sucesos, y costumbres del presidio, sienta todo el mundo el convencimiento unánime de la necesidad en que

estamos de mejorar, á todo trance, un sistema penitenciario que, merced á sus defectos, es fuente copiosa de donde brota la reincidencia, y causa primera de que el bandolerismo haya llegado á afectar en nuestros dias la forma y los caracteres todos de una plaga inextinguible.

Cuando el lector haya terminado su tarea, comprenderá mejor esos sueltos de periódicos en que se dá cuenta del asalto de un tren, de una estafa por los procedimientos del *timo* ó del *entierro* y de tanta y tanta aventura criminal como se intenta, y ven coronada por el éxito sus autores, apesar de la Guardia civil y apesar del esfuerzo persistente y honrado de todos los gobiernos.

Ahora, no me resta mas que demandar, humilde, la mayor suma posible de benevolencia, recomendándome sinceramente á la consideracion del público, supremo juez que dá y quita las reputaciones, que absuelve ó condena, y que lleva siempre razon cuando juzga obras por las cuales ha pagado, previamente, su dinero.

I.

Yo.—El viaje.—Gibraltar de noche.—Céuta desde el mar.—Por asalto.

Desde mi mas tierna edad—como dicen todos los que dejan escritas de propio puño y letra sus biografías—mostré censurables inclinaciones literarias.

Si ayer escribí para el público en las columnas de un diario político, hoy me abrazo en fuego erótico en las melosas planas de un semanario de literatura; y así, rodando de imprenta en imprenta, he pasado los verdes de años mi juventud, sin cosechar dos reales de procedencia genuinamente olímpica, sin relaciones con el Parnaso, es verdad, pero tratando en cambio á las nueve

hermanas de un modo feroz, sin mentar los ratos amargos que mi prosa ha dado á los gloriosos padres de la lengua.

Por otra parte, los hábitos apacibles de mi carácter, mi crasitud, mis gustos eminentemente pacíficos, eran otros tantos obstáculos insuperables que me constituían, entre todos los españoles, en el menos apropiado para servir en establecimientos penales; razón por la cual, el ministro me nombró, en Abril de 1873, ayudante primero, inspector de trabajos del presidio de Céuta, con un sueldo de 8.000 reales.

Yo recibí la credencial con cierto júbilo mezclado de terror. Mis enemigos se divirtieron en hacerme epigramas. Uno de mis satirizados, dió en decir que habia providencia, por cuanto al fin me veia camino de Céuta; y yo, creyendo que acaso tendria razón, sin mas reflexiones, una mañana que la milicia no se levantó con las narices hinchadas y era posible el tránsito por las calles de Málaga, tomé pasaje abordo del *Adriano* y me dispuse á salir del puerto, alegre como el pájaro que se escapa, pero triste como el hombre que se resigna á vivir encerrado.

Trepidó el vapor; el silbato dió al aire sus furiosos aullidos; las aguas hirvieron azotadas por las inmensas ruedas, y á poco la Farola, perdiéndose en las brumas del lejano horizonte, y las casas, desapareciendo borradas como figuras colosales de una pi-

zarra, cortaron toda relacion entre la ciudad y el barco.

El *Adriano* seguia las curvas y ondulaciones de la playa.

Azotada de proa por un fuerte Poniente, la vieja nave continuaba fatigosamente su marcha, cabeceando de un modo horrible.

El viento y la mar adversos, encontraban en la mole panzuda del *Adriano* donde cebarse, y lo empujaban hácia atras, como si quisieran impedirle el acceso al Estrecho. Pero el buque cruja, semejando gemidos el estallar de sus maderas; azotaba las aguas con las pesadas y antiquísimas ruedas, é iba avante poco á poco, como hacen su camino los hombres tenaces y resueltos.

Esta lucha con Eolo y Neptuno, nos hacia ir mas cerca de tierra para buscar el abrigo de la costa, y de ello resultaba mas fácil la admiracion del paisaje encantador que surgúa lentamente ante la cansada proa del barco. En cambio, los pasajeros no tenían hueso sano, y habian arrojado de sus oficinas gástricas todos los elementos morbosos que pudieran contener.

En el *Adriano* viajaba en revuelta confusion, la miscelánea mas abigarrada posible. Llevábamos á bordo, al comandante general del Campo de Gibraltar, célebre en España por su valor y sus calaveradas y por haber sido ayudante de Prim; á un padre capellan, como yo destinado al presidio de

Céuta, y que iba inconsolable porque la milicia republicana le habia desposeído en Málaga de una linda escopeta, juzgando acaso que no la necesitaba para su ministerio espiritual; á un industrial muy conocido en Málaga, que iba á Algeciras á negocios propios; y á varias docenas de contrabandistas y *jaramperas* que se disponían á aprovechar la libertad de comercio introduciendo ó preparando los grandes *alijos* que por entonces se hacían á toda luz y sin recato.

El general, francés de nacimiento, aunque naturalizado en España—y con esto digo quien era sin nombrarlo—tenía un genio endemoniado, aunque le oí afirmar repetidamente sus sentimientos liberales; y cada vez que un pasajero *cambiaba la peseta* entre convulsiones y bascas, amenizaba él la operación con juramentos en francés y otras demostraciones de furor, esmaltadas de ternos secos en *caló* español; pero como el mareo es superior á la ordenanza, el General D... tuvo que resignarse y tolerar que vomitasen en su presencia.

Las *jaramperas* copeaban con los contrabandistas de alto copete, y se ponían de acuerdo sobre la marcha del negocio, ó sobre el modo de engañar al judío calpense en cuya tienda se proponían hacer sus compras.

El industrial malagueño, hombre de una mole inmensa, después de haberse comido algunas docenas de huevos duros, se sintió

acometido del mareo, y devolvió á la mar lo que era producto exclusivo de la tierra, salpicando de paso al General D... que le llamó democráticamente *cochon*, cayendo por fin sin sentido en cubierta, para rodar sobre ella siguiendo el caprichoso bailoteo del barco, como una pipa que se zafa de sus trincas. Por fin, metieronle unos calzos, y quedó fijo en un punto, inerte y hueco.

Amigo yo del mar, respetóme el mareo, y pude apreciar todos los encantos de una singladura hecha á pocos cables de la playa, casi á la orilla de los caminos vecinales, casi al habla de los caserios, que al borde de las espumas mediterráneas y cubiertos de espesas y trepadoras parras, semejaban estaciones elegidas por las sirenas para secarse al sol andaluz sus cabelleras sembradas de flores de coral é irizadas algas.

Poco á poco, los pueblecitos de la costa, semejantes á palomas cansadas, prontas á estender de nuevo las níveas alas, se quedaron atrás y surgió ante nuestra proa un picacho siniestro y antipático: era el odiado Calpe.

En este momento solemne,—juran y perjuran sérios y concienzudos publicistas,—todo rostro español se colorea con las encendidas tintas de la vergüenza. Abordo no habia espejo, pero presumo que, como soy vulgo, y el vulgo no alcanza esas metafísicas, yo permanecí de mi color habitual. Y luego tiene uno tanto *inglés* tierra adentro, que ya se

ha acostumbrado á tratar con desden á los del litoral...!

Doblamos la punta de Europa bajo los cañones que el leopardo y el unicormio protejen con sus garras. Una falúa de vapor atracó al costado del *Adriano* y despues de convencerse los señores que la tripulaban de que todos estabamos relativamente sanos, pasajeros pacíficos, contrabandistas de rango, *jaramperas* y mochileros, mozas de partido y demás gente ordinaria, pusimos piés en tierra á tiempo que la voz brutal de un cañon cargado hasta la boca, nos advertia que Gibraltar iba á cerrar sus repugnantes fauces, por donde han pasado y pasan todos los bribones de la cristiandad.

Gibraltar de noche, es verdaderamente insoportable. A la natural trísteza de aquellas estrechas calles, débilmente alumbradas, hay que añadir el tormento de las destempladas murgas militares tocando retreta, las rudas blasfemias de los soldados ébrios, y el son acompasado de los pasos de las patrullas, que parecen figuras de un teatro mecánico.

Quién ha visto nuestras ciudades, á esa hora en que las luces de gas brillan en todos los escaparates; quien recuerda las noches de Sevilla, Madrid, Cádiz ó Barcelona, con sus mujeres bonitas y elegantes, con su gentío inmenso, vario, que bulle y habla haciendo un ruido igual al de cien rios debordados, no puede pasar tres noches en

Gibraltar sin enfermar de ictericia. ¡Qué desconsoladora tristeza! ¡Qué soledad! ¡Y sobre todo, que zalagardas de chirimias, gaitas y bombo, con acompañamiento de platillos!

De Gibraltar ha hablado todo el mundo, y esta circunstancia me redime del trabajo penoso de describir á Gibraltar. Hago, pues, gracia al lector, de la rapacidad de los juicios, del aspecto pesadamente elegante de los soldados ingleses, de los ciclópeos *police-men*, de los rostros patibularios de los contrabandistas y refugiados españoles, y doy con el lector y con mi persona, en el pailebot correo de Cèuta, que nos espera anclado en la bahia de Algeciras, á donde nos conduce un vapor por la módica suma de cinco reales.

Como todo lo que está al servicio del público en esta España feliz é independiente un dia, el buque destinado á conducir la correspondencia, penados, funcionarios y pasajeros, entre Algeciras y Céuta, no podia ser peor en 1873 (1). Sobre su mal segura cubierta, la brava compañía de mar que lo tripulaba, exponía su vida con estoicismo digno de mejor objeto y hallaba el pasajero ocasion propicia de ponerse perdido, en fuerza de llevar *rociones*, y la correspondencia pública motivo sobrado para llegar patrióti-

(1) Hoy prestan este servicio dos vapores de hierro á hélice y lo desempeñan con bastante regularidad.

camente ininteligible á poder de los destinatarios.

Por fin, un repentino estremecimiento del buque me arrancó de estas filosofías. Las remendadas velas se hincharon al soplo nada suave del Poniente y el pailebot, medio sumergido por su banda de sotavento, salió del inmenso seno líquido que forman las bahías de Gibraltar y de Algeciras. A los quince minutos bogabamos en pleno Estrecho.

Las aguas del Océano, impedidas por el fuerte viento del Oeste, rodaban rápidas con direccion á las costas malagueñas. De vez en cuando, el pailebot crujía. Un poeta que iba á bordo, aseguraba que la velera embarcacion hacía coro á los rugidos del mar devolviéndole sus injurias, pero yo puedo jurar al lector que el pailebot se reía del ministro, que aún le tenia en el agua, con esa risa cascada de las viejas, que suele llevarse en sus esfuerzos parte de la dentadura.

Poco á poco fué levantándose sobre los espumosos picachos de las olas, una costa pintada á fajas verdes y blancas. Era Céuta, que se subia á las gradas de su anfiteatro para ver mejor el espectáculo de la furiosa corriente que se escapa á lo largo de sus playas, con el fin siniestro de embravecer las mansas aguas del Mediterráneo. Una inmensa mole amarilla, matizada por el verde oscuro de los pinos, apareció á la izquierda de Cèuta, mientras que á la derecha las pri-

méras estribaciones del Atlas, encerraban la ciudad en una cintura de montañas, como si supieran lo mucho que tiene que guardar la antigua colonia portuguesa.

Cuando el viajero se acerca á Céuta por mar, empieza por no creer que se dirige á la ciudad de los forzados. Es tan risueño el aspecto de Céuta; son tan graciosas aquellas casitas asomándose por encima de los árboles que pueblan sus jardines; hay tan gráfico sello de felicidad en la cara siempre joven de Céuta vista desde el mar, que el ánimo acaba por creer imposible que detrás de todo aquel aparato de alegría, viva el mísero presidiario con su gorro descolorido sobre la cabeza y una inmensa balumba de crímenes sobre la conciencia.

En el istmo que une el monte Hacho al continente africano, está emplazada la ciudad de Céuta. Nada mas accidentado que sus calles; nada mas cómodo que su caserío confortable, ventilado y alegre; nadie mas amable y culto que sus pobladores; y sin embargo, Céuta es una manzana de brillantes colores, eso sí, pero tan extremadamente ácida que no hay paladar que la resista; salvo aquellos casos en que la nómina mitiga estos rigores, endulzando muy remarcablemente su sabor moral.

Mientras estas ideas—y perdonen ustedes la soberbia—acudian á mi cerebro atraídas por las indisputables bellezas panorámicas de Céuta, el pailebot llegó á pocas brazas

del muelle. Arrojó al mar, no sé si una piedra ó un anclote; las velas, rendidas de tanto ser azotadas por un viento tenáz, colgaban inertes sujetas á los pequeños mástiles de la modesta nave; y allá, en tierra, una multitud curiosa aguardaba la llegada del correo, mensajero patriota, que tiene la sagrada mision de ir todos los dias á buscar noticias frescas de la madre España.

Aparté, pues, mis ojos del risueño anfiteatro; me despedí hasta la vista del empinado y siniestro Hacho, y salté decididamente á tierra.

Colon besó la indiana playa cuando por vez primera la hirió con su planta; yo me contenté con buscar un punto accesible para llegar á la ciudad, porque una vez sobre el muelle, comprendí que Céuta es original, hasta en la manera de decir al viajero ¡pase usted adelante!

Al cabo, ví una escalera labrada en corazon de la muralla y me lancé á ella; porque en Céuta se entra como entró en Roma el condestable de Borbon: por asalto.

Bien es verdad, que no siempre se pierde la vida en tan recia faena.

II.

Continúa el fuego.—Inquisición de orden público.—La Fonda italiana.—El brigadier Keller.—La ciudad por dentro.

Apenas escalé el puente que une la ciudad nueva á la vieja, otro cañonazo, como el que casi á boca de jarro me dispararon en Gibraltar, hizo temblar los cristales de las casas mas próximas.

Los enmohecidos cerrojos de las ferradas puertas, rechinaron en sus argollas; se alzaron con estrépito los puentes levadizos, y Céuta se encerró en su recinto fortificado, como se encierra la tortuga en su coraza.

Decididamente, las salvas me persiguen

con su augurio bélico y nada tranquilizador: cañonazo en Gibraltar, cañonazo en Céuta; yo he de recibir honores capitolínos, andando el tiempo.

Así discurría mi pobre cabeza, mientras el dócil cuerpo seguía á la multitud de pasajeros que conmigo escalaron el Olimpo africano, hasta que una parada en firme de los que me precedían, me hizo volver al mundo de los hechos.

Habíamos llegado á la cancerbería oficial de Céuta.

En una sala súcia, chica, pobre, desmantelada, un hombrecillo escudriñaba los pasaportes y.... se quedaba con ellos, como diciendo: usted es sospechoso, pero me conviene.

No me he podido explicar nunca, el porqué de aquella vejatoria requisa. Comprendo que el ojo de la policía ande muy avizor cuando se trata de salir de Céuta; pero no me explico que se pongan trabas al ciudadano pacífico que, voluntariamente, entrega su cuerpo, libre de toda condena, á los martirios de la vida del presidio. Tal vez, como el uso de antaño y el de ogaño, prescriben en este país bendito de las cosas irritantes, que se moleste á todo el mundo, la policía de Céuta olfatea á los viajeros sin ánimo de morder, pero con propósito de asustar.

El bueno del magistrado (sic) nos despidió á los pocos minutos con un ademan lle-

no de magestad.... de órden público, y cada quisque buscó alojamiento; ó á lo ménos, le busqué yo, y le encontré al cabo, en la *Fonda italiana* único ejemplar habitable en todo Céuta.

Reposaron al fin los zarandeados chismes de mi equipaje en un cuarto modesto, eso sí, pero ventilado; y me entregué à las dulzuras de la mesa, con recelo al principio, porque lo de *italiana* me hizo sospechar que quizá se abusaría de las pastas, pero con fruicion al fin, porque comí bien, bastante bien, mucho mejor de lo que merecia mi condicion de penado distinguido.

¿Se ofenderán ustedes si les aseguro que dormí con beatífica tranquilidad un sueño de doce horas? Pues bien, no rebajo un minuto; doce fueron, y en verdad que las necesitaba todas para que volviesen á su ser y estado mis frágiles huesos cascados por una navegacion que haria honor á Sebastian Elcano.

Muy entrado el dia, la voluntad llamó á las puertas del sueño, y desperté.

La fonda se presentó entonces á mis ojos tal como era.

En la cocina, un corpulento negro, que brillaba como si le acabasen de barnizar, movia las cacerolas y daba voces descompasadas. Un paciente chino, mondaba patatas, pulcra, primorosa, artisticamente, como lo hacen todo los chinos. Un sol, mas brillante aun que el sol que tuesta las arenas

de nuestras playas, inundaba todo el paisaje que por las abiertas ventanas se veía, y un olor penetrante, pero agradable, como si las calles estuviesen cubiertas de violetas, saturaba la atmósfera.

Céuta me gustó en traje de mañana. Sin querer, recordaba yo las plácidas caricias que la primavera prodiga á esta Málaga hija predilecta de la Naturaleza, y en presencia de aquel cielo africano que centellea, de aquella mar inquieta que corre siempre bramadora, de aquellos arbustos jamás marchitos, y de aquellas flores eternamente olorosas, me sentí un tantico humillado.

Afortunadamente, el almuerzo me recordó que en el Paraíso tambien se siente apetito, y tomé plaza en el comedor y en la mesa.

En frente de mí, un militar canoso trinchaba con aire marcial unas chuletas de honrada procedencia. Mas allá, otro uniforme comia tambien, muy bizarramente por cierto. A mi lado, dos militares saboreaban el chocolate. En el testero de la mesa, otro hijo de Marte comia y hablaba. Solo yo me atrevía á manifestarme allí todo lo paisano que puede ser un hombre que ha sido miliciano en su tierra. Seguí, no obstante, el ejemplo de mis compañeros de *armas*, y comí como yo sabia hacerlo por entonces: mucho... pero á prisa.

Ardieron los cigarros. Las primeras nubes de oloroso humo, rompieron el encanto, y la

conversacion se hizo general. Al poco rato mis comensales lo sabian todo: yo era de Málaga, periodista de oficio, y me habian empleado en el presidio. Ellos eran funcionarios públicos, liberales, pero hombres de orden; amigos del gobierno, pero los excesos de la demagogia les ponian de mal aguaje.

¡Otro cañonazo!

En Céuta, todas las horas solemnes las saluda el cañon con su voz de titán enronquecido. Cañonazo, cuando el alba deja ver por el horizonte los primeros rizos de su encendida cabellera. Idem, cuando el Sol, en la plenitud de su vida de un dia, pasa por el meridiano. Y cañonazo, cuando se encienden los celajes y muere Apolo en brazos de sus eternas queridas las flotantes nubes. Es decir, cañonazo perpétuo, venga ó no á pelo. De aquí ha salido, sin duda, aquel adagio de: gastar la pólvora en salvas.

Así como en todas las iglesias la primera genuflexion es para el altar mayor, en Céuta la primera visita es para el comandante general.

Impulsado por esta etiqueta legendaria, corrí al palacio de la primera autoridad, dí mi nombre, me hice anunciar, y ¡caso extraño y raro! sin hacer antesala, sin doblar la rebelde espina, fuí recibido por el brigadier Keller, que á la zazon mandaba en Céuta.

A esta feliz coincidencia debo, sin duda,

el haber entrado con buen pié en la ciudad. El brigadier Keller, bizarro militar y cumplido caballero, antiguo contertulio de mi tia Ana (q. e. p. e.)—una coronela de la guardia real cortada por el clásico patron de las antiguas militares,—reconocio mi nombre en las listas que el Argos policiaco formara de los pasajeros llegados la noche antes, y tendiéndome una mano de amigo, rompió, quizá por primera vez, el ritual que separa al gobernador de Céuta del resto de los mortales.

Con la satisfaccion pintada en el bardudo rostro, calado el popular sombrero hongo con cierta coquetería, propia del hombre satisfecho, me dediqué á una faena española y esencialmente malagueña: me dediqué á hacer tiempo, mientras llegaba la hora de tomar posesion de mi *prebenda*, como decia un bohemio grande amigo mio, cada vez que se acordaba de los 8.000 reales del sueldo.

Céuta tiene sus pujos de artística y monumental. El famoso cuartel del Valle, uno de los primeros edificios militares de España; el templo de nuestra Señora de Africa; las maestranzas de ingenieros y artillería; el hospital militar, que socorre tambien á los paisanos; la iglesia de San Francisco; el edificio destinado á intendencia y administracion de Hacienda pública; y sobre todo, el palacio del comandante general, son buenas pruebas de ello. Particularmente es-

te último edificio, es envidia de cuantos ejercen mandos militares en España, con sus jardines espaciosos y bien cultivados, su salon régio, sus habitaciones lujosas y sus oficinas inmensas. Una nube de sirvientes, que el gobernador disfruta gratis, cuida de la conservacion del precioso santuario, dónde, casi fanáticamente, se venera la sagrada persona de quien es señor de vidas en Céuta.

A su tiempo, conocerá el lector, íntimamente, el palacio y sus huéspedes. Ahora le toca á Céuta urbana, que es en verdad muy limpia, salvo pequeños trozos refractarios á toda policía.

Como la poblacion vive rodeada de murallas formidables, no puede ensancharse. Afortunadamente, las construcciones de nuevas viviendas son muy raras, debiéndose á este hecho el *statu quo* en que se mantiene la poblacion; pero si en Céuta se iniciara un gran movimiento ascendente en el número de sus habitantes, la salubridad habria de resentirse en seguida, porque todo el terreno de que se puede disponer está edificado.

Una gran vía atraviesa la ciudad de Oeste á Este. Las vertientes que corren de Norte á Sur, donde sitúan las calles menos importantes, son empinadas, de molesto tránsito, pero alegres, ventiladas, llenas siempre de luz y de tibios vapores del mar. La ciudad vieja, es, por el contrario, menos

accidentada, pero en cambio tiene cierto sello de tristeza, de que carece el resto de Céuta, situado mas acá del puente de Barcas.

Céuta se parece mucho á San Fernando. Las mismas grandes rejas, las mismas persianas, los mismos uniformes en las calles y la misma tranquilidad, porque en uno y otro pueblo es casi desconocido el uso de los coches.

De vez en cuando, atraviesa la vía pública un penado. Léjos de prestar lobreguéz al cuadro, le añade cierta alegría, porque el presidiario recorre completamente libre las calles de Céuta, fumando buen tabaco,—que le hay muy excelente,—ó cantando, á media voz, alguna copla de la tierra.

Harapientos moros y moras concurren al mercado á vender, en precios fabulosamente baratos, perdices y conejos, huevos y gallinas y alguna que otra res vacuna; en flagrante estado de tisis. Hé aquí, en cuatro renglones, la estadística toda del comercio moro.

No obstante la poca estension del área de Céuta, tambien está dividida en barrios. El de la Cigarra—llamado sin duda así por la exajerada locuacidad de sus mujeres, que dia y noche gritan sin cansarse—es el menos limpio; pero el sol y las brisas del mar, que tienen declarada guerra á las enfermedades, le conservan, casi á la fuerza, en un estado higiènico muy tolerable.

Una circunstancia: en Céuta nadie im-

plora la caridad pública. Los que parecen pobres de toda pobreza, los confinados, son mucho mas ricos de lo que piensa el vulgo compasivo. Los moros y judíos viven dedicados al comercio y son personas acaudaladas. Los nativos ó indígenas, poseen bienes raices, industrias ó empleos y lo pasan bien, pensando piadosamente.

No he podido comprobar si en Céuta se trabaja, pero si alguien se gana allí el pan con el sudor de su frente, debe ser un hereje de siete suelas, porque en Céuta siempre es domingo.

Los judíos, cierran sus tiendas el sábado. Los cristianos, celebran escrupulosamente todas las fiestas civiles y religiosas de que está plagado el calendario español. Y los moros, que cada semana tienen una pascua y cada pascua ocho dias de regocijo teológico, completan el cuadro de la holganza en aquel pedazo de tierra africana.

No es, apesar de esta frecuente clausura de los establecimientos públicos, un pueblo triste Céuta. En sus calles hay animacion, vida, alegría. De noche, la reducida plaza de los Reyes se puebla de mujeres bonitas á quienes la luz indecisa de los reverberos añade todos los atractivos del misterio; y allí, entre las bocanadas de la brisa que llega del mar ó que viene del campo y los acordes de una banda militar, se pasan horas muy agradables.

La calle Real es la obra maestra entre todas las vías de Céuta. En el trozo comprendido desde el *Casino africano* al Hospital militar, se han esmerado los empedradores y el suelo es un jardín de aclimatación donde fielmente se representan, con guijarros blancos y negros, los animales de la fauna de todas las zonas. Las casas enclavadas en la calle Real, tienen cancelas casi todas. Se puede decir que el mundo elegante y acaudalado de Céuta, vive en la calle Real, que por otra parte, como todas las calles Reales de España, suele cambiar de nombre, apenas la milicia nacional enseña sus kepis de encendida grana.

No trato de adular á la población de Céuta; pero el lector puede creer, á ojos cerrados, que la ciudad de los presos es alegre, culta, aseada, sana y agradable. Acaso la ley de la antítesis, que tan tirano imperio ejerce en España, esa ley que eleva al gobierno á todas las nulidades y otorga cada año por Navidad los favores de la Lotería á quien menos los necesita, ha hecho, de lo que debería ser mansion triste del dolor y pueblo dantesco, un nido agradable para esta eterna ave de paso que se llama hombre.

Y si usted, lector, no me cree por mi palabra, fácil le será robustecer mi testimonio con testigos abonados; porque á Céuta han ido, irán, ó deben ir, las cuatro quintas partes de los españoles de ogaño.

III.

La toma de posesion.—El cuartel principal.
—Filosofía y rancho.—Los cachivaches
de antaño.



Quando se entra por primera vez en el cuartel Principal del presidio de Cénta, si es usted empleado del ramo, lo primero que oye de boca del *cicerone* que vá á ser su hilo de Ariadna en aquel Dédalo del crimen, es esta noticia de mal agüero:

—Allí estuvo—y señala al umbral de la desvencijada puerta—la mano de un preso que asesinó al comandante en el momento de agacharse para probar el rancho.

El ánimo se sobrecoje con tan infausto precedente y no hay varon, por esforzado

que sea, que no sienta instintivo horror al rancho, á los presos y al cuartel, donde así vive almacenada la muerte.

Como el gimnasta se recoje sobre los resortes de acero de sus músculos, para dar el salto mortal, la trecha suprema, así llamé yo al arma toda mi energía moral, para franquear el estrecho postigo que dá acceso á ese mundo tan grande que llaman patio del presidio.

Si fuera posible sustituir el sulfúreo ambiente del Infierno por la atmósfera asquerosa de los pasillos que atravesé antes de llegar á la caverna donde rugía el mónstruo, la mansion demoniaca sería entónces verdaderamente terrible.

Al fin dí con mis huesos en el patio.

Una corneta, de son destempladamente apocalíptico, habia convocado en aquel inmenso cuadrado, que limitan altas tapias coronadas de centinelas, á todos los pobladores de la ciudad de los muertos que andan.

Pasaban de ochocientos los hombres que eran á la vez testigos de mi miedo y causa de mi asombro. De piè, en formacion correcta, por brigadas, pero sin esa elegancia marcial del soldado, esperaban la solucion del problema que la corneta les habia propuesto.

Sonó otro toque; el de atencion. Todas las cabezas se descubrieron y un preso versado en los misterios del abecedario, dió lectura al decreto de mí nombramiento, que

aquellas estátuas oyeron sin conmoverse, y me pareció muy natural.

De pronto, el clarín ejecutó unas variaciones totalmente nuevas para mí y las brigadas se abrieron en dos estensas filas, que tuve la heroica necesidad de recorrer en todas direcciones.

Nuevos alardes de la corneta. Ahora se forman ocho ó diez grandes círculos y en el centro de cada uno, colosal olla, rebozando una materia gris, tan repulsiva á la vista como al olfato, invita á la mesa á los penados.

El comandante se aproxima á un círculo, y olvidando, tal vez, la balada de aquel su antecesor que halló la muerte en idéntica ocasion, se inclina y pruebla el rancho. Estuve por tirarle de la levita, repitiendo el hecho de la Fortuna que despertó al insensato á dos pasos de la muerte, pero así como el jaramaño toro se crece á medida que le castiga la nervuda mano del ginete, yo acabé por despreciar la muerte, é inclinándome tambien... ¡probé el rancho!

Verdad es que no me asesinó nadie; pero estuve á dos pasos de la eternidad. ¡Tan malo era aquel potage, amasado con lágrimas y sangre!

Tal fué mi bautismo de... grasa. Mi vista se fijaba ya con tenacidad en aquellos rostros patibularios, queriendo leer en cada pupila toda una Iliada de crímenes; y sin mas armas que un junquillo, sumamente delga-

do, que agitaba en todas direcciones, como haciendo alarde mi inofensividad, recorrí el cuartel con gran detenimiento.

En el ala de la derecha, conforme se entra, están situadas las cuadras ó dormitorios. Teóricamente, cada departamento de estos lo debía habitar una brigada compuesta de penados que sufren idénticas condenas, y proceden de provincias afines; pero no se observa en esto, ni en la formación de las brigadas, el orden y clasificación tan recomendados por los tratadistas.

Valencianos y aragoneses, es decir, la dobléz y la terquedad, viven bajo el mismo techo. Homicidas simples y asesinos calificados, duermen, á veces, en un mismo petate. Reclusos perpétuos y presidiarios temporales, viven en comun, y juntos pasean libres por la población. Esta anarquía, no puede menos de producir desastrosos efectos en la población penal, porque el roce diario del condenado á cadena perpétua con el que solamente tiene que extinguir una pena de ocho años,—espacio breve donde existen seres que necesitarían tres y cuatro existencias para saldar sus cuentas con el presidio,—determina siempre un grave mal para el orden dentro del establecimiento, para la disciplina y para el penado mismo. No hay desafuero que no se permita el que no ha de volver al seno de la sociedad. En Céuta, los penados á perpetuidad dan su contingente para esa di-

nastía de héroes siniestros que se llaman *guapos*. La fuga es su pensamiento constante, y la reincidencia cosa en ellos tan fácil y llana, como es la operacion de mudarse de camisa para cualquier persona pudiente y aseada. Si un régimen vicioso expone la parte sana del presidio á los peligros de una vida comun con la parte gangrenosa, se dará el caso,—como se viene dando indefectiblemente desde que hay penales en España,—de ser irredimible el delincuente, por el solo hecho de haber ingresado en tales casas de correccion.

Por el contrario, el sistema de clasificaciones daría en lo posible excelentes resultados. Agrupados los presos de idénticas condenas, de provincias hermanas y de delitos similares, la vida sería para ellos mas fácil y grata; las afecciones brotarían sin esfuerzo y la esperanza de obtener la anhelada licencia sostendría á buena altura el nivel de la disciplina y del orden; porque hemos de conocer que nadie tan interesado como el mismo preso en hacer mas soportable su situacion y en no alejar el momento feliz de la libertad. (1)

No concibo edificio menos apropiado para establecimiento penal, que el Cuartel

(1) Entiendase que hablo con relacion al sistema vigente, pues planteado el sistema celular, serian ociosas mis recomendaciones en este punto y en otros que critico.—*Nota bene.*

Principal de Céuta. Las cuadras ó dormitorios donde se alojan las brigadas, son lóbregas, húmedas, pestilentes, súcias por todo extremo. En su pavimento terrizo, esconde fácilmente el penado sus armas, los útiles que previene para la evasion, y los tarros de aguardiente, que, nuevas cajas de Pandora, siembran la muerte apenas se abren. Yo no me explico como es posible la vida en el presidio de Céuta. Tres mil hombres que no se lavan nunca, que no se asean jamás, que viven hacinados, deberían enjendrar la epidemia y propagarla á toda España.

Cada dormitorio tiene una gran ventana que dá al campo. Sus hierros, muy débiles y separados entre sí, permiten que por ellos se haga todo linaje de ilícito comercio, pues aun cuando al pié de cada reja hay un centinela, este centinela es otro forzado, pertenece al *Fijo* y tiene amistad con los presos, y con las mujeres de los presos mas particularmente. Además, durante la noche goza el presidiario de libertad absoluta para todo lo malo. Como dentro de la cuadra no pernocta otra autoridad que la del cabo de vara, tan confinado como el que mas, apenas se ha corrido el cerrojo empiezan las libaciones, los corrillos donde se concierta una fuga, los consejos magnos de donde sale la muerte de un enemigo, el plan de una estafa ó el proyecto de un robo. Falta personal que vigile de noche las ope-

raciones de los presos, y de ello se convencerá el lector cuando lleguemos al capítulo de *Las fugas*.

Un detalle que llamó poderosamente mi atención. A lo largo de los corredores cubiertos, que dan entrada á las cuadras, multitud de puestos ofrecían al transeunte pan, pescado frito, y aun otros comestibles de mayor delicadeza, tabaco y artículos diversos mas ó menos necesarios á la vida. Se conoce que el confinado desconfía de la cocina oficial y busca remedio á la deficiencia del rancho; de modo que á los inapetentes ó acaudalados, les es muy fácil comer *á la carta* en los *restaurantes* de aquellos lóbregos *boulevares*.

La cocina, lugar casi sagrado para los que conocemos las exigencias gástricas y sentimos la necesidad de estar de buenas con nuestro propio tirano, el estómago, es infernalmente asquerosa en el Cuartel Principal. Varios presos, grasientos sobre su suciedad habitual, manipulan el rancho que hierve en grandes ollas de hierro.

Cuando entré en la cocina creí que estaba en una almona, mejor que en oficina tan esencial. Luego he visto que el rancho condimentado en la gran olla se extrae de ella... ¡con cubetas! como si se tratara de la mezcla de arena y cal que se emplea en las edificaciones.

La barbería está situada en una salita, ba-

ja de techo, chica, irregular y siempre súcia. En la pared se ostenta el clásico navajero donde reposan las armas de que se vale el maestro para descañonar, y algo más, á su brava y numerosa parroquia. La prueba de que los confinados poseen, siempre que quieren, excelentes facas ó puñales, está en que nunca ejecutan robos de navajas de afeitar, que permanecen, con notorio abandono, al alcance de cualquier mano atrevida. Como el preso sabe que Gibraltar está enfrente y de allí le llegan enormes cuchillos, desprecia la mellada hoja y se contenta con que le *despiltrafe* una vez por semana.

Malo es en verdad el régimen que se observa en el presidio de Céuta, pero, con ser tan malo, la policía le dá quince y falta. Donde el desaseo haya alcanzado su mayor grado, donde la pestilencia tenga carta de naturaleza, donde las emanaciones palúdicas envenenen el aire y atraigan la muerte, á orillas del mortífero Ganges, padre del cólera morbo-asiático, se gozará de una salubridad envidiable, si nos acordamos del cuartel principal del presidio de Céuta. Las cloacas, establecidas en un extremo del pátio, despiden gasas fecales, tan penetrantes, que hacen llorar. Las cuadras, insuficientes á contener el número de penados á que dan albergue, aprestan sus factores malsanos y concluyen por dar tal densidad á la atmosfera que es muchas veces irrespirable. De

vez en cuando, la fiebre maligna hace su aparicion en el cuartel, y entónces, unas cuantas cubetas de agua la remojan un tanto pero no la extinguen. Si á estos detalles del órden interno, añadimos que á doscientos metros del cuartel, existen unas balsas llenas de agua estancada y capaces de contener centenares de miles de metros cúbicos. acabará de esplicarse el lector lo milagroso de que el penado viva en ese hacinamiento y en esa insalubridad.

Dos horas duró próximamente mi paseo. Habitudo á mirar sin espanto aquellos ceños torvos, no se echa de ver todo lo que de siniestra tiene la catadura del preso. Su mirada es vidriosa, intensa, pero poco brillante. No se ven unos carrillos sonrosados, ni una sonrisa sin cierta espresion dolorosa. De reojo al principio, frente á frente al fin, observé á la temible bestia que se paseaba despues de comer, produciendo un rumor sordo, apagado, tímido. De pronto un objeto llamó vivamente toda mi atencion. En un extremo del patio yacia abandonada y mohosa, como un inmenso muerto, una pieza de artillería, grande y pesada. El comandante acudió *incontinenti* á satisfacer mi curiosidad excitada. Aquel cañon caido, representaba todo un sistema penal. Sobre sus heladas espaldas sufría otras veces el presidiario la infamante pena de los azotes; pero la luz misteriosa de la libertad penetrando á duras penas en aquella casa de las

sombras, le habia hecho huir avergonzado, al rincon donde yo le hallé. El preso, familiarizado con su picota de otras veces, se sentaba ahora sobre ella con cierta familiaridad. No la conservaba ódio, pero creo que la despreciaba un tanto. Testifican los antiguos empleados y los antiguos presidiarios, que cuando se pegaba en el presidio, que cuando las faltas se corregian ejemplarmente con el palo, los delitos dentro del establecimiento eran mas raros y las insubordinaciones casi desconocidas. Despues me he convencido de esta verdad. Dada la situacion de nuestros presidios, donde no se purgan los delitos, ni se corrigen las costumbres de los delincuentes, el único castigo posible y fructuoso, es el castigo corporal; esa receta que rebaja mas al que la administra que al que la sufre. Por el pronto, el cañon no pudo hacerme peor efecto. Una voz romántica decia dentro de mi, con acentos tiernos: fúndelo; y efectivamente, á los ocho meses, fué preciso restaurar el cañon, amenazando con poner en vigor castigos que yo mismo habia llamado bárbaros en las columnas de los periódicos. Tales y tantos fueron los crímenes cometidos, con pretexto del blando régimen que poco á poco habia tomado carta de naturaleza en el presidio.

Dirigí una mirada, un tanto llena de ódio, al cañon, testigo mudo de mi filantropía, y me dispuse á salir del cuartel. Era casi

de noche. Al pasar por el lóbrego corredor que conduce á los rastrillos, una luz brilló en la oscuridad. Me acerqué á una puerta carcomida, pero todavía firme, y miré por el ventanillo. En el fondo de una cueva fétida, un hombre, casi desnudo, amarrado por los piés á una cadena corta y gruesa fija en la pared, mascaba, al enunciarlas, yo no sé qué blasfemias.

—¿Qué es esto?—pregunté entre aterrado y sorprendido.

—Un preso tres veces asesino, que sufre el castigo conocido en la germania del presidio por esta extraña definicion: *amarrado en blanca*.

Sin querer, me acordé de *Segismundo*, creacion calderoniana, que aparece á la vista de nuestros públicos doblemente presa por los lazos férreos de la fatalidad y salí del cuartel pensando para mi sayo:

—Hé aquí un infeliz para quien la vida, mas que un sueño, es mortal congoja y pesadilla insufrible.



IV.

Siguen los cuarteles.—El Hacho.—Barcas.—Jadú.
—El Serrallo.—Talleres.—La enfermería.

Hecha mi presentacion oficial, me sentí atraído por el presidio. Aquellos buenos muchachos, que me llamaban *su ayudante*, como si yo pudiera ayudarles en alguna de las graves faenas á que dedicaban su actividad, me parecían carne de mi carne, y aquellos cuarteles la casa familiar, el hogar comun.

La imaginacion posee fuerzas invencibles. No habian transcurrido quince dias, contados desde la aurora de mi miedo, cuando ya fraternizaba,—sin olvidar las reservas necesarias á la vida de la disciplina,—con lo

mejorcito de cada brigada. Sobre todo, en la 7.^a de cadenas perpétuas llegué á tener muy buenos amigos; un presbítero que había matado y enterrado á su tío y un *bravo*, que despues murió—y diré como—ejerciendo su difícil ministerio.

Agregado, pues, moralmente, á aquella gran comunidad, lo primero era conocer la casa por dentro. Las almenadas crestas del Hacho, detrás de las cuales se ocultaba lo mas florido del mundo protervo, me planteaban todos los dias esta charada: ¿qué hay aquí? Al cabo, mi curiosidad venció á mi pereza, y una mañana tomé la cuesta del Hacho, como se toman todas las cuestas, con notorio desagrado.

En el Hacho, siguen los contrastes que caracterizan la manera de ser de Céuta. Las faldas del empinado monte no se conciben mas bellamente accidentadas, ni mas pintorescos los puntos de vista, que desde ellas alcanza el viajero absorto. Como todas las montañas, tiene el Hacho cierta grandeza ingenita que lo hace solemne. Un verdadero bosque de pinos ocupa todas las faldas del Oeste, que miran á la ciudad, y presta al camino, con los ruidos de la selva, una misteriosa poesía que no es para descrita. Por el lado del Sur, el Hacho es abrupto, bravío, feroz. El mar bate sus cimientos, y parece, cubierto de espumas, un gigante que suda empeñado en titánicos trabajos. Por su cara del Este, el Hacho es

mas gracioso y risueño. Puêde decirse, que como mira á Málaga, procura ponerla un gèsto eternamente amable y para conseguirlo tolera que numerosas huertas pinten de un alegre color verde sus tierras de tono amarillento.

Una vez al pié de la poterna que dá paso al interior de la fortaleza, aconsejo al viajero que se detenga y mire. A la derecha, un gran rio que muge, el Océano, confundiendo sus aguas con las del Mediterráneo; más allá, otro peñasco enorme, Gibraltar, azul como todos los peñascos vistos desde léjos, parece un hermano del Hacho que espera que pase toda el agua para reunirsele. A la izquierda, la tierra africana envuelta en un jaique de brumas. A los piés, unas fichas de dominó, que no otra cosa parecen las casas de Céuta vistas desde tan grande altura; y encima, un cielo azul, tan azul, que parece negro.

Pasa con la fortaleza del Hacho lo que con todas las fortalezas antiguas. Autorizados escritores afirman que es de origen fenicio, mientras arqueólogos llenos de sapiencia, se dejarían cortar una mano, si las murallas no habian sido erigidas por los romanos. En esta dolorosa incertidumbre opté por no mirar, casi, la muralla, para no verme obligado á tomar plaza en uno ó en otro bando; y entré en el Hacho lleno de curiosidad, pero sin pizca de erudicion.

De glasis, cortinas, casa-matas, fosos y ángulos, no me pregunte el lector una palabra. El Hacho, es para mí un monte habitado por presos. En la estensísima llanura que constituye la cima, diferentes edificios albergan un contingente que no bajará de ochocientos hombres. Allí, como en el cuartel principal, los dormitorios y demás oficinas del presidio son súcios, insuficientes, inseguros, pero el aire es puro y los presos van y vienen, en higiénico ejercicio, haciendo mas tolerable la vida, hasta donde puede serlo en pleno Hacho; la Siberia del presidio de Céuta, el punto de cita de lo más incorregible y levantisco de la poblacion penal.

Delante de cada nave de las que constituyen los cuarteles, se verifican las manio-bras que tienen lugar en el patio del cuartel principal; allí come el preso, allí pasa lista. y allí toma el sol, aguardando la hora de fugarse, porque la de cumplir no suena casi nunca para los pensionistas del Hacho.

Dado el sistema de nuestras prisiones y su construccion defectuosa, las del Hacho serían indudablemente las mejores de España, si el poder civil pudiera organizarlas con entera libertad de accion; pero como en el Hacho manda en jefe un honorable capitán de Estado Mayor de plazas, y los edificios son propios de la jurisdiccion de Guerra, y la tierra y el aire tienen pena de la vida cuando al gobernador del Hacho le segre-

ga el hígado mas bilis de la necesaria, todos los dias hay conflictos que rebajan la autoridad de los jefes del presidio; y no se puede abrir una puerta, ordenar un castigo, ni clavar un clavo, sin la venia del brazo militar, que se mete en todo, con oportunidad muy discutible.

Cuando más tranquilo está el comandante, un oficio urgente le viene á robar la calma. ¿Qué sucede? Poca cosa; que un preso ha pisado un bancal de patatas de las que cultiva el gobernador del Hacho; ó que se le han comido un pollo; ó que no permite que se abran las cuadras; ó que no dá licencia para guisar.

Por lo demás, en el Hacho se vive bien. Allí moran los aristócratas de la delincuencia, los rematados por delitos políticos, y allí vivian en 1873 los insurrectos cubanos, casi todos condenados à cadena perpétua. Estos infelices, á quienes el mundo oficial de Céuta miraba por encima del hombro, cultivaban un pedazo de terreno dentro de murallas, y le hacian producir lindamente, labrándolo al son de populares *guajiras* saturadas de ódio á España que no habia mas pedir; pero eran buenos chicos, que ni reñian ni se fugaban, y que, entretenidos en aborrecernos, aguardaban la hora en que Cuba libre les reclamase por la vía diplomática.

Un ayudante de la clase de terceros, apacentaba el criminal ganado con singular

paciencia y notorio riesgo de su vida; por que sobre ser los reclusos en el Hacho los mas temibles é insubordinados presos, gozan de libertad para ir y venir á su sabor, tender el lazo, ó preparar la emboscada.

En el Hacho están los famosísimos calabozos que se han hecho célebres, como el Mundo Nuevo de Málaga, entre los hampones y bandidos de todo el órbe civilizado. En ellos se doman todas las iras y se suavizan todas las asperezas; porque además de ser por todo extremo incómodos, lóbregos y estrechos, los huéspedes de estas cavernas trogloditas, viven en ellas dia noche esposados y *amarrados en blanca*, con los miembros entumecidos é hinchados por la húmedad. Uno de los vecinos de tan odiosas viviendas, es, sin embargo, superior á los dolores físicos, á la enseñanza del castigo y á la ejemplaridad de la pena. Ni me acuerdo del nombre de este desgraciado, ni quiero acordarme; pero sé que es de Málaga y apunto esta particularidad. Entró en los calabozos del Hacho por heridas graves á un capatáz del presidio y ni la cadena que arrastra, ya hace muchos años, ha corregido su crueldad, ni se corregirá nunca. Alguna vez, y con motivo de la toma de posesion de algun nuevo jefe, se le ha puesto en libertad, pero ha sido necesario encerrarle inmediatamente, porque nuevas agresiones contra sus jefes, han demostrado

que es un peligro constante, una mano siempre armada y siempre dispuesta á caer sobre los que él llamará, sin duda, sus verdugos. Yo le ví por la reja de la prisión. Era jóven, de catadura siniestra, y estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Me pareció la estatua del Silencio, cuando tal vez no era mas que el busto de la maldad; pero yo soy siempre así: un poquito poeta aun á disgusto de mi familia.

Tal es el Hacho y tales sus habitantes; que despues de todo, son los que en Céuta viven mas cerca del Cielo...

A unos 200 metros sobre el nivel del mar.

La brigada de Barcas no se aloja en un cuartel propiamente dicho. Ni su contingente hace necesario local tan espacioso, ni aquello es local, ni cuadra, ni nada que recuerde, ó se parezca, á estancia habitable.

Mas allá del puente que une las dos ciudades, á la izquierda y en direccion á las murallas del Sur, un destacamento de presos vive en una sala oscura y húmeda sobre toda ponderacion. Mala es la vivienda, pero así y todo, es muy codiciada por los confinados que encuentran en ella, sinó comodidades, libertad al menos. La brigada de Barcas, llamada así, sin duda, porque en ella figuraron los tripulantes de ciertas embarcaciones que otras veces prestaban algun servicio de vigilancia, se compone de aquellos presos que en Céuta desean consagrarse

al fácil y elemental oficio de aguador, y de otros consagrados á la limpieza de pozos negros; con mas, de los vigilantes de las puertas y rastrillos próximos, de muy capital interés en caso de fuga al campo del moro. Los inquilinos de la brigada de Barcas, son lo mas granadito del presidio, en punto á buenas costumbres. De ella salen los cabos de mas confianza y los cerveros mas fieles.

Todavía recuerdo un cabo, que habia envejecido en el penal, encargado de vigilar el paso de los presidiarios por el puente, y autorizado para exigirles un pase de que deben ir provistos para atravesar de la ciudad nueva á la vieja. Este antiguo funcionario—si el tropo no sabe mal á los que cobran por nómina—era un ente originalísimo. Su cara tenía esa expresion eternamente risueña y agradable de los sacerdotes de Baco, y era, á mayor abundamiento, manco y algo sordo, pero tan lince y avezado á su oficio, que por el puente no pasaba nadie sin pagarle una especie de portazgo del crimen. Cuando algun jefe se le aproximaba, nuestro hombre, empuñando con su única mano la gorra y la vara, atributo de su magistratura, enjaretaba un largo parte verbal de las novedades ocurridas durante el dia. En la brigada de Barcas eran muy raras las fugas; y se comprende que así sucediera, teniendo, como tenían, sus individuos, una libertad sin límites, y medios de vivir holgadamente.

Menciono la existencia de este destacamento porque no quiero olvidar ningun detalle de la vida del presidiario, ninguna pieza de la complicada máquina del presidio; pero, en realidad nada pasa en Barca que el público deba conocer, escepcion hecha de que el albergue de los presos es inhabitable, y dejando aparte el hecho constantemente observado, de vivir los reclusos en peremne contacto con ciertas gentes de la poblacion, que son encubridoras y coautoras de toda empresa siniestra y de toda acometida contra el bolsillo del prógimo.

Casi á la mitad del empinado camino que conduce de la ciudad al fuerte del Serrallo, está situado el cuartel de Jadú, donde viven libremente varios centenares de chinos, negros y peninsulares, ocupados en las faenas del campo. Unos labran el poco terreno cultivable que tomamos al moro y otros carbonean por su cuenta ó la de sus patronos. El resto, trabaja en el tejar que posee el presidio y que surte de pésimos materiales de construccion al establecimiento y á los particulares.

No me explico como los habituales pupilos de Jadú, se resignan á dormir bajo la llave precavida del capatáz que los guarda.

Desde la altura de Jadú, el Estrecho, que parece uno de esos inmensos rios americanos, mares que se deslizan, como ha dicho, no sé quién, tiene aun mas encantos. El aire, saturado de una mezcla indefinible, de los olo-

res acres de la mar y de los perfumes gratísimos del campo, parece como que excita y mueve las ocultas fibras de la libertad y de la independendencia. El vecino monte africano, brinda, en sus abruptos contornos, un refugio seguro al fugitivo; y el cielo y el sol, mas sereno el uno y mas ardiente el otro, parece que cuentan al oído del pobre preso mil cosas agradable con el punible objeto de hacerle pecar.

Viven en este cuartel de Jadú, confinados que llevan extinguidas las tres cuartas partes de sus condenas. A esto se le llama, en el *caló* de la oficina, *estar en condiciones*. Y ya sea porque miran próximo, por los medios legales, el día del licenciamiento, ya porque la mayoría inmensa de los penados es asiática, se dá el caso, increíble, de que vivan á dos pasos de la frontera marroquí, sin que se les ocurra desertar.

En la poblacion, suele el confinado que anda suelto—y así andan casi todos—cometer algunos pecados contra el sétimo, pero en Jadú y en el Serrallo los robos son escasísimos, las riñas muy poco frecuentes y los desmanes de órden diverso, á que tan dado es el preso, se cuentan tambien en proporcion notable por lo escasa.

No pretendo sacar de estos datos, estrictamente ciertos, argumentos en pró de las colonias agríco-penitenciarias, pero es muy de notar el hecho indudable, de que el confinado que vive ocupado en los rudos tra-

bajos del campo, lejos, naturalmente, de los centros de poblacion, estimulado por el jornal ofrecido, que ya es una aspiracion considerable en su vida de relativa pobreza, es mas moral, mas subordinado y mas sobrio, que sus compañeros de los cuarteles.

Grandes condiciones reúne el fuerte del Serrallo, para fundar una colonia de confinados á perpetuidad, que permitiera ensayar, de una manera seria, el sistema puesto en práctica en otros países con éxito notorio; pero la importancia estratégica del fuerte, su régimen militar y los conflictos que surgirían entre la potestad del jefe que manda en los soldados y la potestad del jefe que manda en los reclusos, hacen impracticables estas ideas, que mas de una vez me ocurrieron en mis frecuentes visitas al Serrallo.

Es este un edificio perfectamente rectangular, con tambores aspillerados y sin ninguna otra obra de defensa. En el interior, algunas cuadras, de excelentes condiciones por cierto, dan alojamiento á un centenar de presos que trabajan en las faenas agrícolas de los predios colindantes, hoy propiedad de algunos vecinos de Céuta que los recibieron á censo y sin roturar, apenas terminada la gloriosa, cuanto inútil, campaña de Marruecos.

Las inmediaciones del Serrallo son en

estremo pintorescas. Situado el fuerte en lo mas alto de la carretera militar que vá á los límites del campo cristiano, se abarca desde él un horizonte estensísimo y encantador. Hacia el Sur, la ensenada que empieza en el Hacho y concluye en el Cabo Negro. Al Norte, las costas de España, medio ocultas por un discreto manto de brumas, que presta más interés á aquellas colinas, eternamente vedes, que se extienden desde Tarifa á Algeciras. En medio, las olas resonantes de Trafalgar, que fueron para nuestra marina fin de la vida y principio de la inmortalidad. Y al Oeste, el África misteriosa, el Africa todavía salvaje, el Africa todavía virgen; porque los marroquíes son el pueblo inconquistable por excelencia. El tiempo que funde las razas, que mezcla la sangre, el lenguaje y las costumbres de los pueblos, no es bastante á borrar un solo rasgo característico de ese pueblo tan grande y tan desgraciado; ayer civilizado y poderoso en España, hoy envilecido y enervado en Marruecos. El moro de hoy es, sin embargo, en un solo punto, el mismo moro de hace ocho siglos. Con su gravedad imperturbable, su exterior nada limpio, su andar reposado y su aspecto magistoso, ocupa la vida en una tarea gratísima á todo marroquí: en despreciarnos, como los Dioses del cielo indio desprecian al pária miserable; de un modo olímpico y grandioso.

Cuando trate de *Los moros fronterizos*, consignaré nuevos detalles sobre las costumbres de los peligrosos vecinos de Céuta. Ahora, me esperan el cuartel de Talleres, con su aspecto de convento secularizado y la enfermería del presidio, con su menaje pobre, incompleto, casi inútil.

Quede, sin embargo, escrito, que los destacamentos de Jadú y el Serrallo, son los que mejor responden al objeto para que han sido destinados. Esto, no obstante, conste al propio tiempo, que distan mucho de la perfección; pues si en estos cuarteles el penado vive mejor, es mas moral y está en condiciones más propias de apreciar los efectos justicieros, pero moralizadores y benéficos de la pena,—que no debe ser jamás una venganza, sinó un cautério sabiamente aplicado al miembro social enfermo,—es por puro acaso, por mero accidente, sin relacion, la mas remota, con la voluntad del gobierno.

El cuartel de Talleres, fué, en lo antiguo, convento de frailes franciscanos. Sin mas preparativos que poner una reja de madera, donde ántes habia una pesada puerta, quedó convertida la casa de Dios, morada un dia de reverendos y obesos siervos del Señor, en mansion siniestra de los entecos y pálidos sectarios del crimen.

No exagero. El convento está hoy, lo mismo que cuando discurrían por su extenso patio los hijos del séráfico padre. Cierto

que el olor regalado del incienso ha sido sustituido por las pestilencias *sui generis* del presidio; pero por lo demás, hasta el cementerio de los buenos frailes está en el mismo ser y estado en que ellos le dejaron, cuando la revolucion abrió de par en par las puertas de su retiro y viéronse forzados á cambiar las abundancias de la despesa conventual, por la escaséz de la nómina de las clases pasivas.

Cuando el lector sepa que no han sido aun exhumados los restos de los que allí yacian á la sazón; que las calaveras y otros tristes despojos, ruedan de aquí para allá y son hollados muchas veces, por el pié del presidiario que entra en lo que fué cementerio, hoy almacén de los productos qué el tejar elabora, comprenderá, claramente y de una vez, lo que es el cuartel de Talleres. Una casa grande, que huele mal; y punto concluido.

Yo tuve en la mano, y en mi casa durante cierto tiempo, una calavera de algun buen fraile, muerto cuando eran todavía dueños de aquella santa casa. La ví rodar entre unas macetas y unos cántaros, impelida por el pié vigoroso de un preso, negro de la Martinica, condenado por robo, y me la hice entregar. Tenia aquel mísero despojo, un agujero, perfectamente redondo, en la region conocida con el nombre vulgar de la *coronilla*, que me llamó la atención. La examiné detenidamente, pensando descubrir

las huellas misteriosas de un crimen como el que ha servido á Pedro A. de Alarcon para escribir su preciosa novela *El clavo*; pero aquel frio pedazo de cal permaneci6 mudo, y despues de darle hospedaje, durante algunos meses, en mi propio cuarto acabé por devolverla á la tumba profanada de donde habia salido. Yo no alcancé jamás el porqué de la existencia de aquel agujero, tan limpio, tan perfecto, en la inofensiva cabeza de un padre mendicante; pero los confinados que presenciaron mi resolucion de llevar el triste despojo á mi casa, no se esplicarán nunca aquel extravagante capricho del Ayudante primero.

Holgaría perfectamente en la puerta de Talleres, como en las de todos los demás cuarteles del presidio, el terrible

Lasciate ogni speranza

que vió el Dante en el umbral tremendo del infierno. Los que viven en Talleres—unos cien presos próximamente—lo pasan bien, entregados al trabajo unos, y adiestrándose otros, en las oficinas, en los misterios de la caligrafía, y del estilo oficial, para operar, despues, en grande escala, en ese reprobado comercio de las estafas llamadas *entierros*.

Los talleres, propiamente dichos, son; el taller de zapatería; una espaciosa sala donde trabajan, lo peor que pueden, hasta veinte discípulos de San Crispin; el taller de herrería, regentado por un preso de ca-

dena perpétua, que machaca sin cesar el hierro candente, sin dar señales de que el recuerdo de su crimen le machaque á él su propia conciencia; el taller del hojalatero, fundidor, tornero de metales y otros excesos, que poca obra produce, aunque mala; y el taller de carpintería y sillería, situado en una sala húmeda, y sin ventilacion. El carpintero, se ha delicado á una especialidad, que desempeña bastante bien; á la construccion de baules-mundos, sólidos, bonitos y baratos. La industria principal de talleres, es la industria del hueso labrado y torneado, á cargo de un preso de cadena perpétua tenido en mucho por su habilidad, que, aquí para nosotros, corre parejas con su mal gusto. Cuando vea usted por la calle un baston con puño blanco, monumental, churrigeresco-depravado, diga usted sin temor de equivocarse: esa es obra del presidio; porque todos los objetos que produce el trabajo del confinado, tienen un sello especial y característico, incapáz de confundirse con la industria sin penas accesorias. Por lo demás, *el huesero*, como le llama todo el mundo, vive muy lindamente alojado, y en familia, lo cual será, indudablemente, muy humanitario, pero no es ni á medias conveniente.

En Talleres se desarrolló todo el drama de mi administracion, y asi no es extraño qué me detenga á describir minuciosamente sus dependencias.

En los bajos, además de las oficinas descritas, están situadas la barbería, la cocina y el calabozo; pequeñas las dos primeras, algo mayor el último y todos indecuados.

El piso principal, y único, de Talleres, lo ocupan las oficinas de la Comandancia, de la Mayoría y de la Ayudantía primera; las habitaciones del ayudaute y de un capatáz, y una prolongada cuadra, donde se alberga la brigada, que no está, por regla general, compuesta de muy malos chicos.

Yo no quise usar los pabellones que me estaban destinados, por otra parte perfectamente inhabitables.

Verdad es que los rendimientos para el Estado son casi nulos, pero menos deberían producir los talleres así montados y tan pésimamente regidos; hasta tal punto, que sobra el cargo de inspector de labores, porque allí no se elabora, ni cosa que lo parezca.

Estos pujos de organizacion anglo-americana en los talleres, hacen reir. Partiendo del principio de que ni útiles. ni local, ni medios para trabajar, tiene el confinado, existe, además, el mal gravísimo de que este sale, entra, contrata libremente el precio de su trabajo, y lo cobra, guarda y administra.

Hoy, sería una crueldad despojar á los presidiarios del dinero que poseen, porque equivaldría á condenarlos á morir de ham-

bre, dada la deficiencia de los alimentos que se le suministran por contrata, pero en buenos principios de policía penal, no puede aceptarse que el recluso posea sumas de relativa consideracion.

Con los medios de sobornar, vienen las fugas, el juego, las riñas, y la copiosa introduccion del aguardiente en los cuarteles, introduccion que se advierte, despues que una lucha de grandes proporciones ha quitado la vida á dos ó tres de aquellos infelices.

Vea, pues, el lector, como el convento de franciscanos de Céuta, dejó de ser convento para convertirse en la caricatura de los talleres penales, que tanto bien moral y material reportan en otros países, donde hay menos oradores y muchos mas estadistas.

La enfermería del presidio, ocupa un edificio espacioso, ventilado y de excelentes condiciones higiénicas. Pero, como todo es imperfecto allí donde nuestra administracion pone su mano, está la enfermería detestablemente organizada y miserablemente dotada. En el salon principal, los techos son *de teja vana*, de tal suerte, que en verano es tan elevada la temperatura, que llega á influir funestamente en el estado de los enfermos. Los instrumentos quirúrgicos, son pocos y malos. Las camas escasas y fementidas; el material todo, insuficiente, y viejo.

Parece que el presidiario de Céuta está organizado *ad hoc* para vivir y respirar en unos medios que serian mortales á séres medianamente sensibles. Ya he dicho, en otro lugar, que en los cuarteles no reinan el tifus y las epidemias por un patente milagro. Añadiré ahora un detalle, que el público apreciará en toda su horrible importancia. En la enfermería del presidio no hay sala de autopsias. Cuando es necesario investigar las causas que han producido la muerte de un infeliz penado, se tiende el cuerpo frio sobre una mesa forrada de zinc, igual á esas que sirven á nuestros pescadores para exponer sus mercancías, y en un cuarto sin ventilacion, pequeño, mas pequeño que nuestros gabinetes, y que nuestras alcobas, sin usar desinfectantes, porque no los hay, y si los hay cuestan dinero, y si cuestan dinero, el contratista tiene muy buen cuidado de no facilitarlos, se procede á la diseccion del cadáver. La limpieza de la habitacion donde este drama se desarrolla, es muy problemática, antes y despues de terminada la solemne operacion, no siendo extraño, ni imposible, que de una vez para otra queden recuerdos, y huellas repugnantes, en el suelo y en las paredes.

La enfermeria del presidio, causa poquísimas estancias. No suelen los penados encamarse mas que cuando van á morir ó en

casos de gravedad, muy poco frecuentes por otra parte, pues ya he dicho y repetido, hasta la saciedad, que el clima tiene en Ceuta total empeño en sacar incolumes los principios de salubridad, harto comprometidos por la falta de aseo en el interior de los diversos cuarteles, donde se alberga un contingente que no bajará de 3.000 hombres.

Y con esto, pongo fin à las descripciones, de la que yo ofreci como mi casa, durante un año bien cumplido.

V.

**La poblacion penal.—Chinos.—Negros cubanos.
Andaluces.—Aragoneses.—Los reos politicos.**



defecto de organizacion del presidio, se existe á todas las esferas. Desde las oficinas, regentadas por presos, hasta las brigadas en que viven confundidos todos los caracteres, todas las costumbres, y las aficiones todas,—con ser tan varias—de las diversas provincias y regiones de la península, proclaman, bien alto por desgracia, la anómala, torpe y perniciosa manera de ser del primer establecimiento penitenciario al de España.

La poblacion penal, vive, dentro del presidio, amontonada al acaso, sin que ma-

no inteligente y discreta la separe ni clasifique.

No se me diga que pido una federacion de presidiarios, al pedir que vivan juntos, que juntos trabajen, y que bajo un mismo techo duerman, los penados de provincias hermanas. Esta separacion, no es óbice al movimiento de unidad de la patria; que por otra parte, no puede tener dentro del presidio los alcances políticos que se le atribuyen y tiene en realidad. Si á la estadística, esa madre de la verdad, se diera culto en el penal de Ceuta, concediendo á la observacion y al estudio la capital importancia que realmente tienen, notaría el mas distraído, que en todas las colisiones sangrientas del presidio, el agresor y la victima son siempre de distintas regiones. Y se comprende. Obligados á vivir en continua intimidad el navarro, rudo, terco, pagado de su estóico valor personal, y el andaluz, ligero, frívolo, epigramático, que se cree un héroe con su valor intrépido, súbito y ciego, brota la chispa al menos brusco contacto. Una frase, una copla intencionada, un ademan burlesco, bastan para que aquellos seres sin educacion, llenos de vírgenes pasiones feroces, se maten como perros.

Y no se diga que las ideas políticas ó religiosas no influyen ni son parte á fomentar ódios y divisiones entre los presos, dado que estos carecen, en la inmensa ma-

yoría de los casos, de toda instruccion. El andaluz es un tantico volteriano sin darse cuenta de ello, y liberal hasta mas allá de la médula, de un modo inconsciente y burdo; mientras el aragonés, el navarro, el vizcaino, y el valenciano, son carlistas, fanáticos y supersticiosos. Estas citas son hechas con el exclusivo objeto de indicar al lector algunas de las fuentes de donde brota ese antagonismo que es necesario esterilizar, haciendo que la vida en comun sea en el presidio fácil y amable y nó motivo ocasional de luchas continuas y sangrientas.

Por otra parte, hay cierta comunidad de sentimientos que debe ser explotada en provecho del preso y en provecho de su moralidad y de su disciplina. Cuando se vuelve del fatigoso trabajo del campo ó de las fortificaciones, entra por mucho para el soláz bienhechor de un espíritu trabajado por todas las aflicciones, y de un cuerpo agobiado por todas las fatigas, hallarse entre compatriotas, que recuerdan con su acento, con sus cantares, con sus costumbres y con sus gustos, la casa donde lloran los hijos huérfanos de derecho, y las mujeres jurídicamente viudas. Descartando todo romanticismo político de mis disquisiciones sobre la vida en el presidio, estoy presuadido de que los fines de la pena deben ir derechamente á cambiar el modo de ser moral del sentenciado. Esto se consigue

por medios indirectos; jamás haciendo violencia sobre las personas de los confinados, que son, por regla general y casi sin excepcion, de tan brava ralea, que se dejan aniquilar sin enmendarse; precisamente el extremo opuesto á la mision encomendada por ministerio de la ley á la institucion presidio.

Enmedio de la poblacion penal europea, una organizacion defectuosa ha puesto á los chinos, que son pacientes y subordinados, aunque vengativos. El resto de los confinados desprecia á estas pobres gentes, pero explota su pasion decidida por el juego; y si bien es verdad, que jamás es víctima el chino de atentados sèrios contra su persona por parte, de un europeo, suele, de vez en cuando, llevar muy sendos golpes que se cura en silencio, convencido de su inferioridad; pero jurando vengarse por los sagrados manes del Confucio: juramento que, por otra parte, cumple siempre, porque el chino que es de ordinario fementido, procede como un hombre de palabra en lo que toca á sus promesas de venganza, así tenga que lavar, por todo agravio, una sonrisa que á él le ha parecido epigramática.

El chino, viviendo en comun con los penados europeos, es una nota irreducible al pentágrama, un obstáculo permanente, donde choca, una y otra vez, la iracundia de los presos que no pertenecen á su raza; un aditamento que huelga, perfectamente, allí

donde no deben existir obstáculos para la vida ordenada y disciplinaria; porque, no se confunde jamás, ni el chino se amalgama nunca con el resto de la poblacion penal; de tal forma, que solo entre si se comunican, haciendo muy difícil toda clase de medios para dar unidad á las funciones del presidio. El chino no tiene interés alguno en cumplir, ni cosa que le llame, ni medios de regresar á su país, ni lazos que le hagan la vida amable, ni hora hábil para arrepentirse, porque todos ellos han delinquido no saben como, y han sido juzgados no saben por quién. En resumen; que el chino pasa por el presidio sin que sea posible que se penetre de la necesidad en que está de purgar sus delitos: se somete, sí, pero no acaba de comprender nunca que sea cosa corriente en un país, que ellos llaman bárbaro, eso de castigar por un robo ó por un asesinato.

Deduzca de aquí el lector, hasta qué punto es inconveniente la presencia de la colonia china entre los pensionistas á *fortiori* del presidio de Ceuta; pues yo, fiel á mi programa, le dejo íntegras todas las soluciones.

Ménos numerosa que la gente china, es la gente negra; pero suelen prosperar sus individuos con mas fortuna que los hijos del Celeste imperio. Como estos, el negro ha recibido el bautismo *pro-fórmula* allá en Cuba, cuyas audiencias son las senten-

ciadoras de unos y otros. Todos son, por lo general, agricultores, salvo preciosos ejemplares que viven dedicados al cultivo de las artes culinarias, con tanto éxito, que dudo que haya, en los países donde la charcutería, pastelería, repostería y otros ramos de la ciencia gastronómica, gozan de merecida importancia, organizaciones mas adecuadas para ejercer ese sacerdocio mal entendido y muy calumniado, que se espresa con este verbo sustancioso por todo extremo: *guisar*.

Volviendo á la realidad de la vida, diré que el negro goza en el penal de Céuta de consideraciones que están vedadas al chino; porque si éste tiene el monopolio de los servicios domésticos, y es cocinero, ayuda de cámara, planchador, niñoero, el negro ha sabido ser *guapo*, aunque parezca imposible.

El país de los penados está dividido en dos monarquías absolutas, aunque electivas: *los andaluces*, bando formado por extremeños, cubanos, malagueños, granadinos, gaditanos, jienenses (naturales de Jaen) y murcianos; y *los aragoneses* por los catalanes, valencianos, vascongados, aragoneses y castellanos, con mas los hijos de toda otra provincia no incluída en el pacto andaluz. De cada una de estas grandes *nacionalidades*, es jefe absoluto é inviolable un preso que ha hecho con anticipacion sus pruebas; porque á tan alta magistratura

no se llega sin ser una celebridad en la esgrima de la navaja, y sin poseer un nombre respetado y una historia negra sobre toda ponderacion.

Rindiendo debido vasallaje al método y para evitar repeticiones, me reservo, hasta el capítulo que trata de *Los guapos*, la monografía de este personaje,—tan capital y tan influyente en el presidio de Céuta,—de que hago mencion accidental para explicar mejor la manera de ser de la poblacion penal y el fenómeno realizado por un negro, que elevándose á la categoría de *guapo*, redimió su raza y la hizo capaz de alternar en el porvenir, con los valientes de piel blanca.

El negro Dolores, de quien todavía guardan recuerdos simpáticos los romanceros populares del presidio, era un Apolo de ébano. De cuerpo gentil y de mirada penetrante y viva, su ángulo facial, léjos de dar señales inequívocas de la inferioridad intelectual de los de su raza, denotaba unas facultades mentales de primer orden. Así era en efecto. El negro Dolores poseia una instruccion menos que mediana, pero una inteligencia mas que superior. Vestia con elegancia un traje que no era absolutamente el del presidio, y en sus ademanes habia tal sello de distincion y tales detalles de finura que le hacian parecer un *gentleman*, disfrazado de negro por un

rasgo de extravagancia británica.

El negro Dolores tenía, sobre todas sus buenas cualidades de preso, una adhesión sin límites á los jefes del presidio, que estos recompensaban haciendo, en lo posible, menos penosa su suerte.

Nuestro héroe, que extinguía una enorme condena por homicidios cometidos en la Habana, midió sus armas con el jefe de los *aragoneses*, le venció en un combate titánico á puñaladas y desde entonces fué el jefe reconocido de los *andaluces* á quienes pertenecía por su procedencia.

En el negro Dolores todo era comedi-miento. Al verle por vez primera, no se explicaba uno que aquellas blancas esferas de sus ojos tan dulces y expresivos, pudieran tornarse en encendidas brasas alimentadas por la ira; ni como aquellas manos pequeñas y bien formadas tenían el privilegio horrendo de repartir la muerte en golpes siempre certeros. Pero ello sucedía así, y yo debo consignar que el negro Dolores era á veces un león y á veces un cordero.

No recuerdo porqué causa, Dolores hizo una justicia en pleno patio del cuartel principal. Sus enemigos los *aragoneses*, que no habian podido vencerle con el húmero, decretaron su muerte, cansados ya de que la tiranía de un hombre se opusiera á la de tres mil; y la comandancia del penal, que tuvo noticias de que se conspiraba seriamente contra la vida de Dolores, le recluyó á

un calabozo del Hacho creyendo sustraérle á las asechanzas de sus enemigos, y esto fué lo que perdió al pobre negro, que en pleno patio del cuartel principal, con la aureola de sus hazañas sobre la tostada frente y la expresion grandiosa de sus actitudes, hubiera impuesto á sus énemigos concluyendo por vencerlos.

Dos aguadores del bando *aragonés* fueron los encargados de dar muerte al *guapo andaluz*. Penetraron en el calabozo á tiempo que Dolores escribía de espaldas á la puerta, y le dieron dos puñaladas mortales, apelando precipitadamente á la fuga. La víctima pudo hacer un esfuerzo supremo, gracias á su increíble energía; y moribundo, sin armas, sin mas auxilio que la vacilante fuerza de su brazo, alcanzó á sus asesinos, los acogotó lindamente, y los hubiera hecho trizas sin la intervencion de los empleados que acudieron atraídos por el tumulto. Poco despues dejó de existir el negro Dolores, si bien el recuerdo de sus hazañas constituirá siempre el mejor capítulo de la historia hablada de los *guapos* del presidio.

Se ha notado que las mas egregias personalidades de la *guapeza* corresponden al bando *andaluz*. Hombres de valor probado, Aquiles de entrañas un tantico perversas, posee el bando de los *aragoneses*, pero la notoriedad que los *andaluces* dan á sus altas prendas de valor personal, su carácter

alegre, sembrado de rasgos generosos y miserables, para que el claro oscuro y el contraste sean mas salientes en estos caracteres protervos, y un nó sé qué misterioso é inesplicable, que parece reivindicar para Andalucía y sus hijos la epopeya del crimen, otorgan al guapo *andaluz* de hecho y de derecho, el cetro de la celebridad en Céuta y en todos los demás presidios de España.

Hay que verlo en aquel nunca bien celebrado patio del cuartel principal. El andaluz jamás está conforme con la construccion que á las prendas de su equipo dan los sastres del presidio y apenas halla la ocasion se hace recortar la chaqueta y ajustar los calzones. El aragonés jamás se ocupa de su tocado; siempre sério y siempre siniestro, pasea callado y pensativo; mira de reojo y toma acta de la ofensas para cobrarlas á más largo plazo, si no se las pagan á la vista. El andaluz siempre está pidiendo; el rancho le parece malo todos los dias;—y lleva razon que le sobra--constantemente tiene un motivo de agravio. El aragonés permanece callado sin exponer sus quejas; pero cuando ya no quiere sufrir más, promueve una insurreccion á la que se agrega con el mayor gusto el andaluz; porque eso sí, fuera y dentro del presidio, nos seduce el barullo. Cuando un andalúz quiere exponer sus quejas, lo hace siempre de palabra, y empieza invariable-

mente con esta formula: *Mi comendante*. En cambio, el aragonés eleva por el mas pueril motivo un pedimento en forma, que enjareta, con punible sintaxis, el retórico de su brigada.

No quiero que el lector me suponga enamorado de mis paisanos hasta el punto de sacrificarles mi imparcialidad. Debo, si, relatar mis impresiones y las relato tales como son ellas. El confinado que pertenece al bando andaluz es más gobernable digámoslo así, apesar de su exterior tumultuoso y dado al escándalo.

Por cada cien confinados de otras regiones que apelan á la fuga, quince, si acaso, son andaluces; porque entre cien presidiarios de cadena perpétua, noventa pertenecen con seguridad al bando aragones;—fenómeno que se explica teniendo presente que los homicidios cometidos por los andaluces, casi nunca son homicidios calificados por circunstancias agravantes; mientras en las hojas histórico-penales de los aragoneses, siempre consta que al delinquir obraron con premeditacion, ensañamiento, y alevosía.

Sin embargo, el lector que suponga que uno de nuestros héroes es mejor que el otro, se equivoca grandemente. El hacinamiento en que el presidio los tiene, los hace á todos malos; pero yo debo citar las condiciones en que, á juicio mio, pudieran aprovecharse las disposiciones buenas de los

confinados, si es que las tienen en el mero hecho de haber merecido una de las enormes condenas que abren las puertas del presidio de Céuta.

Los cubanos han sido condenados en su totalidad por el delito de insurreccion, y pertenecen por lo tanto á los reos de carácter político. Bajo este punto de vista el presidio de Céuta es á medias defectuoso. Ciertó que tiene separados á los reos políticos de los reos por delitos comunes, pero en condiciones inadmisibles. Dentro del Hacho un cuartel aparte sirve de morada á los primeros; pero no por eso se evita el contacto, no por eso el delincuente que ha matado ó que ha robado, deja de odiar al que por todo crimen ha cometido el de abrazar la causa de una idea política, por mas que esta represente un verdadero crimen de lesa pátria.

Pero como no es mi propósito hacer un programa político, ni un curso de periodismo liberal, pidiendo desde las planas de esta obrilla lo que la opinion pide desde hace mucho tiempo, establecimientos exclusivamente dedicados á contener reos políticos, hago constar que en Céuta existen dos abusos en órden á los confinados políticos y que estos abusos son: el de hacerles vivir reclusos en el Hacho en perenne contacto con la flor y nata del bandidaje español; y el de permitirles que vivan en la ciudad establecidos en casas particulares y

en compañía de sus familias, lo cual es desfigurar la naturaleza de la pena y quebrantar la sentencia de los tribunales, que en ninguna parte como en el presidio merecen acatamiento y ciego respeto, si los que por su mala suerte tienen que regir y gobernar esos países de la culpa, han de apoyarse en algo sólido é indiscutible.

Y con rogar al lector que me dispense estas defectuosas filosofías, doy fin á este capítulo y comienzo al que ha de sucederle.



VI.

Céuta oficial.—El Municipio, la Iglesia y la Milicia.
Multiplicidad de mandos y atribuciones.

Pequena, relativamente, es el área de Céuta, pero dentro de sus muros vive el mundo oficial mas grande y complicado que se conoce.

Administrativamente, Céuta no es una colonia al uso de Filipinas y Cuba, y apesar de que está situada fuera de Europa y en otro continente, su asimilacion á la península es perfecta, salvo en lo que á Aduanas se refiere, pues goza de franquicias comerciales muy importantes, que la convertirian en otro Gibraltar á ser posi-

ble el aumento de su poblacion y tráfico.

Pero como Céuta es al fin y al cabo un trozo del territorio español, no puede verse libre de las anomalías que constituyen nuestra segunda naturaleza.

Tiene un Municipio, que funciona con arreglo á la ley comun, y hasta se permite sus intriguillas políticas, influyendo con su censo electoral en la exaltacion del diputado que mejor labra su huerta en el distrito de Algeciras; pero llegado el caso de hacer un *pinito* de autonomía é independencia, el Municipio resulta en todo sometido á la omnimoda voluntad del Comandante general, en quien residen facultades extraordinarias, sinó previstas en las leyes, sancionadas por abusivas costumbres, é impuestas por la fuerza, hija del predominio otorgado al elemento militar.

Cèuta depende civilmente del Gobernador de Cádiz, pero á la vez el Comandante general asume el carácter de autoridad civil, es jefe de la policía, superior gerárquico del Alcalde, juez de derecho comun y del fuero de guerra, y cuanto hay que ser dentro de las prolongadas funciones discrecionales que han acumulado en una sola mano leyes, razones de conveniencia y corruptelas irritantes. El lector pacífico y dócil, que sabe por esperiencia propia lo que cuesta sufrir á un Gobernador en la península, donde somos libres, y donde ciertos atropellos se han hecho imposibles, comprende

rá cuanto infortunio hay en la vida de los ciudadanos de Céuta, condenados á dos gobernadores, uno de los cuales tiene fuerte guarnicion, cástillos, baterías, y otras supremas razones, á sus órdenes.

Por lo comun, el Comandante general de Céuta usa con parsimonia de su formidable poder, seguro como está de que todo vive sometido á sus omnipotentes medios; pero de vez en cuando envía por allá el Ministro de la Guerra un soldado atrabiliario y vidrioso, y ¡adiós mi dinero! Céuta se convierte en una especie de Varsovia, mas ó menos resignada, pero con todos los caracteres de un país recién conquistado.

Así se explica que el hijo de Céuta haga cuanto esté de su parte para tener contento al huésped del palacio de la Marina (que así se llama la residencia del amo de Céuta) creando esto hábitos de dísimulo ó de servilismo. Así se explica, tambien, que el Ayuntamiento surta de todos los elementos necesarios á la vida cómoda y confortable del que es por intrincada naturaleza burocrática todo lo que hay que ser en la tierra, y así se explica, finalmente, que Céuta no se defina, ni se organice, ni se desarrolle.

Todavía recuerdan los hijos de Céuta con invencible terror, el mando de un general de cuyo nombre no me acuerdo, que resucitó en la plaza las extinguidas costumbres de la Edad media, con toque de queda, rondas, órdenes *ab irato*, supresion de todo

derecho de ciudadanía, y sus notas cómicas para fin de fiesta, pues aquellos pacíficos y leales vecinos habian de llevar, por orden de la autoridad excelsa, un farol encendido en sus excursiones, visitas, ó paseos nocturnos.

Céuta luchó contra su tirano, y no recuerdo si venció ó fué vencida; pero por el pronto no hubo mas remedio que llevar linterna, pena de cárcel ó de algo mas afrentoso.

Comprendese que en lo militar, y como plaza fronteriza de guerra, tenga el Comandante general de Céuta las atribuciones inherentes á un mando técnico y lleno de responsabilidades; pero los gobiernos de la Metrópoli deberian ocuparse en trazar la línea que separa al soldado del tirano, único medio de que Céuta prospere sin menoscabo de su importancia estratégica.

No estoy muy bien informado de la organizacion eclesiástica actual de Céuta, aunque creo que la administra apostólicamente el Prelado de Cádiz, pero sé que otras veces fué la plaza Sede de un Obispo *in partibus* y que hay canónigos y básilica, con entera independendia del clero castrense, único extremo en que el brazo militar no ha podido sojuzgar á Cèuta.

Nuestra Señora de Africa,—así se llama el templo catedralicio de Céuta,—es, pues, por singular escepcion, el único predominio civil subsistente en aquella plaza, donde el

militarismo lo llena todo. A nuestra Señora de Africa van los Comandantes generales á ofrecer su baston de mando á la Reina del cielo, sirviendo esta ceremonia de dedada de miel que gusta con singular fruicion el paisanaje; pero como al cabo las ceremonias no pasan de ser ficciones, si el General entrega un baston, se queda con el sable.

Para que todo sea anómalo y singular en Céuta, se dá el caso de que ni aun el militarismo absorbente ya ha podido ponerse de acuerdo en la cuestion de mandos; y si el Comandante general tiene atribuciones especiales, tienenlas tambien los jefes de artillería é ingenieros, verdaderamente exentos é independientes dentro de la organizacion militar.

Como quiera que yo no tengo la obligacion de mantener con mi dinero el complicado artificio de la Céuta oficial, declaro que, despues de todo, me importa poco que las cosas sigan como estaban—y no se que hayan variado—en 1873.

He hablado de estas materias, y las he dedicado un capítulo entero, porque á mi juicio urge desenvolver los grandes elementos de vida que encierra Céuta, y esto no se consigue mas que llevando allí la ciudadanía en toda su integridad; robusteciendo la vida civil de aquellos ciudadanos; constituyéndolos como están constituidos en todos los pueblos de España, aun los que

son plazas fuertes; y dando trazado al elemento militar un centro único, sin que esto signifique lesion para las facultades excepcionales que en caso de guerra corresponden al jefe de una plaza fronteriza.

De otro modo, Céuta seguirá siendo un organismo tísico, y huelgan por completo las franquicias nominales, y el carácter civil, enteramente finjido, que tiene, mas como causa de conflictos, que como derecho perfecto de libre posesion y regular desarrollo.

VII.

Entremos en materia.—El «buen preso».
los cabos de Vara.—Los «volantes».—La disciplina.
Por un cigarro.

Perdone el lector, sí en mi deseo de que conozca bien el escenario donde ha de desarrollarse esta tragi-comedia, me he detenido un poco en ciertos detalles secundarios, pero que contribuyen eficazmente á dar realce á los sucesos de que fuí testigo y actor en Céuta.

Ya conocemos la ciudad amurallada y convertida por estension en un gran pátio del presidio, por que en realidad los reclusos están casi todos diariamente en la calle; ya sabemos como funciona la autoridad y, á que

engranajes está sujeta la máquina oficial allí, donde todo el mundo es algo funcionario del Estado, activo, pasivo ó en expectativa de serlo; ahora, entremos decididamente en materia, para no dejar ya de la mano en lo sucesivo al pensionista del presidio.

En cualquier ciudad de España donde el vecindario tuviera que codearse con la hez de los confinados, con los delincuentes mas empedernidos, con los reos de mas enormes delitos, no habria momento de tranquilidad, ni medio de vencer, por el pronto, la repugnancia de las gentes honradas á frecuentar el trato de los que la sociedad ha apartado de sí como gérmenes de moral gangrena.

Yo no sé lo que ocurriria en Céuta al principio de su vida presidial, pero me consta, en cambio, que al presente, se tiene como la cosa mas sencilla el contacto con los forzados.

Los presos van y vienen como los *transientes de bien*, sin que nadie se fije en ellos, sin que nadie rehuya el encuentro sea cualquiera el paraje en que se verifique, y sea cualquiera la hora del dia ó de la noche en que el encuentro tenga lugar.

Pero hay algo mas que esto, y es que el confinado tiene abiertas de par en par las puertas del hogar de todos los vecinos de Ceuta, y mas particularmente las de

aquellos hogares donde hay medios de sostener una adecuada servidumbre.

El confinado lava y plancha la ropa blanca, sin que pierda mas prendas que una lavandera de buena reputacion. El confinado se emplea en las faenas domésticas, encomendadas generalmente á la mujer en España, y vá á la compra, friega ó aljofifa el suelo, hace recados, vive en familia con sus amos, y lo que es mas estupendo, cuida con tierna solicitud de los niños que se le confían.

Nadie pregunta á aquellos hombres por sus delitos, pero todo el mundo sabe que son reos de asesinatos y robos con violencia en cosas y personas; y sabiéndolo, mientras el presidiario no cometa un desmán, todo el mundo le llama *buen preso*; esto es: fiel, sobrio, trabajador, respetuoso é inteligente.

De vez en cuando, el *buen preso*, como la gata vestida de seda de la fábula, se acuerda de lo que es, siente despertarse sus apetitos criminales, y roba ó comete otra barrabasada; pero estos casos son poco frecuentes, y yo puedo asegurar que en mas de un año no pasarian de tres ó cuatro los presos contratados en el servicio doméstico, que dieran que hacer de nuevo á la justicia.

¿Qué significa esto? ¿Arrepentimiento? ¿Correccion? De ningun modo. Todo preso

escoje un sistema, de dos, para explicar su presencia en el presidio: ó se llama á boca llena inocente y víctima de un error judicial ó de una confabulacion de testigos falsos, ó acepta sin hipocrecia su crimen y la espiacion; de modo que el arrepentimiento jamás existe, ó al menos yo no he encontrado ni un solo arrepentido entre 3.000 y pico de reclusos. De la correccion no hablemos; como el presidio no corrige, como el presidio no es, por accidente, un castigo, en los presidios españoles no hay ni puede haber, arrepentidos ni conversos, ni de ellos sale curado un solo enfermo moral.—La relativa *hombria de bien* del preso que sirve á particulares ó trabaja en un oficio, no es, pues, mas, que interés personal; y sin saberlo practican los buenos presos la moral del baron de Holbac, cuando no obedecen á un fenómeno desconocido al vivir pacíficos en condiciones las mas inadecuadas para la vida de la moderacion y el órden.

Contra lo que opinan y sostienen los partidarios de la igualdad y la fraternidad, ni aun en la esfera de una colectividad tan homogénea como el presidio, deja de haber distinciones, diferencias y espíritu de clase.

Haced del hombre libre un miliciano, y enseguida propende á distinguirse del vulgo del paisanaje, por el uniforme y por sus actos encaminados á demostrar que él es

algo mas que los que no empuñan fusil ni montan guardias. Pues bien; lo mismo sucede en el presidio, hasta donde la comparacion sea lícita.

Los cabos de vara son confinados que á una buena conducta relativa, reúnen la circunstancia de llevar cumplida la mitad de la condena; y aunque los nombra el Ministro de la Gobernacion, nada menos, á propuesta de los jefes del Establecimiento, y tienen, por lo tanto, y hasta cierto punto, el carácter de funcionarios públicos, presos son en el fondo y en la forma, pero presos que suelen mirar de reojo á sus compañeros, que los persiguen en las fugas, despues de facilitarlas, y que se complacen en apretar la mano cuando es preciso suministrar contundente correctivo.

Los cabos de vara tienen debilidades como todo simple mortal, y sucumben al soborno, al vaso de vino ofrecido oportunamente, á la amenaza del *guapo* y al interés comun de clase; porque por mucha que sea la nocion que de su autoridad é importancia tenga el cabo, siempre en el fondo es un forzado y no se despoja jamás de sus condiciones genéricas; pero, cuando estan presentes los jefes, sobre todo, el cabo cree de buena fé que lo del presidio no va con él, y salido de una brigada y del rincon humilde de una cuadra, la pasea despues subido sobre los zancos de su olimpica importancia, con sendos galones

rojos en las boca-mangas, y empuñando recio garrote, al cual deben los jefes no pocos servicios, decisivos y salvadores en muchos casos.

La honorable é importante clase de cabos de vara, se compone de cabos interinos, cabos efectivos, y cabos *volantes*. Los cabos interinos se hacen de presos que reúnen condiciones de energía y subordinación, pero que por estar condenados á penas perpétuas, ó por no haber mediado la condena temporal, no pueden ser propuestos al Ministro. Los cabos *volantes* se llaman, así no precisamente porque vuelen, aunque los hay tan listos que nó necesitan alas para perderse de vista, sinó porque se ocupan en diversos servicios, ya dentro, ya fuera de los cuarteles, y salen y entran libremente, sin que con ellos recen las medidas de vigilancia.

En los altos centros oficiales, desde donde algunos hombres políticos, muchas veces de carrera improvisada, se hacen la ilusión de que dirijen los presidios de España, créese que el cabo de vara es una institución útil é indispensable en nuestro régimen penal, y no hay tales carneros. El cabo es el que permite, por un corto estipendio ó por la presión de un *guapo*, que entre el aguardiente en el penal, que los reclusos vayan provistos de facas, que se concierten y realicen las fugas, que el preso salga subrepticamente del cuartel, que

se juegue en las brigadas, y que se cometan otros desmanes que seria prolijo enumerar.

Verdad es que el cabo, por la cuenta que le tiene conservar su canongía, se pone del lado de los jetes cuando hay que restablecer el orden por medios violentos, pero en buenos principios de policia penal, el cabo de vara es una rueda inútil, y su existencia perniciosa. Se le debe sustituir por vigilantes no penados, que tengan conciencia de sus responsabilidades y especialísimas condiciones de valor personal, unidas á un sueldo decoroso que les haga huir de las tentaciones; pero como yo, ni en sueños, puedo creer que llegue el dia de la regeneracion correccional de España, apunto la idea y sigo adelante sin que me aflija el convencimiento de que no ha de fructificar la que tengo por buena semilla.

En mis mocedades, tan exajeradas como fogosas, tenia yo por cosa depresiva la disciplina, equivocando el concepto de la libertad individual, que desaparece de derecho en determinados casos, y siempre que se trate de regir ordenadamente colectividades. Hoy dia es, y sigo manteniendo una independendencia bravia que me inclina á hacer lo que quiero, bajo mi responsabilidad siempre, y á resistir lo que no es de mi gusto, así constituya el deber supremo y la conveniencia mas positiva. Soy un poquito cerril, lo reconozco y confieso sin molestia, pero

lo era aun mas, allà por el año de gracia de 1873, en que mis ideas no se habian cambiado mas que á medias; pero desde que hice mi aprendizaje en Céuta, comprendí la necesidad eventual de la tiranía, y lo imprescindible de sustituir á una discordante suma de voluntades, la unidad imperiosa de la obediencia pasiva, sin que en ningun caso pueda tolerarse nada que tienda á alterar las bases sobre que descansa la necesidad de obedecer.

Figúrese el lector 3.000 hombres de pelo en pecho, donde hubiera gérmenes de iniciativas individuales, aun prescindiendo de la triste cualidad de mis corrigendos de Céuta, y apreciará la esencial que es mantener el rigor hasta en los detalles mas nimios.

El preso que fuma en presencia de sus jefes, está en camino de cometer otro desacato de mayor cuantía, y ya en el plano inclinado de los actos familiares, se pasa á las rebeldías y á los atentados con facilidad pasmosa.

Ridícula parecerá á los espíritus emancipados, la actitud en que el militar se dirige á sus superiores, pero en estas mecánicas está el secreto de la obediencia y de la disciplina, aplicable por estension lo mismo que á las relaciones de los gobernantes con los gobernados por autoridad delegada, que á la imposición de esa autoridad respecto de hombres privados de libertad y de derecho.

Yo entré en Céuta con una dosis tremenda de romanticismo liberal, pero al poco tiempo una voz secreta me avisó al oído: el día que un presidiario te hable con la gorra encasquetada, al siguiente te abofeteará, porque la progresion de la indisciplina es vertiginosa; y vease la clase.

Un ayudante, anterior á mi época, oyó en el patio del Cuartel principal, la queja de un penado que le hablaba con un *chicote* en los lábios.

Fuera inadvertencia, fuera bondad del funcionario, nada dijo á su subordinado, pero este, al día siguiente, volvió á hablarle fumando, y aun le incensó con el humo de la *tagarnina*. El Ayudante, entonces, dió al preso un golpe en la mano, y le tiró el cigarro, sin mas consecuencia por el momento; pero al otro día, el preso volvió á presentarse á su superior con un pretexto cualquiera, y fumando otro *chicote*, que el Ayudante le quitó de la boca de una bofetada. Pocos segundos despues, el Ayudante había recibido multitud de puñaladas, sin que el preso le diera tiempo para hacer uso del rewólver, y tras una horrorosa lucha con la muerte, el herido falleció al fin, y el preso, que lo era á perpetuidad, no sufrió lo mas mínimo con que el Tribunal Supremo de Guerra y Marina doblase su condena, puesto que á la vez no le proveia de dos vidas para estinguirla.

Así las cosas, figurese el lector la agra-

dable sorpresa que yo recibiría al ver inopinadamente delante de mi mesa á un preso, con la gorra de vivos amarillos puesta, y lanzando azuladas nubes de humo de un cigarro que paladeaba con fruicion.

Yo no sé de donde pude sacar un vocejon de bajo cavernoso, como aquel grito ronco y enérgico de Valero en *Baltasar*, cuando dice: ¡*Nadie le toque!!!* pero ello fue que dí el grito, que el penado palideció, y que se le cayeron simultáneamente la gorra y el cigarro, quedando en la actitud mas humilde.

Tentado estuve de coronar mi triunfo con un buen sopapo, pero preferí ser grande á voces solas, y suprimí el acompañamiento de cogotazos, por dos razones: la primera, porque no tuve el valor necesario.

La segunda puede suprimirse, como completamente ociosa.

VIII.

La vida en los cuarteles.—Los «novatos.»
Venús y Baco.—Recuerdos de Sodóma.

En el presidio de Céuta, se hace la vida mas genuinamente española que se conoce. Se toma el sol, se pasea, se come, se bebe, se duerme, y no se trabaja mas que cuando los *negocios* estan malos, à reserva de volver á la holganza en cuanto el preso recibe subsidios, bien de su familia, bien de los robos, secuestros y estafas en que está interesado como sócio industrial de las diversas comanditas criminales, que casi libremente funcionan en toda España, ó que por lo menos gozan de una impunidad su-

perior á toda la inteligencia políciaca de la península.

Despues de la profunda trasformacion que han sufrido la legislacion y las costumbres, todavía rigen en España las ordenanzas de presidios del siglo pasado, uno de cuyos mas previsores y científicos preceptos era el de que los confinados rezaran el rosario tres ó cuatro veces al dia. Hoy que son contadísimos los presos que saben rezar, ha caido en desuso esa práctica religiosa, pero al propio tenor es letra nuestra casi todo lo demás que prescriben las ordenanzas, y el régimen de policía dentro del presidio es puramente discrecional y arbitrario.

Al salir el sol, el preso deja *las ociosas plumas*; se lava el que quiere, y son muy pocos los que tienen interés en el aseo de su persona; los que á *fortiori* ó por su lucro particular tienen que ir al trabajo, salen en grupos ó sueltos, y no llegan á su destino sin tomar *la mañanita* en las tabernas del tránsito, acto en verdad disculpable, porque el Estado no dá mas que dos fementidos ranchos, y el desayuno oficial se desconoce completamente; y por último los que huelgan, los recluidos en el cuartel, y los que aguardan á que avance el dia para salir de paseo ó para ocuparse en negocios propios, se quedan en casa solicitados por el aguardiente que nunca falta, y fumando distraidos mientras el sol vâ ca-

deando el desmantelado cuartel, y se adoba en la cocina el rancho de la mañana.

Ni ejercicios de gimnasia higiénica, ni baños, ni lecturas, ni nada que trascienda á método racional, se conoce en el primer establecimiento penal de España, cuyo jefe tiene V. S. por derecho propio, sueldo pingüe, gratificación para caballo y categoría de jefe de negociado de administración civil.

En la uniformidad monótona de dias y años ociosos, en el continuo vagar del perturbado espíritu, el preso, ó se amodorra intelectualmente y se hace idiota, ó se adiestra por arte singular en las prácticas del crimen bajo todas sus manifestaciones.

El confinado de Céuta, vá de cuadra en cuadra buscando su media naranja; charla en los corrillos; juega á las *chapas* ó al *monte*, con la aquiescencia de los cabos, y aun de algun empleado de mas preclara estirpe, que hacen tambien su *apuntito*; pasea á voluntad por el patio, cuando no halla medio de salir á corretear la poblacion, cosa muy fácil; y goza en fin de todas las delicias de una vida libre y holgazana.

El preso duerme todas las horas que gusta, canturrea á voz en grito, se comunica con las gentes del exterior, y hasta se dedica al comercio y á la ganadería dentro de los cuarteles, como probaré mas adelante.

¿Puede corregir, la existencia en una casa sujeta á tan blando y abusivo régimen? De ningun modo; y los que creen que el delincuente espia su delito en España, y que los tribunales aplican condigno castigo al que envian á Céuta, se equivocan lastimosamente, como ya he apuntado en el prefacio de este libro.

A mí se me conoce lo suficiente para que pueda yo temer que se me tenga por un hombre de carácter duro y despiadado; pues bien, yo declaro que el sentimentalismo que generalmente inspiran los desgraciados que pierden con la libertad la personalidad jurídica, es baldio por completo. Se necesita que el penado sea de indole muy perversa y brava, ó que posea muy poca malicia y menos alcances, para que su vida dentro del penal de Céuta inspire lástima con justicia; en el primer caso, por que habrá de sufrir duros castigos; en el segundo, porque será objeto de todas las violencias y explotaciones. Ciertó que en tésis general, la condicion del delincuente merece lástima, y es azás precaria, pero esto obebece á leyes de moral eterna, de moral cristiana, y es independiente del presidio y anterior á la condena. El presidio no redime, ni corrije, ni educa, ni molesta: tal es la pavorosa série de afirmaciones que pueden sentarse, despues de verlo de cerca.

El arribo de una conduccion de nuevos

presos, es siempre un acontecimiento en el presidio.

Si son *transferidos*, es decir, si son criminales viejos de otros establecimientos á quienes hay que enviar á mudar de aires á otra parte por revoltosos é incorregibles, el mundo de los *guapos* y *barateros*, ya informado del arribo, nuestra intranquilidad si los recién llegados son de la cáscara amarga, ó se regocija ante la idea de tener elementos nuevos que contribuyan á ayudarle á tiranizar á la poblacion penal.

Si son de nuevo ingreso ó *novatos*, la cosa es mas fácil, y todo queda reducido á incomponerles la dura ley del mas fuerte, con las exacciones de rigor, que suelen ser considerables, porque todo reo que llega al presidio de la cárcel donde ha permanecido años á las resultas de un proceso, es seguramente portador de algun dinero, producto de la legítima compasion de la familia y amigos. Debo declarar, sin embargo, humildemente, que durante mi permanencia en el penal de Céuta no tuve ocasion de intervenir en quejas producidas por socaliñas y despojos carcelarios, tal vez porque las víctimas, llenas de saludable terror, no creyeran prudente quejarse, ó tal vez por que los impuestos de la *guaperia* no fueran muy exorbitantes, ni exigidos en formas intolerables.

El piadoso lector, creará de buena fé que

al ingreso de un nuevo pupilo en el presidio, se le recojerá su equipaje propio para almacenarlo, hasta el dia del •licenciamiento, dandole en cambio el uniforme de la casa, y la ropa interior necesaria, asi como que se le tallará, bañará y reconocerá por el medico, para saber si padece alguna enfermedad contagiosa. Nada de eso: al que ingresa se le filia con presencia de su hoja histórico-penal, se le trasquila y afeita, no siempre, si usa barbas y larga cabellera, y con sus harapos ó galas se le destina á una brigada de corrigendos con penas similares á la suya, y punto concluido. Nada mas anti-higiénico, ni mas reñido con la ciencia penitenciaria, pero así suceden las cosas, y yo cumplo con referir lo que he visto *con estos ojos que se han de comer á la tierra.*

Luego el *novato*, que ya vá *garrocheado* por larga permanencia en las cárceles, y que hasta suele llevar cartas de recomendacion para las cabezas visibles del pueblo presidial, busca fácilmente su *modus vivendi* y al mes es uno de tantos; salvos los casos en que la educacion, los instintos buenos, y la naturaleza del delito, son barreras que se oponen á que el delincuente *sui generis*, se amolde á la vida del presidio. Entonces viene otra corruptela, y el penado *de clase*, asi podemos llamarle, halla medios de que en su favor se cree un régimen aparte, costumbre tan

abusiva como todo privilegio introducido donde debe reinar una igualdad sábia, consoladora, y llena de prevision.

No hablaré de la *rata vieja* de presidio, del *transferido* que va en peregrinacion de penal en penal, unas veces por sus propias intrigas para ver si puede fugarse, y otras para visitar en los tránsitos y en los establecimientos de destino á los que con él *trabajan* en secuestros, robos y *entierros*.—Ese tiene *tomada la tierra* y entra en el presidio como en su propia casa ó en la de un hermano querido.—Sin embargo, cuando el *rata vieja* recién ingresado, se fugó del mismo establecimiento al cual vuelve, no se deja de festejar su regreso con una buena dosis de palos; costumbre abusiva, pero disculpable en un régimen penal por completo abandonado al ingenio de los empleados subalternos, y sujeto al aforismo popular de: el loco por la pena es cuerdo.

Venús y Baco, las dos grandes pasiones del hombre, no dejan de ser abundantemente satisfechas en el presidio.—El culto de Venús, tiene por sacerdotisas mujeres imposibles, pero baratas y ambidextras; quiero decir, que lo mismo sirven para dispensar sus repugnantes favores á aquellos hombres mal olientes y depravados, que para auxiliarles en sus empresas criminales.—La policía las espulsa de vez en cuando, pero no hay medios de alejarlas para siempre,

con ser tan difícil el acceso á Céuta, y ya se sabe: cada *guapo* del presidio, cada celebridad patibularia por sus crímenes ó por su valor y su fortuna, tiene en Céuta una hembra bigotuda y pintarrajeada que se muere por su tirano, que le dá un duro cuando anda el *comercio perdido*, y que le ayuda á combinar una fuga y á cobrar el importe de una estafa á las mil maravillas y con habilidad sobresaliente.—Estas hembras bigotudas, llevan como séquito casi indispensable: un perro de aguas, esquilado de *cintura* para abajo; y dos ó tres odalisca mas, donde liban el placer los confinados de menos rango.

Para dar culto á Baco, hay dos recursos en el presidio de Céuta; ó se hacen libaciones clandestinas dentro de las cuadras, donde nunca falta una buena reserva de *bala rasa*, ó se bebe á tambor batiente en las infinitas tabernas que el confinado encuentra al paso en su libre tránsito por las calles. El primer medio es mas funesto, pero preferido, por lo mismo que representa un placer vedado y furtivo lleno de peligros; mientras una *pitima presidial* en las calles no pasa de un escándalo, que se corrije con unos cuantos dias de calabozo, y hasta otra.

Al llegar á la parte escabrosa de este capítulo, no sé por donde empezar, ni donde me harán concluir mis deberes de narrador veráz, y lucho solicitado por dos ne-

cesidades imperiosas: la de decirlo todo, y la de no ser obsceno.

Los discípulos que el naturalismo á lo Zola tiene en España, se frotarian con fruicion las manos al encontrarse frente á frente con tipos reales, verdaderos, tangibles, de palpitante verdad, para hacer ensayos de esa novela que desata tempestades de pasiones en la mente del lector; y yo, en cambio, no sé que hacer con los viciosos del presidio: si dejarlos envueltos en la oscuridad de lo ignorado, ó si reflejar sobre ellos poderoso foco de luz, para que se aterren y se estremezcan de asco, á un tiempo mismo, los buenos burgueses que duermen y comen tranquilos mientras la llaga supura y la gangrena avanza implacable.

Comun á todos los pueblos es ese vicio vergonzoso que Roma y Grecia fomentaron y hasta enaltecieron; sodomitas hay en toda Europa, aunque abundan mas en los países latinos y de costumbre muelles ó perezosas; pero los desdichados que á esos extremos de depravacion llegan, tiene algo de cómico, algo que hace reir, y no escasas dotes de ingenio. Sus frases son intencionadas, gráficas, sentenciosas, y á veces suelen hallar, en su escasa educacion, materiales para tejer un epigrama que no desdeñaria una vis ática. Sus afeites, contoneos, y fingimientos femeniles, excitan la cargada en el primer momento, por más que

después inspiren lastima ó repugnancia. En cambio, el afeminado del presidio, el que trueca en aquellos antros inmundos, gineceos del crimen, el órden por la Naturaleza trazado á los sexos, no deja de ser nunca varonil y siniestro. ¡Horrible modo de añadir horror al pecado!

Los excesos sodomitas, se consuman silenciosamente en el presidio, y yo no tuve ocasion de conocer queja alguna por violencias cometidas para satisfacer tales apetitos; circunstancia que á primera vista podrá parecer atenuante, pero que tras un reflexivo exámen, prueba que los amigos de tan inmundo tráfico, se entregan con deliberada voluntad y por un acto del libre albedrío, á tales aberraciones, conducidos por la abominable condicion de la vida en el presidio.

Generalmente, los confinados chinos hacen el gasto en las saturnales contra Naturaleza pero esto no quiere decir que hombres de mas viril constitucion, hombres curtidos en el crimen, incapaces de toda afeccion tierna dejen de tener la propia debilidad.

El afeminado que corretea en libertad las calles de Sevilla, Cádiz y Málaga, oyendo graciosas puyas y devolviéndoles con mayor gracia, se espanta de un raton, huye si los muchachos le acosan, grita si le amenaza con mas leve peligro, y tiene en todos sus ademanes fingidos, algun trasunto de la debilidad de las hijas de Eva; mientras el afemi-

nado del presidio, duro, amenazador, siniestro, de ojos iracundos y de fisonomía que hacen mas salvaje el delito y el género de vida, espanta en vez de sufrir artificiosos es-
pamos de miedo; ruge en vez de hablar con
femenil ceceo; muestra la curtida piel del
rostro súa y llena quizás de chirlos, en
vez de mostrar en ella los estragos del co-
lorete y del blanquillo. Y sin embargo, sien-
do capáz de matar y de morir impavido,
cuando se encienden en las cuadras las tur-
bias luces, semejantes á lámparas piadosas
que alumbran á los que agonizan; cuando
suena el toque de silencio, en el recato de
las sombras, doblemente densas porque no
las penetra la mirada de la sociedad, se en-
trega silencioso y depravado á un amor de
reptiles.

A decir verdad, no trascienden estas es-
cenas al exterior del cuartel, ni producen
escándalo; pero son conocidas del mundo
oficial, y se admiten como la consecuencia
inevitable de la promiscuidad en que viven
años y años, hombres jóvenes y vigorosos,
en quienes el deseo habla con mayor ímpe-
rio que en el resto de los mortales.

La idea de que este libro vaya como pue-
de ir, y de seguro vá, á manos de quien no
deba ni pueda empañar sus castos senti-
mientos con lecturas peligrosas, me hace
velar todo lo posible estas escenas, que de
otro modo hubieran tenido todo el tremendo
relieve que necesitan para sacudir la enca-

llecida conciencia pública, y que la opinión imponga á los gobiernos el inmediato arreglo del conflicto penal.

Es necesario que sepa el país, que mientras en unos pueblos andan á tiros y en otros se refinan las artes de la prestidigitación para ver de sacar diputado à Zutanez y Fulanez; que mientras hombres, que se ofenderían si no se les llamase sérios y honrados, se ocupan ardorosos en conmover el país con períodos constituyentes y con derechos individuales parlados; y que en tanto que el general X modifica el boton de los uniformes, el general H pide aumentos de sueldo para si y sus subordinados, y el revolucionario Z amenaza con hacerse proclamar en los cuarteles, millares de hombres duermen hacinados en cuadras inmundas, sin vigilancia, y sin freno á las bestiales fogosidades de la carne.

Hora es ya de que las emanaciones de la úlcera lleguen al olfato del país; hora es de que el presidio, científicamente instalado, no sea, como es actualmente, un purgatorio de cuerpos y un albañal recolector de almas.

El presidiario, por causas que con relacion al presidio llamaremos externas, llega ya atacado de lepra; pero la sociedad no debe darle, como medio curativo, un ambiente moral que se deshace en menuda lluvia de pus.

Este es el problema.

IX.

Ni resignados ni arrepentidos.
Los que se aclimatan.—Los recalcitrantes.



estado de espíritu del preso, estado genérico y casi comun á todos ellos, consiste en aspirar constantemente á ser libre, bien por medio de la fuga, bien en forma natural y lícita, el dia anhelado del licenciamiento.

Esta, que podrá parecer verdad de Pedro Grullo, tiene escepciones tan numerosas, que la modifican profundamente. Los *projanos*, por razones de sentido comun, creen que la libertad es una necesidad corpóral y espiritual, como es necesidad física la ingestion del agua para apagar la sed, y eso

mismo creia yo antes de haber estudiado prácticamente al preso; pero en el terreno experimental, en la realidad viviente, hay presos que no quieren dejar de serlo, presos à quienes conviene solo temporalmente la libertad, presos que por un juicio de comparacion—quizás erróneo—prefieren el presidio al hogar, y presos que ansian violentamente romper los hierros de su prision; pero de seguro no hay presos que tengan de la libertad el concepto moral, justo, y adecuado.

Yo no pongo en duda la existencia de escepciones, tan numerosas como se quiera, que sueñen con la libertad como medio de volver á la posesion plena de los derechos del hombre, y á entrar de nuevo en el goce de los afectos morales y en la amplia facultad de desarrollar las actividades humanas; pero en términos generales, ó el preso se halla mejor en el presidio que en su propia casa, ó aspira á ser libre para delinquir de nuevo, ó aprecia la libertad como un bien pasajero é insignificante.

El preso, es siempre un trabajador pobre fuera del presidio. Delinque, por esa fatalidad que se mezcla un poco en todas las acciones humanas, ó por maldad ingénita; y cuando se ha identificado con el género de vida que se hace en la prision, compara su existencia de forzado con la que llevaba mientras era un ser libre y responsable. Dentro del presidio, una vida mate-

rial, con ser tan mala, mucho mejor que la del jornalero pobre; compasion de sus deudos y amigos, que algunas pesetas pueden enviarle por estremada que sea su pobreza; trabajos tan rudos como los habituales del jornalero español; medios de eludir esos trabajos en los accesos de *dolce far niente*, y medios de hallar ocupacion reproductiva cuando guste; sociedad constantemente renovada, de hombres á su propia altura intelectual, con quienes establece fácilmente la corriente simpática; y en muchos casos, ocasiones de conocer la abundancia representada por un *negocio* lucrativo que sale bien y le pone en condiciones de holgura desconocidas para él cuando vivia en plena miseria honrada. Por el contrario, fuera del presidio, el reo cumplido ó ilegalmente libre, tropieza con estos inconvenientes: azares de la persecucion, cuando no es el perseguido una *notabilidad* como las que dan en estos instantes siniestra fama á la provincia de Málaga; vigilancia de la autoridad, como pena accesoria que queda despues de cumplida legalmente la condena; obligacion de mantener á la mujer y á los hijos; insuficiencia del jornal honradamente ganado; imposibilidad de mejorar de fortuna por medio del trabajo; estigma y peligros inherentes á la cualidad de licenciado de presidio, que por si solos representan una dificultad insuperable para ingresar de nuevo en la sociedad; y otros varios obstáculos

mas ó ménos fáciles de salvar, pero todos de mayor cuantía.

No hablo del hombre de bien, educado y con el suficiente despejo intelectual para dirigir sus actos en vez de dejarse arrastrar por lo fortuito ó azaroso de la vida, que tiene la desgracia de delinquir, y que entra en presidio con la firme voluntad de no corromperse; y no hablo de él, porque representa la escepcion si vuelve á pisar los umbrales de su casa, ó se muere generalmente, ya que la vida del presidio necesita organizaciones especiales, ó porque parece asesinado un dia de *bronca*, tal vez porque la masa presidial le encontró refractario, é incapaz de ser uno de los suyos. Hablo del vulgo, de la generalidad de los forzados, y hablo de hechos fatales que me encuentro, sin que yo dilucide á quien corresponde la responsabilidad de que el presidio y el presidiario sean como son. Claro es que todos los hombres deberían poseer la educacion moral y literaria suficiente à desenvolver su cualidad de séres dignos y poseedores de un alma iumortal; claro es que el presidio debería representar el mal supremo y absolutamente temido; pero como el presidiario que yo he observado es generalmente de algo asi como otro barro distinto del que sirvió para modelar la especie humana, y el presidio que he visto completa al presidiario y lo forma, tambien, tengo que seguir un método puramente práctico.

Si me metiera en disquisiciones filosóficas y técnicas sobre la ciencia de la correccion, poco diria, porque yo sé poco de esto,— y de otras cosas;—pero entonces partiría de premisas firmes y de verdades científicas definidas. Huyo, como ya he dicho de ese sistema, y suelo resultar pesimista, pero esto se debe á que la práctica ennegrece un tanto las ideas, y á que no discurro sobre el presidio tipo, ni sobre el presidiario en relacion con ese presidio, sinó que me atengo á lo que he visto y sé de ciencia propia. Los hechos son brutales; pero yo no tengo de ello la culpa.

Por esto, ante la ruda enseñanza de los hechos, sostengo que, (genéricamente hablando, y prescindiendo siempre de las excepciones) el presidiario de carne y hueso que yo he visto y tocado, no se resigna, ni se arrepiente. Se aclimata, cuando dá con el *quid* de la explotacion del presidio; ama la libertad, cuando le llaman fuera necesidades en armonia con la vida del presidio, pero nunca porque tenga de la libertad la noción perfecta, la noción exacta, la noción honrada, en una palabra; y aun en este caso de apetito de libertad, no de aspiracion generosa á ser libre, la contingencia de volver al presidio entra como un factor agradable y hasta necesario muchas veces, en sus planes para el porvenir.

El otro estado de ánimo en que el preso

puede caer y cae, la desesperacion, es particularísimo y singular, aunque participa de la condicion genérica de la libertad apetecida por los otros presos, ya examinados bajo este punto de vista. El preso *recalcitrante*, el preso furioso, odia al presidio porque no puede imponerse á él, porque conserva un deseo de venganza, porque no sabe sacar partido de la prision, pero nunca por horror á esta. Ese preso, agresivo, nervioso, siempre hostil, es un caso de neurósis latente, de locura, en fin; pero menos que ninguno otro ama la libertad por sus méritos morales, porque no tiene ni aun nociones de moral, y es como los demás en punto á mirar des- preocupadamente el presidio.

¡Qué pocos son los que contemplan al cielo estrellado, pensando que aquella azulada gasa con sus lágrimas centelleantes, cobija á los seres queridos, y es dosel colocado sobre el trono del hombre! ¡Cuántos, en cambio, olfatean la brisa que vá y viene libremente cargada de perfumes, y conduciendo ruidos excitantes de la vida sin cerrojos, como si presintieran que aquella bocanada de aire tibio y desmayado, semejante á un beso, les trae recuerdos del azote de la campiña, antes compañero de cadena, y ahora libre, rico y temido!

Fiel á mi promesa de no teorizar, y de no ofrecer soluciones, rehuyo tenazmente poner al lado de este veneno, la tra- ca apetecida.—Basta á mi propósito en

ejercer de fotógrafo, y cuando más entablar con el público este diálogo.

—Me consta de ciencia propia, adquirida á costa de muchos sustos, que el presidio no corrije, que el presidio tiene medios de aumentar la desmoralizacion de los mas desmoralizados; y que el presidiario ó se halla bien dentro del presidio, ó solo siente pasajera necesidad de salir á *asuntos propios* sin que le importe en ardite la pronta, y á veces, deseada vuelta. En el presidio se aclimatan los mas, mueren los menos, y no se arrepiente ni se enmienda ninguno.

—¡Pero hombre de Dios! Usted tiene una idea preconcebida, un verdadero prejuicio; el de que todo el que entra en el presidio, reúne condiciones adecuadas para vivir allí.

—Ese es el hecho; pero yo no atribuyo su responsabilidad al que sufre las consecuencias del estado moral é intelectual de España.

—Bueno; pero usted persiste en pintar un presidio horrible y atractivo á la vez; contradiccion y *plancha*.

—No hay nada de eso; es que en España está todo invertido, es que vivimos en el país de los vice-versa, que dijo aquel político, menos hablista que hombre de gobierno; y por virtud de este anormal estado de cosas, de que yo no soy responsable, el presidio actual es horrible para los que no

somos presidiarios; mientras organizado científicamente, el horror sería para la delincuencia, y para la sociedad la satisfaccion inefable de haber hecho de la dura ley, ahora blanda, pero mortífera, medicina salvador, aunque enérgica y amarga. ¿Se vá usted enterando? Dejar al preso en una vida muy semejante, y acaso mejor que la que llevaba al tiempo de delinquir, es hacerle amable el presidio; mientras la revolucion completa en las costumbres del recluso, ya es un castigo, ya es una molestia, ya es una prueba constante de que ha salido de la sociedad.

—Luego V. está por el sistema celular ó de aislamiento...?

—A eso me inclino; pero un libro didáctico sería fastidioso ó mas bien superior á mis fuerzas, y hoy por hoy me contento con decidirme en contra de los presidios actuales, seguro de que cualquier sistema que los reemplace será mejor que el presente.

Se habla de la toma de la Bastilla, como de la jornada que redimió á la sociedad política; pero, aquende los Pirineos al ménos, *nulla erit redemptio*, mientras subsistan en pié los presidios que aclimatan, hacen indiferentes, ó fomentan la locura furiosa bajo la forma de presos incorregibles.

Y creame V.; en tanto el presidio no represente para el preso una penalidad moral y un empeoramiento de su vida ante-

por al crimen, sin crueldades, y hasta con esmerado trato—que es otra forma de producir molestias al que desconoce la comodidad y el orden—estaremos apaleando millares de hombres y atiforrándolos de tifus, pero socialmente no se habrá conseguido mas que hacer millonarios á los contratistas de viveres.

Prefiero la *ley del linch*, preferencia quizás harto atrevida para un conservador; pero así como, segun la conocida frase, rasgando la corteza del ruso aparece el cosaco, bajo mi corteza actual, y en cuestiones de cierta índole, habrá siempre un radical vehementemente.

Además, yo no conozco nada menos conservador, que conservar dentro de casa los gases deletéreos que producen la muerte.



X.

Reclusos, confinados, presos y presidiarios.

Confusion de clases.—Los hierros,

El microbio presidial.

El Código penal de 1871, que régia el año 73 y que en la actualidad rige, establece marcadas diferencias tanto en la nomenclatura como en la naturaleza de las penas, imponiendo en algunas los trabajos récios, forzados, y la necesidad de que el reo lleve al pié y sujeta de la cintura, una cadena cuyo peso determina el embrion de ordenanzas de presidios, que tenemos.

La pena de reclusion temporal ó perpétua, implica la necesidad de que el recluso no salga jamás del cuartel, y sin embargo

sale, bien para ocuparse en trabajos del Gobierno, bien para ejercer su oficio á jornal, pagando unos tres duros mensuales, de cuya suma, parte constituye el fondo de ahorro que se entrega al preso en el acto del licenciamiento, y parte queda á disposicion del Estado, para determinadas necesidades del establecimiento.

Por aquí vemos que una viciosa costumbre falsea completamente la intencion del legislador, creando lamentable confusion en el modo de extinguirse las penas, y contribuyendo mucho á la ineficacia del castigo, porque no es lo mismo la prision perpétua ó temporal, que el hospedaje nocturno en el presidio, á que queda reducida toda pena, desde el momento en que el reo rematado puede discurrir libremente y con libertad emplear sus actividades.

La ley ha establecido capitales diferencias entre la reclusion, el presidio, la cadena, y el confinamiento, y merced á los usos que han creado una especie de derecho consuetudinario, todos los reos adscritos al presidio de Céuta, extinguen pena de confinamiento, porque á todos es posible la residencia dentro de los muros de la plaza, y aún en el campo exterior.

Verdad es que este estado anormal de cosas, puede cesar cuando un comandante penetrado de sus deberes, quiera restablecer el órden; pero para esto se necesitaria romper una tradicion tan poderosa como

todas las tradiciones y, apartándose de lo comun y acostumbrado, convertirse en una especie de redentor, que acabaría por correr la suerte de todos los redentores.

Sin ir mas léjos, las facultades múltiples, ónnimodas y discrecionales, que tiene el comandante general de Céuta, son capital obstáculo á que desaparezca el cáos en el presidio.—Basta que un preso sea hábil jardinero, ó cocinero de primera, ó zapatero sobresaliente, para que dé hecho y de derecho pertenezca á la servidumbre palatina del General.—No importa que el preso notable sea condenado á perpetuidad, recluso, ó que no esté *en condiciones*: quiera ó nó irá al Palacio, y si se fuga con formar espediente y decretar la suspension de alguien que no pertenezca al mundo de la milicia, estaremos despachados.

Cuando, hace muchos años, comenzó la edificacion del cuartel del Valle, acabada obra que honra á los arquitectos militares, todos los presos llevaban el hierro propio de su condena; pero hubieron de ocurrir algunos accidentes desgraciados, porque la cadena embarazaba los movimientós de los que trabajaban en andamios, y por humanidad se suprimieron los hierros.

Cualquiera dirá, que acabado el cuartel, debieron volver á usar los penados su distintivo mas característico; pero el que esto piense, ni conoce á España, ni sabe lo po-

derosa que aquí es toda costumbre abusiva. —Hoy de la fecha—ó mejor dicho, en 1873 —no habia en el almacén cadenas para cincuenta hombres, y no llegaban á 20 los que la usaban dentro de los cuarteles por un castigo especial, y nunca como una ritualidad acostumbrada.

Estos detalles parecerán nimios á los que por total desconocimiento de la vida del presidio, aun no se han despojado de sentimentalismos y preocupaciones; pero en realidad, donde todo descansa en ritualidades reglamentarias, y el reglamento está constantemente incumplido ó violado, no es posible ni responder del órden, ni que la institucion responda á sus fines, por causas de anarquía constitucional.

El presidio de Victor Hugo, aquel Tolon horrible, donde Juan Valgean era un martir de la ferocidad de los capataces, donde el palo encallecia las espaldas y la conciencia, era, ni mas menos que un antro situado en los antípodas de nuestros actuales presidios, porque si en aquel el régimen se componia de una série de tormentos arbitrarios, en los nuestros se compone de una série de blanduras funestamente mezcladas con una funestísima desorganización.

Por fortuna, el presidio de Tolon no existe en España; pero mientras en Francia donde existia, ha cedido el puesto á un sistema penitenciario racional y científico, de los Pirineos para acá nos hemos quedado con

las deficiencias de antaño, agravadas por las blanduras que el espíritu de la época ha ido substituyendo á las rígidas soluciones autoritarias del pasado.

El presidio que mata, es un baldon y una crueldad; pero el presidio que corrompe y no deja de matar por eso, es algo peor y en él se confunde lo siniestro con lo inepto.

Veo fruncir el entrecejo y taparse los oídos, á los que no pueden soportar el monsonete horripilante de los eslabones de la cadena del forzado; pero como el presidio-tipo es mas humano que esos románticos, porque nos evita no solo la musica del grillete, sinó la presencia del presidiario, á mi opinion me atengo, y aferrado sigo á este dilema: ó se cumple extrícta y rigurosamente el cuerpo legal que rije la actual manera de ser de las penitenciarias españolas (pase el apodo) ó se cambia de un modo radical todo lo que les atañe, desde el edificio, á la vida del preso.

La ineficacia del presidio, consiste en la idea, generalmente estendida, de que es soportable, de que participa de los caracteres comunes á la vida ordinaria en España, que bien puede encerrarse en esta fórmula un tanto ruda y descortés: cada uno hace lo que le dá la gana. El dia que la prision represente un método, con leyes inalterables, con disciplina rígida, y con todos los caracteres inherentes á la muerte temporal civil, no concluirá la criminalidad, por

que no ha concluido en otros países que han llegado á la perfeccion en materia penitenciaria, y porque el crimen existirá mientras haya pasiones humanas, pero se contendrá en sus límites naturales, mientras en España está ahora desbordada.

Con arreglo á la actual division penitencial de España, al presidio de Céuta no deben ir mas que los reos de penas afflictivas condenados á perpetuidad ó por un considerable número de años, cuyo alto límite no recuerdo en este momento; pues bien, allí los hay, ó los hubo, hasta de penas correccionales, alternando con la nata y flor de la criminalidad perversa y recalcitrante.

Nada mas contrario á la ciencia de la correccion, que someter un reo de delito leve al contacto de verdaderas notabilidades del crimen. No es que la virtud sucumba siempre, ni que el forzado á perpetuidad propine filtros para atraer á sus banderas al neófito del crimen; es que la atmósfera del presidio corrompe tanto, que bien pudiera sostenerse la teoria micróbica aplicada al mundo de los delitos; es que el presidio ejerce una accion corrosiva sobre la dignidad, tan rápida y enérgica, que como la cárie de los huesos no se ataja mas que por medios violentos.

Hoy, no hay manera de sustraerse á la influencia presidial sobre las condiciones morales, porque el presidio obra de du-

maneras: sobre la materia por medio de la suciedad, la falta absoluta de higiene, la vida de pocilga en fin, circunstancias todas ellas que prostituyen la dignidad; y sobre el espíritu, por el ejemplo, el contacto con los perversos en absoluto, y la tiranía del mas fuerte que acaba por imponer su dictadura en todos los órdenes.

Cuando se salga del presidio, dejando en él en vez de amistades y recuerdos de una mancomunidad afrentosa, el misterio y el anónimo merced á una vida solitaria y pacífica, entonces será el presidio lazareto y no causa de propagacion de las epidemias del alma.

Ustedes dirán si esto puede esperar á mañana.



XI.

Precauciones de gran espectáculo.

La leyenda del Ayudante malagueño.

Lo teatral vuelve al teatro.

Síncero y franco hasta el punto de que mi sinceridad y mi franqueza se tomen por censurable frescura, no puedo ni debo disimular mis sensaciones al verme cara á cara con la hidra de 3.000 cabezas, uno de cuyos domadores debia ser yo por corto estipendio, sometido á descuento para mayor escarnio.

Desde que salí de Málaga hasta que llegué á Céuta, la curiosidad me hacía largo el trayecto. Cuando entré en el patio del Cuartel Principal, el asombro reemplazó á

la curiosidad; y cuando el asombro se hubo desvanecido, cuando me hice cargo de mi situacion, cuando medí mis fuerzas físicas, y las hube comparado con las fuerzas colectivas del presidio, y con las fuerzas peculiares de cada preso; cuando me hallé tan inferior y tan inofensivo, el miedo se enseñoreó de mi espíritu, y me eché á temblar en dos tiempos y en dos formas: por dentro, cuando estaba en presencia de testigos; por dentro y por fuera, cuando me veía á solas con mi propia insignificancia.

No creo volver á Céuta—en clase de pensionista externo al menos—y estas ingenuidades que confío á la publicidad, no podrán perjudicarme aunque lleguen á conocimiento de los que durante un año largo de talle, creyeron habérselas con un hombre de armas tomar, con un maestro en la esgrima del cuchillo, con un andaluz capaz de *atarse un pie* con los doce pares de Francia.

¿A que, entonces, fingir? Miedo tuve, aunque la dignidad de funcionario público me hiciera fruncir de vez en cuando el entrecejo con aire *feroce* de guardarropia; aunque el nombre envidiable de que goza Málaga reflejará sobre este su pacato y pacífico hijo, algo de los esplendores conquistados en la historia de la *guapería* por *percheleros* y *trinitarios*.

Pero si el miedo se habia apoderado de mí, merced al convencimiento de que en

yo muy poca cosa para habérmelas con el
mas manso de mis subordinados, que ni el
amor á la vida tenia que perder, de la ne-
cesidad supe hacer virtud, ó de tripas hice
corazon, y cualquiera hubiera creido que en
mi cuerpo—ya por entonces polizarcico—
habia reencarnado el espíritu de aquellos
héroes de la navaja que un dia dominaron
en el mundo de los *bravos* malagueños.

A partir de mi toma de posesion, sin-
gulares preocupaciones comenzaron á trabajar
mi espíritu. ¡Si se reuniera en un solo re-
cipientes toda la sangre que han derrama-
do mis subordinados!—decia en las horas
dedicadas exclusivamente al culto de la *me-
drana*.—¡Si estallara de pronto toda la fe-
rocidad mal comprimida entre las cuatro
paredes del presidio! ¡Si se me conociera
este estado del ánimo, que es obra de la
razon que aprecia la insuperabilidad del pe-
ligro, y parece miedo cervical!—Y á este
tenor, todos los problemas revestian for-
mas pavorosas, y en todo momento creia-
me próximo al conflicto de fuerza, cuya re-
solucion se me antojaba funesta para la
integridad de mi ser físico, convencido de
que era yo incapaz, dos ó tres veces, de me-
lar el filo de una faca á cuya empuñadura
habria asidos una mano de hierro, un brazo
nervudo, y un cuerpo de leon en estado sal-
vaje.

Medios habia de imponerme; el palo, la

guardia negra de cabos adictos, y las órdenes crueles dictadas impunemente desde la oficina, para que otros las cumplieran con riesgo personal. Pero yo no he sabido nunca pegar, ni hacer daño, y me parecia despresivo aparecer en público rodeado de valientes de encargo, en cuya fidelidad no se podia confiar nunca enteramente.

Resolví, pues, labrarme una reputacion, vivir del crédito, y pedir al arte lo que la Naturaleza me habia negado.

Un dia, ya con mi resolucion tomada, y libre en parte de la natural pavura que hasta entonces venia turbando mi digestiones, me dirijí al taller del herrero, con ese paso firme, lento, y seguro, del que ni teme ni debe.

Conviene advertir aquí, para la mas fácil inteligencia del gran suceso que voy à narrar, que desde los primeros momentos habia yo roto la tradicion constante de los empleados del presidio. El presidiario sabe que al cabo de vara, además del sólido garrote que usa como simbolo de sus atribuciones, lleva en la faja, casi á la vista de todo el mundo, y con la anuencia implícita de los jefes, una faca ó navaja, que hace la barba. El ayudante y el capatáz, no sueltan el robusto roten, que muchas veces esconde la acerada hoja de un estoque, y en el costado izquierdo, se le advierte voluminosa prominencia que denuncia al rewólver. Pues bien, por casualidad

como el burro flautista de la fábula, ó por ignorancia completa de lo que es el presidio, yo establecí el contraste presentándome entre los confinados con levita abrochada, sin bultos acusadores, y con un délgadísimo baston de feble junco en la mano, por toda arma ofensiva y defensiva; y el preso, que es observador, por la necesidad que tiene de averiguar con quien ha de habérselas, reparó en ambas circunstancias, y me acogió con prevencion muy útil para mi humilde persona, pero..... no anticipamos los sucesos.

La herrería, aunque parezca imposible, es el taller mas limpio y sano del prasidio. Por su puerta al sol saliente, entra la luz á raudales; la combustion del carbon destruye los gases insalubres que tanto abundan en otros departamentos; y el hierro candente despidiendo chispas rojas, el alegre sonar del yunque herido por los enormes martillos, el ronco y acompasado soplar del fuelle que colora las brasas con el beso del oxigeno; el rechinar de la lima; y alguna que otra copla acompañada, á guisa de estribillo, por los ruidos del taller, esparcen la alegría y la vida, que por lo general faltan en otros talleres silenciosos y tristes donde los trabajadores manipulan como automatras impasibles.

El herrero era un alavés, alto, huesudo y recio, que manejaba como un niño en peonza, los pesados martillos, y las enor-

mes piezas que reparaba ó construía.

Condenado á cadena perpétua por asesinato de su mujer, ocupábase en remachar grillos ajenos y, suficiente amigo del hierro, no lo llevó nunca desde el tobillo á la cintura.

Al verme entrar, cesaron las respiraciones del fuelle, enmudeció el sonoro yunque, se detuvo en sus mordiscos la lima, y se estinguió la copla popular como un perdido eco de la lejana patria.

Gorra en mano, hizome el herrero los honores de su casa, dandome cuenta y razón de su condena, del tiempo que llevaba en el establecimiento, y de la obra que salía de sus talleres.

De pronto, con aire indiferente, me fijó en una enorme lima, lo menos de media vara de larga, capaz de reducir á polvo un acorazado.

—¡Buena lima!—dije.

—Sí, señor; es inglesa—me contestó el herrero.

Hubo algunos minutos de pausa, que yo empleé en examinar la lima, en tantearla en convencerme de su duro temple, empuñándola con el aire de un hombre que sabe lo que trae entre manos.

—Pues bien;—dije entregando la lima al herrero.—De aquí me vá usted á hacer un cuchillo de hoja ancha y gruesa, y con dos filos.—¿Sabrá usted templarlo?

—Sí, mi Ayudante. Y ¿que largo le dejó

—Todo el que tiene. ¿Cuándo estará?

—Pasado mañana.

—Pues que no falte. Dejelo usted todo: me he olvidado mi cuchillo en Málaga, y yo no sé acostumbrarme á otra herramienta.

—Pasado mañana estará, mi Ayundante. Yo mismo lo subiré á la oficina.

—No; yo vendré por él, y con eso sí tiene algun defecto se le corregirá en el acto.

Y salí del taller, comenzando de nuevo el vulcanico estrepito de fuelles, yunque, limas y martillos; pero como el melodrama no habia terminado, volvine á los pocos pasos, y desde el anchuroso patio, donde varios penados permanecian de pié y descubiertos, grité con voz recia y firme:

—¡Maestro herrero! pongale V. al cuchillo un puño grande y fuerte. ¡Ah! y que lo vacie el amolador.

Pocos momentos despues, desde una ventana del primer piso donde tiene sus dormitorios la brigada de Talleres, pude ver un grupo de penados que oian del herrero la relacion de mi visita, y por contera el encargo que yo le habia hecho con apremio.

Desde aquel dia, comenzó la leyenda del Ayudante malagueño; y como yo estimulaba la credulidad de los presos, tratandolos con relativa blandura, sin que jamás se me ocurriera pegarles, oyendo sus quejas y administrando con honrada escrupulosidad su dinero, mi fama se consolidó por medio de

este silogismo carcelario: el que nos pega como jefe, no es capáz de pegarnos como hombre; *ergo* este que no pega, que es llano, afable, que no usa garrote, ni rewólver, y que gasta cuchillo algo mayor que los nuestros, es capáz de *tomarse un corte-sito* y *distingue* lo que es un *viaje*.

Confieso que algo contribuyó á estender mi fama, la gratitud de un preso malagueño á quien yo protegía por recomendaciones de un malogrado amigo mio; pero en definitiva mi reputacion de *guapo* era bastante sólida para permitirme recorrer desarmado las mas inquietas brigadas, y aun imponerme—como se verá mas adelante—por la voz y el ademán.

Amaneció el dia de Abril de 1873, en que yo debia dar fin y acabamiento á la empresa colòsal de crearme una reputacion salvadora dentro del presidio, y me dirigí al cuartel de Talleres.

Corto era el trecho que habia de recorrer desde la Fonda al cuartel, pero no pude salvarlo sin pensar varias veces:—Cuando tenga el cuchillo en estas manos, limpias de todo derramamiento de sangre ¿me desmayaré de miedo de mi mismo?

Por fin, di vista al rastrillo del cuartel de Talleres; el cabo que lo guardaba me abrió con mas respetuosa diligencia que otras yeces y atravesé el patio con las manos en los bolsillos, distraído y sonriente.

Buen trecho llevaba ya recorrido, cuan-

do hice una parada en falso, y como si en aquel momento recordase lo que venia preocupándome desde muchas horas antes, enmendé el rumbo, y me dirigí á la herrería.

El maestro, fiel á su promesa, sacó de uno de los cajones de su banco el famoso cuchillo, con su vaina forrada en sedoso terciopelo encarnado, con sus retorcidos gavilanes, su contera de metal dorado, y su puño de asta negra, grande y sólido, que que parecia adherirse á la mano.

Cogí aquel horrible aparato; lo desenvainé, y vibré al aire; pasé con delicadeza su tajante filo por la piel del pulpejo de mi mano izquierda, y con un aire el mas truhanesco, abrí mi levita, remangué mi chaleco, é introduje aquel alfanje chino entre el pantalon y la cintura. Despues me abotoné correctamente, dí dos duros al herrero, pensando que aun me salia barato el derecho á la vida, y me fuí á mis ocupaciones oficinescas, Aquiles por fuera, cómico por dentro.

Cuando despachadas todas mis obligaciones del dia, pude correr á la Fonda, me encerré en mi cuarto, cogí con dos dedos no mas la tremenda segur, y la arrojé al fondo del baul de la ropa súcia, sin que jamás en catorce meses me atreviese á mirarla siquiera.

Pero para el penado, el cuchillo estaba allí, en mi cintura, pronto á brillar al aire, relampagueante y mortífero, y su sombra

protectora hizo las veces de para-rayos, sacándome sano y salvo de aquellas tempestades de ira.

Un año despues, regalé el cuchillo á mi buen amigo el eminente actor Victorino Tamayo, que aun sigue aterrorizando á los públicos con mi virgen é inofensiva herramienta, en *El sueño de un malvado*.

XII.

Las fugas.—Un evadido argonauta.

III «Niño de Brenes».—Bañados en aguas.... fecales.
A nado como Leandro.

Mi debut en el presidio de Céuta, no pudo ser mas azaroso, si bien logré *salirme de la suerte*, y escapar de aquélla jornada sin ulteriores responsabilidades criminales.

Figúrese el lector, que el mismo dia en que me posesionè de mi cargo, y en ocasion de hallarme saboreando el aromático Moka en el *Casino Africano*, uno de los cabos *volantes* que ya he descrito, vino á darme parte de que se habia fugado uno de los pre-

sos adscritos á la Maestranza de ingenieros, y colocado, por lo tanto, bajo mi inmediata vigilancia como Inspector de trabajos que era yo, al par que Ayudante primero.

—¡Buen principio de semana, para el que ahorcan en lúnes!—dijeme verdaderamente apesadumbrado de mi estreno, y eché á andar tras el *volante*, portador de la mala nueva.

La noche estaba oscura y tempestuosa. El viento del S. E. hacía mujir con furia á los dos mares que se confunden al pié de los muros de Céuta, y la lluvia caía á chubascos propios de la abrilada.

Lo primero era averiguar el nombre del fugado, y supe con espanto que se trataba un pajarero de cuenta, muy conocido del público malagueño.

¿Recuerda el lector aquellos marineros españoles que hace treinta años, lo menos, mataron en aguas jurisdiccionales de Málaga á la tripulación de un buque inglés, poniendo despues fuego al barco? Pues el único sobreviviente de los autores de aquel crimen, *los piratas*, como se les llamaba mientras estuvieron en esta cárcel, era mi fugado de aquella noche de Abril desapacible y lluviosa.

¿Quien me habia de decir, cuando en mi niñez oía con terror y curiosidad los detalles de aquel proceso célebre, que andando el tiempo habia de ligarse mi destino á uno de los famosos *piratas*?

Atribuílo á influjos del hado adverso; pero como no habia tiempo que perder en filosofía, ni en agüeros, sali disparado en busca del fugitivo, llevando como espoliques á los mejores sabuesos del presidio, que rivalizaban en celo y diligencia ganosos de complacer al Ayudante nuevo.

Nuestras primeras visitas fueron para todas las casas de mala nota, reputadas como centros de auxilio de evadidos y *enterradores*. Despues, examinamos una por una todas las tabernas; mas tarde, estendimos la visita á los templos de la Venús patibularia; y por último, adquirimos la seguridad de que el evadido no habia traspasado el recinto de la plaza, por mas que no diéramos con él; y tras prolija investigacion en las faldas del Hacho, y en todos los lugares fáciles á servir de pasajero asilo, hubimos de retirarnos molidos y calados hasta los huesos, pero con fundadas esperanzas de que el *Pirata* nos pagaria la mala noche al amanecer del dia siguiente.

¡Vana esperanza, y vano propósito vengativo! El *Pirata*, que era hábil y atrevido marinero, habia preparado su fuga por mar, con mucha anticipacion. Sabia que con S. E. duro en la boca del Estrecho á nadie que entendiese de achaques marítimos se le habia de ocurrir la idea de que se pudiera navegar en fragil bote por aquellas aguas, y fiandolo todo á la suerte, jugándose la vida, se embarcó al abrigo de las escolleras

del muelle de San Pedro, dió la vela, y solo, en un mal esquife, venció á la mar, al viento y á las corrientes, y abordó á la costa de España entre Gibraltar y Guadiaro, para seguir mas tarde su derrota hasta cerca de Alicante.

¡Cuando lo supe, hubiera condecorado con la cruz del mérito naval al evadido, porque la hazaña haría honor á los primeros náuticas que doblaron el cabo de las Tempestades, sin perjuicio de aplicarle el correctivo que guarda el presidio para los que le abandonan descortésmente!

Por fin, echó Dios sus luces, y en vista de lo infructuoso de la persecucion, puse mano á formar expediente en averiguacion de los responsables y encubridores de la fuga, para dar cuenta al Ministro, todo lo mas correctamente posible, de la razon por que se libraba el Estado de mantener á uno de sus pensionistas en Céuta; y para suerte y tranquilidad mias, probé con la claridad que exige la Ley de Partida: primero; que el *Pirata* fugado, poseia una suma enorme en oro, producto del juego, de su trabajo personal, y tal vez de misteriosas depredaciones; segundo; que habia sobornado al cabo de vara encargado de conducirlo desde la Maestranza al cuartel, á cuyo cabo le fueron ocupadas varias monedas, restos del precio de su amabilidad; y tercero; que el capatáz de servicio en la Maestranza, se habia ido á picos pardos, facilitando así, mas

ó menos inconscientemente, la fuga concertada. En vista de lo cual, el cabo fué depuesto y algo mas, el capatáz fué suspendido en sus funciones, y yo salí sano y salvo de aquel lio que pudo costarme caro, mientras el *Pirata*, navega que navega en su barquichuelo, llegó á una playa de la costa alicantina, de donde era natural, desembarcó pacíficamente, gracias al estado del país, compró tierras, y allí vive hecho un contribuyente, si bien le aguarda en el cuartel Principal de Céuta la cuchara que abandonó en un momento de nostalgia aguda.

¿Va comprendiendo ya el lector el mecanismo de las fugas? Primero tenemos en el preso la posibilidad de hacerse de elementos pecuniarios tan considerables como se necesitan para adquirir una embarcacion, contar con quien se la conduzca al punto de cita, sobornar á sus guardianes inmediatos, y constituirse un medio de vida que consolide la fuga alejando el peligro de la captura; y despues, tenemos tambien, la libertad de que goza el recluso para acechar el momento propicio, franquear elevada muralla, y embarcarse en las circunstancias mas favorables, como oscuridad de la noche, bravura del mar, etc., etc. Muy pobre ó muy torpe deben ser los que se resignan á continuar en el presidio, cuando, merced al régimen allí imperante, puede decirse que las fugas se les dán hechas.

Antes de referir otros casos de fugas célebres ó audaces, diré que el presidiario no siempre se evade del presidio mismo. Conocedor de todos los procesos graves y oscuros que se instruyen en España, por medio de anónimos ó falsas delaciones, que le pintan como complicado en un crimen de difícil investigacion, se hace reclamar por un juez de primera instancia, para fugarse en el tránsito de una de las cárceles mas susceptibles de ser escaladas; y sinó se fuga, porque la guardia civil anda ojo avizor, se pone de acuerdo con otras notabilidades del crimen residentes en las grandes cárceles, ó en plena libertad, y cuando vuelve á Céuta, tras un viaje inútil, ya trae materiales para urdir estafas, secuestros, y otras empresas lucrativas.

Relatar aquí todas las fugas de que fui testigo, seria monótono y cansado. Voy, pues, á fijarme en tres ó cuatro, que decuellan por el cinismo, la habilidad, ú otras condiciones especialísimas,

Entre las fugas cónicas, merece especial mencion la del *Niño de Brenes*.

Era este un afamado salteador de caminos, resto de los antiguos caballistas que infestaron las Andalucías, y sin duda recibió el apodo por alguna hazaña ejecutada en su niñez, pues cuando yo le conocí tenia el *Niño de Brenes* muy cerca de 70 años.

De carácter afable, como todos los *valientes* andaluces, el *Niño* septuagenario era un

preso simpático, que habia logrado crearse una existencia cómoda en el presidio, viviendo con holgura en el Hacho, donde ejercía diversas industrias, y las funciones de *guapo* de aquel departamento, mientras llegaba la hora de que uno de esos indultos estupendos, que devuelven de un golpe á la vida del crimen centenares de presidiarios, pusiese fin á su cadena perpétua.

El *Niño* era alto, corpulento, fornido, moreno y con un verdadero bosque de cabellos como la nieve, asomando bajo el sombrero de *paisano*, pues el *Niño* en razon á su elevada alcurnia de caballista jubilado y amo de la gente mas brava del Hacho, se sus-traia completamente á la uniformidad del presidio, y ni usaba gorrete con vivos amarillos, ni llevaba cadena, ni vestia de otro modo que como los labradores andaluces acomodados; y ciertamente que su figura debió ser simpática, cuando caballero en veloz jaca cordobesa, con la manta je-rezana sobre el arzon, trabuco en mano y puñal al cinto, recorria las carreteras poniendo á contribucion á los viajeros ricos, y socorriendo á los viandantes pobres.

Tanto se estendió la personalidad del *Niño de Brenes*, que se hizo labrador de un pedazo de terreno en el Hacho, que tuvo ganado de cerda, aves de corral, y que hasta dió dineros á prestamo, con interés tan usurario como sus colegas que andan sueltos en la península.

Este estado de cosas no podia continuar. El *Niño de Brenes* iba á absorver todo el presidio, y se le notificó que era preciso que entrase bajo la accion de la disciplina comun, que vistiese el uniforme (lease los harapos) del presidio, que vendiese sus propiedades, y que dejase de funcionar como banco hipotecario de la poblacion penal.

El *Niño de Brenes*, recibió sonriente la noticia, y en frase ingénua, llena de modismos de la *tierra baja*, vino á decir en romance:

—Que él estaba en el Hacho, porque tenia un medio de vivir para ganarse un duro con vergüenza, sin ofender á Dios ni á *naide*, y mas bien dispuesto á hacer un favor á los Jefes, porque los *muchachos* al fin lo respetaban (no porque estuviera él delante) y en algunas ocasiones él habia mediado evitando disgustos y *esaboriciones*; pero que si se le queria rebajar al igual de cuatro *encuerínos* borrachos, él se fugaría, porque no le daba la cuenta vivir en *presiyo*, cuando podia vivir en su tierra sin que se metiera con él *dengun cevil*; y en resúmen, que él le hacia un favor al presidio permaneciendo preso, pero que en vista de que se le trataba con ingratitud se veia obligado á brillar por su ausencia dejándonos abandonados á nuestra propia pequenez.

Este *speech* del *Niño de Brenes*, ingenioso

y originalísimo, produjo en el elemento oficial del presidio una explosion de furor, escepto en mí, porque yo encontraba muy puesto en razon todo lo que el *Niño* decia. Acaso ¿era aquél un establecimiento penal de veras, para que pudiese abrigar la pretension de retener y corregir á todo un ex-caballista con uso de uniforme? Si el *Niño de Brenes* habia tenido libertad para crearse una fortuna ¿conqué derecho se le advertía tan tarde, su falta de capacidad para contratar? Aquel viejo foragido, con astucias de zorro y argumentos de licurgo rústico, era la protesta viva contra el vicioso régimen del presidio, y en verdad que nos hizo *tirarnos una plancha* muy decente.

Se le dió un plazo para vender sus cerdos, gallinas y pavi-pollos y para realizar sus créditos por cesacion de negocios; y cuando tuvo todo su caudal á cuestras, no obstante la vigilancia que le rodeaba, nos hizo un ademan semejante al que hacía la Friggerio en *L'figlia di Madama Angot*, y se fugó.

Comenzaron las señales telegráficas desde el Hacho á la plaza; volaron, realmente, los *volantes*; se cerraron todas las puertas y portillos; la policía emprendió una série de carreras frenéticas; se apercibió todo el servicio de vigilancia interior y exterior, pero el *Niño* pertenecía á la clase de los *no habidos*, y se habia evaporado.

Despues he recordado muchas veces esta jugarreta saturada de grandes enseñanzas, y dichome con toda conyiccion:—¡Apenas habia ganado elecciones el *Niño de Brenes* desde que se fugó de Céuta, á la fecha!

Mas adelante hablarè de un penado valenciano, *roder* ó secuestrador de la marina, que habia tenido necesidad de fugarse diferentes veces para acudir donde le llamaban lucrativos negocios á la sombra del desbarajuste revolucionario; ahora, solo debo citar aquí una de *sus fugas*, como ejemplo de lo que pueden la voluntad y el ingenio del hombre.

Con ayuda de cómplices, que nunca faltan para estos fregados, por *tanti quanti* preparó un gran cajon á medias lleno de tabaco; se introdujo en el; fué cerrado y clavado; y en esta forma se le expidió Gibraltar como una mercancía averiada devuelta al punto de su procedencia; y como en Gibraltar el tabaco es de libre comercio, el consignatario del cajon habitado, lo recibió sin obstáculo, lo abrió, y el fugado salió á luz sano y salvo y perfumado.

¿Cómo se las compuso para no estornudar dentro de su encierro, aquel enterrado en nicotina? ¿Como resistió las molestias de viaje, aunque de pocas horas? ¿Cómo soportó los golpes y los bruscos cambios de posicion, que le obligaban á estar unas veces con la cabeza para abajo y los pies

para arriba, ó sea en vertical invertida, y otras en actitudes no menos violentas? El héroe de esta evasión singular, me contaba que tenia prisa en llegar á España sin hacer escala en Marruecos, y que optó por el medio mas rápido, y barato; pero que pasó tales angustias, que en *sus próximas fugas* no volveria á hacerse facturar como artículo de arder en pipa.

Al amanecer de un hermoso dia de Noviembre, sentí que golpeaban furiosamente la puerta de mi cuarto. Desperté creyendo que los *muchachos* se habian declarado en canton, y pregunté con voz aun turbia por la somnolencia:

—¿Quién es?

—*Er volante* de Talleres?

—Y ¿que quiere V.?

—*Er señó Comendante*, que se venga usted conmigo.

—Pues ¿que pasa?

—Una fuga *mu* grande en *Cuarté prencipal*.

—¡Buen modo de desayunarme!—pensé tristemente mientras me vestia.

Hice entrar al cabo, que olia y no á rosas, y en tanto daba los últimos toques á mi *toilette* matinal, supe que 18 reclusos del Cuartel Principal habian tomado las de villadiego, pero que ya estaban presos nuevamente 17 de ellos. Faltaba uno, cuya captura se procuraba con ardor por todos los empleados del presidio, francos de servicio. ¿Cómo se habia verificado aquella fuga

enorme? ¿Apelando á la fuerza, y degollando á los guardianes? De ningun modo. La cosa distaba mucho de revestir caractères trágicos, y ahora vamos á saber como ocurrió.

En el extremo de la gran nave del Cuartel principal, á la izquierda, y en el punto mas lóbrego y apartado de todo el presidio, existe una cuadra, húmeda, pestilente, de pavimento terrizo, que se llama *de depósito*, y sirve para albergar á los presos sobrantes de otras brigadas, á los que llegan tarde á la lista, ó los que por cualquier motivo no tienen acomodo en las demás cuadras, ó deben pernoctar transitoriamente en el Cuartel.

Tres ó cuatro dias antes del espantable suceso que voy á relatar, habian llegado al presidio diez ó doce artilleros que se subieron en Barcelona, y algunos pajarracos de rapiña que, procedentes de las brigadas del Campo, Barcas y Talleres, iban reclusos al Hacho por incorregibles.

La cuadra de Depósito, linda por uno de sus lados con otra pieza inmensa donde están instalados los retretes y urinarios del Cuartel; pieza que descansa sobre la gran cloaca ó alcantarilla general, que forma un tunel amplísimo, y vá á desembarcar en el mar al pié de la muralla, frente á frente del peñon de Gibraltar.

Los presos incorregibles y recalcitrantes, que se vieron entre *novatos* tímidos y des-

conocedores de la vida del presidio, y guardados no mas que por un cabo de vara viejo é incapáz de oponerseles, concibieron y pusieron por obra inmediatamente el proyecto de fugarse.

Ellos sabian, que contra lo acostumbrado en las grandes prisiones, la cloaca no tenia, ni fosos de trecho en trecho, ni sólidas rejas empotradas en el túnel, que imposibilitan ó dificultan mucho una fuga. Así pues, escavaron la tierra del pavimento con sus cuchillos, y ya en comunicacion con la alcantarilla, se deslizaron por ella hasta llegar al mar fuera de murallas, sin accidente alguno, salvo el baño total que se dieron en las materias fecales almacenadas allí de largo tiempo.

Ya en la pequeña playa del Norte, escalaron la muralla á muy pocos metros de una batería, sin que fuesen apercebidos; pasaron con la misma fortuna frente á la puerta del Cuartel que acababan de abandonar; cruzaron el recinto amurallado de N. á S. sin que los viesen los centinelas del inmediato cuartel del Valle, y descendiendo por la muralla del S. que dá vista á la costa marroquí entraron resueltamente en el mar, protegidos por la oscuridad de la noche, para ganar deslizándose sobre las rocas á flor de agua, la playa del campo del moro, antes que fuese de dia.

Pero como el hombre propone y Dios dispone, mientras todo Céuta oficial dormia

facilitando fuga tan escandalosa, la Naturaleza velaba para impedirla.

En la desembocadura del Estrecho, donde el influjo de las aguas oceánicas se deja sentir, las mareas son muy vivas, y la pleamar vá acompañada de fuerte resaca que embravece las olas y las estrella contra las rocas en violento vaiven. Y hé aquí, que en el momento de entrar en el mar los 18 fugados, comenzó á crecer la marea tan veloz y fuertemente, que perdieron pié y los arrojaba como á restos de un gran naufragio sobre el escarpado cimientto de la muralla. El terror se apoderó de ellos; hubieron de escapárseles algunos gritos, y un perrillo diminuto rompió á ladrar despertando á los vigilantes que dormian como canónigos en sus garitas suspendidas sobre el abismo á todo lo largo de las murallas.

Desde aquel momento, comenzó la desbandada. Dispararonles algunos tiros, y los pobres fugados, que tan cerca habian visto la libertad, y acaso los goces del harem en tierra de moros, tuvieron que volver á escalar la muralla, y emprendieron veloz carrera buscando un refugio que los librase de las consecuencias de su tentativa abortada; porque el éxito influye mucho en la suerte futura de los hombres, ya sean presidiarios que se fugan, ya sean generales que se sublevan, como dijo Calderon en verso antes que la práctica lo demostrase en prosa á estas generaciones. Por fin,

fueron capturados 17 de los 18 fugitivos, y en la brigada de Barcas los tenían cuando me llamaron con tanto apremio.

Al poner el pié en la calle, no pude menos de advertir que el ambiente puro y perfumado de Céuta, que rodeada por el mar y llena de jardines, tiene una agradable fragancia *sui generis*, habia cambiado radicalmente, acentuándose en determinados sitios la pestilencia que flotaba en la tranquila atmósfera. Era que los fugados, en su tránsito por la ciudad, habian ido dejando un largo reguero del agua y las deyecciones en que se habian bañado tan á su sabor.

En la brigada de Barcas, sobre todo, el hedor era insoportable, porque allí estaban presos los 17 *bouquets* humanos que tan mal rato daban al tercer sentido corporal del vecindario.

Por fin, adquirida la seguridad de que el confinado que faltaba, buen nadador y ávido de verse libre, habia tomado tierra en las playas marroquíes, se dispuso que los demás fuesen trasladados al cuartel de Talleres, y así se hizo organizándose triste y mal oliente caravana. Los vecinos de las calles del tránsito, se asomaban curiosos á balcones y ventanas solicitados por el rumor de la siniestra procesion; pero habian de retirarse velozmente apenas llegaban hasta ellos los vapores nauseabundos que desprendian los harapos de aquellos miseros despojos sociales.

En Talleres se les aplicaron unas cuantas duchas para que soltasen algo de la costra viscosa y repugnante que los cubría, y cuando ya estuvieron, sinó limpios, bien remojados al menos, se procedió à encerrarlos en el calabozo mientras eran transferidos al Hacho.

A cada lado de la puerta del calabozo, colocóse un capatáz armado de tremendo garrote, y al tiempo de entrar cada evadido, aplicabanle dos ó tres estacazos, segun la lentitud con que el apaleado salvaba el dintel.

En esto, tocóle su turno de ingreso à un mozalbete como de 20 años, de mediana estatura, algo rechoncho, lampiño y de cabellos de un rubio gris, que contra la costumbre, fué detenido por los capataces, y sufrió hasta una docena de palos en las prominentes nalgas.

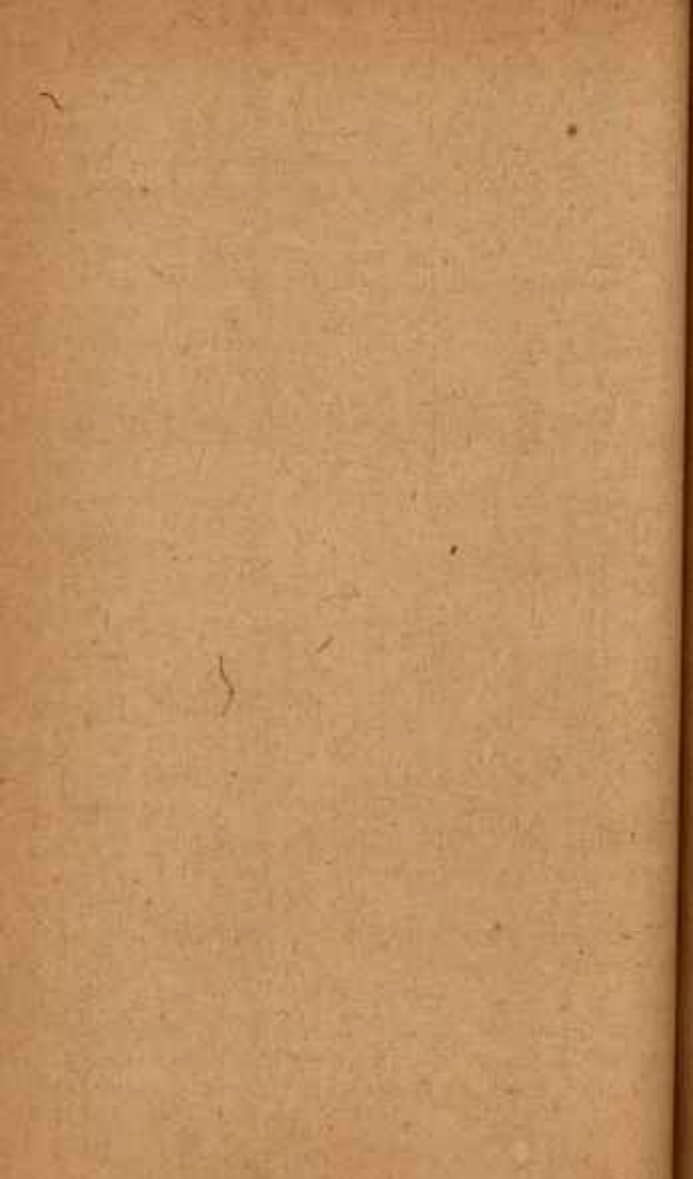
Amante yo de la justicia distributiva, pregunté el porque de aquella distincion nada grata, y supe que el obsequiado se distinguia tambien entre sus compañeros de fuga. Ninguno de estos tenia menos de 20 años de cadena que cumplir, siendo casi todos presidiarios perpetuos; mientras él estaba próximo á licenciarse. Por eso los capataces, filosofando á su manera, hallaron oportuno aplicarle triple correccion, por tratarse de un verdadero vicioso, que innecesariamente comprometia á los encargados de guardarle.

El misero muchacho sufrió estoicamente los palos, y estoy seguro de que los prefirió á la nota de cobarde, que hubiera merecido sinó sigue por la gran cloaca á sus compañeros de evasion.

Los artilleros, que no quisieron consumir la fuga, fueron declarados, como reos políticos que eran, indignos de codearse con la flor y nata del mundo criminal; mereciendo, en cambio, palmas y coronas, el que, nuevo Leandro sin Hero que lo llorase, llegó á nado á los dominios del Sultan.

¿Conoce ya el lector, por estos casos curiosos, la facilidad y razon eficiente de las fugas, en un presidio generalmente entregado á la voluntad de los presidiarios?

Pues vamos en busca del que nos espera calenturiento y esclavo en un aduar de los Castillejos.



XIII.

Los moros fronterizos.—Una expedicion á los
Castillejos.—Por diez duros isabelinos.

La vecindad de Céuta es bien poco tranquilizadora.

Mas allá del Serrallo y de nuestros fuertes avanzados, que trazan una linea desde el Estrecho á la ensenada Sur que hay antes de Cabo-negro, está el campo neutral con guarnicion de moros de rey en el lado marroquí; pero mas allá de ese campo neutral ó fronterizo, viven las inquietas tribus de Anghera, que aun guardan vivo el recuerdo de la guerra de 1859, y hasta señales de los estragos que nuestras balas de carabina rayada causaron en los defensores

de aquel boquete ó garganta. Dígalo un pobre moro, relativamente jóven, á quien ví en 1873 andar difícilmente, gracias á un proyectil español que le atravesó ambos muslos con fractura de los huesos, dejándole las piernas como los dos trazos de un paréntesis, en esta disposicion: ((. El infeliz inválido dirigia irrefrenables miradas de ódio á todos los españoles, y gozaba fama de santo entre los suyos.

Pocos son los moros que del interior vienen á Cèuta, estando reducido todo su comercio al frecuente trato que mantienen los angherinos, para proveer á la plaza de algunos artículos de primera necesidad, carnes en vivo, volatería, y algun que otro jabalí. Sin embargo, de vez en cuando solia la plaza tener el honor de albergar á algun funcionario marroquí, encargado de entregar las conductas de dinero por cuenta de la hoy saldada y extinguida contribucion de guerra, que ha durado veinte y tantos años.

Establecidos en Céuta, viven una porcion de moros en barrio esclusivamente suyo, y hasta sostienen un cafetin donde sorben el café y el té á que son tan aficionados, mientras un cantor acompañado de característica guitarrilla, entona salvajes endechas hermanas gemelas de nuestras *síguiriyas*, *soleares* y demas del género flamenco; pero esta colonia es poco importante, y no figura en ella personaje alguno acomodado, así

como no hay en su barriada monumentos curiosos, ni siquiera esas baratijas que tanto estiman los artistas españoles.

El moro fronterizo entra y sale libremente, vaga por el campo, y aun sostiene dentro de los límites españoles, frente al cuartel de Jadú, una especie de morabito ó capillita, blanca como la nieve, que recibe al paso de los viandantes mahometanos sus rezos y sus ofrendas. Nadie se mete con ellos, y à decir verdad tampoco molestan á nadie, pero se adivina en su continente grave y reservado, el odio de raza perenne é implacable, y mas que nada el supremo desden con que nos distinguen. Esta actitud reservada, no empee para que si un cristiano se queda rezagado en sitios ocultos á la vigilancia de nuestras guarniciones, lleve un mal rato; ni para que el labrador que se descuida vea considerablemente merma- dos sus frutos en una noche. Cuando esto sucede, se avisa al gobernador del campo moro, y este aplica á ojo de buen cubero algunos estacazos al súbdito que se le hace sospechoso, y punto concluido.

No pasaré adelante, sin consagrar algunas líneas al gobernador del campo moro, ya que le he nombrado. Trece años hace que le ví y conversé con él, y aun no hè olvidado su figura bellísima é interesante, capáz de trastornar el seso á la mujer menos novelera y mas apegada á las intolerancias y obstáculos religiosos. Del nombre de este

guapo hijo de Mahoma, no me acuerdo pero es fácil obtenerlo combinando algunas *hh*, *ji*, y *kk* á gusto del consumidor, y resultará el apelativo mas gutural y nasal por partes iguales, que pueda desearse.

Habia que ver á aquel hombre augusto por la majestad de su aspecto y por la belleza nazarena de su rostro, rigiendo un pequeño é inquieto caballo de pura raza, sobre la silla forrada de terciopelo carmesí con clavos de oro, suelto al aire el niveo albornoz de finisimo merino, inclinado sobre el enarcado cuello del noble bruto, correr como una aparacion, agil, raudo, solemne, á semejanza de aquellos caballeros de régia estirpe, que corrian por las vegas granadinas hace cuatro siglos.

Vis á vis, el gobernador del campo moro tenia aun mas atractivos, pues con sus ojos negros, de profunda mirada, tranquila y avasalladora al par, su téz palida, su barba como la seda, partida al modo galileo, su nariz correcta, sus cejas finas y elegantes, era retrato vivo del Cristo gentil, hermoso é inteligente, que adoramos. Sus ademanes estaban llenos de solemnidad, y en su sonrisa que dejaba ver una dentadura blanca é irreprochable, habia algo de aquella bondad atractiva que llena de resplandores la figura de Jesús. Solo que el gobernador del campo fronterizo, abria de vez en cuando una enorme tabaquera de oro, llena de rapé aromatizado con fina esencia de ro-

sas, y se atiforraba las narices, borrando con está accion, nada poética, los dulces recuerdos, que la cara semítica y el talante egregio, despertaban en sus admiradores.

El moro fronterizo vive de la caza, del carboneo. y de sus ganados principalmente, pues aunque labra la tierra no gana en ello gran cosa. Su aficion á las monedas españolas isabelinas es tan grande, que dan por *una peseta cara*, como ellos dicen, lo que no cederian, por triple cantidad en calderilla.

El moro fronterizo, aunque muy aficionado á la caza, imágen de la guerra, que es su elemento, se digna muy pocas veces disparar su espingarda sobre una pieza ó un volatil. En primer lugar, porque es avaro de su pólvora, y en segundo término, porque creería rebajarse matando á tiros una perdiz ó un gazapo. A estos los caza con trampas, y á aquellas suele matarlas á pedradas, reservando las postas, balas y perdigones, para los venados, jabalíes etc.

Por casualidad me hice gran amigo de los tres ó cuatro moros fronterizos que conducen á pié el correo desde Céuta á Tánger y vice-versa, y ellos me proveian de perdices muertas á pedradas durante el camino, y sin interrumpir la marcha. Esto les valía algunas *pesetas cara*, y no hay que decir el cuidado con que afinarían el pulso para no perder el viaje y traer siempre un

par de sabrosas aves, que mi chino Juan de la Cruz aderezaba con sapiencia rayana en lo sublime, y que yo comía sin preocuparme gran cosa de su origen heterodoxo.

En el Angulo—una seccion de las fortificaciones de Céuta, así llamada—vivía una numerosa familia árabe, de la que formaba parte el moro de las piernas arqueadas; y los moros y morillos de esta familia, solían bañarse en el mar, sin cuidarse gran cosa de la proximidad de los cristianos. Yo no he visto jamás nadadores mas hábiles, ni chiquillos mas atrevidos que aquellos, de piel tostada y trenza en el occipucio, como si se dejaran *crecer el pelo* para entrar en la cuadrilla de los *Niños cordobeses*. Los muchachos parecían tritones y delfines, aventurándose mar adentro donde las corrientes del Estreeho eran mas peligrosas, y donde las aguas pobladas de voraces bicharracos proporcionaban una estancia poco tranquilizadora.

Concluido el baño, morazos y moritos se lavaban determinadas partes del cuerpo con agua dulce, para purificarse, segun sus ritos del contacto de las salobres ondas, y tras una *toilette* muy poco complicada, se iban pacíficamente á comer su arroz.

Como todo viajero en tierra musulmana tenía grandes deseos de ver una mora, esa misteriosa mujer, mas codiciada á medida que vive en mayor recato para los que no tienen acceso libre al harem. Dificil era

satisfacer mi deseo, porque en Céuta no están las moras tan *mollares*, como decimos por acá; pero al fin lo satisface y ojalá no lo hubiera satisfecho. La mora que ví era vieja, fea y andrajosa, de modo que hube de contentarme con admirar el femenino tipo oriental en las hebreas, obesas, vulgares y vestidas por sus enemigos, segun el aire torpe con que llevan sus trajes nada elegantes. No dudo que en el país de los oasis y las palmeras, haya huries de afelpadas pestañas, de provocativos lábios y de ebúrneo ó tostado seno; pero estas bienandanzas paradisiacas deben estar reservadas para los creyentes, pues yo no ví mas que una vieja mal envuelta en una especie de burda camisa ceñida al talle, y sabido es que la ancianidad no tiene sexo.

Convencidos de que nuestro fugado habia llegado á territorio marroquí, como dije en el capítulo anterior, oficiamos á nuestras autoridades consulares en Tánger y Tetuan, para ver si era posible rescatarlo; pero hé aquí, que cuando estabamos pendientes de las comenzadas negociaciones diplomáticas, se presentó un dia en las oficinas del presidio cierto moro militar, que así se daba á conocer por su gorro encarnado algo puntiagudo, diciéndonos, en el español mas graciosamente chapurrado, que él poseia nuestro preso, que lo tenia en su choza de un aduar de los Castillejos, y que estaba dispuesto á en-

tregarnoslo mediante el precio de 10 *duros cara*, ó de cuño sabelino, en que fijaba el valor del pobre fugado.

Dió señas el moro del confinado, y convencidos de que nó nos engañaba, organizamos una expedicion maritima con fuerzas de desembarco, para recoger á aquel hijo pródigo recalcitrante y descarriado.

Armóse un gran bote, y boga que boga, llegamos á la playa de los Castillejos que el moro nuestro guia señaló como mas cercana á su choza, y desembarcamos sin respetar la inviolabilidad del territorio extranjero y sin preocuparnos poco ni mucho de aquella lesion inferida á los tratados internacionales.

Subimos unas lomas medianamente empinadas. que conducen desde el mar á la planicie de los Castillejos, y nos encontramos en el célebre campo de batalla donde el general Prim ganó temerariamente su fama de soldado y sus prestigios de caudillo. Aquellas risueñas colinas, bañadas mansamente por las espumas del mar al quebrarse en las grises arenas, no guardaban el menor recuerdo de la breve epopéya escrita por Prim al frente del regimiento de Córdoba, cuyas mochilas estaban ya en poder de la morisma. Lentiscos, romeros, tomillos, y otras plantas bravías, formaban breñales de donde salian á nuestro paso, con asustado vuelo, las perdices, tortolas y palomas salvajes. Ni una cruz, ni un monumento, ni un des-

pojo de la batalla, recordaban el gran combate de moros cristianizados y moros mahometanos, que allí lucharon de igual á igual, sin mas superioridad que la del valor. pues está probado que la ciencia táctica brilló por su ausencia en aquel choque de hermanos separados por la religion y las costumbres. Pintoresca allí la Naturaleza mas que grandiosa, parecia como si una eterna sonrisa flotase sobre aquel campo, no tan salvaje que dejase de ser placentero en aquella tarde de otoño, cuyos celajes cernian la luz difundiéndola por igual en todos los términos. La sangre cristiana y la sangre mora al empapar la tierra, no tuvieron el privilegio de fecundizarla tragicamente, y en vez de las exhuberantes plantas que crecen en los campos abonados por la muerte, alzabanse las pastoriles matas propias del monte bajo, tan prosaicamente como si allí no hubiera corrido el rio fertilizador que circula tibio por las venas del hombre. Aire, luz, ruidos, soplo de la brisa, vuelos de aves, tímida carrera de las cobardes alimañas; todo era en Castillejos idílico antes que marcial, y en la diafana atmósfera no quedaban ya los remolinos producidos por la ondeante bandera que el caudillo tremoló acosado por la innumerable hueste agarena; y el caudillo mismo, ileso en aquella lucha de leones, yacia en Atocha destrozado por el plomo asesino, mas certero y mas cobarde tambien que el plomo rifleño.

A todo esto, nuestro evadido, que confiaba en el sagrado de la tradicional hospitalidad árabe, que habia comido el pan y la sal de su huésped, dormía, sinó á pierna suelta —porque padecia gran acceso de fiebre producido por el baño en aguas fecales, la larga permanencia en el mar, y la fatiga de su viaje por tierra hasta aquel punto— profundamente al menos.

Despertó preso el que se durmió libre, y ni hizo resistencia ni podia hacerla por su estado de debilidad, pero formuló una súplica:—¡Que no me peguen, porque estoy enfermo! Prometiódesele así, y se cumplió religiosamente lo prometido, trasladándosele con trabajo al bote. Era nuestro prisionero un valenciano, enjuto, de mirada siniestra y de aspecto poco simpático, que inspiraba compasion por su miseria presente. Cuando emprendió la fuga, solo tenia una peseta dentro de una bolsita de hule atada al cuello, y este estado de pobreza le perdió; porque el moro que le facilitó albergue, halló harto mezquina la cantidad para pago de pupilaje y concibió el proyecto de cambiarnos el valenciano por *los dueros cara* isabelinos, que le trocaron en una especie de Creso de aquella bravía comarca, donde el que tiene que comer es un potentado.

Desatracoó el bote de la playa de los Castillejos; digimos ¡adios! á aquellos risos caldeados por el sol africano, donde el sol

El soldado español renovó los laureles de los grandes guerrilleros del año 8; cobró el soldado su sonante y voluminoso estipendio, y volvimos á la plaza; los funcionarios, alegres por el rescate realizado; el preso, abismado en un silencio sombrío, y con la vista fija en la costa africana, como si la maldijera y no se aviniese á abandonarla; y yo triste, porque, gran consumidor de ilusiones como he sido siempre, pensaba que en aquel fardo humano que llevábamos aherrrojado en la proa del bote, habia muerto, y estaba aun de cuerpo presente, la ilusion suprema, la ilusion de la libertad.



XIV.

Carlistas y cantonales.—El dinero de los presos.

Alimentos y vestiduras.—En plena anarquía.

El abastecimiento del presidio.

Como quiera que mi permanencia en Céuta coincidió con las grandes conmociones políticas que se desarrollaron en España durante el año de 1873, tantas veces llamado funesto, allí tuve ocasion de apreciar las tristes consecuencias de las luchas civiles que devastaban la Península y hacianla ludibrio del extranjero.

En Céuta no se alteró materialmente el órden, por las especiales condiciones de aquel vecindario, porque dentro de la plaza habia un regimiento sometido á dura discipli-

na, el Fijo de Céuta, uno de cuyos batallones ganó tanta gloria en Cataluña, y porque la anarquía en Céuta, con el presidio dentro de los muros, y los marroquíes fuera, hubiese significado tanto como si un imprudente se hubiera entretenido en echar fósforos encendidos dentro de un polvorin. El interés comun de mantener el orden á todo trance, la necesidad suprema de evitar una voladura, nos salvaron al imponernos duros deberes, que todo el mundo cumplió á conciencia.

De Céuta sacó Salvochea mediante orden escrita de las autoridades constituidas de Cádiz, el armamento que sirvió para proclamar y sostener el canton gaditano; en la rada de Céuta se refugiaron todas las escampavías de guerra que no podian permanecer fondeadas en aguas de las poblaciones insurrectas, y en Céuta residieron largos dias los jefes y oficiales que debian tripular los buques cojidos á los cantonalistas, mientras se negociaba su devolucion con el comodoro alemán que los habia apresado. Por fin, una noche llegó la goleta de guerra *Prosperidad* con la feliz noticia de que ya estaban en poder de España los buques gloriosos del Callao, y todo el mundo vió partir con alegría á los bravos marineros encargados de imponer el orden en el litoral mediterráneo, entregado á afrentosa anarquía.

Por entonces, centenares de reos polít

cos vinieron á aumentar el contingente del presidio. Primero, los artilleros sublevados en Barcelona, cuya sobriedad, triste resignacion y actitud humilde, les hicieron simpáticos. Despues entró una verdadera avalancha de carlistas; y por último, vencida la insurreccion en Sevilla, todos los cantonalistas de rango hechos prisioneros en la metrópoli andaluza, entre ellos el pintor Carreró condenado mas tarde á muerte é indultado por el general Serrano.

Los partidarios del absolutismo, no calentaron su asiento, como vulgarmente se dice, pues á los quince ó veinte dias fueron puestos en libertad por virtud de un cange de prisioneros.

Mucha gente menuda iba con ellos, pero tambien los habia célebres y conspicuos, como el *Cojo de Cariñena*, brigadier de los titulados ejércitos reales, y el cura Berraondo, cuya graduacion no recuerdo, pero cuya imponente figura no se me ha olvidado.

El brigadier *Cojo de Cariñena* era un viejecillo doblado por la cintura, hablador y altanero, que parecia muy orgulloso con sus campañas, entre las que figuraba la primera guerra civil, y la sorpresa de Zaragoza por Cavañero, hecho de armas en que tomó parte de mozo aquel brigadier de mentirigillas y momificado.

El *Cojo*, ademas de su cojera, sentiase

muy dolorido y no podia andar; pero iba y venia montado en un borriquillo, cabalgadura en verdad harto pacífica para un guerrillero de su fama.

El cura Berraondo, cabecilla vizcaino, de cierto renombre feróz, era altísimo, récio, panzudo, moreno, tosco y usaba uua pobladísima y negra barba que le cubria todo el pecho; arreos poco compatibles con su carácter de sacerdote secular, pero que respetamos porque tambien habian sido respetadas las barbas democráticas de los principales cantonalistas.

De estos, Carreró, se parecia mucho al cura Berraondo, como si el azar hubiera querido probar, haciendo parecidos á dos hombres tan desemejantes, que los extremos se tocan.

Carlistas y cantonales llevaron al presidio considerables sumas de dinero; pero sobre todos, los carlistas iban cargados de oro en onzas, medias onzas, y monedas de á cuatro duros, que se les recojieron y contaron á su presencia, guardandose en el arca de tres llaves del presidio, para devolvérselas, como se le devolvieron, luego que se decretara su libertad.

No he de negarlo, ni mi sinceridad toleraria en esto una ficcion: los presos republicanos nos eran mucho más simpáticos que los carlistas, y los hicimos objeto de algunas deferencias que aliviassen su suerte, reservando toda la severidad y todas las

exigencias. de la disciplina para los carlistas, dispuestos como estabamos á ser inflexibles con ellos apenas cometieran la primera falta. Pues bien, todo este aparato de republicana parcialidad, todo este anticipado fruncimiento de cejas, vinieron á tierra apenas se les antojó á los carlistas. Yo no se como, los jefes del presidio, á hurtadillas unos de otros, y cediendo á influencias atendibles, abrimos poco á poco las crispadas manos, y ocho dias despues de ingresados los carlistas en el cuartel, iban casi todos ellos con sotana y sobrepelliz de cantores, salmistas y sub-diaconos en una procesion que recorrió las principales calles de Céuta. El hecho no tiene desperdicio, como muestra de lo que es la organizacion del presidio; pero solo lo cito á titulo de dato curioso para comprender lo esparcidas y arraigadas que están ciertas influencias en la sociedad española. Los republicanos que llenos de santo ódio contra el absolutismo, nos proponiamos ser inflexibles con los representantes del retroceso, no tuvimos mas remedio que ceder, y aquellos soldados fanáticos de una guerra de exterminio, trocaron las vestiduras del forzado por el traje talar, y tal vez mientras macullaban el latin con gotas de vascuence, hacian votos por el próximo fusilamiento de sus liberales guardianes.

El reglamento del presidio, pensando piadosamente que el preso debe recibir del Es-

tado una alimentacion bastante, y las necesarias prendas de vestir, dispone que solo posea cada corrigiendo una peseta á la semana y que su caudal restante se le conserve en la caja del establecimiento, y se le entregue de cuatro en cuatro reales.

Esta medida tiende á evitar los robos, que son muy raros de presidiario á presidiario, y las fugas, ya que el dinero es llave maravillosa que abre todas las cerraduras; pero como el reglamento se refiere á lo que se vé, el dinero que oculto poseen los presidiarios, ese queda siempre en su poder, y pronto á emplearse en magnas empresas de evasion, ó para servir de *banca de cabecera* en las cuadras sombrías y libres de toda vigilancia seria.

Como quiera que los presos que trabajan en *entierros* y otro linaje de estafas, tienen fuera de los cuarteles numerosos amigos, y sobre todo, *amigas*, que se encargan de recibir la correspondencia y extraer de ella los valores, no hay medio de impedir que el dinero, por sumas cuantiosas, esté en poder de los penados. En cambio las estrecheces y severidades del reglamento, son para los presos que reciben dinero de sus familias, pues sus cartas se abren, se extraen de ellas las libranzas, se cobran por un funcionario del presidio, y se le abre una cuenta corriente á cada preso para entregarle poco á poco el don de la amistad ó de la familia. Fuera y dentro del

presidio, sucede siempre lo mismo; la ley estorba todo lo legítimo, mientras lo ilegal, como empieza negando la ley, no encuentra en ella obstáculo alguno.

Aunque hay presidiarios *opulentos*, no por eso quiero hacer creer al lector que basta con entrar en el presidio para agenciarse un capital que casi siempre niega la fortuna á los que trabajan honrada y tenázmente. Hay presos miseros, presos mendigos, presos medianamente acomodados, y presos ricos. El preso misero y mendigo, suele ser viejo, ignorante, y campesino. Por la vejez, pertenece á otra generacion que desconoció los grandes veneros de la riqueza presidial; por la ignorancia, está imposibilitado de concebir y ejecutar planes lucrativos, por mas que estos planes sean casi siempre absurdos y estúpidos; y por su condicion de antiguo labriego, es sóbrio y apegado al trabajo, que si en libertad no dá para vivir, en el presidio apenas produce para tabaco. Vienen despues los presos de mediana fortuna, que tienen familia, y que poseen un oficio mecánico cualquiera. Estos presos, reciben con frecuencia dinero de sus deudos, y trabajando libremente en los Talleres, ó fuera del penal mediante retribucion satisfecha al Estado, hallan recursos para mejorar sus alimentos, calzar y vestir con mediana decencia, y echarse un trago con aquella asiduidad que les exija su temperamento. Despues figuran los pre-

sos ricos, los presos de larga historia criminal, que poseen bastante despejo intelectual espontáneo, pero de educación nula y de ilustración negativa. Estos Cresos del presidio se han fugado muchas veces, han recorrido casi todas las cárceles de España, han sido ó son *guapos* y *barateros*, y suplen la inteligencia con la malicia, contando siempre con la imbecilidad humana, que es mas abundante de lo que se cree. Este precioso ejemplar del presidiario aclimatado, ha sido ó es escribiente en las oficinas del presidio; conoce regularmente los misterios de la caligrafía, y hasta posee estilo literario propio. Con tales aptitudes hábil para el embrollo, sagaz y valiente, se le utiliza por los criminales que trabajan fuera del presidio, ó gira por su cuenta bajo su exclusiva razón social. Al lado de este operario sombrío, vive otro ejemplar de la fauna presidial, que le dá muy malos ratos: me refiero al valiente, al que se impone y cobra un tanto en cada negocio feliz sopena de puñalada ó delación, que por esos medios tiene una renta segura, aparte de lo que buenamente se agencia tirando el *pego* por la tremenda. No es, pues, extraño, que con tales fuentes productoras dentro del presidio, abunde y circule el numerario mas de lo que piensan las buenas gentes predispuestas à tomar por escenas siniestramente verídicas y reales, los espegismos del presidio visto por fuera,

larga distancia y desde el hogar donde el presidiario dejó un puesto vacío. Presos pobres no faltan, porque el desnivel social se siente hasta en esas casas donde la vara del cabo traza á los profanos el límite de la igualdad; pero por lo común el preso tiene ahorros, y si quiere y *puede*, dispondrá de cuantiosas sumas. He subrayado el *puede* porque me refiero á la capacidad de cada preso; pues dada la organizacion actual de los presidios, todo presidiario que quiera y sepa, ó que quiera y *pueda*, tiene ancho campo donde buscarse no ya un duro, sinó varias docenas de billetes del Banco de á 1.000 pesetas uno.

La funcion del Estado al asumir la facultad de privar su libertad y medios usuales de subsistencia á los reos condenados por los tribunales de justicia, lleva anexo el deber de vestir y alimentar á los reclusos. ¿Cómo cumple el Estado este deber sacratísimo? Pesimamente, apesar de la millonada que al objeto dedica el presupuesto del Ministerio de la Gobernacion.

El uniforme del presidio se compone de dos mudas, una de invierno y otra de verano; aquella de paño burdo, y esta de cañamazo ó lienzo basto rayado, ademas de la manta que para abrigo ó formando parte del duro y mezquino petate ó camastro, debe tener cada preso.

Poco es, si se tiene presente alguna otra necesidad del aseado indumento, á que el

Estado no ocurre, dejando á cargo de cada recluso la tarea de proveerse de ropa blanca interior, ó de pasar sin ella años y años, con tormento de la salud y menoscabo de la higiene. Pero aun así, el desórden administrativo que impera en España halla medios de mermar su triste equipaje á los reclusos, hasta el punto de que muchos de ellos van casi desnudos.

De aquí la anarquía que se nota en el vestido de los presos, y de aquí la libertad en que estan todos para arreglarse uniformes de fantasía, con sujecion á sus gustos estéticos y medios pecuniarios.

El negro, el chino, los viejos pobres, y los labriegos, van andrajosamente vestidos, y usan por todo calzado unas voluminosas y toscas alpargatas de esparto ó de palma, que duran enteras hasta media docena de dias. Despues, y mientras llega la ocasion de repartir nuevo calzado, y eso porque lo construyen los mismos presos, se pasan meses y meses, sin que los apremiantes oficios del jefe del penal saquen de sus casillas al Director general del ramo, ocupado en politiquear en Madrid y en lucir la persona desde el Congreso al despacho del Ministro.

Tan agotado estaba el vestuario del presidio en 1873, que los artilleros sublevados en Barcelona, y de quienes he hecho ya repetidas referencias, tuvieron que conservar sus uniformes, é ir con ellos á los tra-

bajos; hasta que una reclamacion del coronel de dicho cuerpo en Céuta, hizo que se les dieran trajes incompletos y andrajosos ya olvidados por inútiles en las soledades polvorientas del almacén, cuajado de repugnantes insectos.

Los contratistas del presidio encargados de suministrar ropas diversas para el vestido de los presos, contraerán, no lo dudo, terribles compromisos con la Direccion general de penales; pero cada vez que la necesidad apremia hay que ocurrir á ella por medio de expedientes de larga tramitacion, y de carácter parcial y relativo á la prenda que se desea.

Este gallardo modo de subvenir á las necesidades de los presos, es causa de que sea lo mas pintoresco del mundo un grupo de forzados en que se mezclan las clases, las tendencias y las regiones diversas de España. El andaluz lleva botitos con cañas de color primorosamente bordadas, calzon ajustado, chaqueta corta, y gorra de fantasía cuando no usa el mismo sombrero que los *ternes* en libertad. Los aragoneses y valencianos, conservan sus grandes pantalones de pana, sus fajas negligentemente arrolladas desde la cintura hasta cerca de las rodillas, y sus alpargatas con una espesa red de cintas negras. Cada uno añade al primer hato que le entregó el presidio aquellas prendas de uso libre que gusta ó

puede, y forma doloroso contraste al preso ataviado á su placer, con el misero que tiene que contentarse con lo que dá el presidio. Estos desheredados del crimen desconocen el uso de la camisa, van con los dedos fuera, si es que la alpargata cubre el resto del pié, y completan su coleccion de harapos con un pantalon de lienzo sucio y roto, en todas las estaciones.

Esta vengonzosa anarquía sirve para clasificar, al primer golpe de vista, á los diversos géneros de presos, que existen. El que se resigna á vestir los pingajos de la sastrería oficial, es el preso pobre ó torpe, que no trabaja en *timos* y estafas, que no es capaz de obtener recursos por la fuerza, que no sabe tirar el *pego*, ó que no posee un oficio que utilizar fuera del presidio. Este preso es temible por su brutalidad, sobre todo, cuando se embriaga; pero pertenece á la carne de cañon del presidio, y no forma parte de la aristocracia de la inteligencia presidial. Los otros, los limpios, los aseados, los elegantes, los que llevan corbata, chaleco, botinas, y pantalones de corte distinguido, ó tienen rentas propias sobre la miseria del presidio, cobrando el *barato*, ó pertenecen á la legion de los *timadores*, ó son *griegos* mitad por el arte de la prestidigitacion y mitad por el imperio de la faca, ó trabajan libremente contratados, sinó reciben de sus casas auxilios para conservar el mediano equipaje.

que aportaran á su ingreso en el presidio.

Otro tanto sucede en lo que atañe á la alimentacion del preso, que es insuficiente, de pésima calidad, y á las veces nauseabunda é indigesta. Gira esa alimentacion sobre la inalterable base de dos legumbres secas condimentadas con aceite de infima calidad, por tales procedimientos, y con tal abandono, que no me explico como no hay todos los días motines—muy frecuentes por otra parte—en son de protesta contra el rancho ó el pan, pues este no les vâ en zaga à los demas alimentos.

Las clases populares, de donde el presidio saca su contingente, no son en realidad sibaritas, ni tienen el sentido del gusto tan desarrollado como un *gourmet*, pero pertenezcan à los jornaleros del campo, ó al gran núcleo de los artesanos que poseen diversos oficios, todos comen generalmente mucho mejor que en el presidio. ¿Por qué no se ha de conservar en los establecimientos penales, un régimen semejante al que las clases populares tienen en el hogar, haciendo así mas llevadera la condicion del sentenciado, y adquiriendo el derecho de imponer los alimentos reglamentarios, cuando sean buenos, nutritivos, agradables y bien condimentados? La série de abusos que constituyen el régimen actual, no ahorra un céntimo al Estado, pero enriquece á muchos, y sabido es que todos los presos de todas las cárceles y presidios de España, solo uti-

lizan, por lo comun, el pan, abandonando lo condimentado, que es objeto de censurable comercio.

No poetizo á la manera de vate melencólico, ni me siento dominado por romanticismo alguno; pero en verdad declaro, que si los presidiarios, por virtud de esa anarquía que domina en todos los presidios de España, no poseyeran los recursos suficientes á mejorar por su cuenta la alimentacion que se les dá, morirían de hambre á centenares, ó por enfermedades adquiridas con el uso del rancho vil á que se les condena, tal vez como pena accesoria no señalada en el Código.

Yo no quiero suponer que existen abusos criminales en el abastecimiento de los presidios; yo no he de convertir en sustancia ó en pruebas asusadoras, los fraudes que con frecuencia se descubren acusando vicios profundos y corrupcion punible en el mundo burocrático; solo he de fijarme en un detalle de notoriedad, y solo he de hacer un argumento, por si al andar de los tiempos llega al Ministerio de la Gobernacion un hombre de buena voluntad que acabe con todas las corruptelas que hoy se advierten en el presidio.

Siempre, constantemente, en todos los casos, sin falencia, y sin solucion de continuidad, los contratistas de los establecimientos penales se enriquecen con rapidéz, y no son pocas ni dejan de ser considerables las fortu-

nas debidas á esta clase de negocios. Repito que yo no pienso mal, y aun afirmo que escluyo absolutamente toda hipótesis acusadora; pero si á los precios que el Estado paga por cada racion facilitada á los presidios, es posible una cuantiosa y legal ganancia, claro y evidente es que esos precios son excesivos, y que se está en el caso, ó de rebajarlos sin mermar clases, cuantías, ni calidades, ó de exigir por ellos alimentos mas abundantes, nutritivos y delicados.

Esto no tiene vuelta de hoja; el presidio viene siendo objeto de una explotacion constante, por medios que hemos de suponer legales, sinó legítimos, y como el presidiario come mal y vive desnudo y desaseado, se hace preciso exigir á los abastecedores mucho mas por el mismo dinero que reciben, ó darles menos dinero por lo mismo que dan, si se prefiere que continuen las cosas en el estado vergonzoso y triste de hoy.

Yo no quiero pararme á discernir si voy mas allá de lo conveniente al consignar que mientras el Estado no dé á los presidiarios, alimentos sanos y digeribles, vestidos decentes y cómodos, albergue en buenas condiciones higiénicas, y elementos de vida en lo moral, y materialmente hablando, no habrá derecho para retener á nadie en esas casas donde el pan cotidiano es amargo y rancio, donde la desnudéz es uniforme, y donde la higiene sufre perenne y funesta conclusion.

Se puede dar garrote al que asesina; pero no se puede imponer un tormento perpétuo, ni es lícito gastar lentamente el organismo y el alma, por inmersión en esos océanos de miseria que se llaman presidios.

XV.

El presidio centro de criminalidad.—Los «entierros»,
timos, y otras estafas.—¡Eche V. billetes!

Dos casos curiosos de estulticia.—Con la
colaboracion de un novillo.—Yo, pacificador
de motines.

Muy difícil es sorprender los misterios
de la criminalidad en esos grandes labora-
torios que se llaman presidios, y casi siem-
pre se ha de contentar el observador con
meras conjeturas, con gran fuerza proba-
toria, por otra parte. Sábese, si, que de-
terminada clase de confinados, los hombres
de letra y pluma, los doctos, los abogados
de secano, viven holgadamente trayendo al
retortero, según la frase vulgar, multitud

de negocios súcios de los que unos fracasan por mal urdidos, otros abortan en manos de la justicia, y los mas producen sumas saneadas; pero aunque se adivina una siniestra labor de araña incesante, sólo rara vez se pueden cortar los hilos, y casi nunca descubrir á todos los complicados en estas empresas depredadoras.

Durante mi permanencia en Céuta, hice algunas observaciones, y adquirí el convencimiento de que en el presidio exciten organizadas multitud de industrias que traen en jaque á las bolsas crédulas y prontas á abrirse por burdo que sea el trabajo que para ello se emplee, pero no pude cojer á ninguno de estos maniobreros con las manos en la masa, ni conocer á los numerosos cómplices que tienen fuera del presidio y fuera de Céuta, merced á una red espesísima de truhanes de todas estofas que cubre casi por completo á España, ó que se estiende, al menos, á todos los grandes centros de poblacion.

Dedicanse á estas faenas punibles, los reos de hurto, estafa, falsificacion, falso testimonio, etc., etc., siendo muy raro que los homicidas y asesinos emprendan por su cuenta negocios que están por cima de sus inteligencias rudas, aptas solamente para los prociidimientos de violencia.

Los condenados por robo á mano armada, vuelan mas alto, y funcionan de auxiliares en los secuestros de personas; pero

yo creo que muy secundariamente, pues contra la opinion de personas versadas en esta especialidad, sospecho que el delito de secuestro mencionado, no tiene dentro del presidio mas que auxiliares de orden muy inferior, que solo coadyuvan á la comision del crimen rara vez y por medios indirectos, como la falsificacion de documentos, el concurso que pueda prestar un antiguo presidiario, etc., etc. La designacion de la víctima, el momento de aprisionarla, los medios de hacer llegar á sus familias la carta pidiendo el rescate, y el alojamiento del secuestrado, necesitan de agentes libres que puedan ir y venir y dar el golpe de mano, aplazarlo ó modificar el punto donde deba darse, todo con arreglo á muchas circunstancias imprevistas, que no puede dominar el presidiario desde su reclusion. Del mismo modo, el que prepara la coartada en los secuestros, ó sea el encargado de probar que los secuestradores estaban muy lejos del teatro del crimen el dia y la hora en que este se cometiera, necesita estar en libertad y en inmediato contacto con los principales actores en el drama. No desconozco, que determinados presidarios hábiles y conocidos en el mundo del delito, sean así como directores y explotadores de esos horrendos negocios, pero la especialidad del presidio es la estafa de diferentes clases, y aun esta especialidad

requiere que haya fuera de las prisiones numeroso y experto personal.

Como quiera que, desgraciadamente, nunca caen vivos los secuestradores en poder de la autoridad, muy pocos son los de este oficio recluidos en los presidios de España, y para ello se necesita que su captura y posterior sentencia sean anteriores á 1871 en que la aprehension de los secuestradores tuvo que tomar todos los caracteres de una guerra de exterminio, que por el momento produjo saludable terror, pero que acaso destruyera los medios de conocer en todos sus detalles la asociacion que esos crímenes llevaba á cabo, su manera de funcionar, y el personal á ella afiliado. En Céuta al menos, no habia en 1873 sentenciado alguno por el delito de secuestro aunque si habia centenares de reos de hurtos, estafas y robos, capaces de secuestrar personalmente, y acaso en íntimas relaciones con los secuestradores, pero de un modo muy incidental no obstante los lazos de clase, que unen á estos criminales, como la liturgia de una masoneria puede unir á fanáticos honrados.

Yo no sé si el lector se escandalizará de estas opiniones que voy á emitir, pero la verdad es que cuando leo el relato de una estafa cometida por el procedimiento de *entierro*, la *guitarra* ó el *tímo*, me alegro de que la estupidez ó la codicia hayan sido defraudadas, y deploro que la ley no se

dirija por igual contra el estafador y el estafado.

El *entierro* consiste en suponer que hay un tesoro escondido en cualquier parte, y que buena porcion de ese tesoro se entregará al que facilite determinada suma que se necesita para *desenterrarlo*. Si la codicia vé un negocio lícito en apoderarse de una crecidísima suma por cien duros; si la estupidéz no sospecha del estilo carcelario especial, *sui generis*, en que las cartas de *entierro* estan redactadas; si maliciosamente guarda silencio el requerido, claro es que acepta como buena la maniobra, claro es que se asocia voluntariamente al estafador emprendiendo un negocio á riesgo y ventura, y claro es que si le sale mal, el estafado no tiene derecho, moral ni legalmente considerado el caso, á quejarse de un sócio que desde el primer momento le parecia tan digno de que en él se depositara ilimitada confianza. El dolo en una operacion honrada, debe castigarse, como si se empleara la fuerza; pero el dolo en un disparate, y el dolo en un negocio entablado con fines indignos, por toda pena deberia merecer la cita por los tribunales, de aquel añejo proverbio que dice: ladrón que roba á otro ladrón, tiene cien años de perdon.

El procedimiento de la *guitarra* ofrece aun menos dudas de la criminalidad del estafado, pues consiste en que un individuo, por lo general esperto falsificador de mo-

nedas, se presenta à su víctima con una maquinilla de tan maravillosa virtud, que basta echar en ella metales ordinarios fundidos, para que aparezcan centenes legítimos. El malicioso bobo en cuestion, no tiene inconveniente en adelantar fondos para la compra de materiales, y se convierte en sôcio de un falsificador de monedas, sin perjuicio de creerse víctima y llamarse estafado, cuando desaparecen *guitarra* y *guitarrero*. Esta industria se ejerce por *artistas* en libertad, pero tiene sucursales en el presidio, y aun en Céuta ví á alguno de ellos. ¡Qué lástima que no hubieran esado tambien á buen recaudo, sus asociados de un dia!

El *timo* consiste en un cambio de billetes por monedas de oro, y obedece à la avaricia del estafado, único estafador en esta clase de negocios. Un *inglés* fingido, ú otro extranjero de similór, abordan en la calle al que les parece mas apto para su empresa, y le proponen que reciba diez mil reales, por ejemplo, en oro, á trueque de dos mil en papel. El solicitado cree lícito estafar á un extranjero, tal vez protestante y enemigo de Dios, y cuando ha recibido un cartucho de perdigones ó de perros chicos, todavía tiene el valor de quejarse y de decirse robado, porque no ha podido robar. Este procedimiento tambien necesita que sus explotadores estén en libertad, de modo que en el presidio no habita mas industria

de esas, que la de los *entierros*, que puede desarrollarse por medio de cartas, y con auxilio de cómplices que sacan el vientre de mal año á la sombra de los maestros en este fácil ramo del escamoteo; y en verdad que el presidio está perfectamente abastecido de recursos, para que la industria prospere, y la credulidad estulta no desconfíe.

Sellos falsos de todas las oficinas de Españas; diplomas; títulos; pasaportes; escrituras públicas; cédulas de vecindad; nombramientos; hojas de servicios; sellos postales de todas las naciones; y cuanta documentacion oficial pueda exijirse para revestir de aperiencia de verdad un negocio de tal jaez, hay en los misteriosos almacenes de los estafadores, con mas una asombrosa habilidad para la falsificacion, hija de los hábitos oficinescos de aquellos que á *entierros* se dedican. Verdad es que el estilo, la ortografía, y muchos otros detalles, venden á los marqueses y generales confinados por causas políticas, que se entrstienen en proponer negocios á todo el que no los conoce; pero esto, que para una persona medianamente discreta, seria concluyente motivo de desconfianza, seduce á los muchos imbélices que en el mundo son, haciendo bueno aquello de que el número de los tontos es infinito.

El *Casino Africano* de Céuta, que es una casa grande, sólida, y bien construida,

se edificó con el producto de las estafas descubiertas. Un gobernador de la plaza, usando de procedimientos mas espeditivos que ajustados á la ley, dió en abrir todos los pliegos sospechosos que llegaban á Céuta y los billetes del Banco de Francia que conducian, se transformaron en ladrillos, maderas, herrajes, etc., y durante una larga temporada trabajó de balde la colonia *enterradora* del presidio. Verdad es, y hay que hacer este honor á su inventiva, que á poco la correspondencia comenzó á llegar con destino á personas escojidas *ad hoc*, y no hubo ya medio de poner coto al *comercio*; y hoy dia, si bien los presidiarios *enterradores* no reciben ellos mismos el dinero que les remiten los estafados, el correo sigue conduciendo á Ceuta diariamente fuertes sumas en billetes, producto del negociado de expolio de la estupidez, como bien puede llamarse esta enorme renta segura que han sabido crearse nuestros presidiarios; cuyas víctimas ¡caso peregrino! suelen ser los avisados comerciantes de Francia, el pais del *sprit* y de la malicia.

Referir aquí todos los *entierros* de cuya realizacion tuve noticia, y reseñar las angustias de todos los *enterrados* seria sumamente próljo, y debo ceñirme á los mas salientes y escandalosos.

Un dia de 1873, vieron los habitantes de Céuta llegar en el famoso pailebot á todo

un señor sacerdote italiano, de aspecto venerable y distinguido, que se dirigió sin pérdida de momento á casa del entonces comandante del presidio, en busca de ciertos datos, y además solicitando se le dieran las señas de una casa situada en uno de los callejones mas empinados y solitarios de Céuta.

Satisfecha su demanda, Monseñor X dejó en casa del comandante una abultada y pesadísima maleta de búfalo charolado, y salió á evacuar los encargos que á Céuta le llevaran.

Dos ó tres horas habrían trascurrido, cuando regresó Monseñor X con semblante demudado por el terror, y ansioso de hallar un sacerdote que lo oyera en confesion. Satisfizósele su deseo, y despues de confesado cogió su maleta y se reembarcó para España, encargando mucho á su confesor que no diera cuenta á las autoridades del secreto que le confiara, hasta que el pailebot hubiese anclado en Algeciras.

Hizo el Hacho la señal de que el correo habia llegado á las costas españolas, y entonces se supo lo ocurrido.—Monseñor X, era familiar ó camarero de Su Santidad Pio XIX, y venia desde Roma cumpliendo órdenes de su Soberano y Pastor, á entregar á un general carlista, recluso en la fortaleza del Hacho, la respetable suma de 25.000 liras (5.000 duros) en oro, para proteger la evasion de dicho personaje, y rescatar un

tesoro *enterrado*, que hacía suma falta á la causa legitimista, á la sazón empeñada en en grave contienda civil en España. El general carlista, habia acreditado su personalidad, facilitado los planos del sitio donde dormia aquella millonada, y revestido con todos los detalles su famoso golpe de mano, pero como era muy vigilado en su calabozo, Monseñor X. debia entregar los 5.000 duros á dos aristocráticas damas que con nombres supuestos habian logrado vivir en Ceuta para hacer mas llevadero el cautiverio del general carlista.—Tal vez un rasgo de la astucia italiana, una secreta desconfianza ó una *corazonada*, en fin, como decimos nosotros, hizo que Monseñor X. tuviese la precaucion de no llevar su maleta á la entrevista con las linajudas señoras que le aguardaban, y esto le salvó.—Llegó, efectivamente, Monseñor X. á la casa señalada de antemano como punto de la cita, y apenas salvó el dintel, cayeron sobre él cuatro ó seis presidiarios puñal en mano, decididos á arrebatarle la suma de que le suponian portador.—Monseñor X. protestó, lloró suplicó, juró no denunciarlos, y le perdonaron la vida despues de arrebatarle el relój y unos dos mil reales en dinero que llevaba, dejándole en libertad cuando ellos se pusieron en salvo, no sin amenazarle con que seria asesinado si salia de la casa antes de una hora, tiempo que ellos juzgaron necesario para que se perdiesen sus huellas.—Así lo prome-

tió y cumplió Monseñor X, quien, lleno de terror, no se contentó con menos que poner el Estrecho por medio entre su persona y los foragidos.—Inmediatamente, se acudió á la casa donde habia tenido lugar la espantable escena, pero se la encontró vacía y desalquilada, sin mas rastro que alguna señal de lucha en la habitacion, y hasta sin muebles ni indicios de haberlos tenido.

Esta frustrada estafa, no por desconocida menos cierta, probará hasta que punto seducen las burdas invenciones de los *enterradores*, tratando de potencia á potencia con la curia romana, y embaucando á personas suspicaces y de sólida ilustracion. Desde luego, convengamos en que tales empresas no pueden acometerse sin una complicidad estensa é inteligente fuera del presidio, y convengamos tambien con Ciceron en que: *stultuorum infinitus est numerus*, sin escluir clases ni condiciones, por selectas ó elevadas que sean.

El otro *entierro* de que fuí testigo, aunque trágico por un accidente imprevisto, no dejó de tener sus notas cómicas.

Un cosechero de vinos del Maestrazgo mordió el anzuelo que le tendieron los *enterradores*, y creyó á puños cerrados que en una de sus heredades habia considerable cantidad en buenos pesos duros, que un cabecilla carlista habia tenido que enterrar para escapar á la persecucion de las colum-

nas liberales. El hombre no dormía tranquilo desde que supo que sus viñas ocultaban yacimientos de oro acuñado, y aun creo que revolvió todo el término municipal de su pueblo buscando inútilmente los millones carlistas. Por fin se decidió á comprar el plano exacto del sitio del *enterramiento*, y envió 4.000 reales en billetes al estafador que lo venia sonsacando, suma en verdad bien modesta tratándose del producto íntegro de todas las contribuciones cobradas por los carlistas en aquella region donde tanto empuje tuvieron y tenían las facciones.— Pasaron dias y semanas, y el buen cosechero de vino carló comenzó á escamarse, no precisamente porque sospechara que era un cuento lo del tesoro escondido, sinó porque creía que otro lo iba á desenterrar dándole á el *mico*; y cansado de escribir y de no obtener respuesta, se embarcó para Ceuta decidido á recuperar el dinero, ó á que le entregaseu el plano, respetando la santidad del contrato, y quizás y con este solo propósito.— En Céuta existe la costumbre de correr toros de cuerda por las calles con el mas insignificante motivo, y casi todos los dias hay *gayumbo*, que asi se llama el toro atado y lidiado en plazas, calles, callejones, y hasta en el interior de las casas, donde el cornúpeto suele entrar, acosado; y en verdad que esta diversion, nada culta, habia de influir en el destino del pobre vinatero, como si el novillo que aquel dia se lidiaba estuviese en

colaboracion con los enterradores, por que apenas puso el pié en tierra fué cogido y volteado, resultando con las dos piernas rotas, sin el plano del tesoro y sin los 4.000 reales, pero con una peligrosa dolencia, en cambio, que le tuvo en cama dos meses largos, entre la vida y la muerte.—El desgraciado incidente de la cogida dió lugar á que se supiera el objeto que llevaba á Céuta al lesionado, y este supo en el lecho del dolor que sus viñas no guardaban mas tesoros que los negros y hermosos racimos feeundados por el trabajo.—La historia de esta estafa es bien sencilla, porque nada mas fácil que hacer creer en la existencia de un tesoro carlista, en los pueblos donde estos merodean cuando se lanzan al campo; pero la he referido por sus consecuencias trágico-aurinas, y para que se vea hasta donde es explotable la gran masa crédula é ignorante con ribetes de avisada y un fondo de malicia punible, que hay en todas partes.—Y ahora entremos en la gran aventura de los batanes, porque en efecto, quitojesca fué la empresa magna que me hizo acometer y acabar dignamente un *enterrador* de nota.

Hallabame yo cierta noche de Octubre ocupado en terminar asuntos urgentes de oficina, en la mía, situada frente por frente de la cuadra ó dormitorio de Talleres, donde pernoctaban 100 presos por término medio.—Ya habia sonado el toque de silencio, y todo era soledad y misterio en aquel case-

ron conventual, cuando de pronto vino á turbar el reposo en que nos hallabamos, un ruido insólito y tremendo de voces encolerizadas, golpes, y derrumbamientos de muebles.—Figúrese el lector como quedarían mis potencias ante aquella novedad poco tranquilizadora.—Escuché un momento y el tráfago seguía, temblando el suelo como si corrieran en confuso tropel muchos hombres, ó como si hubiera comenzado el derrumbamiento de aquella vieja casa, harta ya de servir de asilo á los presidiarios, despues de haber cobijado á los orondos hijos de San Francisco.—Poco despues, y cuando mi incertidumbre y mi asombro comenzaban á degenerar en algo peor, entró azorado y jadeante en mi despacho el capatáz de Talleres, seguido de una porcion de señoras que á la sazón se hallaban de visita en sus habitaciones, y que como yo mostrabanse sobrecojidas por aquel brutal estrépito.—La vista de las señoras, agravó mas y mas mi comprometida situacion, pues adiviné que ante aquél publico femenino debia yo mostrarme á una altura á que me consideraba incapáz de llegar.—¡Mi Ayudante! —dijo el capatáz—es preciso que entre usted en la brigada, porque hay *bronca*, cuchillo en mano, y los presos han acorralado al cabo.—Lo primero que se me ocurrió fué extrangular á aquel mensajero inoportuno, que me hablaba de la *precision* de entrar en la cuadra donde se repartian garrotazos

y puñaladas; pero mi reputacion de valiente, mi cualidad de malagueño, las obligaciones del cargo, y sobre todo, la presencia de las damas, determinaron en mi una saludable reaccion, y en vez de irme á la calle á llamar á la guardia, como me aconsejaba el instinto de conservacion, corrí á la puerta de la cuadra, y golpeando furiosamente el ventanillo, grité con el vocejon de bajo profundo, que tenia reservado para las grandes solemnidades:—¡Cabo imaginaria! ¡abra V. inmediatamente al Ayudante primero!— y seguí árido á los hierros del ventanillo. porque si me suelto, de seguro caigo al suelo solamente de pensar que aquella puerta podia abrirse.—Se abrió al fin, y por velocidad adquirida me hallé dentro de la cuadra, donde los presos, en confuso monton, corrian arrojando á su paso armas blancas, y otros objetos de que se habian valido en su breve lucha.—¿Qué habia pasado allí?—pregunto yo como es costumbre preguntar en las novelas. —Va usted á saberlo, lector curioso.—Uno de los presos alojados en la brigada de Talleres, zapatero de oficio, natural de Málaga, y á quien ya me he referido, habia echado de menos al regresar de su trabajo, un retrato fotográfico de una hermana suya.—El tal preso, era un jóven de buena índole, pero bravo y endurecido en la vida de la gente del *bronce*, y no podia dejar impune el hurto de aquel objeto querido.—Indagó y averiguó que el retrato estaba en poder de otro

preso, gran confeccionador de *entierros*, que había convertido nada menos que en marquesa á la hermana de mi paisano, y apadrinado, y ¡allí fué Troya! Pidió el retrato en formas apremiantes, no lo obtuvo, y salió á relucir el cuchillo; el *enterrador* y creador de marquesas, tenía amigos; tenía-los también el malagueño, hombre de muchas bragas, y la lucha se generalizó, amenazando tomar los caracteres sangrientos que revisten estas colisiones en el presidio, cuando llegué yo.—Juan,—que así se llama el autor de aquel íregado—sumiso y agradecido, se puso en precipitada fuga antes que hacerme frente, y esto me salvó; pues al verle huir los otros contendientes, siendo el como era el *gallito* de aquella brigada, creyeron llegado el momento de que el Ayudante malagueño hiciera una sonada, á usanza de la tierra que tanto prestigio me daba entre la gente *crua*, y me dejaron dueño del campo, á mi, el mas tímido de los seres volentes, á mi el mas inofensivo de los mortales, pues segun mi costumbre, el famoso cuchillo yacia entre la ropa sucia, y ni aún baston llevaba en aquella jornada memorable.—Recojí las armas que no habian podido ocultar los combatientes; envié á la enfermería varios contusos que habian resultado de la refriega; impuse ocho dias de calabozo al *enterrador* que así sacaba marquesas de la nada; rescaté el retrato, que devolví al preso malagueño con una

reprimenda *de órdago*; y restablecido moral y materialmente el órden, cuando hube apreciado y saboreado bien la admiracion que mi miedo en hábito de valor sereno habia despertado en las circunstancias, me fui á la fonda, teniendo que contenerme mucho para no correr; y ya acostado, advertí que la cama me venia corta.—¡Tanto habia crecido mi personalidad de héroe por fuerza!

Y como me esperan otros asuntos, aquí pongo fin á la somera historia de las estafas presidiales, mas cómicas que terribles, y menos inmorales de lo que se cree; por que es lo que yo digo: ¿que ley se opone á que *El Cencerro* explote la inculta malicia de ciertas clases, dandoles, con gran sentido práctico, manjares literarios, digeribles y asimilables? Pues con él *enterrador* sucede lo mismo, salvando siempre las honradas intenciones de *El Cencerro*.—Un hombre listo, explota la ignorancia y la credulidad maliciosa y poco honrada.—Conténtese, pues, el estafado, con que no lo prendan, y tengase por seguro que dejará de haber *enterradores*, el dia que no haya quien immoralmente quiera apoderarse de un millon, por veinte y cinco duros.



XVI.

Otra hazaña mia.—Mas sobre los delitos dentro del presidio.—Siempre impunes.—Un purgante de 300 reales de fuerza.—Deyecciones auríferas.

Estaba escrito, sin duda, que yo habia de representar en este mundo el cómico, y á medias tristísimo, papel de héroe fortuito.

Aun no me habia salido del cuerpo el susto estupendo que llevé la noche memorable en que pacifiqué espantable motin en la brigada de Talleres, cuando ya la fortuna juguetona me estaba preparando otro tramojo y otro éxito que afianzara mas y mas mi fama de hombre *templado*, como

se dice de aquellos dichosos seres para quienes el peligro no representa ni una pulsacion mas, ni un átomo de calma menos.

Muchas veces, juzgandome con absoluta imparcialidad, dándome perfecta y cabal cuenta de mis sensaciones en momentos azarosos ó comprometidos, y midiendo los resultados de la faena en que la adversidad me metiera, he concebido serias sospechas de que en los actos de valor no es oro todo que reluce, y de que en ellos entran por mucho la casualidad y un cumulo de circunstancia ajenas al valiente, que seria largo, intrincado, y ocioso describir. Yo no hablo aquí del valor-agresivo del penderciero, porque creo que esa disposicion constante á la lucha antes que valor, es signo de perversidad ó indicio sintomático de un desequilibrio de las facultades mentales, que no aprecian bien, ni el peligro, ni las consecuencias del acto de fuerza. Hablo sí, por ejemplo, del valor pasivo, del valor hijo del deber, del valor impuesto por la idea del decoro, y de este valor poseen todos los hombres la dosis necesaria para afrontar todas las circunstancias extremas en que puedan hallarse. El guardia civil, *verbi gratia*, que se arroja en las llamas de un incendio, ó en la corriente desbordada de un rio, para arrebatat víctimas á la muerte, es valiente por influjo misterioso de la noción del deber adquirida en esa *religion de hombres honrados* de la milicia cívica, y

para ser valiente así no se necesita pizca de impetuosidad ni que los nervios se crispen, ni que las manos busquen codiciosas el arma agresiva.

Bajo este punto de vista, profeso yo el principio de que todos los hombres son capaces de desarrollar una suma de valor equivalente á la idea moral que tengan de sus deberes, y así me explico como en tan repetidas ocasiones no eché á correr durante mi odisea en Céuta. Del valor del guerrero que conquista ó del político que se impone por la sedicion, no quiero hablar, por no contribuir al descrédito de la honorable clase de valientes; pero tengo entendido que la diosa Chiripa se mezcla más de lo que parece en los éxitos de los héroes tremebundos que han sido y son.

Dominado por estas ideas, y pensando como nunca, en la verdad de la ruda perogrullada española de que á la fuerza ahorcan, iba yo una tarde por la ancha calle ó paseo que llaman el *Revellin*, y que corre paralelamente á la muralla del Norte, cuando á 200 pasos de distancia percibí un numeroso grupo de personas paradas ante una casa, por cuya puerta veía yo á lo lejos salir objetos informes con gran fuerza de proyeccion.

El corazon me dió un vuelco, como se dice familiar y graficamente, avisándome de que allí habia un riesgo contingente, que acaso habia engendrado el azar únicamente para mí.

Seguí, sin embargo, mi camino, que habia de conducirme forzosamente al lugar donde el grupo estaba formado, y á los pocos pasos ya no hubo medio de retroceder, porque las gentes se apercibieron de mi proximidad y aun la anunciaron en voz alta.

No habia duda; se trataba de un preso entregado á alguna barrabasada propia de la clase, y yo, aunque no vestía el uniforme que obliga, era conocido por mi cargo oficial, y en el fondo de la conciencia apreciaba con toda lucidéz el deber que me hacia ir al encuentro de aquel caso insólito.

Al llegar al lugar del *siniestro*, pude ver que de vez en cuando salían por la puerta de la taberna (pues taberna era la casa ante cuya fachada se agrupaba la multitud) ya un barril, ya un par de botellas, ya un metrallazo de copas, vasos, y trozos de cristal. Los curiosos dejaban pasar aquellos proyectiles estraños, pero ninguno entraba á evitarlos, hasta que alguien me hubo de decir oficiosamente:

—Es un preso borracho, que quiere matar al tabernero. ¡Entre V. Sr. Ayudante!

—Lo que quiere es mudarle el establecimiento al arroyo;—pensé para mi capote, viendo la calle sembrada de los trebejos tabernarios.—Cuanto á la recomendacion de que entrára, maldiciendo con todas las veras de mi alma al consejero impertinente, la obedecí al pié de la letra, y entré.

Cualquiera creerá que entonces comenza-

ron el drama, y mi riesgo personal; pero se equivoca grandemente el que esto suponga. Entonces empezaron mi tranquilidad y una especie de apoteosis que me tributó el admirado concurso; porque el preso era nada menos que mi compatriota y ahijado, aquel que promovió la *bronca* de Talleres, el mismo que me debía tanta sumisión y respeto por la eficacia de las para mi valiosísimas recomendaciones de un amigo querido é inolvidable, que ya no existe.

Ver á Juan el malagueño, y adoptar aire de triunfador invicto, fué todo uno. Me fuí hacia él; le quité el cuchillo desenvainado que tenía en la mano; le hice soltar los últimos chismes que se disponía á lanzar al arroyo; tranquilicé con un ademán al tabernero, y dije á aquel leon furioso, que solo á medias padecía la calentura alcohólica:

—¡Ahora mismo vas y te encierras en el calabozo de Talleres, y mañana irás al Hacho recluido *en blanca*! ¡Así pagas las consideraciones que te se tienen, y así comprometes á quien te recomienda, badulaque...?

—¡Es que *er* tabernero me ha *fartado*!— balbuceó, pretendiendo disculpar aquella hecatombe de trastos, con la *farta* del tabernero, que tal vez consistiría en desconfiar de la paga, sinó consistió en que no le diera tratamiento.

Juan el malagueño salió con su gorra en la mano hasta la calle, y tomando cabizbajo

el camino de Talleres, fué á cumplir su condena sumiso y resignado. El público, se retiró haciendose lenguas de mi ascendiente sobre la gran bestia presidial; el tabernero se satisfizo con una módica indemnizacion; y estoy seguro de que Juan el malagueño y yo bendijimos á duo la casualidad que nos puso de nuevo frente á frente. Él, por que de ser otro el empleado que acudiera, se hubiese visto lindamente apaleado y tal vez en el peligro de cometer un nuevó crimen; yo, por que si es otro el preso, de seguro me acomete el síncope que presentia para cuando llegase un caso extremo.— Desde entonces me afirmé mas y mas en que el arte del valor tiene mucho del arte del toreo; todo consiste en que el toro prefiera el *engaño* al *bulto*.

Aparte de los *entierros* y demás estafas de este jaez, cuyos autores son de difícilísimo, sinó imposible, descubrimiento, sucede lo mismo con los demás delitos que se cometen dentro del presidio, aparte las fugas, ó *quebrantamiento de condena*, que están probadas por si mismas.

En los otros casos de delincuencia presidial, ni consumiendo toneladas de resmas de papel de oficio, ni con el concurso de esos polizontes francéses é ingleses que nos pintan los novelistas dedicados al género judicial, se podria jamás llegar á la prueba plena del delito y de su autor.

Los presos cometen entre sí muy pocos

hurto, pero cuando se perpetra alguno, lo primero que se hace imposible es acreditar la preexistencia de la cosa hurtada, sin cuya base no se puede levantar el edificio procesal. Nadie sabe que Fulanito tuviera las tres pesetas, la petaca, ó el pantalon, de que se dice despojado por Menganito; nadie ha visto á este acercarse siquiera al petate del robado; y declaracion tras declaracion, el juzgado de guerra vé engordar los autos, pero la capa, ni su detentador, parecen.

Cuanto á los homicidios y las lesiones, se necesita que el hecho criminal se cometa fuera de los cuarteles y ante testigos ajenos á la poblacion penal, para que la justicia pueda convencer al delincuente; por que aparte de la presion que los *guapos* ejercen sobre el núcleo de los presidiarios; aparte del interés comun que estos tienen en no descubrirse, recordando aquello de: *hoy por tí, mañana por mí*, seria considerado como reo de traicion todo testigo preso que declarase contra un compañero, ya que las muertes y heridas son resultado, casi siempre, de desafíos en regla, que á veces revisten proporciones de batallas campales, pero que nunca tienen ante la conciencia del preso los caracteres de hechos punibles. Cobarde, mándria y hasta vil, seria el que dijese: yo he visto á Zutano herir ó matar á Mengano, amen del castigo material y terrible que aguarda infaliblemente á todo el que se *berrea* como se dice del

que delata ó declara contra algun compañero.

Así, pues, la justicia es impotente para refrenar la criminalidad en el presidio, cuando tan fácil seria prevenirla dando otra organizacion á nuestras penitenciarias; y solo en contados casos, cuando por azar presencian los empleados la comision de algun crimen, es cuando resulta fructuosa la accion de la justicia, y esto no siempre, porque es muy difícil á un hombre de conciencia señalar bajo juramento al individuo autor de un asesinato, en medio de fragor y de la confusion de un combate cuerpo á cuerpo entre muchos combatientes.—No pecaré, pues, de pesimista, si afirmo, que merced á la monstruosa organizacion de nuestros presidios, los presidiarios gozan de una impunidad absoluta, y que apartados de la ley en sus efectos civiles y beneficiosos, ellos pueden y saben eludirla en todo lo que al mal atañe.

He dicho que los hurtos entre presos son muy raros, sin duda porque es muy difícil la lucha de la rateria de igual á igual, pero no lo son tanto que no pueda citar aquí un caso de rapiña, que llamaré casera, é intestinal, ó quizás con mas razon *intestinal*, segun veremos ahora mismo.

Hallábase un dia el Comandante en su oficina ocupado en los asuntos burocráticos, cuando se dejó sentir un estrépito infernal de voces y carreras, y dos presos lanzados

á toda máquina, se precipitaron en el despacho del Jefe.

La invasion fué tan repentina é inesperada, que el Comandante no habia tenido tiempo de darse cuenta de lo que ocurría, cuando ya el preso que entró el último habia cojido por el cuello al que entrara primero, y lo tenia á punto de estrangulación.

El Comandante, con la ayuda de otros empleados que acudieron, pudo separar á los intrusos, y despues de imponer su autoridad del modo tan contundente y expeditivo que el caso requería, se procedió á averiguar lo ocurrido.

El perseguidor, era dueño de algunos ahorros, que guardaba cuidadoso en su petate. *Escamado* y vigilante, no cesaba de dar vueltas para ver si su tesoro seguía íntegro, cuando en una de estas visitas de inspeccion, sorprendió al preso perseguido con las manos en la masa, ó sea con tres monedas de á cinco duros que habíale sustraído. Gritó el expoliado, golpeó al expoliador, y este puso piés en polvorosa con su presa; pero acosado por el que tan á lo vivo comprendía todo lo que de sagrado, y respetable hay en el derecho de propiedad, primero se tragó las tres monedas para que no se le perdiesen en la fuga, y despues, en su azoramiento, en vez de dirigirse al pátio se dirigió á las oficinas y ambos cayeron como

bomba en el despacho del Comandante.

El caso era arduo, porque ni en las ordenanzas del presidio está prevista la vivisección, ni se conocían allí instrumentos para explorar la oficina gástrica del *auriofago*, y ver si efectivamente tenía alojadas en ese santuario, que se llama el estómago, las tres monedas de á cinco duros.

El robado juraba y perjuraba que su caudal yacía en el vientre del ladrón; y este, encerrado en una tenaz negativa, acabó por hacerse sospechoso y se le tuvo por presunto reo de un canibalismo enteramente nuevo.

Se llamó al Médico; recetó éste un purgante de aceite de ricino reciente, capaz de dejar hueca toda la red intestinal de un caballo, y se le encerró en un calabozo á solas con lo que los franceses llaman un *pot de chambre*, y es en España producto muy cómodo y perfeccionado de la Cartuja de Sevilla, vigilado además especialmente para que no pudiera ocultar lo que el aceite de ricino iba á devolver á la circulación.

Una hora después, el terrible laxante produjo sus efectos, y el recluso dió á luz (en sentido perfectamente inverso sea dicho) una sola de las monedas, que se lavó cuidadosamente, y fué depositada en la caja del presidio.

Pasaron muchas horas, y el *pot de chambre* permanecía vacío. ¿Habrá dijéridò las

otras dos monedas, y se las habrá asimilado en forma de cloruro de oro?—decía el médico viendo aquella inexplicable indolencia intestinal, pues el purgante era de la fuerza de 300 reales, y aun alguna plata gruesa mas.

—¡Las vá á *sortar* en *carderilla*, y las está cambiando!—decia un preso andaluz en los corros que se formaron en el pátio, atraídos por la cómica novedad del suceso.

Por fin, se decidió el médico à doblar la dósís del aceite de ricino, y tras una dieta absoluta, en el espacio de 48 horas, se rescataron las otras dos monedas, que indudablemente debieron perder la mitad de su peso en la lóbrega prision donde habian permanecido tanto tiempo sometidas al contacto de los ácidos mas corrosivos.

Limpio ya el porta-monedas viviente, se le alimentó de un modo oportuno, y fué á expiar al Hacho su voracidad, sin sospechar tal vez que habia puesto en accion aquello del *aurea sacra fames*, que dijo el clásico.

Cuanto al dueño del oro devorado, estoy seguro de que mas hubiese querido él que lo conservase el ladron entre pecho y espalda, que tenerlo seguro en la caja del establecimiento; porque en el primer caso, siguiendo el procedimiento chino, con abrir el vientre á la alcancia humana, hubiese resuelto su problema; cosa mas fácil para un preso que atenerse á los reglamentos percibiendo peseta à peseta su caudal.

Conveengamos, antes de pasar á otro capí-

tulo, en que si nuestro *auriofago* hubiese vivido en las edades míticas, tal vez el río Pactolo, mal oliente y nauseabundo, no desempeñaría el papel que desempeña en la poética, y podría decirse de él: *peor es meneallo*.

XVII.

Opiniones atrevidas.—La cultura y la religion del preso.—Pendolistas y «ratones de oficina.»

Si al censurar agriamente los defectos de la organizacion del presidio, he podido tener de mi parte las simpatias del público, mucho me temo que no suceda lo mismo, al indicar reformas que no obedecen á la necesidad imperiosa de cicatrizar llagas cuyo espectáculo mueve á compasion y despierta ideas humanitarias.

Pintando á los presos desnudos y hambrientos, estoy seguro de que el lector habra convenido conmigo en la necesidad de que la pena no sea un martirio; describiendo la influencia perniciosa del presidio en

las costumbres y manera de ser de las clases de donde saca su contingente, tambien creo haber despertado un movimiento de adhesion y conformidad en el público; pero al tratarse de algo que no participa ni de la crueldad, ni del abandono, que informan la vida actual de nuestro sistema penitenciario, temo que acaso se confundan mis convicciones eminentemente prácticas ó experimentales, con un exajerado radicalismo y con una incredulidad que estoy muy léjos de sentir en los momentos en que escribo este capítulo.

La República, teorizando en un sentido muy en armonia con su laicismo, suprimió los capellanes del presidio, y los sustituyo con profesores de instruccion primaria, creyendo haber *redimido las conciencias*, y echado las bases para que el presidiario, al salir en libertad, llevase elementos de cultura que á guisa de lastre de sus acciones, le apartasen de futuras reincidencias; y á fe que la República se equivocó, como se equivocarán todos los teorizadores que se contenten con arreglar los detalles del problema penitenciario, sin acometer con mano firme el nudo capital.

Tenia razon la República al suprimir los capellanes, porque realmente estos funcionarios no poseen medios de ser útiles dada la organizacion presente de nuestras casas penitenciales. El capellan no está en contacto con el preso; no existen capillas don-

de pueda celebrarse el santo sacrificio, ni locales tan espaciosos como se necesitan para que todos los presos acudan á oír pláticas morales, y en el recogimiento de la oracion, en la paz dulce y bienhechora del templo, se engendren en su cerebro ideas de arrepentimiento y de correccion. El capellan, así colocado en el medio vicioso del presidio, ha de circunscribir su ministerio sacerdotal á los auxilios espirituales que necesitar puedan los infelices que llegan á la enfermería mortalmente heridos de faca ó de terrible dolencia; pero la accion del capellan carece de virtud moralizadora, ya porque no tiene medios de moralizar, ya porque el preso es completamente refractario á todo apostolado.

Sin despojarse jamás de las supersticiones, errores, prácticas absurdas, é ideas idolátricas, que adquiriera en el seno de las clases populares incultas, y que tanto distan de la verdadera religion como el desconsolador ateismo, el preso *trae de su casa*, así puede decirse, una corteza de indiferentismo tan fuerte é impenetrable, que en sacándolo del culto herético á la patrona de su pueblo, en quien supone aptitudes personales de poder que implora para salir bien librado en sus empresas delincuentes, no hallaremos en él rastro alguno de creencias religiosas propiamente dichas.

¿Es esto obra de la desesperacion ó se debe á otras causas de índole moral, que

apartan al preso del mundo de la religion por procedimientos filosóficos, siquiera sean rudimentarios y á mas falsos? Yo creo que no, y atribuyó el fenómeno á la irreligiosidad de la masa popular, que contra lo que creen observadores superficiales, domina sobre ciertos hábitos externos, siempre con sabor pagano, que pasan hasta por catolicismo fanático.

La gente ineducada de España, es decir, la inmensa mayoria de los españoles, vive en la grey católica por los recuerdos de otras épocas en que la fé española tenia inmenso crédito y resonancia inmensa en todo el órbe; pero en los actuales tiempos, doloroso es confesar que los interesados en nutrir espiritualmente al pueblo español, se contentan con muy poco, puesto que aceptan las mas someras superficialidades, las del culto exterior por ejemplo, sin cuidarse de cimentar por medio de una educacion verdaderamente cristiana, las ideas y los preceptos de moral eterna, que como en ninguna otra religion, palpitan en el sacro dogma católico.

De aqui, que apartados ciertos seres de educacion defectuosa, cuyo destino es el presidio, de lazos de familia, vida social, afeciones colectivas, etc., surja indomable un indiferentismo que se engendra en la ignorancia; y de aquí que el sentenciado que llega al presidio sin otra base religiosa que sus recuerdos de la suntuosa fiesta anual al

patrono del pueblo, con las rivalidades de cofradía á cofradía, sea á los pocos meses completamente ageno á toda religión positiva digna de este nombre, y refractario á los esfuerzos del capellan, cuyo don de proselitismo deja tambien mucho que desear por causas que á las veces proceden de incapacidad individual y á las veces de la falta de medios para que el ministerio sacerdotal, la cura de almas, sea fecundo.

Fundado en estas consideraciones, y en la propia esperiencia, en lo que visto y observado, creo poder concluir que la rueda semi-administrativa que se llama capellan del presidio, es perfectamente inútil, en cuanto á su influjo en las costumbres y en la moral de los penados, porque claro es que no puedo referirme nunca á las funciones del ministro del altar cerca del moribundo y del finado que ha de reposar en tierra sagrada; funciones que, por otra parte, pueden desempeñar sacerdotes adscritos á la parroquia donde el presidio esté enclavado, mientras llega la hora de hacer la reforma penal, y el establecimiento se coloca en condiciones de que la labor espiritual sea fecunda, y se decide hasta que punto y en que forma ha de funcionar el brazo eclesiástico dentro de las casas de correccion.

Pero si la República al suprimir los capellanes, dió un palo de ciego y acertó por

casualidad, preciso se hace reconocer que no le guiaba un deseo de acierto, sinó un verdadero prejuicio contrario á la legítima influencia de la Iglesia, y que cayó en el error ridículo de llevar un maestro donde no es posible enseñar, ó hay quien sepa diez veces mas que todos los pedagogos con título académico.

El dilema de la instruccion del preso, tal y como hoy se halla organizado el presidio, es rudo y absoluto. De una parte tenemos los absolutamente refractorios á la enseñanza, por su edad, su estado misero que no le permite robar una hora al trabajo, ni sentir el menor deseo de poseer un destello de esa luz misteriosa y espléndida de la ilustracion, y por otras causas personales y generales que malograrian todo intento de cultura; y de la otra están los listos, los versados en el complicadísimo arte de la caligrafia, los que saben mas matemáticas productivas que Vallin y Bustillos, los que á mas de conocer de memoria el texto del Código, poseen su espíritu mejor que el legislador mismo, y los que forman en fin, el núcleo de las ilustraciones del presidio, bien que no puedan desechar enteramente los hábitos de la casa, ni depurar sus *obras literarias* de cierto tufillo presidial tenázmente adherido á todo lo que sale de las penitenciarías.

La República, al descatolizar el presidio, se equivocó dos veces; una, suponiendo que

los capellanes tenían influencia espiritual sobre los fieles de la parroquia penal; y la otra, creyendo que el maestro de instrucción primaria puede hacer en gente adulta y de inteligencia encallecida, lo que no hicieron la escuela en la niñez y el padre durante la época de su potestad sobre el hijo.

El preso que llega á los 40 años con una condena perpétua, resiste tenázmente á la instrucción, porque es una mecánica reglamentaria mas, que á la postre resulta para él inútil, toda vez que no saldrá nunca ó saldrá muy tarde del presidio.

En las penitenciarias del extranjero, donde la vida del corrigiendo está organizada y distribuida rígidamente, puede la instrucción llegar á constituir un recreo y un alivio en las durezas del régimen; pero en España, donde el presidiario vive en la ociosidad ú ocupado en negocios propios que le son sumamente útiles, resulta imposible arrancarlo de la vagancia para que pierda en la escuela las horas que de antiguo venia dedicando al dulce platicar con los prohombres de su taifa, á madurar una fuga ó una estafa, y á *tallarse* tres pesetas en calderilla;—que no mas gruesa suma se necesita para sacar lucrativo interés al dinero, en el *monte*, la *carteta*, las *chapas* ó el dominó.

Cuanto á los *ratones de oficina*, el maestro hace, comparado con ellos, un papel tristísimo.—Recuerdo que cuando tomó po-

sesion el primero de los que nombrara el Ministro autor de la reforma, quedóse el buen hombre bizco, como se dice vulgarmente, viendo los prodigios caligráficos que se realizan en el presidio.

Aparte de las famosas *mesas revueltas* hechas á la pluma y á la acuarela, en que se ven prodigiosamente falsificados los billetes de todos los bancos de Europa, los sellos y timbres de todas las corporaciones y tribunales de España, y las firmas de todos los ministros, magistrados, generales y gobernadores, Torío é Iturzaeta envidiarían las gallardas letras españolas que por allí lucen sus admirables trazos, así como los mas famosos pendolistas americanos del Norte, que son los que mejor escriben los caracteres ingleses puros y clásicos.

¿Qué podia de enseñar el maestro á aquellos doctores á la tinta china, capaces de escribir un código de la Edad-media, y de miniarlo, como no soñaron los artistas góticos? Nada absolutamente; y como el resto del penal, si bien estaba en el apremiante caso de instruirse, no podia recibir la instruccion, bien por falta de local y régimen, bien por vicios inveterados que no se destruyen en un dia, bien por imposibilidad absoluta de que la semilla instructiva fructificase en cerébrros totalmente atrofiados, el maestro vino á ser el primer canónigo del mundo oficial del presidio, y su prebenda la mas descansada de todas.

Compréndese la existencia de clases de instruccion primaria, en los establecimientos correccionales, donde la poblacion penal se compone de jóvenes, que deben y pueden aprender; pero en las casas destinadas á extinguir penas afflictivas, sólo cuadran el aislamiento, la soledad, y los ejercicios higiénicos. Y si á estas consideraciones añadimos, que los presidios actuales rechazan toda tentativa de acto tan civilizador, se comprenderá fácilmente cuan léjos de su índole reformadora, radical y humanitaria, estuvieron los gobiernos que por su matiz y sus compromisos de escuela, tenían el deber de resolver con mano enérgica el problema penitenciario. Dejar vivos todos los horrores del presidio, y añadir por todo lenitivo á la vida del preso y por toda satisfaccion á la ciencia, un funcionario inútil, fué un rasgo digno de España, donde el concepto revolucionario ha tenido siempre significacion equivocada. La revolucion en las calles y en las ideas hecha está por completo desde 20 años ó poco menos á la fecha; pero la revolucion administrativa, la revolucion regeneradora por excelencia, es de lo poco virgen que queda en este pais donde todo se ha desflorado, y esa no la acometió la República, como si tuviera empeño en que su paso por la Historia fuese todo lo esteril y efimero posible.

Figúrese el lector, y comprenderá mis lamentaciones, que en el presidio no hay

personal de oficinas, propiamente dicho, y que todos los asuntos, desde el mas nimio al mas grave, lo despachan confinados, que no tienen mas defecto que el de ser notabilísimos escribientes. La contabilidad es obra de los presos, la correspondencia la llevan los presos, los ajustes, raciones, hojas histórico-penales, documentacion y marcha de los Talleres, y todo cuanto requiere un inteligente y asiduo trabajo burocrático, á cargo de presos está, que si no abusan siempre, suelen, y sobre todo, pueden abusar cuando les place. Así se explica el gran número de empleados del presidio que quedan sometidos á proceso criminal por resultado de su gestion, y así se explican las precauciones que han de adoptarse antes de poner una firma en documento de mediana importancia; precauciones, por otra parte, inútiles, puesto que no ha estampado uno la primera firma y rúbrica, cuando ya se las saben de memoria los *artistas á la pluma* que forman las dependencias oficinescas del presidio.

Vergonzoso es que este estado de cosas subsista; fácil seria dotar todas las dependencias del presidio de personal apto extraño á la poblacion penal; pero como vivimos en España, el pais de las mezquindades y de los despílfarros, ó el Comandante, el Mayor, y los Ayudantes, escriben de su puño toda la documentacion, para lo que se necesitarian dias de una semana, ó no

hay mas remedio que entregarse á los penados, y aceptarlos de buena fé, y con algo de gratitud encima, como auxiliares insustituibles

En buena hora, y en honor de los *ratones de oficina* de mi tiempo sea dicho, yo no tuve el mas leve percance durante los catorce meses de mi vida oficial en el presidio; pero no por eso dejo de estimar en toda gravedad el abuso tolerado por todos los gobiernos, al hacer una necesidad del concurso de los presos en los trabajos oficiales y administrativos; porque el presidio se ha hecho para los trabajos fuertes de que habla el Código, para dar eficacia á la pena, para que la correccion sea tangible, no para que el preso venga á ser, por una série de corruptélas, un funcionario sin responsabilidad, pero con medios á su alcance de cometer graves abusos.

Para vergüenza de la administracion española lo digo, antes de concluir este capítulo: el dia que en todos los presidios y cárceles de la península, se declaren en huelga los *ratones de oficina*, sobrevendrá el caos, y no habrá medio de que marche el tosco mecanismo de nuestro sistema penitenciario.

Bien es verdad que, mientras tanto, se suceden unos á otros los directores generales de Establecimientos penales, segun el constante oscilar de la política, y ni por equivocacion se ha conocido uno que esté á la altura de la trascendente importancia moral y

técnica que tiene ese cargo, conferido en otras partes á verdaderas eminencias y especialidades brillantes en ese ramo de la ciencia social.

En España hay una persona que goza de merecida reputacion en estos asuntos, el abogado Sr. Lastre, cuyos trabajos notables he tenido ocasion de conocer en parte; pero ni nadie se ha acordado de encargarle la Direccion general de Establecimientos penales reservada á los discutibles méritos políticos, ni hubiera tenido medios de desarrollar el sistema penal de que es partidario, porque para ello se necesita tiempo y dinero, y aquí los gobiernos duran poco, y se profesa la falsa idea de que la cuestion penal es menos grave y urgente que el aumento de sueldos á los jefes y oficiales del ejército.

¿Comprenderemos alguna vez que la úlcera gangrenosa de los presidios, necesita represion y medios profilácticos, al par que esa otra enfermedad nacional, que se llama pronunciamiento?

XVIII.

Algo de antropología criminal.—A la luz de la luna.
Los suicidios.—Manifestaciones de la conciencia.
Tipos diversos.

Desconocida por completo en España la antropología penal, ni existen museos donde se conserven los tipos de los criminales mas célebres, ni se hacen estudios sobre los penados, ni siquiera la policía posee las colecciones fotogrâficas, que en otros países tanto auxilian en el descubrimientos de crímenes misteriosos.

Aquí se capturan los delincuentes cuando se puede, se les juzga, se les condena, y se les arroja en el presidio, ó se les lleva al

patíbulo, sin que á la ciencia sea posible hacer luz alguna en el oscuro problema de la psicología criminal.

Lejo estoy de participar la teoría novísima que considera locos á todos los criminales, porque esta conclusion erigida en axioma, significaria tanto como la negacion del libre albedrío, y la irresponsabilidad para todas las acciones punibles. Pero el hombre encierra todavia mundos inexplorados de pasiones, y fuerzas de voluntad no medidas, y así como la conciencia resiste la absolucion del asesino, que á medida que es mas feróz parece mas loco, deber es de la sociedad ir acumulando los elementos necesarios para no confundir realmente al enajenado con el delincuente por libre y expontáneo acto de su albedrío.

Comprendo que es mucho pedir una monografía de cada crimen y de cada criminal, y un estudio frenopático de cada asesino, aquí donde la cabeza del reo vá desde el palo á la fosa, ó desde la cárcel al presidio, sin que nadie se tome la molestía de explorar la constitucion cerebral, externa ó internamente, segun se trate de ajusticiados ó de presidiarios; pero realmente es esta una necesidad de primordial interés, ya que en los albores del Siglo XX no pueden los poderes condenar á ojo de buen cubero, como se condenaba cuando la pena era arbitraria y empírico el derecho.

La antropología penal, además de ilustrar:

nos sobre cada caso de delincuencia dándonos á conocer algo así como el plano psíquico de la acción criminal, permitiría deducir consecuencias generales en orden á enfermedades de carácter social, que el Estado y la ciencia podían ir corrigiendo, el uno por medio de medidas y reformas relacionadas con la educación y las costumbres, y la otra llevando á las leyes principios positivos sobre el modo de apreciar la voluntad punible, y en la esfera de la fisiología y de las ciencias médicas, remedio á esas enfermedades que participan de los caracteres de un verdadero estado patológico, y de los misteriosos fenómenos del espíritu.

Ya he dicho en otro capítulo, todo lo que se hace con los presidiarios de nuevo ingreso; de modo que el lector conoce ya las deficiencias del sistema imperante, y la inmensa distancia que lo separa de lo previsor racional y científico. La talla exacta del preso, se desconoce siempre; sus señas personales se toman á capricho, sin tener en cuenta las variaciones que produce el tiempo en el hábito exterior de los hombres; y cuando hay una fuga de preso que ha permanecido 20 años en el presidio, ú otro lapso de tiempo considerable, las requisitorias para la captura del fugado describen á un sujeto que en nada se parece al que se trata de encontrar, y que una vez encontrado se identifica á *tum tum* y pare usted de contar.

Tan larga digresion tiene por objeto disculpar la falta de datos minuciosos relativos á personalidades salientes del presidio de Céuta, donde no hallé medio de hacerme de un retrato fotográfico, ni de ensayar un estudio de antropología criminal, siquiera fuese tan somero é insuficiente como me permitiera mi falta de conocimientos profundos en la materia.

El tiempo transcurrido desde mi campaña de catorce meses en Céuta, à la fecha en que escribo estas páginas, ha borrado muchas siluetas y no poco recuerdos; pero aun conservo los necesarios, para dar some-
ra idea de las materias que abraza este capítulo.

Por circunstancias especiales, no olvidaré nunca el continente, aspecto, y modo de ser, de J. C. S. preso de cadena perpétua por asesinato, natural de Valencia, como de 24 años de edad, rubio ceniciento, robusto, de cabeza sumamente deprimida en los parietales, y prolongada con exceso de frontal á occipital; cabeza *amelonada* como se dice vulgarmente, que sin grande esfuerzo hacia comprender que la masa encefálica se alojaba allí comprimida y con alteracion de las formas generales que reviste en los cráneos bien proporcionados y dispuestos.

J. C. S. era de carácter dulce, pero reservado y silencioso; su barba fuerte; sus pómulos salientes; su boca algo deprimida; sus párpados carnosos; sus arcos susperci-

liares, muy rudos y levantados; sus ojos pardos; su mirada tranquila, però baja; su nutricion buena; y su conducta intachable, hasta el punto de que, siendo aprendiz del *huesero*, se le permitia salir libremente, apesar de su condena á perpetuidad, sin que jamás dieran motivo para ser reprendidos.

El delito de J. C. S. no podia ser mas horrendo. Trabajador en la línea férrea de Valencia, tuvo una reyerta con otro operario á quien derribó en tierra, y con el enorme martillo que sirve para remachar los pernos que unen los rails, conforme se van sentando sobre las traviesas, le machacó el cráneo á su sabor, hasta dejar convertida en una masa informe la cabeza de su víctima.

No obstante la circunstancia calificativa de ensañamiento que concurría en el delito de J. C. S., el tribunal sentenciador apreció la atenuante de arrebató y obsecacion y solo fué condenado á cadena perpétua, llevando poco tiempo de reclusion cuando yo le conocí.

El espíritu de J. C. S. no habia sido cultivado; sabia leer y escribir torpemente, pero sus ideas eran poco lúcidas, sin ser lo que se llama un hombre *negado*. Además, y contra la rudeza que era necesario suponer en sus afectos, dada la naturaleza del delito, tenia cierta dulzura atractiva para los niños, y sobre todo, profesaba tierno cari-

ño á un carnero de cuyo pastoreo estaba encargado, pagando el animal con una gran adhesión y simpatía á J. C. S. el efecto que este le demostraba.

¿La idea de su crimen, venia frecuentemente á perturbar el cerebro deformado de J. C. S.? No lo niego, porque la conciencia es quizás lo que menos depende de la voluntad humana, y sus latidos se imponen apesar de todos los encallecimientos posibles; pero al menos no se notaban crisis de hipocondria ó de furor en J. C. S., apesar de que, como ya he dicho, mas bien era un carácter melancólico, que un carácter alegre.

Una noche, contra lo acostumbrado, J. C. S., que habia salido á que el carnero pastase en unos terrenos situados á espaldas del cuartel de Talleres, no volvió, ni el carnero tampoco.—Cerca ya de las diez, la idea de una fuga se apoderó de todos nosotros, y dispusimos salir acompañados de varios cabos *volantes*, en busca del que suponíamos evadido.—Era el mes de Octubre, y el otoño lucia sus mas poéticos atavios. Ni una nube en el cielo, ni un soplo de aire, turbaban la plácida quietud de la Naturaleza, que como si presintiera la llegada del invierno con sus plumizas nieblas y sus heladas lluvias, se complacia en lucir una luna espléndida, y una temperatura primaveral.—El mar, cariñoso y sumiso, besaba la costa africana yendo y viniendo.

do, con blando movimiento de perezosa hamacas, y devolviendo al cielo convertido en inmensa cascada de brillantes, el blanco rayo de nuestro hermoso satélite.—Todo era bello aquella noche; todo hablaba de vida y de placeres, con ese lenguaje misterioso que las cosas hermosas emplean para hacerse amar y comprender del espíritu.—La tierra, fresca ya por los rocios otoñales, exhalaba un delicioso vaho, como si quiera dar al hombre todos sus perfumes, antes que la escarcha y el viento Norte la endureciesen.—Las estrellas multiplicaban sus guiños en la altura; los plácidos fulgures de la casta díosa, daban apariencias de encajes y azuladas gasas al cielo diafano y terso; á lo lejos, solo se oía la voz del vigilante can que guardaba las haciendas del campo exterior, ó el canto de cisne de algun grillo próximo á morir de frio tras el terron que le dió albergue un verano entero.—La quietud de los elementos, las espléndidas galas de Natura, el fresco ambiente, la sumision del mar, todo en fin tenia su nota epicurea, su nota que traia al pensamiento alegres ideas de una vida feliz, y de una vida risueña.—Pero como ibamos en busca de un fugado de cadena perpétua, nada menos, y á quien por contra se suponía autor del hurto de un carnero, que bien podria valer sus cuatro pesos fuertes, la ronda pesquisidora de que yo era jefe, no hizo gran caso del bellissimo

espectáculo que á cada paso se metia por los ojos, y seguimos registrando con ardor todos los lugares sospechosos de servir de asilo á los fugados mientras hallan mejor arreglo para salir de la plaza.—Por fin, fuimos á dar con nuestras asendereadas personas, en una eminencia, hacía la parte Sur de la ciudad, en cuyas faldas habia algunos bancales de huerta.—Ya allí, no pude resistir á la fatiga, ni á la tentacion, y mientras mis auxiliares exploraban los alrededores, me senté en el suelo á fumar un cigarro, y sobre todo ¡á *mirar*! porque habia mucho que ver desde aquella altitud.—A los piés, el anfiteatro que forman las calles de Céuta, con la arboleda de sus jardines semejaudo un paisaje nevado á la luz dulce de la blanca luna; enfrente, la anchurosa ensenada de Algeciras, cuyas aguas reverberaban como un inmenso espejo; y á la espalda, la costa africana perdida entre una calima luminosa, que daba formas fantásticas á las sinuosidades de la playa, fingiendo gigantes vestídos de blanquísimo alquicel en cada cabo, y vaporosas formas de apenas entrevistas visiones en las lejanías del horizonte.—De pronto, y cuando mas embebido estaba en la contemplacion de aquel panorama mágico, sacaronme de mi arrobamiento algunas voces de los ojeadores, y el balido de un carnero.—Fui en aquella direccion, y hallé al borde de un pozo, con la hermosa cabeza dentro del

brocal, á la mansa bestia que tanto cariño profesaba á J. C. S., como si quisiera indicarnos que alli dentro estaba su amigo, al que aguardaba impaciente, balando dolorida tanto tiempo.—Miramos dentro del pozo, y, efectivamente, vimos una cosa horrible.—Atada á un poste de los que sirven para fijar el travesaño que sostiene la garucha, habia una correa, la que llevaba al cinto J. C. S., y á esta correa atada una cuerda, el ronzal del carnero, y al extremo de esta cuerda la enorme y deformada cabeza de J. C. S., como un racimo siniestro de una horca de nueva especie.—El infeliz, se habia ahorcado valiéndose del ronzal del carnero para hacer el lazo escurridizo, y de su cinturon de cuero para atarlo sólidamente al poste; y en el fondo de aquel agujero tenebroso, del que salia algo frio como el beso de las Parcas, semejaba dantesco condenado á quien el abismo atrajese, alargando desmesuradamente los miembros inferiores, como si quisiera con aquellos hacer mas profunda su tumba.—La luz de la luna, hiriendo de perfil el cañon del pozo, trazaba una ruda batiente de sombras.—En la seccion iluminada, J. C. S. recibia la luz en la cara, y por su boca contraida dejaba ver la lengua hinchada y llena de sanguinolentas espumas.—Los ojos, desmesuradamente abiertos, parecian interrogar con terrorífica ansia el infinito, y los

brazos agarrotados, pero lejos del cuello, denotaban que cuando el dogal le comprimía bestialmente, aquel misero no tuvo el propósito de rehuir la muerte, ni le espantó el suplicio, ni el instinto de conservacion pudo imponerse á la voluntad fiera de quitarse la vida.—El carnero, completamente solo y libre en aquel paraje, solicitado por la fresca y apetitosa hierba que allí crecía, no se apartó una línea del brocal del pozo, y con balido triste llamó durante horas y horas al que vió sin duda debatirse en la agonía, y al que continuaba viendo, inmóvil, rígido, callado y esquivo.

¿Por qué se suicidó J. C. S., cuando gozaba de libertad completa; cuando estaba bien vestido y alimentado por su trabajo personal, nada rudo, y hasta grato y entretenido; cuando no habia sido víctima de las brutales correcciones del presidio; cuando tenia una madre que le enviaba, con dulces palabras de consuelo, algunos recursos pecuniarios que contribuian á hacer mas cómoda su vida? ¿Por qué eligió la noche mas bella del plácido y refrigerante otoño, cuando la luna le enviaba caricias en sus rayos tibios, y cuando le acompañaba solícito aquel pobre animal, que hizo mas conmovedora su agonía, con los inarticulados gritos que á su instinto arrancaba al afecto?—No lo decidiré yo, ciertamente, porque la conciencia humana es aun mas oscura

que el pozo donde hallamos al infeliz suicida; pero sí puedo asegurar, que no estaba loco, ni desesperado, ni hambriento. ¿Querria librarse del calor horrendo de los sesos de su víctima, que aun debia sentir en la mano homicida? ¿Tendria de la justicia humana una idea superior á la idea que engendró su sentencia, y quizo suplir con un acto de voluntaria crueldad, la benignidad de sus jueces? Problemas son estos que J. C. S., se llevó intactos á la fosa comun.

Fuera de este caso, extraño por tantos conceptos, yo no presencié, en catorce meses, mas suicidio que el de J. C. S., ni puede comprobar que en largo anterior período, se hubiese perpetrado otro. De modo que ateniendonos á una poblacion penal de 3.000 hombres, por término medio, y al lapso prudencial de dos años, resulta escasísima la cifra de los suicidios en el presidio, y aparentemente arroja un mas perfecto estado de moralizacion y vida tranquila, que el que acusan las estadisticas respecto de la sociedad libre, donde esa clase de atentados son tan frecuentes. La antinomia es por si tan grave y extraña, que bien merece que los hombres aficionados á esta clase de estudios, se ocupen en su resolucion.

Sin descender á trabajos sérios é intrincados, yo creo tener resuelto el problema. El presidiario no se suicida, porque se encuentra bien en el medio en que vive; por

que el género de vida que hace, no deja lugar á que se desarrolle la hipocondria; por que siempre es culpable, y jamás víctima de un error judicial, de donde se sigue que en el fuero interno halla justa su condena, y no tiene motivos para que se apodere de él la desesperacion; y porque si bien no puede decirse de una manera absoluta, que deje de sentir remordimientos alguna vez que otra, la regla general prueba que el presidiario es siempre un ser inferior en el órden de la moral y de la conciencia, considéresele en su estado anterior al delito, ó considéresele en las diversas fases que ofrece desde el momento de su delincuencia al de su completa aclimatacion en el presidio.

Estas conclusiones, podrán parecer desconsoladoras al primer golpe de vista, pero en el fondo no son mas que la prueba evidente de que la moral en España no es tan mala como se cree, puesto que la delincuencia está vinculada en una clase; la clase que podremos llamar ínfima por su ignorancia y falta medios, bien que sea susceptible de ocupar preferente puesto en la escala social, luego que la educacion la haya redimido, y el trabajo la facilite, en sus diversas maneras de producir, los medios de vida que el siglo reclama para figurar en primera línea.

Educada perfectamente la masa popular, España seria el país de menor delincuencia en todo el orbe, como es ya el que menos

delitos graves produce. Tal vez entonces, no estaria aún resuelto el problema de la moralidad pública, porque siempre quedarian fuentes de corrupcion en otras clases, muy diestras en sortear las mallas del Código; pero al menos nos ahorraríamos la vergüenza de que nuestras estadísticas criminales arrojasen número crecidísimo de delincuentes, con relacion al total general de habitantes de la península.

La conciencia del preso, puede decirse que no se manifiesta; porque si bien no se observa en ellos ese estado de melancolía, decaimiento é inquietud, que son los signos reveladores del remordimiento, tampoco he visto el alarde impúdico, ni la fanfarronería cruel, y eso que yo, si bien pude ser un funcionario mediano, fuí un observador asíduo.

Tienen, pues, los presidiarios, la que puede llamarse *modestia del crimen*; y sin negar que en el fuero interno casi todos aprueban y ratifican el delito que espían, sintiéndose capaces de cometerlo nuevamente y con mayor suma de crueldad, es lo cierto que no hacen mucho ni poco alarde de la accion punible.

El estado mas general del presidiario, es una irritacion sorda y mal reprimida contra todo y contra todos, pero mas principalmente contra sus jueces y guardianes. Esta cólera siniestra, se desahoga en conchufetas cuando el preso es andaluz, y toma caractéres terribles cuando se trata de aragoneses; pues los mismos valencianos,

apesar de la doblez de su carácter, y quizás por esta doblez, hallan medios de endulzar sus sentimientos feroces con hábitos de sumision aparente, y de obediencia fingida. El andaluz, por el contrario, cuando es reo de esos delitos *caballerescos* que cantan los romances de ciego, es decir, cuando ha sido ladrón *caballista*, de los que ya no quedan mas que veteranos jubilados, pues hasta esa clase ha caído en la abyección y en el rebajamiento, sabe tomar un continente grave y superior, muy en armonia con la solemnidad de sus antiguas funciones; y si es procedente de la clase de *guapos urbanos*, que vive y próspera en las ciudades, viviendo de la faca, y matando para mantener su rango de valiente, entonces se democratiza, y es hasta un buen chico alegre y decididor.

Hay en España una region privilegiada, donde las costumbres son todavía patriarcales, donde la propiedad está muy dividida, donde las mujeres y los hombres tienen aun pudor, donde el cura recibe con cuantiosas dádivas casi un culto de sus feligreses, y que sin embargo es la region española que mas robos con asesinatos registra, y donde los delitos contra las personas revisten todos los caracteres de crueldad mas estupendos. Esta region la forman Galicia y Astúrias cuyos hijos teniendo fama de motigerados, sobrios, y religiosos, dan al presidio los individuos mas feroces.

No son allí frecuentes las riñas sangrientas como en Andalucía, pero el homicidio se desconoce, porque cuando un astur ó un gallego se deciden á matar, asesinan siempre, acechan á la víctima, la mutilan, la roban, y adornan el crimen con todas las circunstancias agravantes del Código, y algunas mas que inventa la cerril crueldad de aquellos linfáticos y reposados criminales. Otra especialidad galaico-asturiana es la mujer envenenadora.—En Valencia, Aragón, Castilla y Andalucía, las mujeres hurtan, hieren y matan; pero las gallegas y asturianas asesinan fria y deliberadamente por medio del veneno, y escojen por lo general las víctimas, entre sus maridos, hijos y parientes más proximos.—He dicho que el cura ocupa en Galicia lugar preeminente; y sin embargo, el cura es en aquella region el que paga el pato en todos los robos seguidos de asesinatos que se cometen.—Verdad es que el cura se defiende bravamente, porque casi siempre es cazador y hombre de empuje, pero la cuadrilla de salteadores acaba por penetrar en rectoria, somete á cruel tormento el rector, lo mata con delectacion horrible, le roba él nunca escaso caudal, y se lleva las alhajas de la patrona, sin perjuicio de asistir devotamente á la procesion mas próxima.

Ese criminal, que es la comprobacion viva de aquel adagio que dice: unos cardan la lana y otros llevan la fama, no deshonorra á

su país como el andaluz, cuando un solo crimen gallego basta á cohonestar la gravedad de todos los crímenes de menor cuantía que por aquí se cometen, haciendo bueno aquel otro refrán de que, es mas el ruido que las nueces; porque al hablar la estadística, los observadores superficiales truenan, por ejemplo, contra la provincia de Málaga que figura con 30 homicidios, y alaban á Astúrias y Galicia, porque no arrojan mas que 3 asesinatos, sin pararse á considerar como mata el impetuoso ó ébrio andaluz, y como asesina el frío y salvaje astur-galáico.

Este forma un mundo aparte en el presidio, por su manera de ser y estar. Es mezquino, avaro, torpe, silencioso, desconfiado, y de una rudeza intelectual superior á todas las exajeraciones. En cambio no tiene aquellos vicios que dominan á los presos de otras regiones, y posee el hábito de la obediencia pasiva. Si el mundo criminal tiene sus polos, el polo alegre es el andaluz, y el polo tétrico el astur y el gallego. Cerca de estos estan vizcainos, navarros y aragoneses; y en el zona media ó templada, situaremos al valenciano, que suele reírse aunque con fingimiento, mientras el gallego no se ríe nunca, mitad porque la risa es mas rara á medida que los hombres son menos inteligentes, mitad porque nadie como el gallego siente la ausencia entristecedora de la patria.

Entre los tipos que pude apartar como

mas notables en la muchedumbre presidial, figuran un cabo *volante* de la provincia de Almería, un ex-presbítero de Aragon, y un parricida, cuyo delito corria parejas con la huella horrible que dejara en su espíritu, presa de perenne y cruel zozobra.

El *volante* almeriense, era el único entre 3000, á quien pude oír festejar sus delitos, aun lanzar verdaderas carcajadas al referirlos.—Formaba parte de una gavilla de malhechores, últimos restos del bandolerismo andaluz, y en una de sus jornadas mas lucrativas y estruendosas, tuvo la desgracia de caer en manos de la guardia civil.—Segun él referia con la sonrisa en los lábios, la gavilla se habia apostado de madrugada en camino muy concurrido, y ya llevaban desbalijado buen golpe de pasajeros y viandantes, cuando acertó á pasar un cura de aldea, que conducia sobre poderosa mula respetable cantidad en onzas.—Sorprendido el buen padre, el terror, léjos de hacerle enmudecer, le obligó á gritar desaforadamente, atrayendo con sus voces á la fuerza pública, que copó la partida, bien que el cura perdiese la existencia y el dinero en la refriega.—Nuestro *héroe* fué el encargado de hacer callar con el hierro al pobre sacerdote, y esta hazaña era la que despertaba su hilaridad, no por refinamiento cruel, sinó porque recordaba el cómico miedo de su víctima, y el pavor que de toda la par-

tida menos él, se apoderó al apercibirse de la proximidad de los civiles.—Por lo demás, el cabo *volante* almeriense era un *buen preso*, que se quitaba sonriendo su gorra siempre que encontraba en su camino un hábito talar, y que sentia verídica y no desmentida adhesión á sus jefes, ayudándoles con su robusto brazo y nudoso garrote, á imponer el principio de autoridad, que tan en poco tuviera allá en sus mocedades.

El ex-presbítero sentenciado á cadena perpétua, á quien he aludido en otro lugar, tenia en su exterior un no se que antipático, que malograba todos los conatos de su amabilidad aparente.—Era de mediana estatura, recio, de ojos negros y vivos, de poblada barba y color moreno; pero no habia en su persona nada de atrayente, de ese algo misterioso que se irradia á veces de los criminales mas empedernidos y temibles.—El delito del ex-cura, consistia en haber robado y asesinado á un su tío carnal, tambien sacerdote, que le dió educacion y carrera.—En agradecimiento, tal vez, lo cosió á puñaladas, enterrándolo despues en la cuadra, y bailando horripilante zapateado sobre aquella tumba, para apisonar la tierra.—Este baile de canibal, fué el que perdió al criminal, pues en las contorsiones de la zarabanda, hubo de caérsele la llave de su carpeta, que encontró la justicia y utilizó como única prueba indicial del delito, fundando en ella la condena, que más

grave habria sido á contarse con mayores elementos de conviccion.—Espíritu cultivado el reo de que me ocupo, solo podia manifestarse su conciencia en dos formas: ó dándose cuenta exacta de su horrendo delito, y exteriorizando sus remordimientos, ó abandonándose á la desolacion y á la tristeza, si era en realidad inculpado, como sostuvo ante los tribunales con sus negativas.—Sin embargo, aquel verdadero malvado ni se desesperaba como un inocente, ni se producía como un arrepentido.—Intrigante, chismoso, y jaleador de motines, todos sus conatos se reducian á buscar expansion y libertad, ó á esquivar las correcciones que le acarreaban sus empresas de burdo diabolismo.—¿Cómo esplicarse este fenómeno? Yo comprendo al parricida, por que lo he visto y observado muy de cerca, pero en su ser moral queda siempre un rastro profundo del delito, por muy grueso que sea el blindaje que la ignorancia y la perversion coloquen sobre el alma. Conozco tambien, sinó al inocente, al que finge serlo y es lógico en su fingimiento; pero esos dos tipos se separan radicalmente del cura asesino de su tio, tan libre de remordimientos, como de la desesperacion, y eso que en el caso especial à su persona referente, no cabia mas que uno de los dos términos de este dilema: ó habia cometido el crimen, ó no lo habia cometido. En la primera hipótesis, y admítidas sus cualidades de edu-

cacion, vida eclesiástica, etc., la lógica del espíritu exigia que manifestase de algun modo sus remordimientos; y en el segundo supuesto, es imposible, del modo mas categórico y absoluto, que se acepte un error judicial con la pasividad jovial que aquel misero aceptaba su condena.—El lector podrá hacer las deducciones que guste; yo creo que la perversion moral absoluta es posible, aunque rara, y que el caso del sacerdote homicida y ladron, era uno de esos casos de que se apodera determinada escuela filosófica para negar la existencia del alma.

Por centenares podria estudiar tipos diversos del presidio, porque á Céuta no van mas que especialidades, quedando el vulgo de los delincuentes, que son rateros, tomadores, borrachos pendencieros, etc., etcétera, para los establecimientos correccionales donde solo se extinguen penas leves; pero como en el curso de mi narracion, he consagrado y consagraré aun, capitulos enteros á las personalidades mas salientes de la sociedad proterva, desisto de tratar á la ligera el tipo del verdadero y auténtico parricida, cuya silueta siniestra procuraré perfilar fielmente en las páginas que siguen.

XIX.

P. M. S

Baño estas iniciales hay algo mas terrible que lo que oculta bajo su inmutable máscara la esfinge; algo mas profundo que los insondables abismos del mar; algo mas siniestro que lo que se adivina tras los umbrales de la infernal estancia, en que escribiera el vate florentino su fórmula del dolor eterno; por que bajo esas tres letras hay un parricida, que es todo lo mas horrible que puede haber bajo una piel humana.

Tengo perfecto derecho á estampar aquí con todas sus letras el nombre del parricida, puesto que fué público su delito y

pública la sentencia que le separó para siempre del cuerpo social, que—dicho sea sin ánimo de hacer un argumento contra la ejemplaridad y eficacia de la pena—sigue tan enfermo como cuando P. M. S. formaba parte del humano grupo, cuya honradez se supone; pero un resto de conmiseración hácia el malvado que ya estaría redimido á ser ménos enorme, ménos feroz, su delito, me decide á dejarlo oculto bajo el misterioso y compasivo velo de esas iniciales.

Aseguran historiadores doctos y concienzudos, que la antigua y primitiva legislación espartana no contenía pena contra el parricidio, por que se consideraba imposible semejante delito. Hábil y delicada era la manera de dignificar al hombre; pero tenía mucho de falso y de poético el pretexto, ya que en los tiempos de Esparta, antes, en los primeros días de la humanidad, y despues, en plena civilization y en pleno progreso, existieron y existen, fueron y son posibles los parricidas. Para que el crimen exista, basta con que exista el hombre; las infracciones de las leyes de moral eterna, comienzan á adquirir posibilidad cuando el hombre comienza á poblar la tierra; diríase que le sigue el delito como un horrible atributo de la personalidad humana; y que así como apreciamos la hermosura de la luz solar, por el contraste con las sombras tristísimas de la noche, el alma necesita

esas oscuridades impenetrables del crimen, para que sus divinos consoladores destellos luzcan en la atmósfera pura del deber.

Por mucho que repugne, por mucho que mortifique à la conciencia, el parricida existe; es posible, vive, come, piensa, respira y ama, despues de su delito. Ni la Naturaleza le niega los dones que à los demás séres prodiga, ni el amanecer es menos alegre, ni las puestas del Sol menos poéticas, por que de estos espectáculos haya de gozar el parricida. Su mano, no se seca al contacto de la sangre paterna; su cerebro no estalla despues de concebido y ejecutado el crimen, como estallan esas asoladoras máquinas de guerra, impotentes para contener la enorme expansion de los gases de la polvora inflamada, como deberia estallar el cráneo despues de haber servido de receptáculo á la deflagración de maldad que se necesita para elaborar el rayo parricida; la nutricion no se entorpece; los afectos no se extinguen; el ojo no ciega; el corazon no cesa de repartir una sangre que deberia corrompérse súbitamente al comenzar la elaboracion intelectual del delito; solo allá en lo mas inaccesible del espiritu, donde los demás hombres guardan consoladores recuerdos de la infancia, donde resuena en lejano y apacible son la música deliciosa de los besos paternales, donde hay perenne, inestinguible, una luz que arde como votiva candelilla ante el tabernáculo que

encierra lo inmaculado de la conciencia, lo que queda por profanar en el comercio de la vida, el parricida tiene visiones de horror, sombras de indignados espectros; y en vez del chasquido apacible del beso paternal, oye como silba la sangre al escaparse de las venas, y como la maldicion semejante al trueno, retumba bajo la bóveda del cráneo con aterrador estruendo.

Pensando piadosamente, así debería suceder, al menos; pero desde que ví parricidas gordos, colorados y satisfechos, voy creyendo que hay almas de diferentes calidades. Y conste, que me refugio en esta heregía para no caer en otro mayor; en la negacion de la existencia del alma.

No tengo yo la ropa intelectual y científica necesaria, para escribir un estudio acabado de filosofía, psicología, y antropología, del cual saliera la razon de ser del parricida; no ofrecen estos desdichados seres signos característicos exteriores, suficientemente visibles para que yo los aprecie y mida con exactitud bastante á suplir lo axiomático de las conclusiones científicas; no estoy bien seguro de mi ortodoxia, para poder entregarme á los discreteos de mi razon en presencia de un parricida—a quien por ley divina y humana hay que suponer reducido á la condicion de réprobo, y que, sin embargo, come, rie, canta, y vive,—sin riesgo de caer en errores trascendentales y gravísimos, que harian condena-

ble este libro; ni, por último, este capítulo puede alcanzar las dimensiones necesarias para ir, durante su desarrollo, proponiendo problemas y resolviéndolos uno á uno, hasta llegar á la suma de problemas que se amontonan en el rostro, tras el pecho, y bajo la tapa de los sesos de un parricida. Tomo, pues, el partido de abandonar toda deduccíon, y toda argumentación, para exponer hechos y consignar impresiones. Los hombres doctos que por azar lean este libro, reconstruirán, si quieren tomarse ese trabajo, y si los materiales amontonados por mí bastan al objeto, la personalidad espíritual del parricida P. M. S.; el lector menos enamorado de las escabrosidades científicas, habrá conocido un tipo presidial, que es todo lo que me propongo; y la opinion pública apreciará el número de años que aun deben durar nuestros establecimientos penales, bajo su organizacion presente, que los constituye en verdaderos ventorrillos donde el criminal descansa y se refresca, antes de emprender de nuevo su *brillante* carrera.

Tenia P. M. S. cuando yo llegué al presidio de Céuta, 46 años de edad, y llevaba 24 de condena; de donde se deduce fácilmente, que cometió su delito en plena juventud, á los 22 años, en esa edad que los poetas llaman primavera de la vida, y que para P. M. S. fué invierno tristísimo y asolador.

Era P. M. S. natural de un pueblecillo del Maestrazgo, entre catalán y valenciano; bajo de cuerpo, rechoncho, de formas sólidas, de movimientos tardos, de ojos negros, expresivos é inteligentes; de facciones correctas y varonilmente bellas. Hablaba muy poco, pero su aspecto distaba mucho de ser tétrico. Sus mejillas estaban teñidas de arreboles, que hubiera deseado para sí la mas gentil doncella; y bajo la frescura de aquella piel, á través de aquella mirada tranquila, tras aquel exterior tan honrado, tan simpático, no hubiera podido adivinar nadie la existencia de un parricida, sin acudir á su hoja histórico-penal menos discreta, menos hipócrita, que el aire, el aspecto, y la manera de ser de P. M. S.

El que se sublevó contra la mas inviolable y augusta de las autoridades, contra la autoridad paterna, hasta el punto de poner la mano y el hierro en el símbolo y encarnacion de todos los respetos; era el preso mas comedido, mas respetuoso, mas amigo del principio de autoridad de todo el presidio. Cuando los pensionistas de Cúta se alborotaban, y los jefes corrian personales riesgos, ya se sabia: P. M. S., el mas adicto, el mas valiente, el mas subordinado de todos los cabos de vara, estaba allí á nuestro lado para reducir á la obediencia á los revoltosos, merced á los argumentos incontestables del palo, que son y serán los únicos eficaces, mientras el pre-

sidio esté, como está, suelto. ¿Trataba, por este medio, P. M. S., de pagar su deuda de sumision, despues de haberse sublevado contra el rey de su existencia en motin sangriento y repugnante? Resuélvalo el lector á medida que vaya conociendo detalles.

Todos los cabos, todos los funcionarios, todos los dependientes presos, quien mas, quien menos, veian con gusto que uno ó varios de sus compañeros de cadena, burlasen la vigilancia y buscaran en la fuga el lenitivo de la impunidad para sus crímenes. Así, pues, cuando ocurría una evasion, habia que esperar muy poco de los sabuesos que en busca del fugado salian por todas partes, moviendo mas ruido del que seria necesario para no dudar de la sinceridad de aquellos escarceos. P. M. S., por el contrario, ponía todos sus conatos en atrapar al evadido; visitaba las viviendas de las asquerosas sacerdotisas de Vénus, que en Céuta ofrecen sus hechizos y su complicidad á los confinados; exploraba todas las guaridas de la parte mas abrupta del monte Hacho; recorria palmo á palmo los senderos mas apartados que conducen al campo moro; interrogaba, expiaba y sorprendia á los armadores de embarcaciones, sospechosos de haber puesto en salvo al fugado atravesando el Estrecho ó abordando las solitarias playas marroquíes; y no descansaba, no se sonreía, no se disipaban las arrugas de su

entrecejo, hasta que reintegraba al presidio de su pérdida, hasta que devolvía el fugitivo á su calabozo, hasta que borraba todo vestigio de la probable responsabilidad de los jefes. Parecía que P. M. S., llevaba á mal que un delincuente cualquiera rompiera sus cadenas; mostrábase envidioso de que unos pulmones de forzado respirasen el aire libre; y puesto que él era preso y sobre la pesadumbre de su grillete estaba condenado á soportar la pesadumbre inmensa del remordimiento, *parecía* decir á sus hermanos en el crimen:—Huir es de cobardes, el valor del delito es un valor como otro cualquiera, que exige varonil esfuerzo, y acerado temple de alma. ¿Huísteis á la tentación, á la demencia ó á los malos instintos, en aquella ocasion horrible en que la sangre corrió derramada por vosotros, ó en que robasteis la hacienda ó el honor ajenos? Pues es preciso que soportéis con decoro la sentencia que os ata con dulces lazos á la expiacion; dulces, sí, por qué el único medio de pagar deuda tan enorme es este de sufrir aquí el garrotazo del cabo de vara, el desprecio de la sociedad, el moho de que el presidio vá cubriendo la conciencia para desfigurarla y encallecerla, ya que no la puede lavar. ¡Oh! si yo pudiera huir! ¡si yo pudiera dejarme en estas pestilentes cuadras con mi equipaje de presidiario, lo que tengo dentro de mí! ¡si yo liquidara mis cuentas con Dios, estafando

¿á los hombres algunos años de cadena....?
Y digo que P. M. S. *parecia* decir eso ó algo semejante, porque es muy probable que nada dijera, y que fuese azote del compañero de cárcel, por un fenómeno que se observa en muchos casos; por ese fenómeno que hace exclamar ¡atrás paisano! al mas liberalote detractor del militarismo, apenas se vista de miliciano nacional; y que hace tambien que el preso se complazca en pegar sobre otros presos. Todo el mundo está conforme en odiar los fueros é infuldas de los militares, y todo el mundo está desando descargar un culatazo sobre su mejor amigo; todos los presos odian las severidades de la disciplina, pero todos los presos se prevelican por apalear á los compañeros, funcionando de brazo oficial y autoritario. Rasgos curiosísimos de las costumbres españolas, en que se reflejan, más que en otras costumbres, las debilidades humanas.

Así era P. M. S. en el presidio; veamos cual había sido su delito.

P. M. S. labrador de oficio, cultivaba el campo en union de su padre, y juntos mantenian la pobre y honrada familia, arrancando el terruño, en duro y constante trabajo, el pan de cada dia.

Como todos los payeses catalanes y valencianos, P. M. S. era sóbrio, religioso y formal. Ni perdía una misa en dia de precepto, ni se hubiera atrevido á fumar delan-

te de su padre; ni en sus antecedentes aparecía la menor sospecha de embriaguez ú otros hábitos viciosos.

P. M. S. amaba á una jóven de su mismo pueblo, enemistada de antiguo con la familia de su novio, por esos mortales ódios de aldea que se transmiten de generacion en generacion, y que con frecuencia dan lugar á salvajes colisiones.

En más de una ocasion P. M. S. habia pedido à su padre licencia para contraer matrimonio con la elegida por su corazon, y el padre negóse siempre, severa y rudamente, à consentir en semejante union, que habria de atarle con lazos de parentesco, á los que eran sus enemigos por antipatía transmitida en herencia.

Una tarde, al caer el sol, P. M. S. y su padre, volvian de la viña que juntos habian estado cavando; P. M. S. á pié, silencioso y con el azadon al hombro; su padre caballero en una burra, y ambos seguidos de un perro. Al llegar á una hondonada que hacia el camino entre dos laderas, P. M. S. se adelantó algunos pasos, paró la cabalgadura de su padre y le dijo:—Padre ¿no me quiere su merced dar permiso para que me case?—Con esa mala mujer, no te has de casar nunca, P.—fué la respuesta del tenaz anciano, siempre aferrado á sus tradicionales antipatías. P, entonces, loco ó cuerdo, sereno ó indignado, ciego ó viendo distintamente todo lo sacrílego de su accion, des-

cargó un azadonazo sobre la cabeza de su padre, y despues otro y otro, hasta que lo derribó sin vida. Acometióle el fiel animal que era el amigo de ambos, y el perro fué muerto tambien; y ya en el paroxismo de la demencia, hostigado por ese olor atractivo de la sangre, que redobla el furor y turba las funciones del cerébro, mató tambien á la burra, como si quisiera hacer objeto de su venganza de *piel roja* á todos los seres testigos de la negativa del pobre y mutilado viejo; ó tal vez para borrar hasta la última huella de su crimen, porque inmediatamente salióse del camino, cavó en la heredad vecina ancha y profunda fosa, arrastró á ella el cadáver de su padre, el cadáver de la burra y el del perro, y á todos tres cuerpos dió juntos sepultura.

Poco despues, P. M. S. entraba cansado, pero tranquilo, en su hogar, como si sus manos estuviesen aun puras del mas horrible crimen, como si el sudor que brotaba de su frente lo hubiese provocado la honrosa labor de que dependia toda aquella familia de huérfanos.

P. M. S. negó haber visto á su padre aquella tarde; salió él mismo, como preocupado por la tardanza, en busca del pobre viejo, que yacia entretanto confundido en su fosa con los despojos de los dos animales, mas fieles y mas dignos de tener alma, que su hijo; y tan bien representó su papel, bordándolo de inquietudes y lá-

grimas, que parecía asegurada su impunidad. Pero como el hombre propone, y la guardia civil dispone, descubrióse la indigna sepultura del muerto; fué exhumado; se reconstituyeron los hechos, y P. M. S. entró en la cárcel acusado de parricidio. No habia pruebas, y la justicia humana, temerosa de aplicar una pena irreparable, por indicios y conjeturas, condenó á P. M. S. á cadena perpétua.

Toda esta tragedia horripilante, podia adivinarse y deducirse de los resultandos y considerandos de la sentencia, y de la petición fiscal; pero á través de los ojos negros, tranquilos, expresivos, sonrientes, benévolos, bajo la piel fresca, sonrosada, saludable, de P. M. S, no se adivinaba el crimen, ni se veia la posibilidad de la tragedia, realizada, sin embargo, al caer el sol de una hermosa tarde, cuando las campanas llaman al rezo, cuando Dios enciende esos misteriosos y léjanos astros que semejan las pupilas de una legion de ángeles, cuando la luna, eterna enamorada del luminar del dia, parece que esparce en los espacios infinitos cierta poesía del bien, al contacto de su plácido y casto beso.

Si la crueldad asombra, no asombra ni horripila menos el disimulo de aquel parricida. Se explica el asesinato—y digo que se explica, por que estoy en presencia de un hecho—por el predominio de la cólera sobre el deber y los afectos; pero despues.

de haber cometido el crimen ¿cómo no sintió aquel malvado la necesidad del suicidio? ¿Cómo no entregó su cuello al verdugo, por un acto espontáneo de su conciencia, ya que los únicos sufragios que podía dignamente aplicar à su padre, eran los sufragios de la capilla; y como no subió al patíbulo gozoso por qué el tornillo infamante saldára tremendas cuentas de ultratumba con aquel padre que podia pedirse-las de su existencia y de la del parricida? Inesplicable parece el caso, y aun lo parecería mas al lector, si hubiese visto, como yo, á P. M. S. cuidar asídua, cariñosa, casi paternalmente, de un niño de pocos meses, hijo de un capatáz del presidio, de quien el parricida era ordenanza. ¡Qué profundo y terrible contraste! El que asesinó á su padre, el que apisonó la tierra de aquella tumba, sin llorar, sin conmovirse, atento solo á asegurarse la impunidad; el no tuvo compasion del paciente jumento, ni del perro leal, mostraba la ternura, el celo, el amoroso afan que se necesitan para llevar en brazos una débil criatura, besarla, cuidar de ella, gozar en sus sonrisas, y poner, en fin, todos los conatos de maternal solicitud, en satisfacer todos los caprichos infantiles.

Profunda y cruel revolucion debió operarse en las sombras densísimas de aque-

lla conciencia, porque cuando yo conocí á P. M. S. tenia ya remordimientos. ¿Cómo se manifestaban? De dos maneras, y en dos únicas ocasiones. P. M. S. no toleraba á nadie, ni á jefes, ni á amigos, ni á confinados, que le hablasen de su delito. Cuando una pregunta indiscreta evocaba aquellos recuerdos, sobre los que el miserable no habia podido echar la tierra que echó sobre la zanja de su padre, tornabase de sereno en torvo y amenazador. Sus labios se contraian; por su frente pasaba una nube negra; sus ojos se cerraban con fuerza, y sus manos buscaban el cuchillo. Si el niño de pocos meses que P. M. S. paseaba en brazos por las calles de Céuta, le hubiera podido decir al oído, con su vocesita de ángel, ¡parricida! P. le hubiera estrangulado y mordido la lengua despues de muerto. Además, ¡el mísero no dormía! estaba privado de ese reparador descanso, que da nuevos bríos al espíritu para el combate de la vida; el bálsamo consolador del olvido, era ineficaz para aquel pensamiento, siempre en accion, siempre despierto. En la fatigosa realidad punzante de los recuerdos, no podia haber ese paréntesis que se llama sueño; habia dentro de él, un vigilante insobornable, que cada segundo le daba un grito, tan siniestro, tan profundo, tan cavernoso, tan ahogado, que solo él lo oia. ¿Cómo no vino la locura tras aque-

lla perturbacion fisiológica? ¿Eran los sueños de P. M. S. mas terribles que el insomnio? ¿Dormido, veia y oía mas cosas provinientes de su crimen, que despierto? Nunca he sentido tanto no ser medico, como cuando tuve delante aquel extraño caso que no acierto á calificar apropiada ó científicamente. P. M. S. comía, digería, y se nutria bien. Las funciones mentales no podían ser mas perfectas, y en cuanto lo permitia su educacion descuidada, discernía juiciosamente; y sin embargo, era rebelde al sueño, con una rebeldía constante, que solo se observa con intermitencias en los dementes furiosos é incurables. ¿Qué pasaba en aquel perturbado espíritu? ¿Qué horribles tempestades se desarrollaban bajo aquel cráneo.? ¿Acaso la suprema eterna justicia, habíale condenado á vivir doble que los demás hombres, para que fuese mayor, por doble, su tormento, ó para que esta duplicidad de la vida, abreviara el plazo de su existencia?

Arbitraria parecerá la hipótesis, pero el hecho es absolutamente verídico, y yo, que dudé de su verosimilitud, hube de rendirme á la evidencia, despues de haber expiado á distintas horas y con las mas exquisitas precauciones á P. M. S.; nunca le pude ver profunda ni ligeramente dormido; siempre estaban abiertos sus ojos, jamás dejó de haber relacion entre el mundo exterior y su alma, condenada á ver y oir, de dia

y de noche, sin solución de continuidad, como un judío errante del remordimiento, que se sintiera sin cesar aguijoneado por el eterno ¡anda! ¡anda!; y sin embargo, ni se rendía á la fatiga, ni su vigor físico mermaba, ni de su rostro desaparecían la sonrisa, la tranquilidad, la hombría de bien que sus facciones conservaban como estereotipadas.

Dije al principio que no trataba de deducir conclusiones, ni de inventar teorías; he referido hechos, dejando á cargo del lector resolver los profundos, los aterradores problemas, que surgen de cada párrafo de este capítulo.

El lector profano, habrá conocido por mi mediación algo de la podredumbre organizada, viva, sensible, que hay bajo los harapos del presidio; el médico y el filósofo, si por acaso tengo la fortuna de que este libro vaya á manos de algunos de ellos, podrán despejar la fatídica incógnita que se oculta bajo las tres letras, tantas veces escritas, y de las que he querido hacer el capuchon celular que debería cubrir á P. M. S., si este país no se llamara España.

Yo, solo aprendí en mis largas observaciones ante aquel caso insólito de la ley de contradicción que rige al humano espíritu, que se puede asesinar al que nos engendró, y cuidar como una nodriza á un chiquillo ajeno; que se puede matar á el

que debemos el sér, sin que se pierda el apetito.

Ahora bien; para explicar todos estos hechos, seria preciso conceder la palabra á los cocodrilos.



XX.

Mas parricidas.—A secreto agravio.... venganza de obra prima.—El zapatero y... el Ayudante, drama en varios tragos.—Receta contra la borrachera.

El código penal llama parricida, no solamente al que mata á su padre ó madre, si que tambien al que mata á su conyugue ó conjunta persona; y aunque estos últimos abundan en el presidio, hasta el punto de poder citar aquí varias docenas, parricida auténtico no habia mas que P. M. S. á quien acabo de dedicar estenso capítulo.

Dicho sea en honor de los que llevan un estigma que á primera vista se confunde con el horrible nombre del criminal que ha

puesto mano sobre la sagrada persona de su padre, los presos por asesinato de sus mujeres, que yo conocí en Céuta, casi todos habian procedido á impulsos de la falsa idea del honor que exige el sacrificio de la adúltera, y casi todos tambien fueron condenados á cadena perpétua porque en la ejecucion del delito, léjos de obrar con arrebató y obcecacion pusieron algo de crueldad que agravó la venganza del honor ultrajado, hasta convertirla en asesinato con circunstancias calificativas.

Los reos de este género de parricidios pertenecían por lo general á la clase de menestrales, siendo muy pocos los campesinos, como si la relativamente mayor ilustracion de las familias obreras fuese causa de mayor corrupcion de costumbres, ó tal vez motivo de que esa falsa idea del honor á que me he referido, esté mas arraigada en las ciudades que en los campos.

Dos tipos curiosos pude estudiar en estos delincuentes. Uno de ellos, era gallego, y cuando yo le conocí, anciano que andaba muy cerca de los setenta inviernos. Alto, huesudo, tétrico, apenas despegaba los labios, conservando en su mirada una frialdad y una firmeza verdaderamente notables. —Este vengador de su honra, noticioso de que el adulterio habia manchado su pobre tálamo, no se entregó á manifestaciones ruidosas de una venganza de gran espectáculo. —Calló y toleró que se consumàse repe-

tidas veces la ofensa, y comenzó á envenenar con arsénico á su mujer, gozando en su agonía como un Otello con algo de Borgia, hasta que la vió morir en medio de padecimientos horribles.—Luego, confesó su crimen y se entregó á la justicia, tal vez buscando el patíbulo, porque en el fondo quizás la amaba.—Esta tragedia, no menos imponente que las tragedias clásicas, donde la fatalidad amontona los crímenes, duró toda la existencia del parricida, pues cuando le conocí, cuarenta años despues que los celos le abrieron las puertas del presidio, todavía era un hombre dominado por la obsesion que puso en sus manos el veneno; y así se revelaba en su ceño fruncido, en el rayo impasible de sus ojos, y en algo terrible que habia en su semblante demudado por los estragos del tiempo.

El otro parricida, medio francés y medio español, pues habia nacido en un pueblecillo de Navarra sobre la frontera de Francia, parecia muy satisfecho de su obra, y contentísimo de haber cambiado su condicion de marido en ridículo, por la de presidiario á perpetuidad, pero viudo.—Zapatero de oficio, y muy hábil por cierto, trabajaba el buen vasco en su aldea, cuando la montañesa á quien se unió ante el altar, rindióse á las seducciones de un D. Juan con boina, zapatero tambien en el taller de su marido.—Súpolo el maestro, y tras largo ace-

cho los sorprendió infraganti; dejó ir al seductor, atento solo á tomar venganza de su mujer, y la dividió en menudos pedazos á puñaladas, ocultando despues el cadáver en una tenaja de agua, y huyendo del pueblo hasta que la justicia le aprehendió, juzgó y condenó á cadena perpétua.—Dos cosas raras observé en este vengativo discípulo de San Crispin; no era carlista, apesar de serlo á macha martillo toda la masa popular de su país; y la idea de los celos propiamente dicha, la que produce inmensa amargura y raptos de dolorosísima desesperacion, no habia entrado para nada en su crimen.—Procedió por miedo al ridículo, por demostrar á sus convecinos que no era cómplice en el adulterio de su mujer, y luego que hubo probado esto y lavado sangrienta y toscamente su honra, se quedó tan fresco, sin que la muerte se llevase al otro mundo ni una pizca de su amor, ni un átomo de su despecho, ni la menor idea de rencorosa venganza.—Tenia necesidad de no ser ante sus viriles compatriotas lo que expresa el vocablo que diera á Quevedo tanto juego en sus libres sátiras, y luego que hubo conjurado tal contingencia, recobró la normalidad de sus pasiones, y ni triste ni arrepentido, ni preocupado se le vió nunca.

Al llegar aquí, se me ocurre una digresion.—Todos los maridos engañados, prefieren ejercitar la venganza en la mujer culpable, y rara vez buscan solamente al se-

ductor, y casi nunca miden por el mismo rasero juntamente á la seducida y á su cómplice.—Admitiendo como justa la equivocada y estúpida idea del honor, que es causa determinante casi exclusiva de los asesinatos de mujeres adúlteras, tengo por insigne cobardía guardar toda la explosion de la crueldad y de la cólera para el ser mas débil, dejando impune al que es mas dueño de sus acciones, al que posee mayor libertad en el discernir y en el querer, y al que casi siempre es causa y único responsable de que el crimen de adulterio se consume.

—Y tan divulgado está el procedimiento, y tales sanciones goza, que en el teatro y en la novela, siempre paga los vidrios rotos la pobre hembra, acaso histérica, acaso impelida al acto adulterino por coacciones diversas, mientras el amante se larga con buen viento, y el marido vá al presidio ó al patíbulo.—El mismo Sellés, autor que mas recientemente ha llevado á la escena el drama del amor criminoso, no ha desatado ni cortado el *nudo gordiano*, porque su héroe no viene á ser mas que un Juan Lanás enfurecido. ¿Contra quién? Contra el mas débil y el mas incapáz de defenderse, de los que colaboraron en su ofensa; contra el que llorará arrepentido y medroso, no contra el que apoyará con un rewólver su desman.

—En esto, creo yo que no caben terminos medios; ó se mata al culpable y se desprecia á la adúltera, ó se encarga á la justi-

cia, única que lava honras, la solucion del conflicto, la vindicacion de la ofensa, en nombre de la moral, y de la colectividad social que habla por boca del juez.—Por eso *Yorik*, la insigne creacion de un poeta que comprende al hombre caballeresco y varonil, mata al seductor y ni siquiera se le ocurre en sus seniles celos, golpear á la adúltera; por eso *Otello*, con ser de un génio que puede compartir la inmortalidad con Sófocles y Eurípides, es inferior á *Un drama nuevo*; y como yo soy apasionadísimo de esta produccion española, el drama mas humano, mas real, y á la vez mas espíritual que se ha escrito, cojo por los cabellos la ocasion, para venir desde el caso de un zapatero parricida á una digresion de crítica literaria que no podia contener dentro del cuerpo.

Volviendo à mi parricida navarro, he de referir una anécdota, que acaso contenga un consejo útil, para los que hacen sacrificios en los altares de Baco.

Por su habilidad y hombría de bien, el zapatero pirenaico tenia libres las puertas de su prision, sin que jamás diese motivo para que se le privase de sus franquicias y libertades, que él aprovechaba para ir á tomar medidas, entregar la obra, comprar materiales, etc., etc.

Una tarde de Noviembre, apacible como todas las de invierno africano, paseaba yo por la calle Real de Céuta, haciendo hora

para concurrir al bautizo del hijo de un capatáz, de quien yo debia ser padrino en el acto de su solemne entrada en el gremio de la Iglesia, cuando vi venir en direccion opuesta al buen artista pedestre, que era como ya hé dicho, un preso inmejorable por su subordinacion, excelente conducta, indó-le pacífica, sobriedad y otras prendas apreci-ables por lo raras.

Pero como el hombre es frágil, la carne flaca, y la voluntad maleable, aquella tarde habia abusado del vino el navarro, ó el ta-bernero habia abusado del alcohol, ó ambas cosas, y mi subordinado venia cayéndose, y escribiendo con los piés las mas gallardas *eses*.

Mas por quitarlo del peligro à que su es-tado le esponía, que por lujo de severidad, le detuve, y entregándole à un cabo que acertó à pasar, dí orden de que le conduje-ran al Cuartel de Talleres, con encargo espe-cial de que lo tuvieran en el patio al aire li-bre, aunque se encerrara la brigada, para que el fresco de la noche le robase el exceso de calórico, que tenia almacenado en el éstó-mago.

Llegó la hora del bateo; asístí compungi-do à la iniciacion del diminuto catecúme-no; oí con sobresalto las sonatas del órga-no; díje á la madrina unas cuantas cosas sobre el parentesco espiritual que acababa-mos de contraer, y que aproximandonos nos alejaba, y despues de satisfacer á los mu-

chachos pedigueños que reclamaban los clásicos *caños* con voces estruendosas, subí á las habitaciones de Talleres, donde se celebraba el suceso con el refresco de rúbrica, sin ver al zapatero navarro, que por allí debía de andar al relente, y sin acordarme siquiera de la higiénica correccion que le impuse.

Circuló profusamente todo el linaje de li-cores con que se remoja un suceso de tanta trascendencia como la liberacion de la culpa originaria en un párvulo, y á fuerza de trincar, y de echar brindis á la salud de los padres, del bautizado y de sus hijos hasta la cuarta generacion, de la madrina, del padrino de los testigos y circunstantes, comencé á sentirme zapatero y navarro; quiero decir, que la fragilidad humana nó respetó mi carácter oficial, ni mis 8.000 reales de sueldo, y me emborraché en prosa vil, con náuseas, malestar de cabeza, y otros alifajes propios de ese que llaman *estado natural del hombre*, pero sin perder por ello la nocion de mi dignidad, que me impedía mostrarme del propio barro ó del propio pellejo, mejor dicho, que el resto de los mortales con menos sueldo que yó, y salí discretamente en busca de lenitivo á mis bascas y sudores.

Como pude, bajé las solitarias escaleras; y al desembocar en el patío, y recibir en el rostro la agradable caricia del fresco aire del mar, vi una cosa horrible.—A pocos pasos de mí, derecho, á plomo, sin la menor osci-

lacion, completamente fresco, y con su gorro en la mano, estaba el zapatero navarro, en actitud humilde, sí, pero acusadora y preñada de mudas reconvenciones.—La disciplina apareció de súbito ante mis ojos como si yo la hubiese estuprado con vulgar intemperancia; vi subvertido todo el orden de las gerarquías; pisoteado el prestigio de la levita y de la credencial; rota en menudos fragmentos la noción de mi superioridad como hombre y como empleado público, y corrompida la decencia del jefe ante el subordinado.—¡Ser suceptible de un alcoholismo, primo hermano del de un zapatero navarro y parricida! ¿Hay cosa mas cómicamente trágica, si se me permite la paradója? ¡Estar hecho de la misma grosera materia que un forzado à perpetuidad! ¿Hay algo mas tiránico en la democracia de las flaquezas humanas? ¡Meter con deletacion el hocico en el vaso lleno de la misma pócima, que trastornara al presidiario! ¿Se comprende mas grosera debilidad?—Noé pudo aparecer ébrio antes sus hijos, pero yo no habia engendrado al navarro; y llamando à toda mi embotada voluntad, por un milagro en que el decoro hizo las veces de amoníaco líquido, me senti firme, despejado, tranquilo, y derecho como un soldado inglés (en ayunas se entiende) me fuí al navarro, y le espeté este embuste:—¡A buscar á V. he bajado precisamente!—No quiero que mientras hay alegría en este casa, esté

usted castigado; suba V. al dormitorio, y acuéstese V.; pero ¡cuidado con probar el vino en una semana...!

Iba à añadir una plàtica moral sobre el vicio de la embriaguéz en sus relaciones con la zapateria y la delincuencia; pero se me fué mi único oyente antes de que reanudara el hilo del discurso, y yo le seguí en busca del ponche que comenzaba à llamear cuando bajé á abrir todas mis válvulas al aire libre.

XXI.

La Noche-Buena en el presidio.

Se han escrito diversos artículos de literatura subjetiva sobre este mismo tema. Pedro Antonio de Alarcon, regocijo y honra de las letras contemporáneas, entre otros autores, ha descrito en magistral prosa los encantos y tristezas de esa magna noche en que se rie y se llora con mayor intensidad, como si lo solemne del momento contribuyera, cual poderosa lente, à agrandar las penas y à amplificar las alegrías.

Plumas doctas ó inspiradas, han dicho ya lo que es la Noche-buena en la mar, en la guerra, en el destierro y en el hogar. Si

yo acertara á decir lo que es la Noche-buena en el presidio, no me sentiria rebajado ante el fuste de otros cronistas de la mas sencilla y, al propio tiempo, las mas conceptuosa de las efemérides cristianas.

Han transcurrido trece años desde que se consumaron los hechos y ante mis ojos se desarrollaron las escenas que voy á referir, y aun lo recuerdo todo con esa tenacidad de que se vale el horror para grabar en la memoria sus mas pavorosas obras.

Y hablando de la memoria, las exigencias de mi estilo, mi naturaleza de pensador sincero (pase la soberbia de que se llame pensador un hombre, por que se acuerda de algunas cosas,) y la ingenuidad de que procuro no prescindir, cuando al público me dirijo, imponen aquí forzosa digresion, que contribuirá á dar mayor volúmen al libro, y á mí pretesto para aumentar en tercio y quinto su precio al fin de la jornada: cosa, despues de todo, licita por admitida, desde que el contribuyente se ha acostumbrado á considerar endémico todo impuesto transitorio, en esta tierra de lo provisional eterno.

Mientras, en mis excursiones por la complicada fábrica humana, no llego á la cabeza, todo me lo explicó satisfactoriamente. Las piernas se mueven merced á una admirable máquina, perfeccionada hasta los últimos límites. Mecánica pura es tambien el artificio de los brazos y manos, balancines

naturales, medios de comunicacion física y armas ofensivas y defensivas, todo en una pieza. El corazon, tabernáculo de las pasiones mas puras, es un propulsor movido por su propia cualidad impulsiva y expansiva; en él no encuentra el fisiólogo mas que una especie de alcubilla de la sangre: el amor y el heroismo, hay que buscarlos en otra parte. Los miembros todos, del cuerpo humano, viven á beneficio de incesante y misterioso riego, pero riego al fin, que entra por la boca en forma de cotidiano alimento, y sale del estómago convertido en torrente fertilizador. No es, pues, extraño, que toda funcion humana de cabeza para bajo, como material, mecànica y explicable, parezca la obra de uno de esos grandes relojeros, suficientemente hábiles para poner en movimiento y someter á medida de tiempo la esfera celeste, el apostolado, las fases de la luna y otras curiosidades, que aun admiran los nacidos en góticas catedrales; pero en llegando á la cabeza, al preguntarnos, ¿por qué me acuerdo? perdemos el punteado, ó lo pierdo yo al menos, que soy filósofo á ratos y mientras no tropiezo con dificultad seria de esas que hacen las veces de pared maestra, donde nos lleva á dar de bruces la ignorancia.

Efectivamente; por qué me acuerdo de todo lo que ví la Noche-buena de 1873? ¿Por qué no se han borrado los contornos de aquellos hombres? ¿Por qué veo la luz agonizante de un mal candil, que prestaba

sinistras sombras á la cabeza y el rostro de un confinado herido, á quien curaban de primera intencion sobre una mala cama, cuya parda manta aun parece que se vá á deshilar de puro vieja? ¿Por qué me persigue aun la imágen de aquel otro preso, rígido, sobre una tarima á pocos centímetros del suelo, y por qué me doy cuenta 4.745 noches despues de haberla visto, de la dura y prolongada batiente que producía su huesuda y gran nariz sobre la pared, al ser iluminada oblícuamente por una luz que habia á la cabecera del pobre muerto? ¿Quién ha ordenado en múltiples é impalpables casilleros, por llamarlos así, para materializar mas el concepto, esas fotografías indelebles que se llaman recuerdos? ¿Qué voluntad preside al acto de sacar uno de los casilleros, y por qué sale aquel y no otro? No lo sé, y probablemente me moriré sin averiguarlo, porque voy sospechando que son falsos todos los sistemas psicológicos inventados para llegar al conocimiento de la naturaleza y cualidades del alma humana, que es, ó una gran resultante de fuerzas materiales, ó un milagro latente. Y aquí concluyo, porque ambos términos de la disyuntiva me parecen tan mentecatos, como yo, su autor, ó su traductor, mejor dicho, ya que es cosa averiguada que no puede ocurrirse al hombre necedad que otro no haya sostenido, con anticipacion que hace de todos los disparates un eterno plagio.

Resumiendo; no sé como, ni por qué; pero me acuerdo de todas y cada una de las cosas que ví, hice y comprendí hace trece años. Acaso recogí entonces datos en conjunto, procediendo como los pintores impresionistas, y mi memoria ha ido despues perfilando detalles, arrojando luz y estendiendo sombras para dar mas realce al cuadro; pero aún apoderándome de esta hipótesis, no consigo rebajar uno sólo de los muchos grados, que de maravillosa tiene la labor mental que se llama acordarse.

La noche habia venido del Estrecho, densa y húmeda, como deben er las noches de un presidio. Amenazaba la lluvia y un aire cargado del acre vapor marino, batía á intervalos las calles de Céuta. Tras las vidrieras de los balcones, alguna luz parecia decir: ¡aquí hay una familia que tiene que cenar! Los escasos transeuntes aceleraban el paso; diríase que todo el mundo sentia la nostalgia del hogar.

Otro detalle; como la lluvia era inminente, antes de salir de la fonda me calzé unas botas para agua, que poco antes me construyera un preso, gran maestro de obra prima, cuyas delicadas manos para echar respuntos y dar elegantes curvaturas al calzado, fueron bastante hercúleas para haber arrojado por un balcon á su mujer sorprendida en flagrante adulterio; acto que valió al discípulo de San Crispin una cadena perpétua, que cortó mas tarde bien-

hechor indulto. Y cito este detalle de las botas, para que se vea cuan cierto es el refran que dice: el hombre propone y Dios dispone. Yo me previne contra la lluvia, y el flamante becerro preservó mis piés de una inundacion de sangre. Pero no anticipemos los sucesos, como dicen folletinistas menos seguros de su público, que yo lo estoy del mio.

De vez en cuando, salian á la calle alegres sonos de música pastoril, que suena lo mismo en Africa que en Europa, siempre que la interpreten *artistas* cristianos. El villancico es cosmopolita, como el credo de la religion de que forma parte, en apéndice mitad profano, mitad litúrgico.

Cuando uno està triste, la alegria ajena parece mas ruidosa. Parecíame á mi, por lo tanto, que Céuta dilapidaba sus carcajadas aquella noche, pero en realidad estaba exteriormente tan taciturna, como en otra ocasion cualquiera. Sus reverberos alumbraban lo mismo; su aspecto de aldea con pujos de ciudad, no habia variado.

Atravesé la calle Real, extensa hasta parecer inacabable, y dejando atrás, aquí un ensordecedor coro de sonajas, allí un melancólico puntear de guítarra, mas allá las guturales y casi extintas notas de la zambomba, llegué al Cuartel principal del presidio, á aquel edificio ya descrito, cuyo ruinoso y menguado aspecto hacíanle por entonces tan propio para almacen de miserias; así co-

mo no parece adecuado para ocultar la mal-
dad del alma, un rostro bello y juvenil.

Yo iba al Cuartel principal, por terceras
partes conducido, por mi deber, por abur-
rimiento, y por curiosidad. El deber lle-
vábame de mala gana; el aburrimiento me
expoleaba á medias; la curiosidad me hacia
andar de prisa.

Todas las noches entraba yo en el pre-
sidio, pero aquella apodada *buena*, parecíame
la de mi debut; tal fué la impresion desa-
gradable que me produjera el sólo ingreso
en el portal, donde ya la fetidez nauseabunda
propia y característica de las prisiones, se
me hizo insoportable, y eso que mi mem-
brana pituitaria conocía la de antemano ínti-
mamente.

Quien no ha olido los gases que se es-
capan de esa gran retorta que se llama
una cárcel, puede decir que conserva la
virginidad de su nariz. Es que el cieno so-
cial apesta mas que el cieno de los panta-
nos; es que la pestilencia cadavérica resulta
mas venenosa, *cuando el muerto está en
pie'* y anda de acá para allá, arrastrando una
cadena.

Si el Dante, el génio de lo terrible, hu-
biera poseido el secreto de lo que pode-
mos llamar perfumería penal, su infierno
tendria aun mas horror, y sus condenados
serian mas dignos de lástima.

El aire viciado de las cárceles y presidios
recoje las emanaciones amoniacales de los

escrementos; el vaho que se desprende de ochocientos ó mil hombres, cuyos cuerpos desaseados no han llamado todavía la atencion de la higiene oficial; la humedad; el carbono de las luces y el carbono de la respiracion; el humo del tabaco infamemente adulterado; las secreciones volatilizadas de las enfermedades mas asquerosas, y sobre todo esto, los residuos de los alimentos envian su contingente de eso que se llama *cochambre* en andalucismo gráfico é insustituible. Un baño de aire presidial produce el mismo efecto en la economía que una exagerada dosis de tártaro emético. Vivir en aquel ambiente cálido, espeso, que participa del olor del andrajo súcio, del de la pústula supurante, y del resuello de la cloaca, y vivir sin vomitar, es el milagro de aclimatacion que mas puede sorprendernos.

Los lóbregos pasillos del presidio, no estaban tan solitarios como de costumbre. Las cuadras permanecian abiertas; habia más luz que otras noches, luz que al resbalar sobre el viscoso pavimento teñia de ese amarillo mortuorio, las súcias paredes y los siniestros transeuntes.

Cantares de todas las provincias de España, dibujaban, si así puede decirse, el mapa lírico de nuestras provincias, en aquella semi-oscuridad medrosa y siniestra. No se veia á los cantores, pero allí habia aragoneses y andaluces, vascos y valencianos, astúres y cubanos, montañeses rudos, é in-

dolentes moradores de las murcianas vegas. Las coplas que á duras penas eran inteligibles, por lo ronco y apagado de las voces y por las malas condiciones trasmisoras del sonido de aquel aire casi sólido, semejaban en remotas lejanías el desfile de todos los pueblos de España, con todos sus sentimientos y pasiones. Se invocaba el recuerdo de la mujer amada, se llamaba al padre y á la madre, se daba expansion á la cólera, y se apelaba á una religion convencional, más poética que ortodoxa; y en este punto se me ocurre que no es impertinente consignar el hecho constantemente observado por mí, de que el preso hace centro de sus creencias religiosas á la madre del Crucificado, ora cantando sus angustias, ora enalteciendo sus bondades. Es indudable que entre todo el que sufre y María la Nazarena, existe una misteriosa corriente de simpatías que se manifiesta en prácticas devotas, en cantos, y hasta por medio de supersticiones y blasfemias. La virgen del Pilar, la de los Desamparados, la de las Angustias, la de Consolacion de Utrera, la de la Gracia de Carmona, y la del Carmelo, tuvieron aquella noche acentos desgarradores que las invocaron. ¡Tremendo contraste! El feroz asesino, el ladron desalmado, es decir, la fuerza brutal en sus mas sangrientas manifestaciones, amparándose de lo más débil, de lo más ideal, de lo más delicado; de María, cuyas lágrimas no

se enjugan, cuyo pecho traspasado no cesa de sollozar. ¿Por qué la gente ruda y curada de espantos, de nuestro pueblo, no elije por patron al arcángel valeroso que pisotea y amenaza al génio del mal, ó á San Jorge que dió muerte al dragon con el esfuerzo de su brazo, y prefiere acudir en sus trances y empeños á una madre transida de dolor, y debilitada por los sufrimientos? No lo sé; la ley del contraste no me ha revelado aun su secreto. Solo tengo por cosa averiguada que el fuerte busca al débil, como los hombres chicos buscan mujeres grandes, y los grandes las buscan chicas, del mal, el menos, que dirán ellos.

Hasta aquel momento, la Noche-buena del presidio no tenia nada de particular ni de característica. Los penados iban y venian tranquilos, mordiendo los cigarros puros con que les habiamos obsequiado. Vino, circulaba muy poco, y con el agua suficiente para que el Valdepeñas perdiera por completo sus propiedades alcohólicas. En las cuartos se guisaban gatos, conejos ó cabritos, que en esto habria dudas insuperables para emitir una opinion afirmativa. Se oian risas contenidas. El hierro sonaba haciendo coro á las carcajadas faltas de expansión y de alegría.

La corneta, que es el relój del presidio, anunció que eran dadas las nueve de la noche. Sonaron los rastrillos; una ronda de capataces y cabos comenzó á cerrar las puer-

tas de las cuadras. Oscureciéronse los pasillos, y à medida que avanzaba la sombra en la extensa galería, quedàbase esta solitaria y en silencio, como debe quedar el nicho cuando el sepulturero cierra el último resquicio con el último ladrillo, é interpone discreto biombo entre el muerto y los vivos.

Solo yo en el exterior de la crugía, asistí à la clausura de aquellas populosas sepulturas, pensando por intuicion, que acaso no volverian à abrirse para algunos de los míseros reclusos las puertas de sus calabozos. Poco despues comenzó à dejarse oir sordo abejorreo; las coplas extinguidas en el aire cuando sonó la corneta volvieron à estallar, más sordas, más lejanas, mas siniestras. Semejantes à esàs luces lívidas que brillan con escasa fuerza ante un nicho ó un exproto, salian por los ferrados postiguillos de las puertas de las cuadras algunos rayos luminosos que se rompian en la calima que llenaba el pasillo. El ruido iba en aumento. La alegre ola de las espansiones subia y subia sin cesar. Comenzaba la Noche-buena del presidio, como si hubiese esperado para manifestarse à que el aislamiento de los reclusos agrandase la distancia que los separa de la sociedad. Y puesto que comenzaba el espectàculo que allí me habia llevado, quise verlo y me asomé à uno de los postiguillos más cercanos.

El farol de ordenanza, habia sido reforzado con varias candilejas que, aportando su contingente de luz, llenaban la estensa nave de una claridad relativa. Todos los petates (camas) estaban vacíos, á derecha é izquierda de la cuadra. Grupos de confinados sentados en el terrizo suelo, comian, hablaban, y á hurtadillas, no obstante hallarse en familia, bebían para hacer boca del infernal aguardiente contenido en sendas vejigas de toro, que entran fácilmente ocultas entre las ropas y los útiles del trabajo, ó por otros ingeniosos medios que el vicio sugiere y un sistema de vigilancia detestable, hace posibles. Las fisonomías se animaban por momentos. Fuego comenzaba á haber en todas las miradas, y la alegre expansion popular se ponía un sí no es terrible, por el ódio amontonado en aquellas conciencias, lo patibulario del lugar, y lo honrado de la fiesta de las familias, que celebraban aquellos huérfanos legales; trozos de carne atrofiada que la sociedad se habia amputado, mas bien que hombres.

No quiere decir esto que todos los presos parezcan diablos, y que al asesino hayan de teñírsele de sangre las manos con periodicidad acusadora; por el contrario, los hay tan arrepentidos exteriormente (el arrepentimiento de los confinados no pasa nunca de la superficie, como probé en otro capítulo) que parecen honrados burgueses combatidos por una calamidad, mas

bien que réprobos condenados á merecida pena; ní tampoco que la Noche-buena del presidio sea una saturnal esmaltada de crímenes. En la cuadra que híce primer objeto de mis observaciones, las cosas no pasaron á mayores; se comía alegremente, se bebia con sed insaciable, y se cantaba con acento de patética desesperacion; pero el tono general era siniestro (y perdone el lector la frecuencia con que uso este adjetivo, el único, entre todos los españoles, que al colorido de las escenas del presidio conviane: si en vez de escribir pintase, usaria el asfalto como tinta predominante en mi cuadro.) Lo mismo sucedía en todas las demás cuadras; sin haber salido el crimen, la Noche-buena habia introducido algo de su honradez innata en aquel antro, como el sol halla medio de visitar alguna vez las cuevas mas profundas. Solo el fétido aliento de la cárcel permanecia inalterable: se festejaba el Nacimiento, pero no olía á tomillo; seguia oliendo á presidio.

Continué mi peregrinación de observador furtivo, á lo largo de la extensia crugía. En unas cuadras, la fiesta era simplemente lirica y gastronómica; en otra era tambien coreografica. Amplio círculo de confinados, en cuclillas los de la fila interna, de pié los de la última fila, rodeaba á un infatigable bailarín, que en el centro del corro ejecutaba un paso de esos bailes andalu-

ces que ni en el seno del presidio pierden su orientalismo. El artista pedestre, era un jóven condenado á ocho años de presidio, una bicoca comparada esa condena con las inestinguibles que tenían á costas sus admiradores. Se le jaleaba, se le excitaba con coplas, palmas y gritos, en que sobresalían todas las onomatopéyas del *argot* audaz; y el bailarín, sin duda, recordando las *juegas*, *boyas*, y giras campestres de *la tierra*, el gemir de las guitarras, los ondulantes giros de *la flamenca*, que fué, tal vez, su última pareja; tomando por sol de la campiña sevillana el mísero candil que le alumbraba, y por regalado nectar de las soleras de Jeréz ó del Puerto, el licor infame que de vez en cuando se le ofrecía, dió por un momento á su danza toda la lubricidad, toda la espresion, todo el colorido posibles, y los aplausos estallaron y las vegigas de aguardiente dieron salida á la lava que en forma líquida guardaban avarientas. Borróse poco á poco el influjo magnético del baile; se rehizo el disuelto corro, y aquellos infelices malvados diéronse á comer el guiso extraordinario de la solemne noche, con fruicion digna del mas sibarita gastrónomo. Estaban otra vez en familia; lo bíblico volvía á domínar, solo que aquella cena no seria interrumpida por el Angel, nuncio de la buena nueva.

Entretanto, la fria humedad que viene del mar en alas del viento de la madru-

gada, va invadiendo el solitario pasillo. Los faroles agonizan, como si ellos mismos no pudieran resistir al sueño; los vigilantes envueltos en sus mantas, se aburren recostados sobre la pared, como si sintieran la nostalgia de la fiesta, que se desencadena (es la palabra) mas animada que nunca tras las apollilladas y remendadas puertas de las cuadras.

Vuelvo á desandar lo andado; ya he visto la Noche-buena en el presidio, y bien puedo irme á mi casa á estudiar lo que es la Noche-buena en una fonda barata. El pavimento, cada vez mas resbaladizo, brilla á trechos, como la piel viscosa de un reptil. Es preciso caminar con cierta precaucion, y tomo el lado de la izquierda, donde, en procesion inacabable, sitúan las puertas de los dormitorios. Al pasar frente á cada ventanillo, fétido torrente de vapor, parecido al eructo de una enorme bestia, me hace volver la cabeza. De todas las rendijas brotan rayos de luz pajiza, rumor de carcajadas, interjecciones, palmoteos, palabras incoherentes acentuadas con todos los deijos peculiares de las diversas regiones de España, desde el ¡otra! ¡qué Dios! de los aragoneses, al ¡voto vá Deu! de los catalanes, pasando por las demás blasfemias ú obscenidades que esmaltan el lenguaje de algo así, como úlceras, por donde supura la preversion humana.

Espoleado por aquella confusa batahola que me acompañaba de una á otra cuadra,

llegué ante la puerta de la que servia de alojamiento á la sétima brigada de cadenas perpétuas, legion distinguida entre todas las legiones del crimen. Por el ventanillo, dióme la misma bofetada la pestilencia *sui generis* que venia del interior, pero la cuadra estaba silenciosa, como si la habitasen cartujos.

—¿Qué sucede en casa de mis buenos niños, de la sétima de cadenas?—me pregunté, sorprendido por el contraste que ofrecia aquel inopinado silencio con el ruido dominante en las demás brigadas.—Y así diciendo, me asomé al ventanillo y ví en pocos segundos todo esto.

Los confinados cenaban divididos en dos grandes grupos, uno de aragoneses, otro de andaluces,—que ni aun á la hora de festejar la Noche-buena podian deponer sus ódios. El corro de los andaluces, apiñábase en torno de una gran cazuela que contenía un océano de caldo negro, y varios trozos de un presunto cabrito. Los aragoneses formaban círculo en derredor de otra cazuela, no menos monumental, de bacalao á la vizcaina. Todos los comensales callaban, dejando en uso de la palabra, los aragoneses á un riojano alto, fornido sin pesadez, mas bien huesudo y anguloso, que de pié, con el birrete de vivos amarillos sobre una oreja, accionaba provocativamente; y los andaluces á un cordobés chiquitin, moreno claro ó rubio súcio, que contestaba con no menos

viveza y con no menos procacidad á su interlocutor. El riojano, condenado á cadena perpétua por asesinato de su mujer, hablaba de ir á mojar, por la fuerza, una sopa de pan en el guiso de cabrito de los andaluces, como en señal de dominio y superioridad; y el cordobés, apelando á la elocuencia de Lucano y Séneca, sus compatriotas, dudaba, en epigramas sangrientos y soeces, de la existencia de signos físicos varoniles en el riojano, para poner por obra su bravata. El riojano amenazaba hasta con el gesto mas insignificante; el cordobés se sonreía con malicia, como recordando lo expeditivo del procedimiento que en mas de una ocasion libróle de sus enemigos, llevándole por remate de triunfales jornadas á una pena perpétua que, si le garantizara la eternidad, tendria él por favor, mas que por castigo. Ninguno de los dos estaba pálido, porque no puede palidecer el cutis terroso del confinado; pero ambos estaban convulsos, el riojano con temblor agravado por el vino; el cordobés estremecido por las corrientes de cólera que circulaban por sus nervios. El auditorio no perdía sílaba, ni detalle, de aquellos preliminares solemnes; sabia que se ventilaba el decoro de ambos bandos, y de aquí el silencio aterrador que se habia apoderado de la cuadra. Todas las manos buscaban en las fajas el puñal, pero mientras los prohombres discutian,

el vulgo permanecía callado. El ódio vibraba en todas las miradas; antipatías tradicionales, de que ya he hablado en otro capítulo con el epígrafe de *Aragoneses y andaluces*, habian puesto una vez mas sobre el tapete la cuestion del predominio absoluto en vano perseguido por uno y otro bando. Era la batalla inminente, y no podia aplazarse ni resolverse en almuerzos, como los desafíos à primera sangre que abortan entre las gentes que andan sueltas.

Dió el riojano un paso, pronto como César, à pasar el Rubicon; en una de sus manos brillaba un ancho y largo puñal, y en la otra tenia el trozo de pan destinado mojarse en la cazuela de los andaluces. Disolviéronse los grupos, yendo á replegarse á retaguardia de los contendientes, y quedaron cara á cara los dos adversarios.

El cordobés, agazapado y como en acecho, no hizo movimiento; arrojó al riojano las últimas provocaciones envueltas en las mas súcias palabras del presidio, y esperó la agresion, que no tardó mucho. Azulado relampago brilló un momento en el aire; era el cuchillo del riojano que avanzando de un salto, buscaba al cordobés para herirlo; pero éste, semejante al gato de clavo que se cria en Sierra Morena, se acurrucó aun más; estendió el brazo, y el riojano se clavó en mitad del pecho, la ancha faca inglesa que el andaluz habia opuesto como barricada de acero al empu-

je de su contrario. Sonó un crujido, siguiéronle un grito y una blasfemia, y el riojano cayó de espaldas. Nunca pudo decirse con mas propiedad

*las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron;*

porque nada mas extenso y kilométrico que aquel cuerpo de gigante, visto en decúbito supino.

Tras esta escena rapidísima, momentánea, que me tuvo paralizado, frio de terror, durante algunos segundos que todavia me parecen una eternidad, se generalizó la lucha. Andaluces y aragones vinieron á las manos con singular fiereza, de que son pálido reflejo esas luchas de nuestros bravos callejeros. Aquella no era una riña de hombres; aquella era la demencia de toda una familia de tigres; allí no habia neutrales, porque la inaccion costaba la vida. Algunos confinados huyeron á esconderse bajo los catres, formando parapetos con los colchones; eran los que no estaban borrachos, ó los que abrigaban la esperanza de una excarcelacion próxima. El tumulto reemplazó al silencio sepulcral que poco antes reinara en la sétima brigada de cadenas perpétuas. Cesaron las coplas en las cuadras mas próximas, y por un momento creí oir los aullido de una *menagerie* completa, que hubiese despertado de pronto.

Sonó un toque de corneta, el toque de alarma, y acudieron las rondas volantes, capataces, cabos de vara, soldados de la guardia, y cuantos elementos tenían obligación de concurrir á dominar el tumulto. Yacian en el suelo de la cuadra ocho ó diez cuerpos, muertos ó heridos, cuando se apagó la única luz que quedaba encendida; y á oscuras, como si para matar y morir no fuesen precisos todos los sentidos, seguia la lucha, mas horrible, mas pavorosa, mas repugnante que todos esos épicos combates de que están llenas las historias. La guardia disparó algunos tiros por el ventanillo; los capataces y cabos gritaron:—¡Cada uno á su petate! que bien podia traducirse por la locucion vulgar:—¡cada mochuelo á su olivo!;—se abrieron las puertas de la cuadra, un cabo de vara se adelantó con un farol encendido, y detrás nos precipitamos todos repartiendo palos, cuchilladas, tiros y bayonetazos á diestro y siniestro; con gran lujo de severidad, se entiende, por que los sublevados no hicieron la menor resistencia.

Tras el tren de batir, el tren sanitario. Poco despues llegaban los practicantes de la enfermería provistos de camillas; se recogió á todo aquel que no podia tenerse en pié, y el lúgubre convoy se puso en marcha para el hospital, donde aprecié con certeza el resultado de la batalla, á saber: dos muertos vistos, el riojano y un hombrecillo, viejo y raquítico que habia matado á su

novia allá en Galicia 40 años antes, por 14 reales que ella no quiso devolverle al terminarse los amoríos; y seis ú ocho heridos, leves todos, unos de arma blanca y otros de arma contundente, entre los que se encontraba el cordobés.

Mientras el médico daba puntos de sutura cruenta á los heridos, yo me asomé á uno de los balcones de la enfermería. Las aguas del Estrecho corrían produciendo un ruido igual al de cien rios desbordados; el cielo, blanquecino por los rayos de la luna que en vano pretendían abrirse paso tras las plomizas nubes, comenzaba á aclararse con los resplandores del alba; enfrente, las luces de Gibraltar semejaban los ojos encendidos de un mónstruo marino medio oculto por las brumas; á mi espalda la miseria y el crimen que sufrían; á mis piés, Céuta medio dormida; y en el aire, sobre todo esto, las campanas tocando á maitines, y diciéndonos que aquella que se iba era la Noche-buena. No saben las campanas lo que dicen, ó los hombres no han podido ponerse todavía de acuerdo con las campanas.

Quise ver al cordobés, héroe de la noche, un poco por curiosidad, un poco por admiracion, algo por lástima, y mucho por orgullo,—¡ya se vé! andaluces éramos ambos —y volví á la enfermería. Estaba ya encamado, cubierto por una manta descolorida, entre parda y color de ocre, y sufría en aquellos momentos la cura de primera inten-

cion. Le interrogué y no sabía nada; á creer su relato, era el hombre mas comedido del mundo. Ceceaba mucho, y ciertas consonantes las pronunciaba con gran dureza, señal de energía y de firme resolucion. Era un labriego tosco, pero se hacia mas inculto y selvático aún de lo que era. De vez en cuando, sin embargo, una llamarada de sus ojos medio ocultos bajo unas cejas espesas y unos párpados carnosos, advertia al observador que aquel volcán no se habia apagado, que aún hervía en aquel pecho la ira. Tal vez se acordaba del muerto, y queria comenzar de nuevo á probarle que no se mojan impunemente sopas en el guiso de cabrito, discutible, de los andaluces.

En cuanto al mísero riojano, yacía tendido en la capilla ardiente del presidio, un cuchitril que venia escaso á aquel gran muerto. Sobre una tarima pintada de verde oscuro, dormía su último y perdurable sueño aquel detritus de la naturaleza, que ya lo habia sido de la sociedad. A la cabecera, un poco hacia la izquierda, un candil llenaba de medrosos resplandores y de oscilantes sombras á veces, la cara del muerto, dibujando en la pared la silueta de la nariz y los puntos mas salientes del rostro; de manera, que por una siniestra ironía de esas pequeñas cosas que nos persiguen y mortifican aun mas alla de la tumba, aquel muerto, que era espantoso, hacia muecas de payaso cada vez que el aire empujaba la llama de la piadosa luz encar-

gada de velar al cadáver, no de ayudar al histrion. El otro muerto reposaba allí acerca, pequeño é insignificante como fué en vida, Su sangre habia salido toda por la bestial degolladura, y esta circunstancia, contribuyendo á disminuir su menguado volúmen, aumentaba el contraste entre el riojano atlético, corpulento, huesudo, y el pobre vejete gallego, cuya pobreza física no dejaba explicar como cosa tan debil habia resitado treinta años de cadena, bajo el sol ardiente de Africa, y en la atmósfera palúdica del presidio.

Cayó, segun ya dije, el ríojano, herido por el rayo al clavarle él mismo en su violento empuje el cuchillo del cordobés, y la muerte habia conservado, como fotografía instantánea, la expresion iracunda del rostro, á que daban mayor horror unos ojos desmesuradamente abiertos que lo miraban todo, y que nada veian. Las fuertes mandíbulas cerradas por violenta contraccion habian cogido y seccionado un pedazo de lengua, por manera tan extraña y horrible, que parecia que la blasfemia flotaba aun en las sanguinolentas espumas que cubrían aquella boca, donde la Muerte,—podia decirse así—depositó con su beso algo de repugnante voluptuosidad, y mucho de la expresion horrenda que debe vagar en la sonrisa de los condenados.

El médico, inclinado sobre el cadáver, sondaba la herida abierta algo mas abajo del esternon, en el espacio del pecho que dejan libre las costillas. Estensa era la grieta

por donde habia volado la vida, pero poco profunda. La sonda tropezaba á los pocos milímetros con un cuerpo duro que debia ser una de las costillas verdaderas, y lesion tan superficial no podia explicar lo instantáneo de la muerte. Fué preciso buscar otras heridas, y se desnudó al cadáver casi por completo, pero inútilmente: el riojano no tenia mas herida que aquella por donde resbalaba lentamente, por donde rezumaba, mejor dicho, la sangre negra y espumosa. En cuanto á muerto, no habia duda; muerto y muy muerto estaba aquel mísero parricida que espiaba al cabo de algunos años el crimen que desde la Rioja habíale empujado hasta Céuta.

Hago gracia al lector de las diligencias judiciales, de las declaraciones y careos, de las pesquisas, é inútiles esfuerzos hechos para obtener el menor rayo de luz en aquel dedalo de crímenes. Los testigos confinados, negaban con estudiada terquedad; yo mismo no estaba seguro de lo que habia visto en momentos de terror y sorpresa por el ventanillo de la sétima brigada de cadenas; y es probable que á estas horas no se sepa de la muerte del riojano y del gallego mas de lo que se sabe de la piedra filosofal.

En estas y en las otras, amaneció el mas esplendoroso dia de pascua que recordar puedan los nacidos. De la tierra se evaporaba ese húmedo perfume que arrancan á su mojada corteza las primeras caricias del sol.

El mundo vegetal, siempre verde, siempre flamante en Africa, parecia aquella mañana vestido de fiesta; el aire de Poniente traia en sus alas los rumores y los perfumes del Océano; habia en la atmósfera una verdadera difusion de alegres notas; sonreia el azul del cielo; sonreian el aire, la luz, las mal despiertas muchachas, en quienes el recuerdo de una noche pasada en íntima proximidad con el novio, mantenia aún en el ardiente y excitado cerebro visiones de erótico linaje; los niños que esperaban el aguinaldo tras el festin y las golosinas de la Nochebuena; los pájaros recién llegados de países mas frios y verdaderos emigrados del *confort*, que se volvian locos de placer al encontrar un ambiente cálido, un sol primaveral, y unos campos ricos en alimentos para la alada familia; todo, en fin, se resolvia en una universal sonrisa, y daban ganas, de decir con el poeta:

¡Cantad en vuestra jaula criaturas!

Solo aquel muerto estaba triste; y la matutina claridad, como temerosa del espectáculo que la aguardaba, iba entrando poco à poco en la capilla mortuoria; y de blanca y risiente se tornaba en pálida y siniestra al llegar à la cara del riojano, que recibió, acaso, con la tímida primera caricia del sol de Pascua, el perdon de sus culpas y pecados.

Como la faena era larga, y de la certeza

del fallecimiento de ambos confinados, no era posible dudar, la antópsia iba á empezar muy pronto. El médico tenia prisa, el juzgado tambien; todo el mundo deseaba acabar cuanto antes con aquellos muertos inoportunos, que venian á turbar la solemne festividad del dia, para dedicarse sin embarazos ni molestas atenciones á la celebracion de la Pascua; una Pascua con sol, con aire perfumado y tibio, con tornasoles infinitos en el cielo; mañana alegre hasta en aquella fúnebre estancia, ante dos cadáveres que semejaban dos víctimas inmoladas en el altar de feróz divinidad del crimen, que hubiera hecho su horrible pagoda del cuartel del presidio y sus patibularios sacerdotes de los confinados.

Los artefactos médico-legales del Hospital del presidio, era bien sencillos. Una mesa portátil forrada de zinc, una cubeta donde iban escurriendo la sangre y el agua; un mazo de madera y un corta-frio de ancha boca para romper los duros huesos craneanos; y una sierra mellada y mohosa: hé aquí todo lo que se necesita para investigar las causas de la muerte; para inflingirla, se necesita mucho menos.

El riojano yacia totalmente desnudo, sobre la mesa forrada de zinc; y estaba escrito que ni aun despues de muerto habia de caber aquel desgraciado en los moldes legales; pues la mesa le venia chica y sobrabanle muchas pulgadas de sus piernas ri-

gidas y sucias. Grandes manchas moradas se iban apoderando de la piel del cadáver; sus ojos se habian esturbiado como si sobre el cristalino hubiese estendido la muerte una capa de gelatina. Los brazos, que la rigidez cadavérica habia levantado y como arqueado, parecian en actitud de acometer. En el lado izquierdo del pecho veíasele un dibujo á puntos azules, que representaba toscamente dos corazones y unos guarísmos medio borrados; tal vez una fecha memorable, y una alegoría amorosa, cuyo secreto se llevó al cementerio de Santa Catalina, aquel héroe de melodrama con grabados.

Un preso, barbero de oficio, y cirujano menor por extension, lavó la herida del pecho con una esponja empapada en agua; dió despues, con un mal cuchillo un corte en la piel frontal, y la sierra y el cincel alternando, comenzaron à destruir la sólida cubierta que guarda tenaz y avara, la parte mas augusta de la miseria humana; el cerebro.

A cada viaje de la sierra, rechinaba el hueso, vacilaba la mesa, y el muerto se estremecia como si se sintiera profanado. Luego venia el cincel, que poco à poco iba excavando ancho foso algo mas arriba de las cejas. Mordía de nuevo la sierra, hasta que por fin la resistente caja cedió, fragmentada mas bien que cortada, y quedó al descubierto la voluminosa masa cerebral, con su color gris sanguinolento, sus anfractuosidades, repliegues, prominencias y depresiones. ¡Tremen-

do espectáculo. El riojano, apenas tenia apariencia humana; parecia mas bien una estatua de barro cocido, cuya parte superior hubiese roto un rapaz travieso. Visto desde los pies aquel pobre hombre incompleto, semejaba en su mutilacion un mártir, á cuyo suplicio se hubiera querido añadir la burla, coronándole con sus propios sesos.

Un ambiente de carnicería, comenzó á llenar la estancia, reemplazando al airecillo fresco y puro de la mañana. El médico y su ayudante examinaron de una ojeada el cerebro; allí no habia lesion apreciable. Yo tampoco ví, y lo miré muy cerca, rastro alguno de alma, ni destello sobrenatural, ni fluido misterioso; del espíritu de aquel infeliz no habia quedado mas que la vivienda, que ya comenzaba á oler mal.

Tocó su vez á la cavidad torácica, y el pecho abierto de par en par, dejó ver una cosa horrible: clavado entre dos vértebras, el cuchillo del cordobés, que crugió al romperse, estaba todo allí, excepcion hecha de la empuñadura. El templado y cortante acero, habia deshecho pulmones, arterías, redes venosas, tegidos, huesos, cuanto encontró á su paso, y al tropezar con la espina dorsal, mató por conmocion como mata el rayo, y el riojano cayó como la res atronada cae en la plaza. La hemorragia, tambien, habia sido espantosa y jamás se vieron tantos estragos. Baste decir que se necesitaron los esfuerzos reunidos del médico y de su prac-

ticante, para desclavar la hoja de la faca. En aquel resistente zarandeo, el muerto parecía luchar por llevarse á la fosa comun la reliquia homicida, acaso como aguijon vengativo, y por si la vida existía mas allá de los límites visibles de un sepulcro, vengarse.

Quise ver el corazon de aquel hombre; quise escudriñar aquella viscera, que habia amado, que habia sentido ódios, celos, penas cruentas, que habia saboreado venganzas, que habia padecido remordimientos; quise medir aquel trozo de carne, palpitante otras veces, ahora inerme é insensible, para saber de que tamaño es el escenario del eterno drama humano; quise apreciar lo exquisito de la materia de una entraña que esparce por todo nuestro ser las mas dulces sensaciones, que nos embriaga cuando inyecta el tibio y regalado efluvio amoroso en nuestras venas, que nos enloquece cuando envia torrentes de ira en avalanchas de sangre, al cerebro, que nos agiganta, cuando desarrolla ese fluido eléctrico del heroismo, que nos empequeñece y degrada, cuando se contrae por el miedo; quise ver los yacimientos de maldad que hay en el alma humana, y los resortes que empujaron al crimen á aquel malvado trágico que ante mis ojos estaba hecho trizas; quise ver el depósito de las lágrimas que debe ser inmenso, inagotable, como la ignota y amarga fuente de donde nacen los mares; quise apreciar por mí mismo la delicadeza de un

órgano, que redobla su vida bajo el influjo de la mirada de una débil mujer, y que se paraliza ante el cañon de una pistola; quise ver todo eso, y hubiera tocado el corazon del riojano, á no contenerme el temor de cometer la más brutal profanacion; quise ver todo eso, repito, y no ví mas que un trozo de carne violàcea, muerta, pestilente, inanimada. Ni siquiera pude comprobar la tradicion pictórica, que dà á los corazones una forma bella y artística, porque el corazon de veras se parece muy poco al corazon pintado en láminas piadosas y en alegorías de amor.

Salí de la sala de autopsias, y del Hospital luego, llevando como aguinaldo de Pascua, como propina de Noche-buena, decepciones y horrores. Ya era tiempo; necesitaba aire puro, luz, espacio; parecíame que habia pasado la noche en una tumba, y me corría prisa resucitar.

Dejé detrás de mí aquellas visiones reales y tangibles, y desde entonces vengo haciendo lo posible por olvidarlas y por recordarlas, en contradictoria lucha. Por olvidarlas, cuando la felicidad pasa veloz y me envía con sus ténues alas una onda de dicha; por recordarlas, cuando la desgracia necesita para convertirse en resignacion, comparar el mal propio con el ajeno, y deducir á nuestro favor ese benéfico saldo que hace las veces de capital activo en las quiebras por derroche de pasiones.

Cuando volví á ser persona, en la apacible soledad ruidosa de la fonda; cuando me puse á tomar apuntes mentales para escribir mas tarde *La Noche-buena en el presidio*, mi cocinero, ayuda de camara, secretario y criado de confianza, todo en una pieza, Juan de la Cruz Asiático, á quien más adelante dedicaré algunas páginas, entró y me dijo en un castellano intraducible:

—Señor, D. Juan; mire V. las botas nuevas; les llega la sangre al tobillo.

Efectivamente; yo me habia prevenido contra la lluvia, y tuve que patinar en un lago de sangre. ¡Ah! la prevision humana!...

Desde entonces no he vuelto á *ponerme las botas*. Me hubiera parecido que llevaba los piés dentro de dos sepulturas.



XXII.

Juan de la Cruz Asiático.

Tú has de salir, alguna vez, en letras de molde, Juan; tu haras carrera, Confucio subalterno; tu eres más que un chino, tu eres casi un bloque de finísimo mármol, y sabido es que en toda piedra hay una estatua, pronta á brotar, como el Universo del caos, bajo el cincel del artista;— así decía yo, glosando mi admiracion y mi cariño, en trozos más ó ménos líricos, en broma ó en sério, al bueno, al excelente sujeto, cuyo nombre sirve de epígrafe á este capítulo.

Juan de la Cruz es mi recuerdo grato

del presidio; á su lealtad debí servicios que solo paga el agradecimiento; á su cariñosa solicitud, debo aun y deberé de por vida, cuidados que solo se encuentran en el seno de la familia; á sus manos de artista y á sus talentos de doctor en la ciencia de Brillat-Savarin, debe mi paladar las mas dulces sensaciones. El velaba mi sueño, y era mastin en la fidelidad y en la inteligencia; raposa en las artes del disimulo y de la astucia; leon en la acometividad, y en el valor; ardilla, en la ágil movilidad, que él traducia en hechos prácticos y útiles. Al fastídioso é importuno que llegaba á mi puerta, despedíalo Juan con la diplomática sequedad que no admite comentarios; al agresivo, enseñábale los dientes; al que iba á llevar algo, le ofrecia una silla, lo colmaba de orientales elogios, le cepillaba el gaban, y tales eran su habilidad y sus finezas que las visitas agradables volvian, y las fastidiosas no pisaban dos veces mis umbrales.

Juan sabia hacer sombreros de finísimo tegido de palma; cosía como una modista francesa; lavaba, como una Maritornes dotada de inteligencia; planchaba, como una artista en almidon con nota de sobresaliente; tenia en sus manos el secreto de que la ropa pareciese eternamente flamante; y daba á un duro más vueltas útiles y provechosas, bajo el punto de vista de la economía doméstica, que las más ahorrativa

madre de familia. ¡Qué diálogos los de Juan, con los moros vendedores de perdices, y *otras hortalizas*! Aquellos representantes de la astucia oriental, hubieran hecho las delicias de nuestro público, si se pudieran sacar á escena en una pieza cómica. No se dió caso en que Juan de la Cruz no venciera á la media luna en sus transacciones comerciales; siempre se trajo él á casa la perdiz más gorda, y el moro se llevó á su aduar la peseta más falsa. Y sobre todas estas cualidades inapreciables, sobre su lealtad, sobre su discreción, sobre su desinterés, sobre sus virtudes domésticas, Juan de la Cruz poseía la cualidad de ser el cocinero y repostero más notable de su tiempo. Parecíame mentira que la ciencia de guisar diera tanto de sí; pero cuando Juan entraba en la cátedra, y allí, cerca del fogon, semejante à la sibila sobre el trípode, descubria los más remotos horizontes de la culinaria, preciso era rendirse à la evidencia.

Como esos eminentes artistas del sonido que arrancan á la madera y á la cuerda inanimadas, armonías celestiales, no escritas ni compuestas hasta entonces, Juan improvisaba ante el fogon. Un rumor de la fronda, un insignificante canto popular, que hasta aquel momento corrió desapercibido, bastan á esos génios de la armonía para labrar los cimientos de su inmortalidad. A Juan, lo mismo, bastábale un pretexto para

hacer un manjar de los dioses. ¡Oh! si Lúculo hubiera sido inspector de trabajos del presidio de Céuta, Juan de la Cruz Asiático ocuparía á estas horas algunos metros en la Historia; y digo metros, porque figuras como la de Juan, no caben en líneas menos extensas.

Su arte poseía poéticas remembranzas de la elegancia pagana que creó los calados festones de que están llenas las estancias de la Alhambra; propendía un poco á lo fantástico, hacia versos comestibles, y su bello ideal consistía en que los platos que *daba á luz* con fecundidad pasmosa, no despertaran jamas la idea del cólico.

El jabalí, recio, pesado, material, que tan abundante es en el mercado de Céuta, proporcionaba á Juan de la Cruz inagotables argumentos para sus odas magras; pero el jabalí, que entraba en la cocina como un trozo de materia vil, pronta á transformarse en eso que llamaremos *quimo* para proceder con todo aseo, transfigurábase al salir á la mesa en nutritiva filigrana que iba apoderándose de la voluntad por medio de lo gracioso de la forma, siguiendo, sin duda, aquel sabido precepto que dispone que lo que ha entrar por la boca debe entrar primero por los ojos; máxima del buen gusto gastronómico, que envuelve un sábio principio higiénico, de origen chino, á no dudar, cuando Juan de la Cruz lo practicaba tan concienzudamente.

Dibujaba mi asiático con el cuchille y demás herramientas propias del sacerdocio culinario, más que Gustavo Doré con su fantástico lapiz; su secreto y su aspiración, eran la sorpresa; en términos, que en el fondo de sus cacerolas había verdaderos paisajes japoneses en vez de manjares. De una pierna de carnero, hacia un pez de extravagantes formas; de un pollo cebon, que él cuidaba en vida con esmero, penetrado de los altos destinos que á todo pollo incumben en una sociedad civilizada, sacaba el mismo partido que se puede sacar de la gota de cristal fundido, pronto á tomar todas las formas, bajo el aliento de artistas venecianos y bohemios. Tenia sin embargo, un gran defecto, de que se curó á influjos de mis consejos: propendia á abusar de los dulces, como acostumbrado á halagar los paladares cubanos, golosos por excelencia, hasta poner azúcar en el pocillo de chocolate; pero cuando yo le hice comprender la gran distancia que media entre las golosinas y la gastronomía filosófal, se hizo un cocinero sério, y abandonó las aberraciones en que hicieron caer á su musa criollas y criollos, tan dados á chucherías.

Juan de la Cruz Asiático, era una perla arrastrada por cenagosas corrientes. Faltábale el buzo que bajara á recogerla, y ese buzo fui yo. Por mí salió del triste recinto de Ceuta, acompañando al entonces director general de Establecimientos penales Sr. D. Federico

Villalba, que le tomó á su servicio cuando hubo sabido la alta estima en que yo tenia la habilidad del buen hijo del Sol. Por mí fué á la córte de las Españas, en calidad de cocinero jefe de aquel elevado funcionario y periodista de *primitivo cartello*; por mí consiguió que se le levantase la retencion, cláusula que daba á sus diez años de cadena una duracion discrecional; y por mí vive hoy en Madrid dedicado al comercio de frutas. De vez en cuando me escribe bellísimas cartas cubiertas de garrapatos, que yo descifro á duras penas, y es seguro que á estas horas tiene el chino ex-presidiario más dinero que su antiguo y primitivo amo, y es más feliz que este desdichado que parece de buen humor al trazar la biografía del que fué 14 meses su cocinero honorario. La suerte tiene esos sensibles errores geográficos: mientras á Juan de la Cruz lo trata como á europeo y á cristiano, á mí me sigue tratando como á un chino.

Advierto en este instante, que no he hecho á ustedes la presentacion física de mi chino, y me apresuro á subsanar este olvido.

Juan de la Cruz, podria tener veinte y cuatro años, cuando yo le conocí, sino tenia cuarenta, por que es muy difícil apreciar la edad de esos asiáticos lampiños, que parecen eternos adolescentes decrepitos.

Era alto, delgado, desgarbado, lacío; pero ágil y de simpático aspecto; sus ojos un poco oblíquos, tenian esa expresion atracti-

va que engendra la simpatía. Su pelo era azul de puro negro, espeso, lustroso, fino y sumamente fuerte. Juan se reía de la mejor gana, enseñando dos hileras de dientes oh decepcion! oscurísimos y súcios en demasía.

Era además, miope, como las poetisas y los sábios; su vigor físico dejaba algo que desear; parecía anémico; y pensando piadosamente, cuando me pedia permiso para ir á ver á sus compatriotas del Serrallo ó de Jadú, volvía más fatigado de lo que exigir pudiera la caminata. Indudablemente, Juan no sabia una palabra de dos ciudades que ardieron en los dias bíblicos, ó estaba asegurado de incendios.

No obstante su nariz ligeramente aplastada desde la parte media hasta la base, la fisonomía de Juan de la Cruz era inteligente y noble, y contrastaba con las caras de otros chinos, peor contruidos, que tenían verdaderas caras de reptiles. Sin duda Juan habia sido hecho de verdadera porcelana china, mientras sus paisanos eran de pedernal.

Tenia una aversion profunda á los muchachos, que le parecían capaces de todas las maldades; y una regular dosis de desprecio para los bárbaros europeos, incapaces de apreciar las armonías felinas de la lengua en que escribió Confucio sus libros inmortales.

¿Cómo pude yo sustraerme al ódio y al

desprecio de Juan, y tornar en dulces afectos hacia mi persona sus prevenciones de raza? Muy fácilmente; no mortificando jamás su vanidad de chino, que era superior á toda la soberbia vana de un ejército de pavos reales; no humillando en ninguna ocasion al hombre, ni al *artista* en comestibles. ¿Cometia Juan una falta? pues mis reprimendas habian de comenzar por una série de elogios de sus talentos y virtudes, para acabar por exponerle la enormidad de su delito.—¿Cómo—deciale yo derrochando los ditirambos—un hombre superior como Juan de la Cruz Asiático, natural de.... de.... —¿de dónde eres, Juan?—De.... (aquí sonaban seis ó siete ff, cuatro ó cinco tt, diez nn y las hh necesarias para remedar un resoplido nasal, y resultaba el pueblo.)—Bien, de ese hermoso y privilegiado pueblo.... se permite quedarse dormido, mientras su amo tiene que esperar en la puerta à que el eminente cocinero, y honrado ayuda de cámara despierte y quiera bajar à abrirle? ¿Cómo un inspirado y sábio mayordomo, tolera que los botillos estén sin embetunar? —De estas aduladoras filípicas, Juan tomaba íntegra la parte de los elogios, sonriéndose satisfecho, como quien dice: — Es justicia, caballero; y el resto, las censuras, la verdadera regañuza, lo dejaba à favor de un confinado, negro de la Martinica, gordo y reluciente como una bola de ébano pulimentado, que por allí andaba for-

mando parte de mi numerosa servidumbre.

No exajero; hay tal d6sis de soberbia en los asiáticos, que fácilmente se les conquista ó se les arrastra al crimen, deprimiendo su dignidad ó panegirizando sus méritos y talentos, muchas veces negativos.

Llamar imbécil, estúpido ó animal, à un chino, es atraerse el rayo de la venganza, porque su rencor no perdona y anda siempre ojo avizor hasta que se satisface. Por el contrario, nada más fácil que conquistar un esclavo amarillo con un adjetivo honroso, ó una frase de admiracion. No exajeran, pues, los relatos de los viajeros, que pintan à esos hombres del extremo oriente, ceremoniosos y pagados de sí mismos hasta un extremo risible.

Su urbanidad es empalagosa, porque busca la reciprocidad del elogio y de la consideracion. Gústales llamar al vecino hijo del sol, para que el vecino les llame padres de todo el sistema planetario. Y como todo esto cuesta muy poco dinero, Juan de la Cruz Asiático me salia de balde con solo adularlo, en bromas que él, de seguro, iba escribiendo en sus memorias intimas, para entregarlas à la prensa de su país à guisa de reclamo, como hay industriales europeos que asocian el parecer encomiástico de Pio IX al éxito de la Revalenta aràbiga.

¿Cómo habia llegado à Céuta condenado

á presidio, un súbdito del Emperador de China, un hombre que vestía en su país trajes de crugiente seda y guerreras mallas, como opulento y noble que decia ser?

La Historia habrá de adolecer perpétuamente de una sensible deficiencia en particular de tanta monta, pues nunca pude averiguar de una manera exacta la region del dilatado imperio chino de donde era nativo Juan de la Cruz, ni las causas de su ostracismo primitivo, y solo sé que vivia en una gran ciudad del interior; que emigró á San Francisco de California, tal vez expulsado por algun crimen, quizás perseguido por enemigo bando político, y que de allí pasó á la Habana, casi en esclavitud, contratado para trabajar en los campos, en la industria ó en la domesticidad.

Ya en la Habana, Juan echó de menos la pátria y se volvió taciturno y cruel. Una noche dormian en la extensa cámara, alojamiento de la servidumbre del gran hotel donde Juan era cocinero jefe, veinte ó treinta chinos. De pronto sonaron golpes y lamentos, y á poco una voz comenzó á decir en español putrefacto:—¡Juan de la Crú m' matà! ¡Juan de la Crú m' matà!—Oyólo el aludido que dormía bastante léjos del lugar del suceso, y no dió importancia á la acusacion; pero como las voces del herido continuaban, y le impedian reanudar el sueño —¡este detalle espanta y espantaba más aun referido entre carcajadas por el autor del crimen!—Juan de la Cruz se levantó, cogió

una gran piedra y con ella machacó el cráneo del herido, hasta que la muerte le hizo callar. Despues, seguro de dormir sin molestías, se volvió à su cama, de donde le sacó la policía para la càrcel. Diez años de cadena con retencion que le impuso la Audiencia pretorial de la Habana, costaron á mi chino sus deseos de dormir tranquilo una noche, y su antojo de matar para no ser acusado de homicidio.

La personalidad filosófica y religiosa de mi cocinero, permaneci6 siempre en el misterio, y resistió todas mis investigaciones. Juan de la Cruz era oficialmente cristiano, puesto que llevaba el nombre de un santo del calendario romano; pero no habia entrado, ni por curiosidad, en la iglesia cat6lica. Unos señores à quienes sirvió en la Habana, le habian bautizado para españolizarle en lo posible, pero aquella agua bautismal resbalando por la cabeza china del catecúmeno, ni lavó el pecado original, ni la reblandeci6 lo suficiente para que penetrase el dogma al cerebro, seccion de creencias, negociado de fé religiosa. Juan tenia, pues, una corteza cat6lica; pero escarbando un poco, aparecia el pagano Tutchú ó Paín gu, ó Tsing ó Chindun; que nunca supe pronunciar, ni menos escribir, el nombre indígena de Juan de la Cruz Asiático.

¿Qué pensaba, que creia, que adoraba mi cocinero, cuando era persona de viso en su

tierra? ¿A quién daba gracias despues de comer su arroz, y de beber su té? Hé aquí otro problema intrincado, que no he podido resolver por culpa de mí ignorancia en punto á teogonias indo-chinas y ultra-orientales. Juan me hablaba de un ser que era la representacion del principio del bien; el que habia dado á los hombres las cosas más útiles, como los instrumentos de labranza, el conocimiento de las plantas, los grandes inventos industriales, y hasta un catecismo, especie de inventario en que iban apuntadas las acciones buenas y los pecados; todo en chino, se entiende. Esto sucedia en los albores del tiempo, cuando no existia más tierra que China, y todo lo demás del universo era embrionario, una especie de feto de cósmo, que Juan no me esplicaba bien, ni yo entendia de ningun modo. El mito del bien fué sacrificado por el mito del mal, una especie de diablo más temible que el cornudo diablo que nosotros usamos, puesto que vive en el corazon de los chinos perversos, y solo toma formas tangibles cuando quiere regalarse haciendo daño personalmente. Las demás diabluras las deja á cargo de los hombres ó de los chinos, sin duda para no gastar su virtud dañina en pequeñeces. Afortunadamente, la madre del génio del bien pudo sustraerse á la maldad del génio de lo perverso, refugiándose en la cima de la más alta montaña de China, y desde la region de las

nieves perpétuas lloró tanto y tan amargamente, que se inundó la tierra formándose los mares. Tal es la poética tradicion qué reemplaza, en el génesis chino, á la época en que fué inundada la superficie terráquea por los vapores condensados en la atmósfera. Una madre que llora por su hijo muerto, fundiendo con sus ardientes lágrimas las nieves eternas, y dejando en la inmensa laguna salada del mar, perenne testimonio de la amargura y de la cuantía de su llanto, y en las tempestades del océano, recuerdo débil, apesar de la fiereza de las olas, de las tempestades del alma...! El asunto es bonito, y resulta mas bello aún, si se tiene presente que procede de poetas míticos tan feos como los chinos.

En la colonia asiática de Ceuta, Juan de la Cruz descollaba por su elegancia y por su ilustracion. Vestia de negro à diferencia de casi todos los demás chinos, súcios y andrajosos, y veíale yo complacido cuando le pedia noticias de las cosas de su país. Una noche volví del *Casino Africano* y Juan no acudió à servirme la cena. Por la mañana, cuando se entreabrió la puerta de mi cuarto y asomó la cabeza de mi chino, preguntando como de costumbre: —¿Mi amo está rumí....—(¿Está V. dormido, mi amo?) le enderecé la acostumbrada catilinaria llena de elogios y apóstrofes entretegidos, por que yo no olvidaba nunca la frialdad y facilidad con que habia machacado Juan la ca-

beza á un compatriota que no le dejaba dormir.—Parece imposible—le dije—que un hombre superior, un chino de cuerpo entero, un criado modelo, que quiere y respeta á su amo, se ausente de casa sin servirme la cena; Juan, de tu inmenso talento espero, que no te vayas á picos pardos con escandalosa frecuencia, impropia de tu respetabilidad.

Juan entonces, hinchado como un sapo, bajo aquella lluvia de lisonjas, me confesó que sus aficiones literarias le habian hecho faltar á sus deberes, y que la pasada noche estuvo en el extremo de una comedia china, de que era autor y actor. Mudo de asombro quedé al saber que Juan manejaba la espumadera, se calzaba el coturno, y escribía comedias con multiplicidad de talentos que no se comprendian alojados en aquella cabeza chata y deprimida; y quisiera ver, al momento, los originales de la pieza estrenada, con extraordinario éxito, segun supe despues. ¡Horrible decepcion! la comedia estaba escrita en caractéres chinos, y sus tres actos cogian en una cuartilla larga y estrecha, pegada á una tablita que el autor conservaba en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Léeme eso, Juan; léeme eso, Lope de Vega de color de aceituna; yo te lo suplico.

Y Juan comenzó á leer, mejor dicho, á recitar el argumento de la comedia, tradu-

cido al castellano aterrador que usaba para andar por casa. La pieza era cómica, eminentemente cómica, y del sub-género que llaman *verde* los públicos occidentales. Un chino, se habia casado con una china que conservaba íntegro ese misterioso velo que se llama buena reputacion. A la mañana siguiente á la boda, en que comenzaba la accion de la comedia, los amigos del recién casado acudían á felicitarle, y á beberse una copa de *Perfecto amor*, sin duda, en obsequio del feliz suceso. Preguntaban por la ex-señorita X, ya señora H, y ésta ¡grave infraccion de la etiqueta! no estaba en casa. El marido reciente explicaba la ausencia, diciendo que su mujer habia ido al teatro. y allí concluía el primer acto, y su primer día de casado. Acto segundo: los mismos amigos, y otros mas, atraídos por la murmuracion, vuelven á casa del marido, con el mismo propósito de enterarse de como le vá á un chino en el momento de romper la envoltura de ese misterioso pliego cerrado y lacrado del matrimonio, que puede guardar una letra de cambio por muchos millones de felicidad, ó una sentencia infamante. El marido, riendo y satisfecho, agradecía la visita en frases que denunciaban á tiro de ballesta al hombre mas digno de ser chino de toda la creacion, y participaba á los visitantes, que, ¡coincidencia rarísima! su mujer no estaba tampoco en casa, porque habia ido al teatro. Volvian á salir los

chinos ahogando sus maliciosas risas, y el telon caia. Acto tercero: nueva aparicion de los cariñosos amigos de la antevíspera y de la víspera, con el ya crónico objeto de felicitar á los esposos. El marido sale reparatiendo sonrisas y genuflexiones cortésas y ceremoniosas; la felicidad, la hombría de bien y la confianza, se retratan en su semblante; él agradece mucho aquella tercera visita, pero su mujer no puede ser partícipe de tan delicada y persistente muestra de atencion, por qué... està, tambien, como los dias anteriores, en el teatro. Estallan las risas; los amigos salen diciendo ¡*asta* la vista! el marido persiste en su bonachosa conformidad, y cae el telon poniendo fin al acto y à la comedia.

Juan leyó su obra, sin poder apenas contener las carcajadas. Sin duda la obra literaria de mi cocinero, eran un *colmo* chino, el *colmo* del epígrama. Yo me quedé absorto; primero, porque no me explicaba como una dosis tan pequeña de malicia, podia excitar á hombres pervertidos, que debian necesitar mas mostaza literaria para que les hormigueara la lengua; despues, porque un papel de pocas pulgadas de superficie contenia lectura suficiente para invertir dos horas largas. ¿Serán taquigráficos los caracteres chinos? ¿Será el pudor asiático más exquisito que el pudor europeo? En nuestra escena se necesita, para excitar al auditorio, que el adulterio se consume casi á su vista,

mientras en una comedia china, basta y sobra con que un marido esté en ridículo, para que asome la punta del argumento.

Ademàs, yo no pude averiguar bien la base del chiste, ni el significado del epígrama de la comedia de Juan de la Cruz, que estaba màs orgulloso de su obra que de todos los bistecs que había cometido en su vida.

Los chinos, á quienes pregunté despues por el éxito de la famosa comedia, no podian contener la risa, apenas hablábamos del asunto; pero nunca pude poner en claro la moraleja. ¿Se burlaba el autor de los maridos que dejan salir solas à sus mujeres? ¿Quería demostrar que cuando la mujer no encuentra en casa una temperatura erótica suficientemente elevada, puede y debe ir en busca del sol que màs calienta? ¿Era un pretesto la ausencia de la desposada china, para combatir la presencia de testigos importunos en las bodas, é introducir en la lírica amatoria la supresion del coro, para que el duo resultara màs cómodo? ¿Acaso se propuso el poeta demostrar la fragilidad del honor marital, que no puede resistir una puya, ni en China, donde todo debe ser màs duro? Prefiero hacer juegos malabares con todas estas hipótesis à investigar la verdad, temeroso de que, como bajo casi todos los apólogos y alegorías, haya una necedad bajo el argumento de la comedia de mi chino.

Esta especie de honesto *Canto á Teresa* de mi poema presidial, pude muy bien suprimirlo, y ha podido saltarlo el lector. No tengo, al escribirlo, la pretension de trazar un acabado estudio de ese tipo interesante que se puede llamar el chino confinado; ni la de indicar à los muchos Excelentísimos señores Ministros de la Gobernacion, que han de ser desde ahora hasta que este libro se apolille, las inconveniencias de ir depositando en España la emigracion asiática, pasàndola préviamente por esa sentina asquerosa de nuestros presidios, afrenta de la civilizacion. Debia gratitud à un pobre muchacho que guisa bien, y el estómago, ese tirano que impone su voluntad à Heredoto y al último memorialista, y que se venga de los desobedientes por medio de las dispepsias, díjome à voces un dia de gran apetito:—¿Y Juan de la Cruz? Si tuvieras á tu devocion aquellas manos, cuyas caricias recuerdo aun con enternecimiento; si las deshuesadas aves que él modelaba como un Phidias, cubriéndolas de transparente gelatina, semejante à la gasa que el deseo tiende sobre lo que apetece, no hubiesen volado de tu despensa; si aquel gran redactor de salsas no te hubiese abandonado por más prosàica ocupacion, á estas horas estaríamos tú, ante el altar cien veces sacro que los hombres llaman mesa de comedor; él, más cerca de la inmortalidad; yo, en las fronteras de la dicha.

Cogí entonces la pluma, y derramando lágrimas de verdadera *sauce hollandaise*, he trazado este capítulo, casi ajeno á la indole del libro, pero, en realidad, resúmen y compendio de mis impresiones y recuerdos más gratos.

Deja, pues, que te lo ofrezca y dedique ¡oh! Juan de la Cruz, á modo de *puré* de mis simpatías; que la amistad, como las trufas, tiene también su perfume que no pueden borrar el tiempo ni la distancia.



XXIII.

Los «guapos».—El aguardiente y las armas.—Un «cabayero» siete veces homicida.—Dos obras inéditas.—Fisiología bestial.

El *guapo* del presidio, participa à la vez de naturalezas tan antagónicas como se necesitan para ser rey electivo y absoluto.

En su siniestra jefatura, entra por mucho la libre eleccion de una especie de soberania nacional que le aclama y levanta sobre el pavés; pero al mismo tiempo asiste al *guapo* una especie de derecho tradicional, él de la fuerza, que dependiendo de él mismo, influye decisivamente en su proclamacion y reinado.

Luego de electo, el *guapo* gobierna auto-

cráticamente su bando, y solo reconoce igual en el jefe de la otra agrupacion, de las dos en que se divide el presidio, y ya he descrito al hablar de *andaluces* y *aragoneses*.

La carrera de *guapo* exige un largo y peligroso aprendizaje. De mucho sirven los prestigios adquiridos fuera del presidio, y un nombre célebre en los anales del crimen lleva gran trecho adelantado para conquistar rango y privilegios; pero como todo lo que en el mundo del *bronce*, la *bronca* ó la *guapeza*, se conoce fuera de las prisiones, es relativamente pequeño, comparado con lo que hay dentro de nuestras penitenciarias,—esos grandes colectores de lo peor de cada casa, de cada pueblo, y de cada provincia,—se necesita que el *guapo* haga las pruebas de presente, en una especie de siniestras oposiciones, donde se juega la vida para obtener una prebenda que exige penosos trabajos y produce en verdad muy buenos cuartos, pero que à la vez lleva anejada una existencia de constante azar y de guerra constante é implacable.

En esto de los *guapos*, sucede en cierto modo lo que con las reputaciones de los oradores de provincias.—En su pueblo natal, no hay quien les aventaje, y la critica acaba por labrarles una reputacion que todos sus convencinos reconocen como justa é indestructible, sometiéndose á la tiranía de aquellas raras prendas preconizadas en tertulias

y en cafés, y hasta en gacetillas laudatorias, que son como la carta otorgada por la Fama; pero llegan á Madrid esos oradores de Liceos provincianos, entran en el Congreso donde verdaderamente hierven los colosos de la fecundísima tribuna española, y resultan cortos de talla, y sometidos á este abrumador dilema: ó el fracaso, ó la resignacion; ó callan, ó los entrevistados triunfos se reducen á una lamentable série de *planchas*.

Del mismo modo, y sin que en mi honradísimas intenciones entre nunca el propósito de hacer cotejos depresivos, el valiente que en libertad se ha conquistado, ya en Madrid, ya en Málaga, en Sevilla, ó en la última aldea de España, reputacion y triste celebridad que le abren las puertas del presidio, se encuentra de repente achicado y oscurecido, apenas pisa el patio de la prision, sobre todo si se trata del patio del Cuartel principal del presidio de Céuta.—El público, por ejemplo, conoce personalmente á los *guapos*, que por esos mundos del crimen *cobran el barato*, son el terror de taberneros y cafeteros, el coco de las mujeres de mala vida, y la admiracion de *menosos* y *pinchos* en todos los barrios de la capital.—Pues bien, esas notabilidades, á quienes teme la policía, con quienes contemporizan personajes influyentes dispensándoles una proteccion censurable, que se conoce por el nombre de *padrinazgo*, no serian

mas que átomos del gran mundo presidial, y su bravura, que aquí nos parece épica, y es realmente legendaria é imponente, hallaria freno en un ademan, y yugo en la voluntad ómnimoda y vírgen de un verdadero *guapo* de presidio con todas las credenciales que se ganan allí, donde no sirve *ir empalmado* ó con el cuchillo constantemente en la manga derecha de la chaqueta, pronto á herir *madrugando* ó à la primera ocasion; allí, donde toda riña, si ha de traducirse en prestigios, debe revestir las proporciones de colosal torneo; allí, donde una traicion se expia inmediata é infaliblemente; allí, donde no hay medios de efectuar una retirada prudente, abandonando el teatro de la lucha; allí, donde el número de los adversarios no se estingue con la muerte de uno, ni con la de ciento; allí, donde no caben protecciones de ninguna clase; allí, en fin, donde no hay mas remedio que *tragarla*, como se dice en el caló de la gente pendenciera.—Y yo creo, porque conozco al dedillo la manera de ser del presidio, que esas dos celebridades feroces, el *Bizco* y Melgarès, que imponen el terror en una comarca, y à cuyo encuentro tiemblan los viàndantes, tendrian que empezar de nuevo sus hazañas y pruebas, para que el *claustro* de valientes del presidio les reconociera sus grados, sin que haya medio de afirmar de un modo absoluto, que saldrian airosos del empeño; porque no es lo mismo ser buen

tirador, usar magnífica escopeta, y contar con poderosos auxiliares, y protecciones no menos poderosas, que codearse con una *turba multa* de héroes, patibularios, pero héroes al fin, y sin mas armas que un cuchillo vencer á los mas ágiles, mas sagaces, mas diestros, y mas despreocupados hijos del crimen.—El bandido de los campos, se bate en retirada, dá golpes de mano, cuenta con el terror que produce su nombre, y escoje á su gusto el momento, el teatro, y las condiciones de la lucha; mientras en el presidio ha de batirse cuando quiere su adversario, en lugar cerrado, sombrío, sin esperanzas de hallar en la carrera de un caballo la salvacion llegado el momento de un descalabro; con arma corta que exige un conocimiento especial y unas aptitudes físicas especiales, y en otras condiciones generales y particulares, que en nada dependen de la voluntad propia.—Así, pues, no exajeraré si digo que el presidio es el gran nivelador de las superioridades que crecen fuera de su atmósfera; el crisol donde se depura el verdadero mérito de ese valor *sui generis* de la *guapeza*; el que restablece la verdad en punto de reputaciones usurpadas; el que *quita moños*, en fin, como se dice en el pintoresco lenguaje de la gente *crua*.—El bandido hace en libertad los estudios preparatorios, pero la *licenciatura* no se toma mas que en el patio del presidio, y así como hay es-

tudiantes que no pueden hacer el grado, hay criminales de indiscutible ferocidad, que no pasan de ser figuras insignificantes al lado de otros presos, que sin haberse ensañado con sus víctimas, sin estar extinguiendo enorme condena, son bravos por el corazon, los rasgos del carácter, y la habilidad ó el arte, que de ambas cosas necesita el oficio de *guapo*. — Los reos del *Pingallo* y de la calle de Carrasco, que en los momentos en que escribo este capítulo gozan en Málaga de una triste notoriedad, cometieron feroces delitos, — y pongo este ejemplo para hacer mas fácil la comprension de lo que es el valiente de presidio — pero no serian nunca *guapos* por sus cualidades personales, ni por los prestigios horrendos de sus crímenes; porque para reinar sobre el bando andaluz ó sobre la aragonesa hueste, no basta con matar mujeres, por muy cruelmente que se haga, ni con matar guardias civiles en emboscadas ó parapetados tras las tapias de un cortijo, sinó que es preciso matar hombres, frente á frente, cuerpo á cuerpo, y con armas iguales; porque no es cuestion de *tripas*, sinó de corazon y de inteligencia, para utilizar despues la victoria, como la utiliza el conquistador, con la generosidad y las dotes de mando. — El *guapo*, y concluyo estas definiciones, es un ser que se forma necesariamente dentro del presidio; lleva á él sus cualidades personales, pero no se nutre de recuerdos; es la realidad viviente y experimental; puede llamarse Lu-

cas Gomez, ó Juan Lanas; puede llegar al presidio apenas manchado por el crimen, ó completamente encenagado en el delito, pero en todo caso es de absoluta necesidad que allí donde ha de reinar dé pruebas de que posee méritos para que el cetro, siquiera sea en forma de cuchillo habanero, no parezca en sus manos irrisoria é inofensiva caña.— Tambien, y con la cláusula de *sine qua non*, el *guapo* ha de poseer talento natural, generosidad, y rasgos de grandeza de espíritu.— Diego Corrientes, hubiera sido el prototipo de los *guapos*, si el presidio hubiese tenido el honor de contarle entre los individuos de sus protervas dinastías.

Las plazas de *guapo*, no se ocupan mas que por vacantes de sangre; pues estos reyes del presidio son muertos antes que destronados, y el sucesor es siempre el asesino.

El *guapo* permanece poco tiempo en estado de crisálida. Contando con *agallas*, y con aptitudes personales *ad hoc*, hace sus probatinas invadiendo el terreno y las atribuciones del *guapo* que pudiéramos llamar reinante.—Unas veces, realiza una exaccion propia del *guapo* en ejercicio; otras, dà una orden que sabe es de la exclusiva incumbencia del tirano á quien pretende reemplazar, y así, poco á poco, se van estrechando las distancias, hasta que se encuentran frente á frente los dos terribles rivales.

Entonces ocurre una cosa monstruosa y repugnante. Los llamados à sostener aquel

extraño juicio de Dios, se dirijen sin mas esplicaciones que algun gesto ó algun apóstrofe, hácia la estensa cuadra donde están establecidos los urinarios y retretes del Cuartel.—El solo hecho de penetrar en aquel antro asqueroso, es ya una heroicidad superior al resto de los mortales, porque, para vergüenza de la administracion pública sea dicho, tan importante oficina del presidio no es mas que una gran cloaca cuadrangular, al descubierto, por cuyo suelo mal embaldosado corren á torrente las materias y los líquidos fecales, despidiendo fétidos é intolerables miasmas, que por su puerta de entrada, única vía de ventilacion, salen á invadir el patio, las cuadras y la ciudad entera, como los vapores caliginosos de una *solfatara* de ardiente cieno.—No se concibe como pueda vivir una poblacion compuesta de 800 penados,—que no menos residen en el Cuartel principal—en un medio ambiente que lleva en disolucion el tifus y todas las infecciones conocidas; ni menos se esplica que en aquel aire asfixiante y nauseabundo, y en aquel pavimento encharcado y resbaladizo, puedan dos hombres dirimir sus querellas en duelo à muerte, y conserven su libertad de movimientos.—Pero imposible y todo, à primera vista, la verdad es que los retretes del presidio son el palenque tácitamente escojido por todos los presos para los combates individuales, sin perjuicio de que despues salgan al patio persiguiéndose ó perseguidos; pero todos esos

dramas se inician en el asqueroso escenario que no quiero describir minuciosamente por respeto al estómago de mis lectores.

Cuando la lucha es personal y convenida, nadie interviene, guardando los circunstantes una neutralidad que haria honor á las naciones mas escrupulosas en puntos de derecho internacional y de gentes; pero cuando se trata de una colision de bando á bando, entonces se generaliza la lucha, y ambos ejércitos beligerantes, *andaluces* y *aragoneses*, se baten bien el cobre, hasta que entra la guardia, acuden los jefes, y se puede dominar la situacion muchas veces tan grave, que toma proporciones de verdadera batalla campal en que juegan todas las armas, estando la artillería representada por los que desempiebran el patio y se disparan tremendos peñonazos á guisa de proyectiles.

Si el *guapo* reinante es vencedor, su autoridad se afirma y su tiranía crece; pero si es muerto,—porque no se le puede considerar vencido mas que cuando queda atasajado en una charca de sangre y escrementos—el victorioso tiene todavía mucho que hacer hasta dominar por completo todas las agresiones de los que, bien por vengar al muerto, bien por alzarse ellos con la suprema *magistratura* (?) de la nacion andaluza ó aragonesa, le mueven diarias querellas y le retan á nuevos y feroces combates.

Gente ruda, y acérrimos partidarios de la fuerza, los presos se someten bien pronto á

la dictadura del que demostró superioridad, plagiando en esto à tódos los pueblos primitivos, hasta que el tiempo que todo lo consume y que todo lo crea, modela la figura de un nuevo *guapo* que vá á la conquista del vellocino de oro, y vuelve triunfador, pero apestoso.

No se crea que el *guapo* es un tirano intolerable; antes bien, à sus buenos oficios deben mucha gratitud los presos de su bando, por que el *guapo* es el que administra justicia en los casos de expolios injustificados; el que por la vía diplomática ó por la fuerza, arregla los conflictos que surgen de nacion à nacion, ya colectivos, ya individuales.—No hay queja justa que no dejen de oir, ni atropello à que no pongan correctivo, ni caso de debilidad á que no presten proteccion y ayuda.—Ellos castigan la delacion ó el *soplo*; ellos facilitan las fugas; ellos son los encargados de parlamentar con los jefes los dias de *bronca* cuando el rancho no està de recibo, y el pan resulta falto é indigerible; y ellos, suplen, en fin, dentro de la república penal, à la benemérita guardia civil *limpiando el campo de criminales*, como cantan en *Genoveva de Bravante*.

Las relaciones entre el *guapo andaluz* y el *guapo aragonés*, no pueden ser mas correctas y cordiales, mientras no se declara la guerra, y se declara ocho veces en semana.—Conocen que son *partido igual*, como decia el tahir maravillado de la habili-

dad de un su émulo, y se respetan y se admiran copeando, bien que el copeo acabe casi siempre á puñalada limpia y en *bronca* general.—¡Y en verdad que pocos espectáculos tan imponentes y grandiosos, á su manera, como estas luchas entre dos hombres superiores, cabezas visibles del mundo criminal!

Dicho sea en honor de la verdad, la institución representada por el *guapo* tiene derecho á la gratitud del Gobierno, y en el fondo resulta benéfica para la masa presidial.—Suelto el presidio, abandonado á sus instintos y apetitos, por las deficiencias del régimen que el lector ha podido conocer en estas páginas, se necesita una fuerza intermedia entre la administracion y esa masa presidial, con quien entenderse.—Esto resulta depresivo, pero la verdad es que sin el auxilio del *guapo*, á quien más fácilmente se puede convencer que á la turba, sería imposible la administracion del presidio tal y como está constituido.—Por otra parte, sin jefes reconocidos los dos bandos, las colisiones parciales serian continuas é innumerables; mientras entendiéndose ambos poderes constituidos, la cosa queda reducida casi siempre á una especie de arbitraje, escepto en los casos de ofensa colectiva ó nacional.

Chusco es el lance, y menguada resulta la autoridad de los jefes del presidio; pero ni yo tengo pizca de amor propio, ni debo hacer misterio de uno de los vicios mas

capitales del régimen penitenciario en vigor: la necesidad de compartir influjo y atribuciones con el *guapo*, para que sea posible al menos la vida ordenada oficial, ya que materialmente, el orden es tan ageno a nuestros presidios, como la higiene y todo otro régimen científico, por ejemplo.—Evitado el contacto abusivo de los presos entre sí; suprimidas las promiscuidades viciosas de hoy, la fuerza que representa esa masa presidial á que me he referido, quedaria anulada *de facto*, y cada preso seria *guapo* à solas en su celda, que no es lo mismo que serlo teniendo detrás una numerosísima cohorte, libre, armada, y enardecida por el aguardiente y por el espíritu feroz de la criminalidad.—El *guapo* debe desaparecer; pero para ello se necesita que desaparezcan los elementos que lo producen; y como repetidamente he manifestado mi propósito de no proponer soluciones, sigo adelante estudiando el vicio en sus diversas manifestaciones, pero sin pararme á filosofar ni á discurrir sobre el modo de ponerle remedio.

Quién no haya sido testigo de los extragos de una epidemia, cuando el contagio se estiende como el soplo del huracan dejando marcada una huella de muertes, no acertará á comprender los terroríficos signos de la aparicion del aguardiente en el presidio.

Tras un periodo de relativa calma, signo

evidente de que están muy mermadas ó se han agotado las existencias alcohólicas, se desata súbitamente un dia una tempestad de ira representada por riñas tumultuarias que dejan ancho reguero de sangre. Es que la vigilancia ha aflojado ó que el soborno ha conseguido sus reprobados fines, y que un gran contrabando de aguardiente está ya en lugar seguro à disposicion de los presos, que van à saciar su sed con aquella lava enloquecedora, sin mas limitacion que el estado particular de cada fortuna.—Entonces se encespan las olas de aquel mar de crímenes; el presidiario se muestra tan vidrioso, salvaje y feróz como es realmente, y à la manera que el fumador de opio propende á la modorra y á los éxtasis, el alcoholismo en el presidio incita á la lucha y arma el brazo de sus poseidos, convirtiéndolos en verdaderas furias.—¿Hay paz en el presidio? ¿Es respetada la disciplina? ¿Tienen los presos un aspecto de resignacion, tan mansa como es posible, dadas sus siniestras cataduras? Pues no cabe duda; los vigilantes han cumplido á conciencia con sus deberes, y en todo el Cuartel no se encontraria una gota de aguardiente para un remedio.—Por el contrario, ¿se notan síntomas de desobediencia? ¿adquiere el preso cierta actitud descarada y provocativa? ¿hay en la atmósfera de las cuadras algo así como aquellos fenómenos que describe Verne en su ciudad

oxihidrogenada? Pues no hay que preguntar la causa; que al modo y manera que se esparce el contagio en una calle, asolandola y dejando en cada casa un cadáver, como jalones que señalan su luctuoso camino, el aguardiente llenará de heridos el Hospital y de muertos la fosa comun del cementerio de Santa Catalina.

La embriaguéz, que en casi todos los temperamentos, y mientras se mantiene en ciertos grados, produce la alegría y la expansion, en el preso determina un estado febril que trae como consecuencia final la vuelta del espíritu á las mismas condiciones en que estaba cuando cometió el delito. De aquí que las querellas se aplacen para resolverlas amistosamente con el vaso en la mano; pero como el infame y adulterado licor de que se atiforra el preso, encuentra naturalezas trabajadas por rudas faenas, mas que todo por una alimentacion deficiente, conforme llega el alcóhol á aquella sangre empobrecida, la borrachera toma todos los caracteres de un frenetico delirio, y salen á relucir las facas, teniéndose por verdadero milagro que en estas bacanales siniestras no paguen con la vida todos los que se emborrachan, como sí el Baco presidencial, no contento con la degradacion de sus adeptos, pidiera tambien víctimas inmoladas en sus altares.

Y, preguntará el lector ¿cómo pueden entrar en el presidio esas grandes cantidades

de aguardiente tan parecido por sus extragos á la fiebre amarilla?—Pues la cosa es facilísima; el Cuartel principal tiene en su lado derecho estensa nave donde están las cuadras ó dormitorios, y estos á su vez tienen amplias ventanas que dan al campo, por donde la comunicacion es muy fácil, y la vigilancia harto descuidada, bien que sinó lo fuera sucederia lo mismo, porque el preso tiene frecuentes y libres relaciones con el público, una astucia á toda prueba, y complicidad á discrecion en los cabos de vara, que no son los que menos visitas hacen al antro donde se enconde el aguardiente una vez introducido en el Cuartel, por medio de vegigas, como ya he dicho, que se adaptan perfectamente al cuerpo del que las introduce.—Verdad es que se hacen frecuentes y escrupulosas requisas, sobre todo cuando una racha de homicidios y graves heridas demuestra que las cosas han llegado á un insoportable exceso; pero en el Cuartel principal del presidio de Céuta, una requisita en busca de aguardiente ó de armas, es la empresa mas descabellada del mundo.—Las cuadras llenas de mechinales y con el pavimento terrizo, permiten esconder objetos muy voluminosos; y por otra parte, 800 hombres puestos tacitamente de acuerdo, tienen muchos recursos y medios infinitos é insuperables para burlar la vigilancia.—No sucederia eso, si en vez de un edificio ruinoso, é inmenso, el preso tuviera por alojamiento

una celda de pocos metros cuadrados; pero como aquí en España se prefiere que la poblacion penal viva hacínada, en perpétua confabulacion, y con recursos para constituir como constituye, una fuerza temible porque es superior à la fuerza y à los medios de la administracion, se hacen posibles, corrientes, y hasta vulgares, hechos que los que desconocen el presidio tendrian por fabulosos hasta que se los ha referido un testigo presencial.

Con las armas, sucede lo mismo que con el aguardiente.—El *pincho* ó el *menoso* de nuestras ciudades, no cuida mas que el preso de que su *herramienta* sea de bien templado acero, de corte finísimo, de dimensiones mas que regulares, de solidéz à toda prueba, y hasta de lujo.—Pues bien; cuando tras un periodo de sangrientas colisiones, se cae en la cuenta de que es preciso dar una batida para recoger algunas armas, ya que no sea posible extirpar su uso, se recojen navajillas, mellados cuchillejos cachi-cuernos, y otros chismes inofensivos de este jaez; pero las grandes facas y los grandes cuchillos de combate, se salvan siempre de estas requisas, por muy escrupulosas que sean, y por mucho sigilo que se emplee para llevarlas à cabo y sorprender à los penados, verdaderos Macallisters en esto de ocultar lo que les conviene poseer.—Yo no sé como se las arreglan, aunque sospecho que reciben anticipados avisos, teniendo co-

mo tienen espías en todas las oficinas; pero la verdad del caso es, que à raiz de un minucioso *cacheo*—como se llama el registro de las personas en càrceles y presidio—se arma una *bronca* y los *bronquistas* aparecen perfectamente armados, mientras la vigilancia oficial ha tenido que contentarse con aprehender una ó mas espuertas colmadas de hierro viejo.

Durante mis catorce meses en Céuta, hubo un periodo, alla por los comienzos del año 74, en que no pasaba hora sin *bronca* dia sin herido y semana sin muerto en el Cuartel principal, cuyas bodegas y cuyos arsenales debian estar llenos de aguardiente las unas, y de armas las otras.—Curtido ya en las realidades del presidio, y libre de todos los romanticismos del profano en estas materias, merced á un aprendizaje rudo y desconsolador, no podia, sin embargo sustraerme à ciertos sentimientos de compasion y piedad, que en mi alma despertaba el espectáculo de aquellos desdichados sucumbiendo á docenas en aras de su ferocidad y de su miseria; y sin encomendarme á Dios ni al diablo—aunque no hubiera estado de mas poner de mi parte á Satanàs,—cojé el sombrero una mañana, y me fuí al Cuartel á desfacer agravios que no me importaban, y à dispensar favores á galeotes que bien pudieran molerme á palos y algo mas.—Era la sazon *guapo* andaluz, ó jefe de los andaluces, y aún procónsul, y dictador de

los aragoneses, un cordobés, simpático, bravo, inteligente y hasta fino, con esa finura relativa que dá la llaneza andaluza.—*Viruto*, que así apodaban al *guapo*, dispensábame (esta es la palabra) cierto amistoso respeto, prueba del ascendiente que sobre él ejercía la comunidad de origen, y la famosa leyenda del *ayudante malagueño*, que ya he referido.—*Viruto* era de pequeña estatura, lleno de carnes hasta parecer rechoncho; de lábios gruesos, nariz bien dibujada, ojos pardos, pelo castaño claro tirando á rubio; de mirada serena é inteligente; de porte magestuoso, como corresponde á un valiente que lleva con dignidad su cadena, por que no habia robado, ni hecho otra cosa que matar en desafíos sin testigos, valiéndose del cuchillo en vez del florete, y en una callejuela como en una plaza pública, en vez de ir *al terreno* con todo el aparato que requiere el interesante argumento de los duelos al uso.—La autoridad de *Viruto* era tanta en el presidio, que no solamente le oía como oráculo *su pueblo*, sinó que estendia su dítatorial poder hasta mas allá de las fronteras andaluzas, invadiendo las atribuciones de *guapo* aragonés, y hasta gozaba de preeminencias reconocidas por los jefes, que le permitian salir á diligencias propias y á lucir la simpática persona ante el elemento femenino adscrito á las pasiones amorosas del presidio.—Con estos antecedentes, tracé mi plan diplomático que

consistia en pedir à *Viruto* su cooperacion para recojer las armas y acabar con el aguar-diente, que tan perturbado traian el pre-sidio;—y tan confiado estaba en el éxito de mi empresa á lo Metternich, que le hi-ce llamar y comparecer á mi presencia, sin pararme á pesar el pró ni el contra de mi generoso arranque.—La corneta tocó silen-cio, y el *voceador* con toda la fuerza de sus pulmones, en tono cadencioso, como el del *muezzin* que llama los fieles á la oracion, llamó á mi hombre:—¡E—se *Vi-ruto*...! ¡¡à la oficina!!; y *Viruto* atravesó el largo pasillo, contoneándose con tal *aire de la tierra*, que hubieraselo envidiado un primer banderillero para lucirlo en plena calle de las Sierpes.—Entró el *guapo* en la oficina, sin cortedad y sin altanería, con su gorra en la mano, su pantalon ceñido, su faja artísticamente plegada en la cintura, y respirando aseo, comodidad y abundancia por todos sus poros.—Quizás hice mal, qui-zás en aquel momento dió un respingo en su camarín la imàgen de la disciplina, pero estábamos solos, la conferencia iba à ser pe-liaguda, y comencé sobornándolo haciéndole sentar, y acto seguido entré en materia.—Yo no iba allí como jefe, sinó como un hombre de buen *corason* (puse mucho em-peño en pronunciar bien esta *ese* signo de raza), que sentía que cuatro *infelice* (aquí su-primí otra *ese* para que el andalucismo no dejara de palpar en todo mi discurso) se

mataran con *mala sombra*, por mor de la *pícara bebia*; y que él, *Viruto*, que era un hombre cabal, aunque le hubiera ocurrido la desgracia de verse en aquella casa, debía ayudarme, para que siempre se dijera que los andaluces hacian lo que querian en el patio del Cuartel principal.—*Viruto* me miraba fijamente y de seguro acariciado por la lisonja; pero su astucia innata, su instinto, y su costumbre de vivi alerta, le hacian desconfiar.—Veíale indeciso y halagado, y aprovechando sus vacilaciones, le dije por fin, terminantemente, que era preciso que en el acto me dijera donde estaba el aguardiente y donde las armas, porque yo no necesitaba cabos, ni capataces, ni à nadie mas que à él, para recojer sin pérdida de tiempo aquellos elementos de desórden, evitando así *esaboriciones* (literal) en el presidio.—Como *Viruto* era andalúz, la expontaneidad de su carácter le impidió todo fingimiento, y dando inequívocas señales de contrariedad, pero respetuoso y comedido, díjome à vueltas de muchos circunloquios perifrasis y rodeos:—Que él me apreciaba como era su obligacion, porque yo *lo habia sembrado* (léase que me estaba agradecido;) que no habia en Céuta, ni en Cartagena de Levante (los dos grandes centros presidiales y de España) quien me *faltara* á mi delante de él; que él era la carne y yó el cuchillo, y que hiciera de él lo que quisiera; pero que él no tenia mas herencia que su decoro

de hombre cabal, y que aunque *probe* y preso por una mala hora, era un *cabayero* incapáz de *berrearse* (delatar) porque quería que *Viruto* llevara siempre la cara muy alta en el patio del Cuartel principal; y que, en resúmen, prefería que lo amarrase *en blanca*, antes que decirme donde estaban el aguardiente y las *herramientas*.—Comprendí que habia dado una *estocada en hueso*, como se dice en el tecnicismo taurómico, y que iba á crearme una situacion difícil, y opté por fingirme enfadado y resentido.—Me revestí, pues, de toda la olímpica indignacion oficial, á que me daban derecho mi cargo y mis 8.000 reales de sueldo, y despedí á *Viruto*, que salió de la oficina con la dignidad de un espartano incorruptible, no sin añadir nuevas protestas de su afecto y respeto á mi persona, en maridaje con sus deberes de *guapo*.—Todavía no se habia extinguido el golpe estridente de la ferrada puerta al cerrarse tras *Viruto*, cuando ya mi razon apreciaba claramente toda la lógica del acto aquel que tanto me habia contrariado.—*Viruto* estaba en lo firme; un rey, por mas que lo sea del presidio, y por mas siniestra que pueda ser su magestad, no debe hacer traicion á su pueblo.—Fernando VII en Bayona, y ante Napoleon, estuvo muy por bajo de *Viruto* en Céuta y ante mí.—El preso, fiel á los dictados de su ló-

gica, tiene el deber de escaparse; el que por la interdiccion civil no pertenece á la sociedad, no debe auxiliarla en sus fines de represion ó de prevencion.—De un lado presidiarios, de otro, carceleros; y en el estado de lucha que crean esas distintas posiciones, viene á ser falsa la idea del deber verdadero, y legítima la idea del deber falso. —El Estado corrige, y el corrigiendo se defiende; aporte el Estado los elementos necesarios para vencer siempre, y no habrá *Virutos* capaces de hacer un curso de moral zurda, que será diestra y muy diestra, mientras el preso pueda constituir, como constituye, una sociedad en lucha con la auténtica y legítima sociedad.—No he perdido el dia, me dije filosóficamente para consolarme, porque si bien no he encontrado las armas ni el aguardiente, he descubierto un hombre, un carácter, y entrevisto una idea vuelta al revés: la idea de la dignidad y del deber, falsa, errónea, inadmisible con arreglo á nociones positivas de moral universal, pero perfectamente ajustadas á las necesidades del medio donde se manifiesta.—Y dicho esto para mi sayo, salí del Cuartel principal bien ageno á la tragedia que allí habia de representarse al dia siguiente.

Los historiografos que de esta épica contienda tratan, no están de acuerdo al fijar sus orígenes, ni es fácil que mas adelante se reunan mayores elementos de prueba; pero

todos convienen en la version que paso à exponer como auténtica.

Apenas llegado à la cuadra, *Viruto*, no se sabe si para festejar el triunfo de la moral presidiaria sobre la moral oficial, ó en albricias por que habia salvado el precioso tesoro alcohólico, al que yo pusiera torpe asédio, hizo sacar una vegiga de aguardiente y libó con sed de hidropico aquella verdadera *aqua toffana*, *eau de vie*, que dicen los franceses, y *eau de mort* que debia ser para el guapo andaluz.

Copa vâ, copa viene, nuestro valiente, débil mortal apesar de sus hazañas, se emborrachó como un pendenciero vulgar, y fuera porque en las alucinaciones de la embriaguez se acordara de su conferencia conmigo, fuera porque tuviese súbito acceso de acometividad y de *guapeza*, el caso es que se dirigió à un grupo de *aragoneses*, que tambien bebian, y arrebatandoles la botella, esparció el liquido sobre el pavimento, y despues rompió el casco, añadiendo:—;Aqui no bebe nadie mas que el yo quiero que beba!—Los aragoneses callaron por el momento, pues eran viejos é incapaces de medirse con *Viruto*; pero fueron à contar el suceso á su *guapo*, y enseguida comenzaron à notarse preparativos de lucha ó *bronca*, en los grupos que cuchicheaban con calor, y en la siniestra catadura de *aragoneses* y *andaluces*, que se lanzaba al encontrarse feroces miradas de reto y de venganza.—Lle-

gó la tarde, y con la fresca brisa del mar, *Viruto*, que discurría por el patio seguido y guardado por sus tenientes, recobró la lucidez de sus ideas, y hasta tuvo un presentimiento, porque al encerrarse en su cuadra, dijo sentenciosa y tristemente:—¡Mañana me matan, porque hoy he hecho *una mala cosa*! —Llegó el día predestinado á ver el fin de un héroe, y apenas se abrieron los dormitorios, *Viruto* recibió la visita del *guapo* aragonés, que iba en persona á llevarle el cartel de desafío.—Era el jefe de los aragoneses, un hombre moreno y nervioso, sin mote conocido, de pocas palabras, delgado y ágil, y su reinado ni era tan grandioso y absoluto como el del *guapo* andaluz, ni sus hazañas habían alcanzado el renombre que las de el cordobés con quien iba á medirse. —Ademàs, el *guapo* de los *aragoneses* gozaba de una autoridad muy discutida, y tenía un adjunto que andaba siempre viendo el modo de derrocarlo.—*Viruto*, como era de rigor, aceptó inmediatamente el reto, y juntas se fueron aquellas dos personificaciones del regionalismo criminal, hácia el palenque obligado de todas las luchas del presidio, hácia los retretes, que alguna vez fueron tumba de emperadores romanos.—Comenzó la lucha; aquellas dos fieras, despues de lanzarse los últimos insultos, como si ellos mismos sintieran la necesidad de que el acicate les excitara, dieron al aire las hojas afiladas de sus cuchillos; y ágiles, con saltos de tigre,

estratagemas de gato y deslizamientos de serpiente, comprendiendo que la vida dependía de un descuido, de una vacilacion, de una flaqueza, de un ardid; gimnastas automáticos, veloces, terriblemente bellos, representando la temeridad, la destreza y la cólera, horriblemente amenazados por el ódio, ponian en cada golpe toda su voluntad y en cada quite toda su inteligencia.— *Viruto*, mas desproporcionado para la lucha, por su gordura, y sus piernas cortas y amasacotadas, tenia en cambio un busto de atleta, unos brazos de Hercules, y sobre todo, un valor impetuoso, huracanado, terrible; mientras el aragonés, delgado, todo fibra, se replegaba y contraia con la mayor ductilidad, evitando siempre los certeros golpes de la esgrima verdaderamente maestra de *Viruto*.—Un cuarto de hora llevaban ambos de acuchillarse sin herirse, en aquella atmósfera asfixiante, cuando *Viruto* hizo un esfuerzo supremo, comprendiendo que no podia tardar la intervencion de los empleados, y consiguió herir mortalmente à su contrario, que fue á caer exànime fuera de los retretes.—Los dos bandos permanecían silencioso y hasta indiferentes, para no llamar la atencion de los capataces ó de la guardia, mientras sus jefes ventilaban en juicio de Dios aquellas magnas ofensas; pero al caer el *guapo aragonés*, olvidando ó infrigiendo toda neutralidad y tradicion caballeresca al modo del presidio, su teniente se destacó de un

grupo, y acometió á *Viruto* cuchillo en mano, cuando se disponía á alejarse del teatro del duelo.—*Viruto*, sin vacilar un momento, dió un salto de costado, despues, otro de frente, y su cuchillo todavia goteando sangre aragonesa, se clavó enmedio del pecho de aquel temerario que habia ido á ponerse al paso del leon, cuando el rey de las selvas volvía empapado en el vaho de la sangre caliente, y enardecido por el brutal influjo del combate.—Pero como era preciso que se cumpliera el triste angurio de *Viruto*, éste, al dar la puñalada á su nuevo enemigo, resbaló y cayó de espaldas sobre el pavimento.—El aragonés entonces, arrojando un caño de sangre negra y espumosa por el rajado pecho, sintiéndose morir, no vaciló en cometer una felonía, y se lanzó sobre *Viruto* á quien hirió en el suelo por bajo de la tetilla izquierda, cayendo desplomado y muerto á los piés del *guapo andaluz*.—Los andaluces entonces, lanzàronse á vengar á su jefe, y se generalizó la lucha.—En un momento se desempedró el patio, y volaron las piedras lanzadas de grupo á grupo.—La guardia, desde la azotea que corona las tapias del patio, hizo algunos disparos.—Varios hombres cayeron, y el combate adquirió proporciones aterradoras y salvajes.—Por fin, á duras penas, y á costa de no poca sangre, se sofocó el tumulto, se acorraló á los últimos combatientes en una cuadra, y se pudo atender á los heridos, *Viruto* entre ellos, porque

el *guapo andaluz* estaba vivo y se levantó por sí solo refugiándose en la barbería donde se le restañó la sangre que en abundancia manaba de su herida, mientras era conducido á la enfermería.—Cuando se trató de ello, *Viruto* pidió que se le permitiera ir por sus piés al hospital, porque no necesitaba camilla, y así se hizo en vista de que, á juzgar por su aspecto exterior, la herida no debia ser gravísima.—Púsose en marcha aquel Aquiles de la ferocidad y del crimen, vigilado por algunos cabos de vara que mas bien parecian escolta de honor que guardianes, pero al llegar al *Pozo del Rayo*, como á cien metros del Cuartel, *Viruto* cayó de repente al suelo, de bruces, con los brazos abiertos; arrojó por la boca una ola de sangre, y quedó muerto.

Cuando la autopsia al dia siguiente abrió el poderoso torax de *Viruto*, se vieron dos cosas tremendas.—Aquel corazon de proporciones extraordinarias, la mitad mas voluminoso que la generalidad de los corazones humanos, estaba herido en su vértice; y con aquella herida mortal de esencia, *Viruto* habia vivido mas de media hora, habia sonreido orgulloso de su última hazaña, y habia tenido lucidez y presencia de espíritu en la medida suficiente para proporcionarse el supremo placer de no dar á los *aragoneses* el espectáculo de su traslacion en una camilla, como los agonizantes vulgares y las naturalezas débiles y apocadas.

No me pida el lector esplicacion satisfac-

toria de esta fisiología bestial. Solo sé por referencias, que Nelaton y Velpeau, dos eminentes cirujanos franceses, admiten que puede haber heridas del corazon que no producen la muerte instantánea, mientras esa entraña eminentemente contractil, puede seguir sus movimientos de sistóles y diástoles; y que en el caso de que se trata, *Viruto* vivió hasta que lleno de sangre el pericardio, ó envoltura del corazon, se paralizaron los movimientos de este.

Así fué como terminó sus dias aquel verdadero coloso del crimen; y digo coloso, porque al dia siguiente del óbito de *Viruto* se encontró su cuchillo, en cuyo borde no afilado habia siete muescas señaladas á lima.

—¿Qué es esto?—pregunté á uno de los admiradores y amigos del finado.

—Esto es el libro de cuentas corrientes de *Viruto* y cada una de estas rayas corresponde à una de las siete muertes que hizo. ¡Lástima que no haya podido apuntar las dos últimas, verdaderas obras inéditas y póstumas!

Desde entonces, fuerza es decirlo, los andaluces, huérfanos de un verdadero jefe á la altura de las tradiciones de la tierra y del cargo, vagan por el Cuartel principal, recordando el romance de Plácido, *Xicotencal*, que dice:

*Disueltas van por el valle
las tropas de Moctezuma,
de sus dioses lamentando
el poco favor y ayuda.*

XXIV.

Un tipo rezagado.—Los asesinos del general Prim.
«Finis coronat opus.»

Al llegar à este punto de mis narraciones, me encuentro con que han vuelto à ponerse de moda los asesinos del general Prim, y no quiero cerrar el último capítulo de estas mis memorias intimas, sin decir lo que sé sobre aquel tràgico suceso de la calle del Turco, cuyo misterio acredita bien poco la sagacidad de nuestras autoridades judiciales,—dicho sea con cuantas protestas y reservas se necesitan para que este libro no caiga bajo la accion de los tribunales, ya

que no tengo la intencion de desacatarlos y me contento con opinar sin ofender.

Recordará el lector, que al tratar de las fugas y referir las mas señaladas y notables, hablé de un *roder* valenciano, que se fugó una vez dentro de un cajon de tabaco; pues bien, à este originalísimo sujeto debo algunas indicaciones sobre la muerte del dictador revolucionario, sin cuyo asesinato es probable que à estas horas fuese muy otra la situacion política de España. Era mi *roder* un hombre de mas que mediana estatura, moreno, de pelo negrísimo, de barba muy recia y cerrada, duro físicamente, socarron y manso en la apariencia, que se buscaba la vida garrapateando en la oficina, porque entendia algo de letra, y que engañaba al mas fino observador con su aspecto tranquilo, su hablar sumiso, y su ademàn subordinado y respetuoso.

Se llamaba Polo de apellido, y tenia varias cadenas perpétuas que extinguir, si bien no contaba para ello mas que con una sola existencia, azarosa y poco tranquilizadora, por que Polo era à las veces perseguido por sus enemigos, y en mas de una ocasion tuvo que sacarlo del Cuartel principal para que no pereziese à manos de los comprometidos en vasto complot contra su existencia.

Los delitos de Polo, eran, como suele decirse, de *barba de pavo*. Robos, asesinatos, agresiones á la guardia civil, y otras frios-

leras, que contrastaban rudamente con la manera de ser de aquel misero, tan bravo, resuelto y hasta feroz, fuera del presidio, y tan subordinado y circunspecto, dentro.— Apesar de sus crímenes de índole tan poco tranquilizadora, que exigían un carácter vilo-lento, díscolo, avieso y sanguinario, Polo hablaba hasta melosamente, sin que se advirtiera en las inflexiones de su voz ese acento imperativo propio de los caracteres resueltos y acostumbrados á imponerse por la violencia.

Iba siempre nuestro hombre pelado al rapé y cuidadosamente afeitado, en mangas de camisa, hiciera frío ó calor, con amplísimos pantalones de pana ó canutillos, y con una camisa de lienzo burdo, pero blanquísimo, que denunciaba al labrador valenciano, así como la faja, las alpargatas con éspesa red de cintas, y el chaleco de corte especial que completaban su indumento.

Polo habia violado todas las leyes divinas y humanas; Polo no tenia nociones ciertas del deber, ni de la moral; Polo era capaz de hacer friamente, por calculo ó por interés, porque le conviniese ó porque pudiera ir ganando algo, todo lo malo que se le propusiera ó que concibiese él en su inteligencia tarda, pero bastante vigorosa y despejada; y sin embargo, Polo tenia un verdadero culto, á modo de salvaje fanatismo, por la misericordiosa, dulce, tierna y excelsa Reina de los cielos, bajo la advocacion

de los Desemparados.—De estos contrastes hay muchos en el presidio, y ya me he ocupado de ellos al tratar de la cultura y la religion del preso, y al describir las pavorosas escenas de la Noche-buena en el presidio; pero cito à Polo y me detengo à bosquejarlo, para que se comprenda mejor el tipo del fanático descredido, y del criminal profundamente relígiioso hasta dar en la idolatría.

Recuerdo que en una de mis entrevistas con Polo, en las cuales yo le pedia detalles de su vida, me hubo de mostrar una cicatriz que tenia en el pecho, à guisa de recuerdo de un encuentro con la guardia civil.—El caso fué el siguiente:—Polo andaba merodeando por el litoral valenciano, cerca de Alicante, cuando un dia tuvo necesidad de ir à visitar á su familia, y á la aldea donde ésta habitaba se dirigió á caballo.—Hubo de saberlo la benemérita guardia, que andaba persiguiéndolo y á sus alcances, y lo dispuso todo para cojer en el garlito al célebre *roder* terror de la comarca.—Llegó Polo á su casa, y sin desmontarse del caballo, evacuó las diligencias que allí le llevaban, besó á sus hijos, y cuando se disponia á picar espuelas, temeroso de prolongar su permanencia en lugar poblado, oyó la voz de: ¡alto á la guardia civil!, sonó una descarga, y se sintió herido de un balazo en mitad del pecho.—No por eso cayó Polo de su cabalgadura, sinó que ten-

ido sobre el cuello de la noble bestia, desangrandose y moribundo, se puso en salvo y llegó á lugar seguro, donde fuè curado y permaneciò tres ó cuatro meses luchando entre la vida y la muerte. — Polo recibió la herida como unos cuatro ó seis dedos por cima del ombligo. El proyectil produjo un orificio de entrada pequeño y limpiamente redondo; pero á la salida causó estragos enormes, y aquel bandido debia tener muy bien atada la vida, cuando no se le escapó por la brecha llena de zajaduras y costurones que presentaba en la espalda, algo á la izquierda de la columna vertebral, y como unos diez dedos por cima de la línea de la cintura. — Al ver aquella fosa, muy semejante á un plato pequeño, pero hondo, no pude menos de preguntar admirado á Polo, como habia podido sustraerse á la muerte, y á qué milagro de la ciencia operado porqué celebridad quirúrgica, debia su salvacion. — Polo entonces dejó ver una inefable sonrisa de creyente, y me dijo con la fé de un poseido: — ¡Toma! Escapé con el pellejo, porque llevaba á *mi niña*! — ¡Qué *niña*? — La Virgen de los Desamparados. — Y me hizo reparar en un escapulario viejo y mugriento que pendia de su cuello, con una estampa de la augusta patrona del reino valenciano. — Quise ahondar en aquella conciencia, y pregunté á Polo si no llevaba tambien el escapulario con *su niña* á las *faenas récias* que eran su habitual ocupacion en campos y carreteras, y me dijo con laco-

nismo y conviccion:—La llevo siempre; me la dió mi madre.—Descifre el lector, si puede, esta monstruoso geroglífico de piedad filial, de culto fervoroso á la nocion mas pura del bien, y de creencias arraigadísimas, puesto todo al servicio del mal y de una voluntad consagrada al crimen, por que yo me declaro incapaz de resolver antinomía tan absurda en la esfera de la expeculacion psíquica, y tan efectiva, posible y real en la esfera de los hechos y de la verdad palpitante y tangible.

Atraído por la originalidad siniestra de este tipo, poco á poco me fuí acercando á Polo hasta obtener confiancias que me ayudaran en mis estudios del presidio, y por él supe algo sobre el asesinato y los asesinos de Prim.

Ignoro si á la fecha vive Polo, si se ha muerto, si le han asesinado, ó si ha logrado fugarse nuevamente; pero sea de esto lo que sea, y trátese, como se trata al fin y al cabo, de un hombre que tiene sobre sí bastantes cadenas perpétuas para regalar y que le quede un remanente inestinguible, yo no he de comprometerlo, ni debo decir la parte que se atribuyera en el drama de la calle del Turco.

Segun Polo, la conjuracion que dió por resultado la trágica y villana muerte del caudillo de los Castillejos, fué laboriosa y estensísima. Tomaron parte en ella gentes de alguna posicion social, y en una hacienda de

campo de los montes de Toledo, se verificó el sorteo de los conjurados que debían consumar materialmente el crimen. Este sorteo, tuvo lugar por medio de bolas blancas y negras, que se iban estrayendo de un sombrero de copa perteneciente á un caballero de Madrid, que dirigia la operacion enmascarado. Polo, no me dijo si le buscaron como ayudante de los sicarios que habian de hacer los disparos, ni quien comandaba á los asesinos, pero recuerdo bien su terquedad en afirmar que el siniestro plan era obra de personas que no pertenecian á las clases ínfimas, ni siquiera todas ellas figuraban en lo que puede llamarse demagogia, bien que pertenecieran al bando revolucionario.

La prudencia me aconseja no recordar los nombres propios que Polo me confiara, ni repetir las escuetas acusaciones que él formulara; pero por fortuna ó por desgracia, ya se trate de la falsedad de las aseveraciones de Polo, ya de la censurable indiferencia de un Gobierno compuesto de íntimos amigos de Prim, es muy fácil comprobar todo lo que llevo dicho, pues recuerdo muy bien que por iniciativa de la digna é inteligente persona que desempeñaba la Comandancia del presidio de Ceuta en 1872 y hasta Julio lo menos de 1873, se formó un voluminoso expediente con todas las revelaciones de Polo y otros presos sus consortes, y el original se le remitió reservadamente al Sr. Ruiz Zorrilla, que era á la sazón Presidente del Consejo de Mi-

nistros, sin que se dignara acusar el recibo, darse por enterado, ni mucho menos adoptar disposicion alguna para seguir aquella pista del crimen à tan diversos elementos imputado. Copia de aquel espediente quedó en poder de la persona aludida; de modo que si este libro fuese à dar en manos de quien tenga interés en agitar las empolvadas hojas de un proceso célebre y vergonzoso, hay medios sobrados de reconstituir los hechos que tan friamente supiera el heredero político del asesinado jefe del antiguo radicalismo español.

Podrà ser que se trate de una confabulacion de presidiarios para facilitar una fuga, ó esplotar determinadas noticias que poseyeran, sobre la participacion de personas pudientes en el crimen de la calle del Turco; pero la verdad es que nada se hizo por adquirir este convencimiento, ni para aprovechar lo que hubiera de utilizable en los muchos datos aportados por Polo y sus compinches, y en definitiva parece confirmarse la creencia muy estendida, de que no ha habido el menor interés en encontrar á los asesinos de una personalidad ilustre.

Polo estaba en libertad y en Madrid en Diciembre de 1871, pues el hombre se habia fugado poco antes: ¿por qué ha de ser imposible, que siendo el quien era, se le buscasse para un fregado de aquella naturaleza? No quisieron descifrar esta charada los que tenian la obligacion de apurar todos

los indicios, y yo no debo molestar á mis lectores ni molestar me declamando en una tragedia que ya no figura en los carteles, ni es del gusto del público.

*
* *

Llegado á este punto, no puedo menos de pararme á hacer inventario de estas narraciones, comparándolas con mis recuerdos, y encuentro que lo he dicho todo, ó al menos lo mas esencial y curioso.

Podria escribir otras trescientas páginas con detalles menudos, exposicion de sistemas, biografías y estadísticas; pero eso seria un verdadero lujo, despues que he conseguido, segun mi leal saber y entender, que el fin corone la obra; que el horror al presidio ande y se propague á todos los hombres de buena voluntad, para que una vez siquiera, por escepcion, el espíritu público se manifieste en España tan energico como debe ser, dadas nuestras impetuosidades, y se imponga á todos los gobiernos, con mandato imperativo, la necesidad ineludible de acometer hoy mismo la reforma de las penitenciarias, verdaderas pocilgas, donde millares de almas se revuelcan en fango moral, y millares de cuerpo ostentan los mas asquerosos signos de la miseria.

Tal es la síntesis de mi libro; tal es el fin moral que me he propuesto, bien que ce-

diendo à exigencias del gusto dominante, de la amenidad y de las necesidades de un libro que no es didàctico, ni filosófico, ni siquiera crítico en la verdadera acepcion, haya introducido algunas sonrisas tristes en cuadros que debieron trazarse con un pincel mojado en làgrimas.

FIN.

Málaga, Octubre 10 de 1886.

FÉ DE ERRATAS.

Como acostumbro, no he de salvar una por una las erratas materiales de imprenta que se han deslizado en este libro. Esas las salva el lector con su buen sentido; y en cuanto à las de concepto, antes que rechazar petulante su paternidad, prefiero arrogarmelas todas, las mias y las ajenas, prometiendo la enmienda para cuando perpetre otro volúmen, que sí lo perpetraré.— Vale.



INDICE

	Páginas
Al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.	5
Antes de empezar.	12
I—Yo.—El viaje.—Gibraltar de noche.—Céuta desde el mar —Por asalto.	4
II—Continúa el fuego.—Inquisicion de orden público.—La fonda italiana —El brigadier Keller.—La Ciudad por dentro.	14
III—La toma de posesion.—El Cuartel principal.—Filosofía y rancho.—Los cachivaches de año.	21
IV—Siguen los cuarteles.—El Hacho.—Barcas —Jadù —El Serrallo.—Talleres.—La enfermería	33
V—La poblacion penal.—Chinos.—Negros cubanos.—Andaluces —Aragonesees.—Los reos políticos.	53
VI—Céuta oficial.—El Municipio, la Iglesia y la Milicia.—Multiplicidad de mandos y atribuciones.	67
VII—Entremos en materia.—El «buen preso» —Los cabos de vara.—Los «volantes.»—La disciplina.—Por un cigarro.	73
VIII—La vida en los cuarteles.—Los novatos.—Venùs y Baco.—Recuerdos de Sodóma.	83
IX—Ni resignados, ni arrepentidos.—Los que se aclimatan.—Los recalitrantes.	95
X—Reclusos, confinados, presos, y presidiarios.—Confusion de clases.—Los hierros.—El microbio presidial	105
XI—Precauciones de gran espectáculo.—La leyenda del ayudante malagueño.—Lo teatral vuelve al teatro.	113

XII—Las fugas.—Un evadido argonauta.—El «Niño de Brenes».—Bañados en aguas... fecales.—A nado como Leandro.	123
XIII—Los moros fronterizos.—Una expedición a los Castillejos.—Por 10 duros isabelinos.	141
XIV—Carlistas y cantonales.—El dinero de los presos —Alimentos y vestiduras.—En plena anarquía.—El abastecimiento del presidio.	154
XV—El presidio centro de criminalidad.—Los entierros, timos y otras estafas.—¡Eche V. billetes!—Dos casos curiosos de estulticia.—Con la colaboracion de un novillo.—Yo, pacificador de motines.	169
XVI—Otra hazaña mia.—Mas sobre los delitos dentro del presidio —Siempre impunes.—Un purgante de 300 reales de fuerza.—Deyecciones auríferas.	187
XVI—Opiniones atrevidas.—La cultura y la religion del preso.—Pendolistas y «ratones de oficina».	199
XVIII—Algo de antropología criminal.—A la luz de la luna.—Manifestaciones de la conciencia.—Tipos diversos.	211
XIX—P. M. S.	230
XX—Mas parricidas.—A secreto agravio... venganza de obra prima.—El zapatero y... el Ayudante, drama en varios tragos.—Receta contra la borrachera.	249
XXI—La Noche-buena en el presidio.	259
XXII—Juan de la Cruz Asiático.	291
XXIII—Los «guapos».—El aguardiente y las armas.—Un «cabaycro» siete veces homicida.—Fisiología bestial.	311
XXIV—Un tipo rezagado.—Los asesinos del general Prim.—«Finis coronat opus».	332

